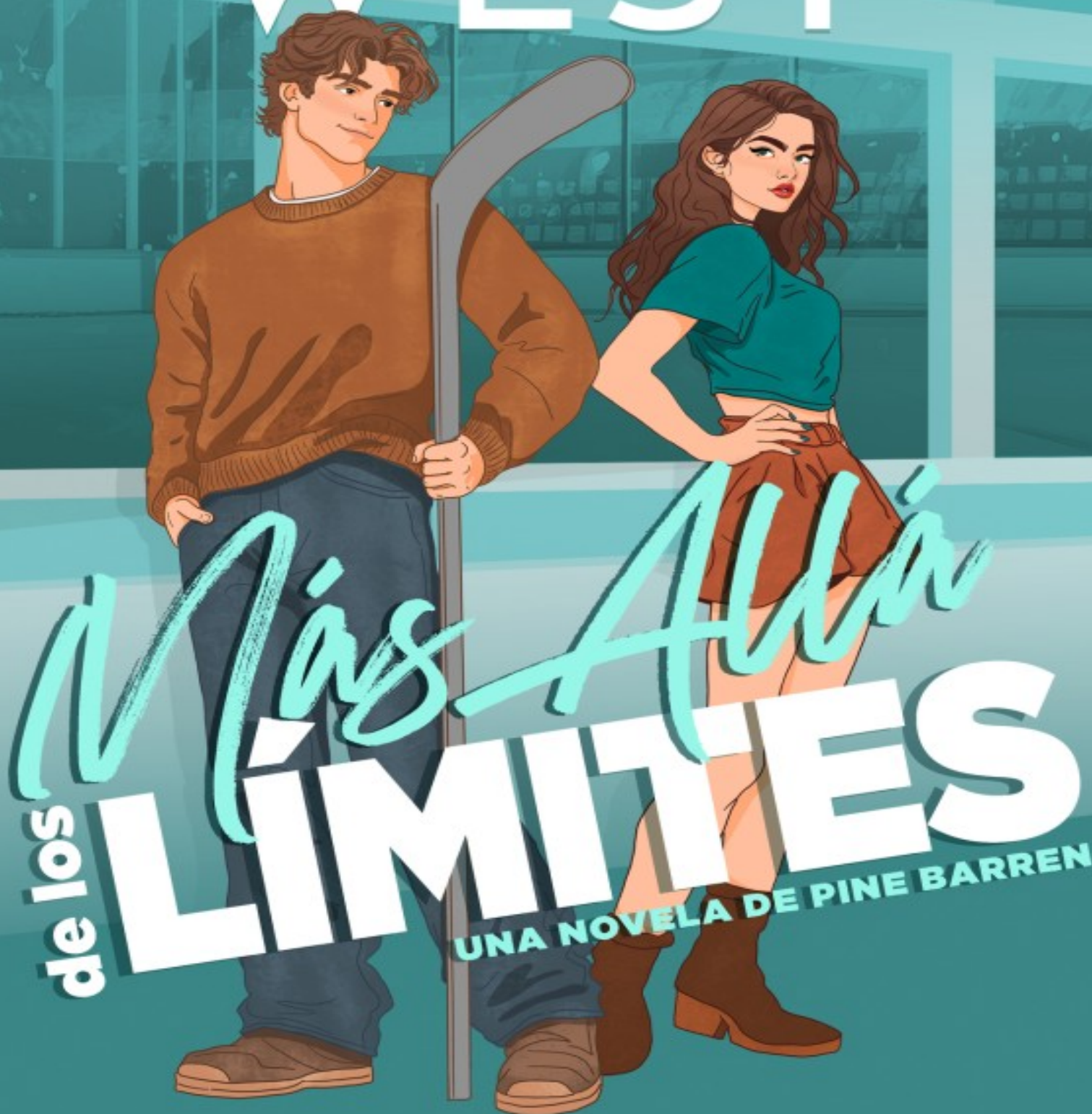


CLARA WEST



más allá de los límites

CLARA WEST

Más Allá de los Límites © 2026 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

índice

[También de Clara West](#)

[Acto 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Acto 2](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Acto 3](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Extracto de La Práctica Hace la Perfección](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[También de Clara West](#)

act 1

uno

LEA

LA MÚSICA pop me asalta los tímpanos con creciente intensidad mientras arrastro mi maleta por el pasillo de Hughes Hall. Y, aunque soy tan fan de Taylor Swift como cualquiera, «Blank Space» retumbando a un volumen que haría palidecer de envidia a la mayoría de los estadios no es exactamente como imaginaba que empezaría mi experiencia universitaria.

Mi hermano, Mike, va apenas un paso detrás de mí, pero apenas lo oigo cuando grita:

—¿Qué clase de infierno es este?

Me vuelvo hacia él y le lanzo una sonrisa traviesa.

—Oye, alguien en la planta es swiftie. Aguántate.

Señala con la barbilla la puerta por la que brota la música.

—Parece que tu compañera de cuarto es...

—¡Genial! —sonrío, al darme cuenta de que hemos llegado a mi habitación. Meto la mano en el bolsillo, agarro la llave y...

—¡Espera! —grita, agarrándome del hombro y dejándome helada—. ¿Y si la música está tapando algo?

Exhalo despacio mientras me vuelvo hacia él.

—¿Y qué exactamente estaría camuflando, genio?

—Un laboratorio de meta... —se encoge de hombros—. Una sesión extrema de magreo...

—Prefiero el laboratorio de meta —digo—. Vamos.

—Quizá me quedo aquí fuera... —dice.

—Vamos, Mike —digo—. Se supone que me estás enseñando el campus. Si mamá...

—¡Está bien!

Con una sonrisa inocente, abro la puerta con llave, preparándome para lo que sea que me espere al otro lado. La puerta se abre y revela un torbellino de movimiento: mi nueva compañera de cuarto bailando como si estuviera haciendo una audición para un videoclip, usando el teléfono como micrófono.

Mike y yo nos quedamos ahí parados lo que parece una eternidad, viéndola agitarse por la habitación como un tornado. Tiene los ojos cerrados mientras canta, pero de algún modo esquivo todo sin tirar nada ni tropezar con los muebles. Es tan impresionante como aterrador.

Carraspeo con fuerza.

—Eh... ¡hola!

Se congela a mitad de un meneo de caderas y abre los ojos de golpe. Luego los abre aún más, casi de forma cómica, y se lanza sobre mí como un misil humano.

—¡Ay, Dios mío, ya estás aquí! ¡Por fin estás aquí! —corre hacia mí y me envuelve en un abrazo que amenaza con partirme las costillas—. ¡Llevo todo el día esperando! Llegué esta mañana y pensaba: ¿cuándo viene? ¿Va a venir? A lo mejor cambió de opinión y se fue a otra universidad, y me voy a quedar sola, y...

—No. Puedo. Respirar —jadeo.

—¡Ay! ¡Perdona! —me suelta, dando un saltito hacia atrás.

—No pasa nada —digo, resistiendo el impulso de dar un paso atrás ante esta bola humana de energía.

—¡En fin, estoy superemocionada! —continúa—. Soy Amélie. Pero todo el mundo me llama Em. Bueno, menos mi madre cuando está enojada, que entonces es «Amélie Charlotte Dubois» con ese tono que significa que estoy metida en un buen lío, ¿sabes?

Mike carraspea detrás de mí.

—¡Ah! —señalo hacia él—. Este es mi hermano, Mike.

—¡Hola, Mike! —Em lo saluda con la mano—. Estás en el equipo de hockey, ¿verdad? ¡Te reconocí por los videos en redes!

Le levanto una ceja a Mike, que intenta no pavonearse.

Los jugadores de hockey y sus egos, lo juro.

—Sí, ese soy yo —dice, intentando parecer despreocupado sin acabar de lograrlo—. Oye, todavía nos quedan cajas en el coche...

—¡Yo ayudo! —Em prácticamente se teletransporta a la puerta—. Soy muy fuerte. O sea, sorprendentemente fuerte. Fuerte de bailarina. Mi padre también dice que es porque tengo demasiada energía y tiene que ir a algún lado. También dice que hablo demasiado cuando estoy emocionada. Que es totalmente lo que estoy ahora. ¿Estoy hablando demasiado?

—Sí —dice Mike, justo cuando yo digo—: Para nada.

Pasamos la siguiente hora subiendo cajas al tercer piso. Em no bromeaba con lo de ser fuerte: carga ella sola el refrigerador mientras parlotea sin parar sobre cómo su primo Louis (que no hay que confundir con su otro primo Léon) se dejó caer uno encima del pie y tuvo que ir con una bota ortopédica a la boda de su hermana.

Para cuando terminamos, me sé todo su árbol genealógico y anécdotas divertidas de casi todos sus miembros. También he deducido que vivir con Em será una tormenta de conversación durante todas las horas de vigilia, con apenas breves pausas permitidas para comer, beber agua, respirar y dormir.

Pero bueno, hemos terminado.

Y estoy dentro.

La universidad.

—¿Quieres que te ayude a desempacar? —pregunta Mike, mirando el reloj, claramente menos emocionado que yo con el hito.

Echo un vistazo a la pila de cajas y casi acepto su oferta, pero veo a Em casi vibrando de ganas de conocer a fondo a su nueva compañera.

—No, estoy bien —le digo a Mike—. Pero seguimos en pie lo de los bagels mañana por la mañana, ¿no?

—A las ocho —confirma—. No llegues tarde.

—¿Cuándo llego yo tarde?

—¿De verdad quieres que conteste a eso?

Lo empujo hacia la puerta.

—Adiós, Michael.

—Adiós, Leannndra —esquiva el bolígrafo que le lanzo a la cabeza —. Encantado, Em.

—¡Igualmente! —le grita Em.

En cuanto se va, gira sobre sus talones para mirarme.

—A ver. Cuéntame todo sobre ti. ¿De dónde eres? ¿Qué estudias? ¿Te gusta Taylor Swift? ¿Cuál es tu signo del zodiaco? ¿Crees en el zodiaco? Yo soy Géminis, lo que explica totalmente lo de hablar tanto...

Levanto las manos, riéndome.

—¡Eh, de una en una! ¡Déjame al menos sentarme! ¿Y por qué no empiezas tú?

—¡Claro! ¡Sentarse! ¡Sí! ¡Yo! —se deja caer con las piernas cruzadas en su cama, que ya está hecha con un estallido de cojines de colores—. Soy novata, aunque ya tengo veinte, porque me tomé un par de años libres. Soy de Boston. Bueno, técnicamente de Brookline, pero nadie sabe dónde queda, así que digo Boston.

Toma aire.

—Y tengo TDAH, lo que...

—¿Explica lo de hablar tanto? —sugiero, sonriendo mientras me acomodo en mi colchón.

Sonríe de oreja a oreja.

—¡Exacto! ¡Tu turno!

—Bueno, pues yo soy Lea...

—¿No te llamó tu hermano Leannndra?

—Solo cuando quiere molestar. O sea, siempre —me recuesto apoyándome en las manos—. Soy de Nueva Jersey. Tengo diecinueve, también novata, estudio Bellas Artes.

—¡Uuhh, artista! —Em aplaude—. Yo estudio danza y educación primaria, lo que significa que igual te doy una patada alta sin querer. Queda avisada.

—Anotado —me río.

—¿Cuál es tu técnica?

—Técnica mixta, sobre todo. Pero me encanta dibujar y pintar —señalo una de las cajas—. Tengo algo de mis cosas ahí dentro, en algún lado.

—¡Enséñame! —da botes en la cama.

—¿Quizá luego? —miro de reojo la montaña de cajas—. Debería desempacar algo primero.

—¡Ah! ¡Claro! —se levanta de un salto—. ¿Quieres ayuda? Soy excelente organizando cosas. O sea, muy buena. Tengo un sistema.

Levanto una ceja.

—¿Un sistema?

—¡Ajá! —ya está abriendo la caja más cercana—. Mira, empiezas por lo esencial: ropa de cama, artículos de baño, la ropa que vas a necesitar ya mismo. Después pasas a lo decorativo, luego libros y material escolar, y por último todo lo demás. Confía en mí, lo tengo calculado al milímetro.

—¿Te has mudado mucho?

—¡No! Solo vi obsesivamente videos de organización de habitaciones de la residencia en YouTube durante el último mes —saca mis sábanas—. ¡Qué bonitas! ¡Muy artísticas!

Miro mis sábanas blancas lisas.

—Son... ¿blancas?

—¡Exacto! ¡Como un lienzo en blanco! Muy acorde con una artista —empieza a hacer mi cama con precisión militar—. Cuéntame más de ti. ¿Tienes más hermanos aparte de Mike? ¿Novio? ¿Novia? ¿Un pez dorado que se llame Hootie el Pez Dorado?

Me río, ayudándola con la sábana ajustable.

—Solo Mike. Sin pareja. Y definitivamente sin pez dorado, aunque ahora quiero uno.

—¿Verdad? ¡Es un nombre buenísimo para un pez! —alisa una arruga con determinación—. ¿Y qué hay de...? ¡Ah! ¡Antes de que se me olvide!

Sale disparada hacia el refrigerador —que, noto, ya está enchufado y zumbando— y lo abre con un gesto teatral.

—¡Ta-chán!

Se me cae la mandíbula. El refrigerador está lleno de bebidas, incluyendo...

—¿Eso es sidra de canela? —pregunto, alucinada de que haya averiguado mi bebida favorita y haya conseguido tenerla.

—¡Sí! —sonríe—. Puede que haya hecho un ligero acoso a tu Instagram. Espero que no sea muy raro, ¿no?

—No, es... —Sí es un poco raro, pero no quiero decírselo, y la verdad es que me conmueve un poco—. Es muy dulce. Gracias.

—Me figuro que la universidad ya da bastante miedo como para encima preocuparse por el drama de las bebidas —cierra el refrigerador—. Además, necesitaba probar mi identificación falsa. Es horrible.

Me río.

—¿Cómo de horrible?

—Dice que tengo treinta y siete años y que soy de Wyoming —levanta los brazos—. Pero el tipo me dijo: «Confía en mí, nadie revisa las identificaciones de Wyoming porque nadie sabe cómo son». ¡Y tenía razón! Ya la he usado tres veces y nadie ha dicho nada.

Pasamos la siguiente hora desempacando, y aprendo más sobre Em de lo que probablemente sé de algunas de mis amigas de la secundaria. Habla sin parar, pero de algún modo consigue que se sienta como una conversación y no como un monólogo.

Para cuando terminamos, siento que la conozco de toda la vida. Es un huracán de energía y entusiasmo, pero hay algo genuino en ella que hace imposible que no te caiga bien.

—¡Ah! —dice de repente, en medio de ayudarme a organizar el escritorio—. ¡Casi se me olvida! ¡Hice un mapa del campus para las dos!

—Ya tengo un mapa, Em... —mi voz se va apagando, sin querer ofenderla, pero confundida sobre por qué haría otro mapa entero.

—No este mapa —dice mientras corre a su escritorio y saca una carpeta—. Bueno, técnicamente hice varios mapas. Uno para las clases, uno para la comida, uno para localizar fiestas —muy importante— y uno para salidas de emergencia de situaciones sociales incómodas, porque nunca sabes cuándo vas a necesitar una escapada dramática.

Despliega los mapas sobre mi cama recién hecha. Son increíblemente detallados, con códigos de colores y pequeñas anotaciones en su letra redondeada. Y, fiel a su palabra, contienen todo lo que ha descrito y más. Son muchísimo más útiles que

cualquier cosa que Mike me haya dado, y eso que ella lleva apenas unas horas en el campus...

—¿Cuándo tuviste tiempo de hacer todo esto? —pregunto, asombrada—. ¿No acabas de llegar esta mañana?

—Llegué superpronto. Como... al amanecer —señala varios puntos en los mapas—. Así que me paseé por el campus unas horas. Conocí gente, aprendí cosas. Por ejemplo, hay que evitar las papas del desayuno en East Hall... siempre están crudas. Y la biblioteca tiene un baño embrujado en el tercer piso.

—¿Está embrujado?

—Probablemente no, pero no lo descarto —sonríe—. Además, conocí a casi todos los de nuestra planta. Está Marnie, enfrente: es genial, hace teatro y tiene la actitud dramática que le corresponde. Y Ping, la de al lado. Estudia Derecho y es un poco intensa, pero en el buen sentido, creo. Y luego...

Mientras suelta nombres y breves evaluaciones de carácter de toda nuestra planta, no puedo evitar sonreír. Quizá esto no es exactamente lo que tenía en mente: estar sentada con las piernas cruzadas en una cama mientras mi nueva compañera me enseña mapas detallados de rutas de escape y me dice qué comedor tiene las mejores papas del desayuno.

Pero eso no significa que no se sienta como algo bueno.

Especialmente después del verano que tuve...

—¡Ah, y conocí a un chico que organiza una fiesta esta noche! —la voz de Em irrumpe en mis pensamientos—. Es en una de las casas de la fraternidad. ¡Deberíamos ir!

Se me encoge el estómago con la palabra «fiesta» después de todo lo que Mike me ha contado.

—No sé...

—¡Anda! —da botes sobre sus talones—. ¡Va a ser divertido! Además, va un grupo entero de chicas de nuestra planta. ¡Más vale ir acompañadas!

Intentando cambiar de tema, meto la mano en la mochila para buscar el teléfono, pero mis dedos rozan algo más. Algo que metí ahí esta mañana, casi sin pensarlo.

Las postales.

Se me cierra la garganta cuando saco la primera del montón. La imagen del frente muestra el Puente de Carlos en Praga al atardecer, el cielo una acuarela difuminada de rosas y naranjas. Recuerdo el pequeño puesto del mercado donde la compré.

Con Chris.

—¿Qué es eso? —pregunta Em, asomándose por encima de mi hombro.

—Solo... —meto la postal de vuelta en la mochila—. Un recuerdo.

—¿De un viaje?

Dudo. Preferiría no contárselo, pero tampoco quiero mentirle.

—De un romance de verano que salió mal.

Em se deja caer a mi lado.

—¡Cuéntame!

—No hay mucho que contar —me fuerzo a sonar ligera—. Conocí a un chico viajando. Creí que era algo real. Resultó que tenía novia en casa.

Los ojos de Em se abren como platos.

—¡Qué imbécil!

—Sí —cierro la cremallera de la mochila con más fuerza de la necesaria—. Así que se acabaron los chicos. Al menos por ahora.

—Me parece justo —Em asiente con solemnidad—. Pero ¿sabes cuál es la mejor cura para un corazón roto?

—Déjame adivinar: ¿una fiesta?

—¡Exacto! —me agarra las manos—. Anda, hay tantos chicos guapos en el campus. La mejor forma de superar a alguien es...

—Si dices «meterte debajo de otro», me mudo.

Se ríe.

—Iba a decir «conocer gente nueva y divertirse». Pero tu versión también funciona.

Niego con la cabeza, pero siento una sonrisa tirándome de los labios.

—Eres terrible.

—¡Lo sé! —sonríe radiante—. Entonces... ¿eso es un sí a la fiesta?

Dudo. Lo último que quiero es conocer a alguien con quien salir, especialmente en una fiesta de fraternidad. Pero lo penúltimo que

quiero es disgustar a mi nueva compañera, que me mira con unos ojos tan esperanzados...

—Bueno, iré a la fiesta —suspiro—. Pero no pienso conocer a nadie. Lo digo en serio.

—¡Claro que no! —Em levanta las manos con inocencia—. Solo vamos, bailamos un poco, nos tomamos un par de tragos. Totalmente casual. Nada de chicos.

Algo en su expresión demasiado inocente me dice que ya está tramando presentarme a todos los chicos disponibles de la fiesta, y que tiene una hoja de cálculo mental para hacer de Cupido, pero por ahora, lo dejo pasar.

Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar?



El espejo del baño revela una cara que no reconozco: la mía, pero mejorada por la brujería de maquillaje de Em. Ha transformado mi aspecto habitual de poco mantenimiento en algo sensual a la vez que natural, con sombra de ojos ahumada que hace resaltar mis ojos verdes y dorados y un labial en tono natural que de algún modo hace que mis labios se vean más llenos.

—Eres una maga —le digo a su reflejo mientras da una última pasada de iluminador en mis pómulos.

—Cielo, solo estoy realzando lo que ya está ahí —tapa el iluminador con un gesto teatral—. Aunque el vestido se está encargando de casi todo el trabajo...

Me paso las manos por la tela negra, todavía insegura con el dobladillo que apenas cubre los muslos. El vestido es de Marnie, nuestra vecina de enfrente, que había irrumpido en nuestra habitación veinte minutos antes con un armario entero de opciones colgando de los brazos después de que le dijera a Em que no tenía nada que ponerme.

Si hay algo que no metí en la maleta para la universidad, fue un arsenal de «vestidos de zorra» reveladores, como los había llamado Marnie. Después de una cena rápida, las tres nos habíamos apurado

en arreglarnos, y ahora estamos dando los últimos toques a nuestros atuendos antes de ir a la fiesta de la que sigo dudando.

—Deja de moverte —Em me aparta las manos de un manotazo—. Estás buenísima. O sea, del tipo habría-que-avisar-a-los-bomberos.

—Me siento desnuda —digo, la duda colándose en mi voz—. Normalmente no enseño tanta piel ni en la playa.

—¡Bien! Primera noche de universidad: se supone que hay que desnudarse —sonríe con picardía—. Además, esas piernas merecen ver la luz del día.

Bajo la mirada hacia mis piernas desnudas, alargadas por las sandalias de cuña en las que ella también había insistido.

—Es de noche, Em —digo.

Se encoge de hombros mientras se ajusta el atuendo: un top corto con cuello halter y vaqueros de tiro alto que resaltan su figura esbelta.

—¡Es hora de abrazar a tu fiestera interior!

—No tengo una fiestera interior.

—Todo el mundo tiene una fiestera interior —se echa perfume al aire y camina a través de la nube—. Solo necesito que superes ese romance de verano primero...

Se me encoge el estómago con la mención de Chris.

—Ya lo superé...

—Ajá —alarga las sílabas con escepticismo—. Por eso te pusiste toda callada y melancólica cuando encontraste esa postal.

—No estaba melancólica.

—Estabas totalmente melancólica. O sea, a niveles de Emily Brontë.

No puedo evitar reírme.

—¿Acabas de hacer una referencia a la literatura victoriana?

Se encoge de hombros.

—Me van las almas atormentadas vagando por los páramos.

—No hubo páramos de por medio. Solo un chico que resultó ser menos príncipe y más sapo. De ahí mi postura actual respecto a la especie masculina.

—¿Que es...?

—Embargo total y absoluto.

Suelta un resoplido.

—Mucha suerte con eso en una fiesta de fraternidad.

—Tengo una fuerza de voluntad excelente.

—Claro que sí —enlaza su brazo con el mío—. Pero por si acaso, seré tu compinche. Yo tampoco busco pescar a nadie, así que en el momento en que algún chico se acerque demasiado, apareceré con alguna emergencia elaborada. Tipo: «¡Dios mío, tenemos que irnos ya mismo, alguien se está robando la luna!».

Me echo a reír.

—¿Ese es tu escenario de emergencia?

—Oye, funcionó en Mi villano favorito —agarra su teléfono cuando alguien toca a nuestra puerta—. Seguro son Marnie y las demás. ¿Lista?

Echo un último vistazo al espejo, a esta versión arreglada de mí misma. La chica que me devuelve la mirada parece segura de sí misma: alguien que encaja en una fiesta universitaria, que no sigue arrastrando un corazón roto ni preguntándose si tomó la decisión correcta al venir aquí en vez de tomarse otro semestre libre.

—Tan lista como voy a estar.

Em abre la puerta y aparecen Marnie y otras tres chicas de nuestra planta, todas arregladas y vibrando de emoción previa a la fiesta. El pasillo resuena con su parloteo y risas mientras nos unimos al éxodo de estudiantes que salen a la noche.

El aire de finales de agosto está cargado de humedad, y agradezco que Em insistiera en el rímel resistente al agua. Mientras cruzamos el campus, siguiendo el torrente de estudiantes rumbo a la fiesta, me dejo arrastrar por la energía de todo esto. La expectativa de algo nuevo, algo desconocido.

—Aviso —dice Marnie cuando doblamos la esquina hacia la zona de fraternidades—, me han dicho que esta fraternidad organiza las mejores fiestas, pero la casa es un desastre.

—Define «desastre» —digo.

—Como si una pocilga y una mansión victoriana embrujada tuvieran un hijo, y ese hijo lo criaran lobos sin el menor concepto de diseño de interiores.

—Eso es... muy gráfico.

—Pero preciso —interviene otra chica. ¿Katie? ¿Kaitlyn? Voy a necesitar consultar la hoja de cálculo de Em—. Aunque el rollo embrujado le da su encanto.

—¿Ves? —Em me da un golpecito con la cadera—. Ya hay aventura de sobra y ni siquiera hemos llegado.

Sonrío, obligada a admitir que ya me estoy divirtiendo. Quizá tiene razón. Quizá esto es exactamente lo que necesito: una noche de experiencias universitarias normales para ayudarme a olvidar a Chris y su traición, las postales que siguen en mi mochila como pequeños recordatorios de papel de mi ingenuidad.

El retumbar del bajo se hace más fuerte conforme nos acercamos a una casona victoriana que definitivamente le hace honor a la descripción de Marnie. Cada ventana brilla con luces de colores, y el porche que rodea la casa está atestado de estudiantes con vasos rojos en la mano, gritando por encima de la música.

—Bienvenida a la universidad —dice Em con una sonrisa—. Hora de tomar decisiones cuestionables, aunque las dos estemos fuera del mercado de chicos.

Me río y dejo que me arrastre hacia la casa, sintiéndome ya más ligera de lo que me he sentido en semanas. Por primera vez desde Chris, y desde la carta de rechazo del Rhode Island School of Design —que me llevó al año en el extranjero y a Chris—, siento algo parecido a la emoción agitarse en mi pecho.

Quizá es aquí donde debo estar, pienso mientras cruzamos el umbral hacia el corazón palpitante de la fiesta. Quizá es aquí donde empieza mi verdadera historia.

En cuanto estamos dentro, entiendo por qué Em insistió en las sandalias de cuña. El suelo está pegajoso de bebidas derramadas, y recorrerlo con zapatos planos habría sido como caminar por un pantano de brea. La música me golpea como una fuerza física: un remix de electrónica que hace imposible conversar sin gritar.

—¡Primero tragos! —grita Em por encima del bajo, agarrándome la mano—. ¡Después bailamos!

He ido a fiestas antes, pero siempre eran reuniones íntimas en sótanos o patios de amigos mientras sus padres no estaban. Esto es

diferente. Esto es el caos hecho carne: cuerpos apretados en todas direcciones, el aire espeso de sudor y cerveza barata, y algo más dulce.

Probablemente lo que sea que estén sirviendo con cucharón de los botes de basura.

El pensamiento me da asco mientras nos abrimos paso entre la multitud, con Em abriendo camino con la determinación de un misil teledirigido fijo en su objetivo. La distribución de la casona victoriana es confusa, como si la hubiera diseñado un arquitecto después de varios tragos de absenta de más, y pronto estamos solas.

—¡Creo que perdimos a las demás! —le grito a Em.

Se vuelve con una sonrisa.

—¡Ya nos encontrarán! ¡Vamos!

Nos colamos junto a una pareja besándose contra el marco de una puerta —hola, universidad— y por fin emergemos en lo que, supongo, alguna vez fue un comedor formal. Ahora se ha transformado en la central de la fiesta, con una barra improvisada que le provocaría un aneurisma a cualquier inspector de sanidad.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Em, ya estirando la mano hacia un vaso rojo.

—Lo que tenga menos probabilidades de dejarme ciega.

Se ríe y sirve con un cucharón algo azul fluorescente en dos vasos.

—Con esto basta...

—¿Qué es eso? —pregunto, arrugando la nariz con cierta repugnancia.

—Especialidad de la casa —se ríe un chico de la fraternidad que está cerca—. No preguntes qué lleva...

—Aquí tienes, una negación plausible —sonríe Em mientras me pasa mi vaso.

Acepto el vaso y doy un sorbo tentativo. Es sorprendentemente no totalmente terrible: dulce y afrutado, con un trasfondo de lo que podría ser vodka o podría ser disolvente. Difícil de saber, pero es fuerte, y puedo notar que me va a pegar antes de lo que pienso. Unos cuantos más, y... bueno... podría no ser bonito...

—No está mal, ¿verdad? —Em le da un buen trago al suyo—. Ahora, vamos a...

Una oleada en la multitud nos separa de repente, un grupo de chicos abriéndose paso sin detenerse por nadie. Trastabillo hacia atrás, perdiéndome entre la masa, la bebida agitándose peligrosamente cerca del borde del vaso. Para cuando me recupero, miro alrededor, pero no veo a nadie conocido.

—¿Em? —grito, pero la música se traga mi voz.

Alcanzo a verla desaparecer entre la multitud, pero antes de que pueda seguirla, otra oleada de gente barre la cocina, arrastrándome en dirección contraria. Acabo pegada a una pared, viendo el caos desplegarse a mi alrededor.

Genial. Suspiro. Quince minutos y ya perdí a mi compañera, a las chicas de mi planta y toda orientación en este delirio arquitectónico.

Doy otro sorbo a mi bebida, más grande esta vez. Lo dulce no alcanza a disimular del todo el ardor del alcohol, pero quizá eso no sea tan malo. Estoy a punto de intentar desandar mis pasos cuando noto algo raro en la pared contra la que estoy apoyada.

Se está... ¿moviendo?

No, no solo moviéndose. Respirando.

Me giro de golpe y me encuentro cara a pecho con alguien que definitivamente no es una pared, aunque está construido como una. Inclino la cabeza hacia atrás, siguiendo la línea de un pecho muy agradable hasta un rostro que me corta la respiración.

No, me digo con firmeza. No, no, no. Recuerda el embargo.

—Perdona —digo, aunque dudo que me oiga con claridad por encima de la música—. Creí que eras una pared.

—Eso me lo dicen mucho, la verdad —sus labios se curvan, y me pregunto si estoy a punto de conectar con alguien, a pesar del embargo—. Yo...

Pero antes de que termine la frase, su cara se relaja. Luego se pone verde. Y entonces...

Ay, no.

Salto hacia atrás justo a tiempo cuando se dobla y vomita espectacularmente, fallándole a mis sandalias de cuña por centímetros. La multitud cercana se abre como el mar Rojo, creando

un círculo de espectadores horrorizados a nuestro alrededor. Más de uno le grita que no está bien vomitar adentro, pero yo estoy más concentrada en asegurarme de esquivarlo.

El quizá-pared-quizá-chico-guapo se endereza, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—N-no me siento muy bien —murmura, y vuelve a vomitar.

Y por esto es que renuncié a los chicos, pienso mientras retrocedo aún más del charco creciente. Y a las fiestas.

Después de un último escaneo en busca de Em o cualquier otra persona que reconozca, el pánico empieza a colarse. El aire se siente espeso, pesado con el calor corporal colectivo de demasiada gente apiñada en un espacio demasiado pequeño. La piel me hormiguea de sudor, y el olor agri dulce de bebidas derramadas y vómito tampoco ayuda.

Saco el teléfono y le escribo un mensaje rápido a Em:

Me voy de aquí. Escíbeme cuando termines de vivir tu mejor vida.

No hay respuesta inmediata. No me sorprende.

Diviso una puerta corrediza de vidrio entre la multitud y me abro paso hacia ella, esquivando codos y bebidas con la agilidad de alguien que de verdad no quiere terminar bañada en la cerveza de un desconocido. La puerta da a un patio trasero que también está lleno de gente, aunque notablemente menos que adentro.

La música llega amortiguada aquí fuera, y el aire nocturno se siente como la gloria contra mi piel sofocada. Respiro hondo varias veces, intentando calmar mi corazón acelerado. Pero, conforme mi cuerpo se enfría y mi mente se calma, de repente tengo frío. El vestido que parecía perfecto para bailar ahora se siente lamentablemente insuficiente.

—No debí dejar que Em me convenciera de esto —murmuro, abrazándome a mí misma.

Pero cualquier rabia o resentimiento se apaga rápido. No les debo nada ni a Em ni a las demás. Diablos, apenas las conozco, y parte de su camino en la universidad es encontrar su propio rumbo, igual que el mío. Y a pesar de que la fiesta fue un fiasco, el resto de mi primer día en el campus de Pine Barren fue bastante genial.

Em incluida.

Pensar en ella me hace revisar el teléfono. Sigue sin respuesta a mi mensaje. Las demás probablemente se la están pasando increíble, y yo estoy aquí fuera compadeciéndome porque Chris me rompió el corazón, plantada junto a una piscina inflable de niños llena de... ¿eso es gelatina?

La universidad es rara.

Y estoy a punto de dejar la fiesta atrás cuando me sobresalta una voz masculina detrás de mí.

—Oye.

dos

DECLAN

PRIMER ENTRENAMIENTO, y ya lo estoy sintiendo.

Después de que Linc suelta un pase, el disco golpea mi palo con un chasquido satisfactorio, y ya estoy en movimiento antes de que mi cerebro reaccione. El instinto puro toma el control mientras me escurro entre Maine y Mike, mis patines trazando líneas limpias sobre el hielo recién hecho.

Veo una apertura y la aprovecho, preparándome para un tiro a portería. Rook —todavía lo bastante verde como para picar— muerde el anzuelo. Cuando anticipa un tiro alto, los hombros se le tensan ligeramente. Ahora mismo, los tiene tan relajados como un novato en su primera fiesta con barril, y bien podría haber un letrero de neón señalando la portería.

Disparo el disco alto y a la izquierda.

Gol.

—Hijo de puta —gruñe Mike detrás de mí, mientras Rook niega con la cabeza—. ¿Cómo coño te volviste tan rápido de repente?

—Mientras tú te dedicabas a subir fotos provocativas a Instagram todo el verano. —Patino hacia atrás, sonriendo—. Algunos de nosotros sí entrenamos.

—Y una mierda —se ríe Mike—. Vi tus stories: te pasaste la mitad del tiempo pintando vacas, graneros y esas cosas.

—Paisajes —lo corrijo, volviendo al centro de la pista—. Y hacía varias cosas a la vez. Cardio por la mañana, arte por la tarde. Gestión del tiempo, ¿te suena?

Maine resopla al pasar deslizándose junto a mí.

—Sí, claro, porque eres todo un experto en gestión del tiempo. ¿No fue por eso que te perdiste la barbacoa del equipo la semana pasada?

—Estaba trabajando en una pieza.

—Estabas desmayado en tu departamento con la cara cubierta de carboncillo —grita Linc desde el banquillo—. Tengo las fotos como prueba.

Le levanto el dedo medio sin mirarlo.

—Borra eso, o le cuento a todo el mundo lo de aquella vez que tú...

—¡Ya está borrado! —chilla Linc—. ¡Nunca existió!

Mike golpea su palo contra el poste.

—¿Estamos aquí para chismear o para jugar hockey, imbéciles?

—Ay. —Le pestañeo con coquetería—. ¿Estás de mal humor porque te anoté? ¿Necesitas una siesta? ¿Un vasito de leche calentita?

El disco viene volando hacia mi cabeza tan rápido que apenas tengo tiempo de agacharme.

Sonríó mientras pasa por encima, pero me alegra estar de vuelta. Y cuando nuestras bromas se apagan y volvemos a posición, la pista queda en silencio salvo por el sonido de las cuchillas cortando la escarcha... tranquila, comparada con lo que será una vez empiece la temporada y las gradas se llenen de aficionados gritando.

Ahora mismo somos solo nosotros —mis hermanos y yo— y el hielo.

No hay ningún lugar donde preferiría estar, excepto quizá frente a un lienzo en blanco.

Mike y yo somos amigos desde hace años, y ahora que estamos en último año, empezamos a pensar en lo que viene después. Maine, en tercero, y Linc, en cuarto, son los otros dos miembros centrales de nuestro grupo, ambos con aspiraciones de jugar en la NHL.

Vamos de nuevo. Esta vez, Mike ha ocupado el puesto de Rook en la portería, para enseñarle al chico cómo se hace. Cuando me acerco al arco, Mike está listo. Su postura es perfecta, su concentración afilada como un láser.

Pero tengo algo nuevo bajo la manga: un movimiento que practiqué todo el verano, inspirado en videos antiguos de Nicklas Lidström. Es complicado, requiere precisión en el tiempo y en el control, pero si lo ejecuto bien...

El disco baila sobre mi palo mientras me acerco. Los ojos de Mike se estrechan, intentando leer mi intención. En el último segundo, desplazo mi peso, rotando el palo en un movimiento fluido que lanza el disco por el aire en un arco elegante.

Mike se lanza, pero llega una fracción tarde. El disco golpea el fondo de la red con un toc satisfactorio.

—Joder —susurra Rook desde algún punto detrás de mí—. Eso fue...

—Puto arte —termina Linc.

Intento mantener la compostura, pero el orgullo me hincha el pecho. Ese movimiento me llevó semanas perfeccionarlo, horas de práctica mientras el sol de Montana asaba el asfalto de nuestra pista improvisada. Mi padre pensaba que estaba loco, practicando hockey en patines en línea a treinta y pico grados, pero —como siempre— mi madre lo entendió.

Mike saca el disco de la red, su expresión una mezcla de fastidio y respeto.

—¿Dónde aprendiste eso?

—En la Universidad de YouTube. —Me acerco patinando, bajando la voz—. Programa de verano. Muy exclusivo.

—Capullo. —Pero ya está sonriendo—. En serio, estás que ardes hoy. Lo que sea que hayas hecho en verano, funcionó.

Tiene razón. Me siento más afilado, más centrado. El entrenamiento extra —horas de pesas y cardio— dio resultados, pero es más que eso. Por primera vez en mucho tiempo, me siento equilibrado. El hockey ya no consume cada segundo de vigilia como antes. El curso de pintura de paisajes que tomé, las horas llenando mi cuaderno de bocetos...

Todo me ha llevado a ser una mejor versión de mí mismo.

No es que fuera a admitírselo a Mike. Apoya mi arte, pero no entendería cómo en realidad me hace mejor jugador. Cómo perderme en el flujo de crear me despeja la mente, hace que mis movimientos sobre el hielo sean más fluidos e instintivos.

—¡Muy bien, señoritas! —La voz del entrenador Barrett retumba por toda la pista—. Suficiente lucimiento. A las duchas.

Cruzo una mirada con Mike, sorprendido de que el entrenador nos haya dejado salir tan fácil en el primer entrenamiento, pero obedecemos. Dejamos que los demás salgan primero, y mientras entramos juntos al vestuario, el olor familiar a sudor y equipo me golpea como una pared.

El entrenador nos sigue adentro, la carpeta bajo el brazo. Tiene esa cara: la que significa que nos va a soltar un discurso.

—Princeton —dice.

—Dentro de una semana —artículo sin voz, porque es el mismo discurso del año pasado—. Quiero cabezas frías y estómagos llenos. Nada de beber, nada de estupideces...

—Dentro de una semana —dice el entrenador, la voz retumbando mientras nos quitamos el equipo—. Quiero cabezas frías y estómagos llenos. Nada de beber, nada de estupideces...

Mike me da un puñetazo en el brazo y compartimos una sonrisa cómplice. Pero la sonrisa esconde la inquietud que siento. No son nervios —ya no me pongo nervioso antes de los partidos—, sino anticipación. Princeton es un rival duro, y este año tienen un novato estrella en el centro que está dando de qué hablar.

—Su nuevo centro —continúa el entrenador, como si me leyera la mente— metió el gol de la victoria para Canadá en el Mundial Junior. El chico tiene talento.

—Sí, pero nuestro centro fue reclutado por la NHL recién salido de la secundaria —interviene Mike—. ¿Verdad, Dec?

—Eso fue hace años. —Siento el calor subiéndome por el cuello—. Y les dije «no, gracias» para poder pasar el rato con ustedes, imbéciles...

—Sigue contando. —Mike sonrío y me da una palmada en la espalda—. Una vez material de la NHL, siempre material de la NHL.

Me concentro en desatar mis patines, intentando ignorar el coro de aprobación de mis compañeros. Nunca me he sentido cómodo con este tipo de atención. Sobre el hielo, claro —eso es diferente, eso es demostrar en vez de hablar—, pero hablar de ello, incluso entre estos tipos, me pone la piel de gallina.

Sigue un momento de silencio incómodo, roto por el carraspeo del entrenador.

—Como iba diciendo —retoma—, Princeton es duro. Pero tenemos algo que ellos no.

—Sí —dice Mike, poniéndose de pie y empujando las caderas hacia delante, el suspensorio sin hacer mucho por ocultar el bulto de ahí—. Tenemos...

—Un equipo, Altman. Guárdatela. —El entrenador lo corta con una mirada fulminante—. El hockey no es un espectáculo de un solo hombre. Se trata de trabajar juntos, leer los movimientos del otro, anticipar las jugadas antes de que sucedan. Eso es lo que hace que un equipo sea imparable.

Mientras el entrenador sigue con su discurso, los chicos se van encendiendo, hablando unos encima de otros sobre cómo vamos a «destrozar» a Princeton. El entrenador nos ladra que lo guardemos para el partido, pero le capto el atisbo de una sonrisa bajo su expresión severa. Es duro, pero hay una razón por la que alguien que podría haberse jubilado hace años sigue aquí...

—Canalicen esa energía en los entrenamientos —dice—. Los quiero listos para...

—¡Diezmarlos! —grita alguien.

—¡Aniquilarlos! —añade otro.

—¡Hacerlos completamente mierda! —Ese es Linc, sin duda.

El entrenador levanta las manos, estupefacto, y se va. Después de algunas risas compartidas, algunos de los chicos se dirigen a las duchas, todavía llenos de energía. Yo me quedo atrás para terminar de guardar mi equipo. Mike también se rezaga, esperando a que estemos más o menos solos antes de hablar.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja—. Lo de antes, lo de la NHL...

—Estoy bien. —Cierro la cremallera de mi bolsa—. Solo desearía que la gente lo dejara pasar.

—Están orgullosos de ti, hermano. Hace falta tener huevos para rechazar la NHL por la escuela de arte.

Resoplo.

—No es una escuela de arte. Es una carrera normal con especialización en arte.

—Lo mismo da. —Me da un golpe con el hombro—. Lo que digo es que hace falta valor.

O ser idiota, pienso, repitiendo las palabras de mi padre en aquel momento. Rechazar un boleto dorado para ponerse a pintar con los dedos...

Sus palabras me dolieron entonces, y todavía duelen, pero no estoy seguro de que estuviera equivocado. Había tenido miedo en ese momento. Miedo de comprometer toda mi vida con el hockey antes de tener la oportunidad de explorar otras pasiones. Miedo de mirar atrás en veinte años y preguntarme «¿y si...?».

Pero no digo nada de eso. En vez de eso, asiento y me dirijo a las duchas.

Bajo el agua caliente, dejo que mi mente se vaya al lienzo que me espera en el departamento. Estoy trabajando en una pieza nueva —una interpretación abstracta del movimiento sobre el hielo, toda líneas envolventes y energía dinámica— que todavía no está del todo bien.

Quizá eso es lo que mis compañeros no entienden. El arte no es solo un pasatiempo para mí, ni siquiera una posible carrera. Es parte de quien soy, tanto como el hockey. No son entidades separadas sino fuerzas complementarias, cada una haciéndome mejor en la otra.

Pero intenta explicarle eso a un grupo de tipos que creen que el arte es simplemente «dibujar arbolitos».

—¿Copas esta noche, caballeros? —pregunta Linc mientras nos duchamos—. Hay una fiesta en...

—Paso. —Cierro el agua, pensando en la pintura que me espera en casa—. Tengo planes.

—Déjame adivinar. —Mike me tira una toalla a la cabeza—. ¿Cita ardiente con tu cuaderno de bocetos?

Atrapo la toalla sin mirar.

—Al menos mi cita no va a desaparecer después.

—¡Eso fue una vez! —protesta Mike.

—Tres veces —corrige Linc—. ¿Te acuerdas de la chica de...?

—¡De ella no se habla! —Mike apunta con un dedo amenazante—. Nunca.

Me enrolló la toalla a la cintura, sonriendo.

—¿Y qué hay de la que...?

—¡Olvídense de todo eso!

—Vamos, Dec. —El tono de Linc pasa de broma a sincero—. Una noche fuera no te va a matar.

—Estoy trabajando en algo —protesto mientras me seco y voy hacia mi casillero.

—Tu hobby puede esperar. —Maine se suma, y me tenso ante su elección de palabras—. Ven a pasar el rato con personas de verdad por una vez.

Respiro a través de la irritación. No lo entienden. Para ellos, el arte es simplemente algo que hago para matar el tiempo entre entrenamientos y partidos. No entienden cómo me consume a veces, cómo un lienzo en blanco puede ser tan irresistible como el hielo recién hecho.

—No es un hobby —digo en voz baja, pero con firmeza.

—Una hora, hermano. —La voz de Mike es baja—. Lo entiendo, pero venga...

Me paso la camiseta por la cabeza, ganando tiempo. Mike es mejor que los demás, pero tampoco lo entiende del todo. Aun así, es importante para mí —mi mejor amigo— y el capitán del equipo, y con Princeton a una semana, quizá unas horas de convivencia nos ayuden a conseguir la victoria.

Además, tengo toda la tarde para trabajar en mi arte.

—Está bien —suspiro, cediendo—. Una hora.

—¡Sí! —Linc levanta el puño—. Confía en mí, valdrá la pena.

—¿Dónde es la fiesta? —Levanto una ceja mientras me pongo los vaqueros.

—En Beta Ga...

—¿Una fiesta de fraternidad? ¿En serio? —Suspiro—. ¿No podemos simplemente tomarnos unas cervezas en O'Neil's?

—No es lo que piensas —protesta Linc—. Es tranquila. Solo gente pasando el rato...

—Venga —me anima Mike—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Pienso en la última fiesta de fraternidad a la que fui: los suelos pegajosos, la música ensordecedora, el olor a cerveza barata y a perfume aún más barato. Y, peor aún, el pequeño ejército de novatas que se lanzan sobre cualquiera que parezca un deportista universitario...

—Está bien —concedo—. Pero me voy si alguien me vomita encima.

—¡Oye, estaba buena! —se ríe Mike—. Podrías haber...

—Linc lo hizo —me río, sintiéndome cómodo de nuevo—. Después de que ella vomitó...

—¡Eh! —Linc cierra su casillero de un portazo—. Le di una pastilla de menta...

No puedo evitar reírme mientras termino de vestirme. Estos idiotas puede que no entiendan mi arte, pero siguen siendo mis hermanos. Y quizá una noche fuera no me mate.

Pero primero, tengo un sombreado que arreglar.



Los graves de la fiesta retumban a través de las suelas de mis zapatos, incluso a una cuadra de distancia. Tengo pintura seca bajo las uñas, y lo último que quiero ahora mismo es cambiar la tranquilidad de mi departamento por el caos que sea que la fraternidad esté cocinando.

—Vamos, hermano. —Mike trota de espaldas frente a mí, su entusiasmo dándome ganas de dar media vuelta e irme a casa todavía más—. Va a ser divertido.

—Tu definición de diversión necesita una revisión. —Suspiro—. O'Neil's está ahí mismo. Podríamos jugar al billar, tomar cerveza que

no nos cause daño cerebral...

—No. —Linc me agarra del hombro, guiándome más allá del resplandor acogedor del letrero de neón del bar—. Lo prometiste.

La culpa da en el blanco.

—Está bien. —Suspiro mientras doblamos la esquina hacia la zona de fraternidades—. Pero es bajo coacción.

La música se hace más fuerte con cada paso, hasta que apenas nos oímos. Al acercarnos a la monstruosidad victoriana que alberga la fraternidad, veo que el porche envolvente está abarrotado de gente, vasos rojos en mano, y más derramándose sobre el jardín delantero.

Pero, lo peor de todo, los graves pegan fuerte ahora, algún remix de electrónica que probablemente empezó su vida como una canción perfectamente buena antes de que alguien la asesinara.

—Me voy, chicos...

—Dec. —Mike me agarra del brazo, deteniéndome—. Danos una hora, y después puedes irte a casa a rumiar.

—Yo no rumio.

Los dos se me quedan mirando.

—Mucho —añado.

—Venga. —Linc sube los escalones del porche—. La primera ronda va por mí.

—Es una fiesta de fraternidad —señalo—. Las bebidas son gratis.

Pero ya me están arrastrando adentro, hacia la masa de cuerpos y la música ensordecedora. El interior de la vieja casa es exactamente lo que esperarías de un grupo de universitarios viviendo juntos: muebles dispares, manchas sospechosas en la alfombra y lo que parece un cono de tráfico usado como perchero.

Nos abrimos paso hasta la cocina, donde, efectivamente, hay varios botes de basura llenos de algo que brilla en un tono de azul antinatural. Observo a un tipo servirse con un cucharón, y el líquido deja un rastro luminiscente en el aire.

—Eso no puede ser legal —le digo a Mike.

Sonríe y agarra tres vasos.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—Paso. —Rechazo con la mano el vaso que intenta darme—. Elijo vivir.

—Tú te lo pierdes. —Le da un trago largo e inmediatamente empieza a toser—. Joder.

—¿Suave?

—Como gasolina para encendedor. —Mike se ríe—. Pero el dolor es la debilidad abandonando el cuerpo.

Estoy a punto de explicarle la falacia lógica cuando Mike se endereza de repente a mi lado, la atención fija en algo —o alguien— al otro lado de la sala. Sigo su mirada hasta un grupo de chicas junto a la puerta corrediza de cristal, e incluso con la poca luz puedo ver que su foco está en la rubia alta del centro.

—Hermano —dice Mike, dándome con el codo—. Mira eso.

—Prefiero no hacerlo —digo.

—Venga, hermano. ¿Cuándo fue la última vez que te enrollaste con alguien?

Resoplo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una relación que durara una semana?

Hace una mueca.

—Golpe bajo.

—La verdad duele. —Me río.

—Mira —dice Mike—. Lo único que digo es que te vendría bien un poco de diversión.

Sigo su mirada otra vez. La rubia es guapa, se lo concedo. Y, si no otra cosa, parece que definitivamente está buscando pasarla bien. Pero hay algo calculado en la forma en que sigue lanzando miradas hacia nosotros, como si nos estuviera evaluando. Como si estuviera cazando.

—Toda tuya —digo.

—¡Tú te lo pierdes! —me grita Mike.

Me giro hacia Linc.

—¿Mencionaste algo de cerveza?

—Refrigerador con llave arriba. —Linc señala vagamente hacia el techo—. Mi amigo tiene las buenas escondidas. Vamos.

Nos abrimos paso entre la multitud, esquivando novatos borrachos y lo que parece ser un círculo de baile improvisado formándose en la sala, listo para pulverizar lo que queda de los muebles. Las escaleras crujen ominosamente bajo nuestros pies; esta casa definitivamente ha visto tiempos mejores.

La habitación es sorprendentemente ordenada comparada con el caos de abajo. Linc abre un refrigerador metido en la esquina, revelando filas de cerveza artesanal de verdad. Agarro una botella de IPA local, silenciosamente agradecido por algo que no hará que mi hígado pida clemencia.

—¿Ves? —Linc abre su cerveza—. No está tan mal, ¿no?

Le doy un trago.

—La cerveza no está mal. La fiesta sigue siendo horrible.

—Solo estás enojado porque tuviste que dejar de trabajar en tu arte.

—Estoy enojado porque la música electrónica es una ofensa a la música en general.

—¡Linc! —Alguien llama desde la planta baja—. ¡Beer pong! ¡Nos falta un cuarto!

A Linc se le ilumina la cara.

—¡Ya voy! —Se vuelve hacia mí—. ¿Vienes?

—Paso total.

—Tú te lo pierdes. —Se dirige a la puerta, luego se detiene—. Intenta divertirte, ¿vale? Habla con gente.

—Yo hablo con gente.

—El equipo no cuenta. —Desaparece en el pasillo y me grita mientras se aleja—. Tampoco los compañeros de clase, los profesores ni los miembros de tu familia.

Salgo de la habitación y me apoyo en el rellano de la escalera, observando la escena de abajo. La fiesta se ha llenado aún más, si es que eso es posible. La sala es un mar de cuerpos moviéndose al ritmo, mientras grupos de gente se aglomeran en los bordes, gritando conversaciones por encima de la música.

Mi atención se detiene en un grupo de novatas apiñadas cerca de la puerta principal, cuyo lenguaje corporal grita incomodidad. Una no para de revisar el teléfono mientras otra se tira del vestido,

bajándose el dobladillo. Recuerdo esa sensación: la incertidumbre incómoda de esas primeras fiestas universitarias, intentando descubrir dónde encajas.

Yo tuve suerte; el equipo de hockey me había dado un grupo al instante. Pero aún recuerdo entrar en aquella primera fiesta sintiéndome como un impostor en mi propia piel. Entonces una chica borracha salió tambaleándose de la cocina y procedió a vomitar sobre mis zapatos.

Buenos tiempos.

Un alboroto desde la cocina me llama la atención. Un tipo está vomitando a chorro sobre una maceta mientras sus amigos lo vitorean. Con clase, pero al menos mis zapatos se salvan. Entonces veo a Mike subiendo las escaleras con la rubia cazadora de antes.

Hora de una retirada estratégica.

Bajo con mi cerveza y salgo por la puerta trasera, agradecido por el aire fresco. El jardín de atrás está menos abarrotado, aunque todavía salpicado de pequeños grupos. Encuentro un tocón en una esquina del patio, lo suficientemente lejos de la casa como para que la música quede amortiguada en un golpeteo sordo.

Es el punto de observación perfecto para mirar a la gente. Es una de las mejores cosas que se pueden hacer en estas fiestas: a veces me da inspiración para una pintura o un boceto, y a veces una buena carcajada.

Una chica a la que conozco vagamente —¿Sarah? ¿Sienna?— parece estar manteniendo una conversación telefónica acalorada. Su mano libre corta el aire mientras camina de un lado a otro, y hasta desde aquí puedo ver el rubor de rabia en su cara. Supongo que el pobre tipo al otro lado de la línea está pasando una mala noche...

—¡No, escúchame tú! —le grita al teléfono—. ¡Me da igual que no sea tan guapa como yo, no tendrías que haberle metido la polla en la boca!

Intentando no soltar una carcajada, le doy otro trago a mi cerveza, acomodándome para lo que promete ser entretenimiento de primera. Una cerveza, diez minutos observando a Sarah/Sienna, y me largo. Pero entonces un movimiento cerca de la puerta corrediza de cristal me llama la atención.

Una chica sale de la casa, y se me corta la respiración.

Lleva un vestido negro que abraza unas curvas capaces de hacer pecar a un santo, y es hermosa de una forma que me hace picar los dedos por un lápiz: toda líneas elegantes y ángulos gráciles, con rizos oscuros enmarcando el tipo de rostro que pertenece a un retrato.

Pero no es solo su cuerpo lo que atrae mi atención, sino la forma en que se mueve, como si estuviera lista para defenderse en batalla. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho —ya sea por frío o por incomodidad, no lo distingo— y hay tensión en cada línea de su cuerpo.

Hay algo vulnerable en su expresión que me hace querer... no sé. ¿Ayudar? ¿Proteger? Ambas cosas suenan condescendientes, especialmente porque parece perfectamente capaz de manejar la situación ella sola. Pero también parece como si esta noche no hubiera estado a la altura de sus expectativas.

Conozco esa sensación.

Cruza el patio con paso decidido en unas sandalias de cuña, la mirada fija en el suelo como si la hubiera ofendido personalmente. Continúa su marcha resuelta hasta que se detiene junto al charco de gelatina a pocos metros de mi tocón, y lo mira con asombro absoluto.

Luego suelta un resoplido de exasperación que es adorable a más no poder.

Debería dejarla en paz. Claramente salió aquí para alejarse de la gente, igual que yo, y un desconocido hablándole tiene más probabilidades de asustarla que cualquier otra cosa. Pero hay algo en la forma en que está fulminando la nada con la mirada que me hace querer conocerla.

—Hola —digo, antes de poder convencerme de lo contrario.

Se da la vuelta de golpe.

Por un momento, creo que de verdad podría arrancarme la cabeza.

Pero entonces sus ojos encuentran los míos, y... oh.

tres

LEA

—OYE.

Me tenso cuando un chico cerca me llama. Mi primer instinto es decirle a quien sea que se largue —no estoy de humor para los intentos borrachos de ligar de algún tipo de fraternidad, teniendo en cuenta que ya casi me vomita encima el muro humano. Pero algo en el tono me hace darme la vuelta.

Y... oh.

Está sentado en un tocón, una pierna recogida, la otra estirada frente a él. Las luces de la fiesta que salen de dentro iluminan los ángulos marcados de su cara, bañando la mitad en un dorado cálido, la otra en sombra. El pelo oscuro le cae sobre la frente en un desorden estudiado.

El corazón me da un vuelco en el pecho, y me descubro recorriéndolo con la mirada de arriba abajo.

Es guapísimo. Músculos para rato, y es alto. Lo mejor de todo es que no me transmite las vibras de imbécil que emiten muchos tíos, y el hecho de que esté aquí fuera en vez de empinándose el cóctel del cubo de basura o tirándose a alguna novata borracha le da al menos alguna posibilidad de no ser un idiota.

Mientras lo evalúo, él me observa, y sus labios se curvan en una ligera sonrisa. Y madre mía. No es solo que esté bueno —que lo está, totalmente— sino que es esa sonrisa. Una tímida, sutil, que no

grita: «Voy a tirarte los trastos porque eres una novata sola en una fiesta de fraternidad».

Para ya, Lea. Se acabaron los tíos, me grita mi mente. ¿Embargo, recuerdas?

Pero incluso mientras lo pienso, y aparto a la fuerza los pensamientos sobre Chris y el desamor, sé que estoy en problemas. Porque este chico es mi tipo —del tipo que me hace querer agarrar mi cuaderno de bocetos y volverme loca— y la forma en que sus ojos están clavados en mí sugiere que el sentimiento podría ser mutuo.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz ronca, como si hubiera estado gritando por encima de la música dentro.

Me tenso un poco ante lo presuntuoso de la pregunta. —¿Por qué no iba a estarlo?

—Parecías bastante cabreada cuando saliste. —Su sonrisa se ensancha ligeramente—. Como si estuvieras a punto de declararle la guerra a esa piscina de gelatina... o tirarte de cabeza...

La tensión se disipa de inmediato y me río. —¿Con este vestido?

Aprovecha la mención de mi ropa como invitación para recorrerme con la mirada otra vez, pero no se siente invasivo ni siniestro. —Podrías meterte hasta las rodillas sin mancharte nada...

—Paso. —Echo un vistazo a la piscina de aspecto tóxico llena de gelatina verde—. Si el alcohol de dentro es un indicador, lo que hay en esa piscina me va a derretir los zapatos...

Se ríe y se mueve en el tocón, haciendo sitio. —Parece que esos zapatos te están torturando, ¿quieres sentarte?

No se equivoca. Me siento con cuidado en el borde del tocón, dejando escapar un pequeño suspiro de alivio. —Estos definitivamente no están hechos para caminar.

—Ni para estar de pie. Ni para existir en nuestro plano actual de la realidad. —Estudia mis cuñas—. Aunque hacen que tus piernas se vean increíbles.

El calor me sube por el cuello con el cumplido, pero su tono es más de observación que de baboso. Y algo en este chico me tranquiliza —quizá es la forma en que mantiene una distancia respetuosa, incluso cuando estoy justo a su lado.

—Gracias. Creo. —Me ajusto el vestido, de pronto muy consciente de lo corto que es—. Dejé que mi compañera de cuarto me vistiera.

—Ah, la confianza ciega de la amistad nueva. —Sonríe—. ¿Qué tal te está funcionando esta noche?

—Bueno, estoy sentada en un tocón a la una de la mañana con un desconocido, así que... —Me callo, dudando de cuánto le estoy contando a este tío.

Debe de leerme la expresión, porque añade: —Información completa: yo solo estoy aquí fuera porque odio el EDM, odio las fiestas como esta, y me gusta el aire. Además, llevo como diez minutos viendo a esa chica... ¿Sarah? ¿Sienna? —Señala con la cabeza hacia la mujer que grita al teléfono—. ...destruir a un tal Brad. Es mejor que Netflix.

No puedo evitar sonreír. —¿Qué hizo Brad?

—Bueno, de momento acumula tres cargos de ser un «mentiroso, tramposo y cabrón» y un cargo de «pensar con la polla en vez de con el cerebro». —Pone cara seria—. El caso de la fiscalía parece bastante sólido, aunque a veces parece a punto de retirar los cargos...

Esto me arranca una risa larga y genuina. —Parece que Brad lo está pasando peor que yo.

—Entonces sí estás pasándolo mal. —Su expresión se vuelve comprensiva—. ¿La fiesta no está a la altura de las expectativas?

No llegamos a tocarnos, pero puedo sentir el calor que irradia de él, acelerándome el pulso. —Se podría decir.

—Déjame adivinar. Tus amigas te arrastraron aquí prometiéndote «la experiencia universitaria» y luego te abandonaron a merced de los chicos de fraternidad.

—Eso es... inquietantemente preciso. —Le dedico una sonrisa pícaro—. ¿Y tú? ¿Mala noche?

—Qué va. —Da un trago a una botella de lo que parece cerveza decente de verdad—. Es solo que no me interesa mucho, después de que mis amigos básicamente me secuestraran esta noche.

—¿Y eres de alguna fraternidad?

—Ni de coña —se ríe—. Vivo en un apartamento fuera del campus...

—O sea que no eres de ninguna fraternidad y no querías venir —digo, con cuidado—. Y sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy. —Se encoge de hombros—. Si siempre hiciera lo que quiero —encerrarme en mi cuarto a dibujar— sería un amigo bastante mierda, y...

Se me corta el aliento, interrumpiéndolo. —¿Dibujas?

—Sí, yo... —Se calla, estudiándome con renovado interés—. ¿Por qué? ¿Tú también?

—Estudio Bellas Artes —admito—. Aunque después de esta noche, estoy considerando seriamente cambiarme a algo que requiera menos interacción social, como tanatopraxia.

—¿O biología? Para descubrir qué lleva el ponche. —Se ríe, y el sonido me provoca cosas peligrosas por dentro—. ¿Tan mala noche, eh?

—A ver. Me separé de mis amigas, casi me vomitan encima, me tiró los trastos alguien que pensé que era una pared, casi me tuerzo el tobillo con estos zapatos estúpidos... —Resoplo y echo un vistazo a la casa, donde la música de alguna forma se ha puesto aún más alta—. ¿Crees que nuestros amigos se darán cuenta si no volvemos?

—Probablemente no. Aunque te aviso: si nos quedamos aquí mucho más, puede que presenciemos a los novatos de la fraternidad haciendo su tradicional actuación de medianoche de Sweet Caroline, completamente en pelotas, de pie encima de barriles de cerveza... y, bueno, hay cosas que no puedes dejar de ver una vez que se te han grabado en las retinas...

—Estás de broma.

—Ojalá. —Se estremece de forma dramática—. Nunca volveré a ser el mismo.

Me río otra vez, sorprendida de lo fácil que resulta esto. Lo natural. Quizá es la hora, o la forma en que la fiesta parece lejana aquí en nuestro pequeño rincón del jardín. O quizá es simplemente él —este chico guapo que dibuja y me hace reír y no parece importarle que básicamente sea un desastre andante esta noche.

No lo hagas, advierte la voz en mi cabeza que suena sospechosamente como mi madre. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que te dejaste llevar por un desconocido encantador?

Pero esto se siente distinto a lo de Chris.

Menos como dejarse llevar, más como... encontrar suelo firme.

Cállate, pienso, desterrando mis pensamientos estúpidos. No es como si estuviéramos haciendo nada... (¿todavía?)...

Me tiende la mano y su sonrisa se ensancha, y oh, eso no es nada justo. —Declan. Todo el mundo me llama Dec.

—Lea. —Le estrecho la mano, notando la forma cuidadosa en que sostiene la mía—. Diminutivo de Leandra, pero solo mi madre me llama así... cuando está enfadada...

—Intentaré no hacerte enfadar, Lea —dice.

—Cuéntame de tu arte...

Se le iluminan los ojos, y mientras se lanza a contarme sobre su último proyecto —una serie de paisajes rurales hechos con carboncillo— me descubro cautivada por su entusiasmo, por la forma en que sus manos se mueven cuando habla, y por cómo las luces de la fiesta le bailan en los ojos.

Estoy tan metida en un lío, pienso. Pero los líos pueden ser divertidos, ¿no?

—¿Y cuál es tu medio? —pregunto, incapaz de ocultar mi emoción al encontrar a otro artista, e intentando ignorar mi atracción—. Mencionaste el carboncillo...

—Sí, hay algo en la forma en que se mueve, en cómo puedes crear sombras muy profundas... —Se le iluminan los ojos—. Pero también pinto. Óleos, sobre todo. ¿Tú?

—Grafito para los bocetos —digo—. Pero para pintar, acuarelas. Aunque estoy intentando pasarme a los acrílicos.

—Mola. ¿Qué es lo que te atrae?

—¿Qué me atrae del dibujo? —Sonrío ante mi propio chiste, y luego lo considero un momento—. Creo que... son las historias que el buen arte puede contar...

—¿Y prefieres pintar rostros?

Dudo, de repente cautelosa. —¿Cómo lo sabes?

Se encoge de hombros, con una ligera sonrisa en los labios. — Solo una intuición. Por cómo hablabas de las historias... los rostros también cuentan historias, ¿no?

—¡Exacto! —Me inclino hacia delante, emocionada—. Cada línea, cada arruga, son como un mapa de la vida de alguien. Aunque tengo que decir que después de pasar el verano en Europa, estoy obsesionada otra vez con pintar arquitectura. Había un edificio en Bulgaria...

—¿Bulgaria? —Abre mucho los ojos con interés—. Tuvo que ser increíble.

—Lo fue. Aunque me quedé encerrada en un museo de arte allí... Se ríe. —¿Cómo conseguiste eso?

—Perdí la noción del tiempo mirando un cuadro. Estaba tan absorta...

—¿Como ahora? —pregunta con una sonrisa burlona.

Siento que me arden las mejillas, y de pronto me alegro de que estemos a oscuras. Encontrarme a este tío de la nada, y tener conversaciones así de cómodas... es como si un poder superior me hubiera visto rumiando sobre Chris y hubiera dejado caer al hombre más compatible del mundo delante de mí.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunta, para romper el silencio incómodo.

—¿Perdona? —Lo miro, confusa y perdida en mis pensamientos.

—Con el museo.

—¡Ah! —exclamo, demasiado alto—. Eh, apagaron las luces, hice saltar una alarma, y me echó un guardia de seguridad que estaba furioso.

—Pero esas son las mejores historias de viaje, ¿no? Las que empiezan mal pero de alguna manera acaban siendo perfectas.

Un poco como va encaminándose esta noche... pienso, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

—¡Exacto! Como otra vez en París... —Me contengo—. Perdona, estoy acaparando totalmente la conversación...

—No, sigue. Me encanta oírlo. —Su sonrisa es genuina—. ¿Qué te trajo a Pine Barren? Aparte de la estelar escena de fiestas, obviamente.

—¿Te creerías que no fue mi primera opción? —Me río, y luego le cuento lo del rechazo de Rhode Island School of Design, el semestre libre, cómo acabé aquí casi por accidente—. Pero en realidad ahora me alegro mucho. El programa de arte aquí es increíble, y...

—¿Y? —me anima.

Dudo, y luego intento mantener un tono ligero. —Y la compañía no está mal tampoco.

—Ah, ¿debería sentirme halagado?

—Absolutamente. —Sonrío—. No me escondo en un rincón de una fiesta con cualquier desconocido...

—Oye, soy un candidato excelente. Tengo cerveza, y sé dibujar.

Me río, pero hay verdad en sus palabras. Algo en él me tranquiliza de una forma que poca gente consigue. Quizá es la conexión artística, o su humor seco, o simplemente... él. Entre Em y Declan, he empezado mi experiencia universitaria de la mejor manera posible.

Y tampoco puedo negar la química entre nosotros.

La forma en que me río con sus bromas, la forma en que me sonrojo cada vez que dice algo halagador. Comemos de la mano del otro, alimentándonos de atracción compartida e intereses compartidos, y hay una electricidad entre nosotros que es imposible negar.

Niévalo, me grita mi mente. Lea, por el amor de Dios, iniégalo!

Me muevo un poco, intentando ponerme más cómoda. —¿Artistas favoritos?

—¿Contemporáneos o clásicos?

—Cualquiera. Ambos.

—Me encanta la obra de Arden Surdam. Y Daniel Gordon...

Se lanza a una explicación entusiasta, y sus manos se mueven de forma expresiva mientras habla. Me descubro observándolas —manos de artista— tanto como su cara. Hay algo cautivador en la forma en que habla de arte, como si estuviera revelando partes de sí mismo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Quién te inspira?

—Jenny Holzer —digo sin dudar—. Y Jean Shin...

Caemos en una conversación fluida sobre arte, los lugares en los que hemos estado y nos encantaría ir, sobre las obras concretas que nos han parado en seco y nos han hecho ver el mundo de otra forma —ese madre mía, tienes que verlo— y mientras lo hacemos, la fiesta se desvanece en ruido de fondo.

No recuerdo la última vez que conecté con alguien así. Incluso con Chris, nuestras conversaciones nunca llegaron tan hondo tan rápido. Habíamos hablado de viajes y música y películas, claro, pero esas conversaciones no eran nada como esta —no iban sobre las cosas que de verdad nos importan. Entonces, de la nada, un pensamiento me pilla desprevenida mientras hablamos.

Dios, quiero dibujar a Declan.

No he sentido las ganas de dibujar a alguien con tanta fuerza desde... bueno, desde Chris. Pero donde Chris había sido todo ángulos afilados y contrastes dramáticos, Dec es distinto. Hay una suavidad en él que desmiente su complexión atlética, algo casi clásico en su perfil, y mi imaginación arde de posibilidades.

Para, me digo con firmeza. No vas a hacer esto otra vez.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que es demasiado tarde. Ya estoy considerando mentalmente cómo capturar la tonalidad exacta de sus ojos en la penumbra. Entonces, por un instante, mi mente se dispara a imaginar cómo se vería sin ropa, a solas conmigo en mi habitación, y me pongo roja como un tomate.

—¿Estás bien? —La voz de Dec interrumpe mis pensamientos—. Te quedaste callada un momento.

—Eh... pensando. —Aparto la mirada para que no me vea sonrojada, señalando vagamente hacia la fiesta, desesperada por cambiar de tema—. Me pregunto cómo le irá a Brad...

Dec se ríe, mirando a Sarah / Sienna. —Bueno, está llorando contra el teléfono... así que ahora nos toca apostar cuánto tarda en acostarse con otro.

—Veinte minutos, como mucho. —Finjo considerarlo—. A menos que Brad aparezca a «explicarse».

—Dios, por favor, que aparezca Brad. —Dec se inclina hacia delante, ansioso.

—¡No!

—¡Sí! —insiste Dec—. Piénsalo: el espectáculo...

—La potencial violencia...

—El valor como entretenimiento. —Sonríe con malicia—. Somos artistas, Lea, necesitamos drama humano para vivir, para respirar.

Me descubro riendo más fuerte de lo que he reído en mucho tiempo. —¿Cómo crees que es Brad?

Resopla. —Me lo imagino con una gorra de béisbol al revés y una camiseta de tirantes que dice «Suns Out, Guns Out».

—No, eso es demasiado obvio —le doy una palmadita juguetona en la pierna y al instante retiro la mano—. Apuesto a que es de esos tíos que llevan pantalones cortos color salmón...

—Y náuticos... —continúa Declan, sin hacer un drama del hecho de que lo haya tocado un momento.

—¿Sin calcetines?

—Obviamente. Y seguramente un polo con el cuello levantado.

Los dos nos morimos de risa. El movimiento nos acerca, y de repente soy muy consciente de lo poco que hay entre nosotros. Dec se mueve ligeramente y su rodilla roza la mía. El contacto me recorre como una sacudida, y tengo que resistir las ganas de apoyarme contra él.

—Oye —dice en voz baja, con un tono diferente—. ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

El estómago se me cae al centro de la Tierra, y me tenso de inmediato, sintiendo como si toda la energía y la calidez se hubieran evaporado de la conversación. Porque claro —claro— hacia ahí iba esto. Puede que sea diferente de los otros tíos de esta fiesta, pero sigue siendo un tío, y...

—No en ese sentido —añade rápido, claramente notando que me he quedado gélida—. Solo quería decir... hay una cafetería cerca. Marie's. Buen café, buenas tostadas francesas, nada de EDM...

Le estudio la cara, buscando cualquier señal de que esto sea una táctica, y su verdadera intención sea llevarme a su apartamento, desnudarme y hacerme de todo. No es que eso suene como tan mala idea, pero estaba disfrutando simplemente hablar con él, y me preocupa que mi embargo pueda flaquear un poco si la cosa se complica.

¿Pero café y tostadas francesas?

No hay nada malo en eso, ¿verdad?

—No sé —digo, insegura.

—Sin problema, otro día, quizá —dice—. ¿Me pasas tu teléfono?

Lo miro un segundo, confusa, y luego hago lo que me pide. Desbloqueo el teléfono y se lo doy. Cualquier preocupación que tenga sobre lo que está haciendo desaparece cuando me doy cuenta de que está guardando su número, y luego me lo devuelve sin más drama. Me está dando la elección. Y eso significa el mundo para mí después de que Chris me mintiera y me hiciera sentir tan jodidamente insignificante.

—Me escribes, o no, tú decides —dice—. Ha sido un placer conocerte, Lea, y me encantaría seguir hablando de arte contigo.

Y así, se levanta, con clara intención de volver a la fiesta, interpretando mi indecisión como un rechazo. Sin presión, sin insistencia, sin frases asquerosas para ligar, y sin miradas babosas ni manoseos sudorosos. Y, mientras se aleja unos pasos, de pronto no quiero que la noche termine.

Ojo, joder, Lea, me grita mi mente. ¡Puede que hayas encontrado a un tío majo!

—Espera —digo.

Se gira. —¿Sí?

—Tostadas francesas, ¿dijiste?

—Las mejores. —Asiente—. Aunque quizá prefieras esperar a Brad...

Me río. —Tu argumento es convincente.

—Lo intento. —Sonríe—. Y prometo ser un perfecto caballero.

Finjo considerarlo, aunque ya me he decidido. Porque sí, apenas lo conozco, pero también siento como si lo conociera de siempre. Y la idea de terminar esta conversación ahora se siente tan mal de alguna manera. Me pongo de pie, tambaleándome ligeramente sobre los tacones.

Dec alarga la mano para estabilizarme, y la siento cálida en mi codo. —¿Bien?

—Genial —sonríe—. Pero me reservo el derecho de clavarte el tenedor si intentas algo.

—Anotado. —Sus ojos brillan con diversión, y entonces gime—. Oh no, está empezando...

Me giro y veo un grupo de novatos sin camiseta saliendo a trompicones de la casa, uno cargando una máquina de karaoke y otros arrastrando barriles de cerveza. Detrás, una procesión de chicos de la fraternidad van gritando y dando alaridos, mientras empiezan a quitarse parte de la ropa.

—¿El Sweet Caroline en pelotas? —Me río—. Dios mío.

—Ni siquiera él puede parar eso... —Niega con la cabeza—. Vámonos de aquí.

Asiento, y mientras nos escabullimos por la verja hacia la calle lateral, me descubro relajándome. El aire de la noche es fresco, y el relativo silencio es un alivio. Además, hay algo emocionante en esto —escaparse de una fiesta con un desconocido guapo que ama el arte y me hace reír.

Un desconocido guapo que quizá de verdad me entienda, susurra una voz esperanzada en mi cabeza, y por una vez, no intento silenciarla.

Seguimos bromeando mientras caminamos a la cafetería, y me descubro relajándome cada vez más. Hay algo en Dec que me hace sentir... segura. No solo físicamente —aunque sí me siento segura con él— sino emocionalmente. Como si pudiera ser yo misma sin preocuparme por que me juzguen.

Es peligroso, este sentimiento. Lo sé.

Porque la última vez que me sentí así de cómoda con alguien así de rápido, me quemé.

Pero esto es diferente. Dec es diferente. Espero.

—¿En qué piensas? —La voz de Dec interrumpe mi ensimismamiento.

—Oh, en... —Hago un gesto vago con la mano—. Ya sabes. La vida. El arte. Brad.

—Ah, sí, las preguntas eternas. —Asiente con solemnidad—. Ser Brad o no ser Brad...

Resoplo. —Esa definitivamente no es la pregunta.

Esto es peligroso, susurra otra vez esa voz en mi cabeza.

Pero esta vez, la ignoro.

Porque quizá no he terminado con los tíos después de todo.
Quizá solo estaba esperando al adecuado.
Y quizá, esta vez, este chico, sea diferente.

cuatro

DECLAN

LOS FLUORESCENTES de la cafetería bañan todo con una luz cruda que hace que los reservados de vinilo rojo parezcan radioactivos. Pero también iluminan a Lea de maneras que la penumbra de la fiesta no permitía: puedo ver las tenues pecas esparcidas por la nariz, las motas de ámbar en sus ojos verdes, la forma en que sus labios se curvan en un puchero natural casi imperceptible aunque no se lo proponga.

Esos labios. Dios, esos labios.

Aprieto la taza de café con más fuerza, esperando que el calor abrasador me queme algo de esta atracción que siento. Porque sí, quiero besarla —inclinarme sobre esta mesa de Formica pegajosa, acercar su cara a la mía y perderme en ella—, pero por instinto sé que besarla ahora sería un error. Y no pasa nada, porque me interesa aún más hablar con ella.

Descubrir qué la mueve, qué impulsa su arte, qué la trajo aquí.

De repente, quiero saberlo todo sobre esta chica.

—Cuéntame más sobre tu viaje por Europa —digo, observando cómo trocea una tostada francesa en cuadraditos diminutos y perfectos—. ¿Cuál fue tu lugar favorito?

Una sombra le cruza la cara, tan fugaz que casi me la pierdo. Pero los artistas nos fijamos en los detalles, y ese destello momentáneo de dolor en sus ojos es el tipo de detalle que te hace

querer agarrar el cuaderno de bocetos, pero también el tipo que tiene el potencial de torpedear una noche mágica.

—Podemos hablar de otra cosa —le ofrezco rápidamente, dándole una salida.

—No, tranquilo. —Descarta la idea con un gesto del tenedor—. Es solo... un mal recuerdo, pero el viaje en general fue increíble. — Su cara se ilumina al continuar—. Grecia sobre todo. Hay un pueblo diminuto a las afueras de Atenas, de donde es la familia de mi madre. Te encantaría. La luz es increíble. Como miel derramándose sobre todo.

Me inclino hacia delante, genuinamente fascinado.

—¿Pintaste o dibujaste mucho mientras estuviste allí?

—Algo... —Se le apaga la voz, apuñalando un trozo de tostada francesa con más fuerza de la necesaria—. Aunque me resultó difícil concentrarme en el arte estando allí...

—¿Por qué?

La risa de Lea tiene un filo.

—Porque mi madre me dice que lo estoy haciendo todo mal. Mi abuela era de ese pueblo, pero también era una artista famosa en Grecia que dejó la escuela de arte para montar su propia exposición. Se construyó toda una carrera exponiendo en París, Londres, Atenas, Madrid y Nueva York...

—Suen a una abuela bastante de armas tomar... —Mi voz se apaga, invitándola a seguir.

—Lo era. La adoraba con locura. Pero también estaba completamente loca. —Lea niega con la cabeza—. Una vez pintó una serie entera usando solo vino tinto.

Sonrí de lado.

—Eso suena increíble, la verdad.

—Lo era. Hasta que se emborrachó con el material y trató de pelearse con un vendedor ambulante que le criticó la técnica.

Me río más fuerte de lo que me he reído en meses, haciendo que todos los demás clientes de la cafetería se me queden mirando.

—Dime que ganó ella, por favor.

—Resulta que su pincel servía como arma efectiva. —Sonríe con el recuerdo, luego da un sorbo de café, y noto que le tiemblan

ligeramente las manos—. Total, que mi madre cree que debería seguir sus pasos. Vivir como una bohemia, exponer en galerías rebeldes. No «malgastar cincuenta mil dólares al año en una carrera de arte».

—Yo nunca tuve ese problema —me río—. Mis padres no querían otra cosa que verme ir a la universidad y alejarme del rancho...

—¿Un rancho? —Abre los ojos como platos—. ¿Como un rancho de verdad, con vacas y todo?

—Con mi padre gritándome que dejara de dibujar y le ayudara a reparar las cercas incluido. —Sonríó con cariño, aunque omito la parte de que mi madre siempre me decía que me concentrara más en el hockey porque... bueno, porque por alguna razón no quiero compartir nada sobre hockey con Lea—. Sí, vacas y todo...

—Casi puedo imaginarte con botas vaqueras y un Stetson —dice con una sonrisa burlona, dando un mordisco a la tostada francesa.

—Esa sí que es una imagen que destruiría mi aura —me río.

—Yo no diría eso... —dice, con la mirada clavada en mí.

Su mirada me calienta tanto como la comida y el café, y noto que me estoy poniendo rojo. Considero brevemente la idea de besarla otra vez, pero la descarto, porque si hay una manera posible de dinamitar una noche que va genial, esa podría ser. Y ahora mismo no vale la pena arriesgarse.

—Entonces... ¿tus padres? —Rompe el silencio, buscando cualquier tema que nos devuelva al cauce.

Me recuesto, apoyando el brazo en el respaldo del reservado, rompiendo la conexión.

—Mi padre es ganadero de tercera generación, mi madre tiene un restaurante de kilómetro cero en Billings que se abastece de toda la carne de nuestro rancho. Es la chef principal y mentora de otras mujeres chefs. Bastante de armas tomar.

—Parece que es algo de familia. —Lea sonríe, y añade rápidamente—: Lo de las matriarcas de armas tomar, digo. No lo de ser chef. Yo...

—Entendí lo que querías decir. —Sonríó ante su corrección atropellada—. ¿Y qué hay de los tuyos?

—Mis padres son los dos médicos en Nueva York —ofrece, removiendo el café distraídamente—. Mi padre es pediatra, lo que básicamente significa que es un payaso profesional. —Sonríe con cariño—. Mi madre es hematóloga. Ella es... diferente. Más reservada. Observa todo como si estuviera recopilando datos para un estudio.

Noto que mide las palabras cuando habla de su madre, dosificándolas como ingredientes de una receta. Entre la historia de Grecia y la descripción escueta de su madre, ahí hay más —una tensión—, pero no la presiono para que me cuente. En lugar de eso, me centro en lo que está dispuesta a compartir.

—Así que eres hija de médicos —digo, sin poder resistir la tentación de meterme con ella—. Eso explica la forma metódica con la que estás diseccionando esa tostada francesa.

Baja la vista al plato, donde ha dispuesto los trozos en una cuadrícula perfecta, y se ríe.

—Dios mío, me estoy convirtiendo en mi madre.

—Podría ser peor —señalo—. Podrías estar convirtiéndote en tu abuela. Entonces tendríamos que preocuparnos de que te emborracharas y atacaras a la gente...

—¿Qué? —Los ojos de Lea se entrecierran cuando de pronto dejo de hablar.

Me tapo la boca para no reírme demasiado obviamente, y le señalo con la barbilla hacia la puerta. Se gira para ver lo que acabo de notar: la chica de la fiesta —¿Sarah? ¿Sienna?— y quien solo podemos suponer que es Brad, con un ojo morado recién estrenado...

—Ay —se ríe—. Pero al menos acertamos con lo del polo de cuello subido y los náuticos...

Sonríó.

—¿Qué tal si te los presento? ¡Dijiste que querías hacer más amigos esta noche!

—¡Yo no dije nada de eso! Y como te atrevas, te... —Me lanza un trozo de tostada francesa.

Lo atrapo y me lo meto en la boca, masticando con una sonrisa mientras mantengo el contacto visual. Entonces tenemos otro de

esos momentos, el aire entre nosotros cargado de electricidad y promesa. Sus ojos se oscurecen ligeramente, pero luego esboza una sonrisa y niega con la cabeza.

—Eres un peligro —dice, aunque su tono sugiere que no le molesta el juego.

—Es mi segundo nombre. —Le guiño un ojo, y enseguida me pregunto si ha sido demasiado.

—¿En serio?

—La verdad es que mi segundo nombre es Terrance.

—Eso suena mucho menos genial que «peligro»... —Se ríe y me roba una de mis papas doradas.

—Ladrona. —Acerco mi plato en gesto protector.

—¿Y cómo si no van a vivir los artistas? —declara con dramatismo.

Y así, sin más, volvemos a la charla fácil, la tensión cálida difuminada pero no olvidada. Sigue ahí, vibrando bajo la superficie, pero ya no es abrumadora. Es simplemente... agradable. Cómoda. Como si nos conociéramos de mucho más que unas pocas horas.

Podría quedarme aquí toda la noche.

Quiero quedarme aquí toda la noche.

Pero cuando miro el reloj, me doy cuenta de que ya pasan de las tres de la madrugada. Llevamos horas hablando, y aunque no quiero que esto termine, tampoco quiero ser el culpable de que mañana esté agotada para el primer día de clases. Vaya manera de dejar huella.

—Deberíamos volver —digo a regañadientes—. Es tarde, y este sitio cierra pronto.

Mira el móvil y abre mucho los ojos.

—Vaya, no me había dado cuenta. Tengo planes para desayunar dentro de unas horas...

—Perdona si te estoy arruinando el sueño reparador —sonrío, y luego rectifico—. No es que lo necesites, claro...

Se sonroja, y me mira con algo vulnerable en la expresión. De repente, me pregunto si tiene que ver con el destello de dolor que vi en su cara cuando le pregunté por Europa, pero no voy a soltárselo así sin más. Si quiere contármelo, lo hará cuando esté lista.

—Gracias, Declan —dice—. Esto... ha sido muy bonito...

—Sí —coincido en voz baja—. Lo ha sido.

Pido la cuenta, y cuando llega, tenemos nuestro primer momento incómodo de la noche discutiendo sobre quién debería pagar. Gano yo señalando que fui quien sugirió venir aquí.

—Vale —se ríe—. Pero solo puedes pagar si me haces un dibujo en el margen...

Sonrío y me pongo manos a la obra para satisfacer su exigencia. Anoto cuánto de propina y el total, y luego hago un pequeño garabato de los dos sentados en el reservado, compartiendo tostadas francesas, los dos sonriendo.

Por un momento me pierdo en el dibujo, pero cuando termino levanto la vista hacia ella. Se ha derretido entera, sonriéndome desde el otro lado de la mesa, y cuando la camarera viene a recoger el dinero, Lea le pregunta si se puede quedar con la cuenta.

—Claro que sí, cielo —la camarera sonríe con complicidad—. Parece que has encontrado uno bueno...

Ver a Lea radiante me dispara el corazón hasta la luna, y después de que guarda el dibujo en el bolso, nos batimos en retirada de la cafetería conteniendo la risa al pasar junto a Brad y Sarah/Sienna.

Fuera, el aire nocturno es lo bastante fresco como para hacerla temblar ligeramente con su vestido. Sin pensarlo, me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros, un poco frío yo también pero deseando desesperadamente mantenerla abrigada.

—Todo un caballero —se burla, pero se la ciñe más al cuerpo.

—No se lo cuentes a nadie —le advierto—. Tengo una reputación que mantener.

Caminamos de vuelta hacia el campus en un silencio cómodo, nuestros hombros rozándose de vez en cuando. Cada contacto me provoca una descarga, pero resisto el impulso de tomarle la mano. Algo me dice que esta chica merece que vayamos despacio, que se haga bien.

¿Que se haga bien, eh? Mi mente se burla de mí.

Y entonces me golpea.

Una imagen repentina y vívida me cruza la mente: Lea tendida debajo de mí, la piel sonrojada y resplandeciente bajo la luz de la

luna que entra por la ventana de mi dormitorio. Sus rizos oscuros desparramados sobre mi almohada como tinta derramada. Esos labios, susurrando mi nombre. Sus piernas delgadas enroscadas alrededor de mi cintura mientras yo...

Tropiezo ligeramente, obligándome a apartar el pensamiento. Pero el daño está hecho. Ahora no puedo dejar de fijarme en cómo las farolas atrapan las curvas de su cuerpo bajo mi chaqueta, en cómo su perfume flota en el aire nocturno entre nosotros, en cómo sus labios se curvan en una sonrisa cómplice cuando me pilla mirándola.

—Me estás mirando otra vez —dice en voz baja, pero no hay reproche en su tono.

—Perdona —consigo decir—. A veces me obsesiono con las cosas que quiero dibujar.

Se detiene y se gira para mirarme de frente.

—¿Y qué ves ahora mismo?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de posibilidades. Podría decirle la verdad: que veo belleza y misterio y algo que me hace picar los dedos por un carboncillo y un papel. Que quiero capturar este momento, y después quitarle cada capa de ropa y agradecerle de la mejor manera posible una noche increíble.

Pero eso resulta demasiado intenso para una primera... lo que sea que es esto.

Así que, en vez de eso, sonrío y digo:

—Me acojo a la quinta enmienda.

Se ríe, el sonido claro y brillante.

—Al final la carrera de arte no está tan mal...

—Solo no se lo digas a tu madre, ¿vale? —resoplo—. Entonces, ¿más planes de viaje?

—La verdad es que no. —Niega con la cabeza—. Ya echo de menos viajar, pero entre las clases y tratar de entender todo esto de la universidad... —Se queda callada, y luego me mira con curiosidad—. ¿Y tú? ¿Alguna vez te escapas del rancho entre semestres?

Dudo un momento. Aquí es donde normalmente mencionaría que es difícil viajar con mi carrera en el hockey. Necesito mantenerme en forma durante las vacaciones, y la mayor parte del tiempo me

apunto a algún campamento o programa profesional para mantenerme al máximo nivel.

Pero, por alguna razón, no menciono nada de eso.

Quizá sea porque no me encanta decirle a la gente que juego hockey. No es que me avergüence —me encanta el deporte, y planeo jugarlo todo lo que pueda, quizá incluso como profesional—, sino más bien que la gente tiende a tener cierta idea de los jugadores de hockey.

Brutos.

Babosos.

Y aunque es cierto en el caso de algunos chicos del equipo, la mayoría de mis compañeros se dejan la piel. El entrenador no acepta juerguistas vagos que hacen lo mínimo en lo académico, y cualquiera que intente seguir ese camino pronto se encuentra en el banquillo.

O quizá sea porque, por una vez, quiero que alguien me vea como algo más que un jugador de hockey.

Pero es sin duda por la forma en que me mira, como lo ha hecho toda la noche. Como si fuera interesante tal como soy, no como el jugador de hockey que todos los demás ven. Es porque no quiero ser ese tipo ahora mismo. Quiero ser el artista que la hizo reír.

—Ojalá —digo al fin—. Entre la carrera, el rancho y mis actividades extracurriculares, tengo la vida bastante ocupada, incluso en verano.

—¿Actividades extracurriculares? —Levanta una ceja, curiosa.

Se me encoge el estómago. Odio mentir —especialmente a alguien que me atrae—, pero también odio cómo cambia la percepción de la gente en el instante en que se enteran de que juego hockey. De repente, ya no soy Dec el artista; soy Dec el deportista que resulta que también dibuja de vez en cuando.

—Sí, juego hockey de salón a veces —digo, razonando que no es del todo mentira. Jugamos hockey de salón a veces durante los entrenamientos, cuando las patinadoras artísticas están usando la pista.

—¡No me digas! —Se le iluminan los ojos—. Mi hermano también juega hockey. —Hace una pausa, pensativa—. Siempre le he tenido

un poco de envidia, la verdad.

Eso me pilla desprevenido.

—¿De sus habilidades en el hockey?

—Dios, no. —Se ríe, arrugando la nariz—. No soy muy fan del hockey. Pero más bien porque él siempre ha tenido ese grupo de amigos incorporado, ¿sabes? El equipo, los chicos... mientras que a mí siempre me ha costado más encontrar amistades duraderas. Espero que la universidad cambie eso.

—Claro... —Mi voz se apaga, porque no sé muy bien qué decir. ¿Cómo puede una chica tan increíble tener problemas para hacer amigos?

La vulnerabilidad en su voz me da ganas de atraerla hacia mí, pero antes de que pueda decir nada más, tropieza ligeramente con los tacones. Sin pensarlo siquiera, le agarro el codo para estabilizarla.

—Cuidado, Cenicienta —digo, enderezándola en el camino—. Estos no son exactamente zapatos para caminar, ¿sabes?

—Ya, bueno, échale la culpa a mi compañera de cuarto —gruñe, pero con cariño en la voz—. Em no mencionó la parte de que son instrumentos de tortura.

—Chica lista, tu compañera —digo sin pensar.

Lea se detiene y me mira fijamente.

—¿Y eso por qué?

Porque esos zapatos hacen que tus piernas se vean increíbles, pienso, pero consigo no decirlo. En vez de eso me encojo de hombros, intentando parecer inocente.

—Tiene buen gusto para las amistades. Como yo.

Exhala lentamente por la nariz, pero le capto la sonrisa y la forma en que se le tiñen las mejillas de rosa, y joder, es tan jodidamente adorable que apenas lo soporto. A mí también me arde la cara, y me pregunto si me estaré sonrojando. Lo cual sería ridículo, porque no soy de los que se sonrojan. Pero hay algo en ella que se me mete bajo la piel.

—Muy osado por tu parte dar por sentado que somos amigos —dice con severidad fingida, pero le bailan los ojos—. A lo mejor solo te usé por tus tostadas francesas.

—¡Traicionado! —Me llevo la mano al pecho con fingida sorpresa—. Y yo que pensaba que teníamos algo especial.

Exhala con efecto dramático.

—Vale, podemos ser amigos, pero solo porque me protegiste de Brad y Sarah/Sienna...

Nos estamos acercando a su residencia, y me descubro caminando más despacio, intentando estirar estos últimos momentos. No quiero que esta noche termine, y no quiero despedirme de esta chica que me hace reír, pero recorreremos el resto del camino en un silencio cómodo.

Cuando llegamos a su residencia, se quita mi chaqueta y me la devuelve. Nuestros dedos se rozan, y esa corriente eléctrica vuelve a pasar entre nosotros. Ella se estremece ligeramente, pero no creo que sea por el frío.

—Gracias por esta noche —dice en voz baja—. Ha sido... inesperado. En el buen sentido.

—Sí —coincido, incapaz de dejar de sonreír—. De verdad que sí.

Duda, como si estuviera sopesando una decisión, y luego asiente.

—Dame tu móvil...

Mi corazón hace un baile de victoria mientras obedezco, desbloqueando el teléfono y dándoselo, igual que hice antes. Espero que vaya a darme su número. Porque quiero seguir haciéndola reír y descubriendo qué la mueve y mucho más.

Teclea su número rápidamente y me lo devuelve.

—Escríbeme algún día... si quieres...

Sonrío y asiento, guardándome el teléfono en el bolsillo, y durante un momento nos quedamos ahí de pie, ninguno de los dos queriendo ser el primero en decir buenas noches. La tensión entre nosotros crepita como electricidad estática, y me descubro balanceándome ligeramente hacia ella, atraído por alguna fuerza invisible.

Pero no la beso.

Todavía no.

Porque algo me dice que besar a Lea no es algo que deba apresurarse. Que cuando ocurra —y Dios, espero que ocurra— debería ser perfecto. Algo especial, que merezca la espera.

Así que doy un paso atrás, preparándome para decir buenas noches, cuando de repente su mano atrapa la mía. Antes de que pueda procesar lo que está pasando, me acerca a ella, se pone de puntillas y presiona sus labios contra los míos.

El mundo se detiene.

Sus labios son suaves, y cuando deslizo la mano por su pelo para acunarle la nuca, suelta un sonido diminuto que casi acaba conmigo. Mi otra mano encuentra su cintura, atrayéndola mientras el beso se profundiza.

Besa como habla: con cuidado al principio, y luego con una confianza y un humor crecientes. Cuando me mordisquee el labio inferior, no puedo evitar sonreír contra su boca, porque esto es mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

—Peligro —murmuro otra vez, y siento su risa como respuesta.

Por fin, a regañadientes, nos separamos. Tiene las mejillas encendidas, los labios ligeramente hinchados y los ojos brillantes con algo que se parece mucho a la felicidad. Quiero dibujarla así: despeinada y preciosa bajo la luz de la luna.

—¿Qué? —pregunta, con la voz ligeramente entrecortada.

Sonrío.

—Solo te estoy echando un último vistazo para poder dibujarte esta noche...

—Eso es... original... —se ríe—. Pero más me vale tener ropa puesta...

—Eso no te lo puedo prometer. —Me encojo de hombros—. ¿Café mañana?

—Me encantaría. —Sonríe, y luego añade—: Buenas noches, Dec.

La veo desaparecer dentro, y entonces me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia mi apartamento, incapaz de borrar la sonrisa idiota de mi cara. Los labios todavía me cosquillean por su beso, y mi mente ya se adelanta a mañana.

Este año en Pine Barren se acaba de poner mucho más interesante.

Y, por una vez, no tiene nada que ver con el hockey.

cinco

LEA

LOS LABIOS de Declan saben a café.

El beso es suave al principio, tentativo, su boca apenas rozando la mía. Pero cuando me acerco más, deslizando las manos por su pecho, él gime suave y profundiza el beso. Sus dedos se enredan en mi pelo mientras su lengua recorre mi labio inferior, y el calor se acumula en lo bajo de mi vientre.

Esto es lo que debería sentirse al besar.

No el torpe manoseo de los chicos de la secundaria que trataban mi boca como si estuvieran compitiendo en un torneo de lucha de lenguas. Ni siquiera la técnica de Chris, que siempre se sentía más teatral que apasionada, como si supiera cómo llegar del punto A al punto B con un mapa.

No, esto es real.

Visceral.

Eléctrico.

Mi espalda choca contra la pared de ladrillo de Hughes Hall, y jadeo. Declan aprovecha mis labios entreabiertos, su lengua deslizándose contra la mía. Pronto, su mano baja más, acariciándome el culo. Se detiene, como pidiendo permiso, y en respuesta me arqueo contra su mano, queriendo más...

—¡Lea! ¡Despierta!

Algo me golpea la cara —suave pero insistente— y me despierto de golpe para encontrar a Em encima de mí, blandiendo una almohada como un arma.

—¡Por fin!

—Qué... —Parpadeo, intentando orientarme. No estoy fuera de Hughes Hall, sino en mi cama, y definitivamente no estoy con Dec...

Da botes en mi cama, haciéndome gemir mientras la realidad me cae encima.

—¡Llevo un rato intentando despertarte! Estabas haciendo unos ruiditos felices mientras dormías.

El calor me invade las mejillas. Definitivamente estaba haciendo ruiditos felices, pero no tenían nada que ver con estar dormida y todo que ver con la talentosa boca del Declan de mi sueño. Había tenido un adelanto —y vaya adelanto— sobre las tres de la madrugada, y mi mente se había dejado llevar...

—Te traje un café y se está enfriando... —Em agita un vaso de papel bajo mi nariz. El intenso aroma de tueste oscuro se mezcla con... ¿canela?

—Latte de canela —explica Em, sonriendo—. Ya que te gustó tanto esa sidra anoche. De hecho, hablando de anoche...

—Ah, se revela el verdadero motivo del interrogatorio... —digo con voz ronca, con una sonrisa boba cruzándome la cara.

Se sienta con las piernas cruzadas a los pies de mi cama, los ojos oscuros brillando de curiosidad.

—Suéltalo. Todo. Ya.

Me incorporo contra el cabecero, aceptando el café con gratitud.

—No hay nada que soltar.

—¿Nada que soltar? —Las cejas perfectamente delineadas de Em se elevan hacia la raíz del pelo—. Cielo, desapareciste en esa fiesta... que, por cierto, nos cagamos del susto hasta que Marnie dijo que te vio largarte con un chico guapísimo. Y después vuelves a las mil y quinientas de la madrugada, toda soñadora y flotando en una nube.

—No estaba flotando. —Le doy un sorbo al café para disimular mi sonrisa—. E intenté mandarles un mensaje cuando nos separamos.

—Sí, sobre eso. —Em entrecierra los ojos—. ¿Cómo es que tu teléfono acabó en modo No Molestar?

—Se me habrá activado sin querer. —La mentira sale con facilidad, cuando en realidad lo activé a propósito en la cafetería—. Bueno, ¿y qué tal tu noche?

—¡Ni hablar! ¡No vamos a cambiar de tema! —Em me fulmina con la mirada—. Y este guapo misterioso que te rescató del purgatorio fiestero... ¿tiene nombre?

—Declan. —Las sílabas se sienten cálidas en mi lengua—. También estudia Bellas Artes. Y eso es todo lo que vas a sacar.

—Ni de broma que eso es todo lo que voy a sacar. —Em se ríe y luego mueve las cejas de forma sugerente—. ¿Tú y él... eh... ya sabes...?

—¡No! —Casi me atraganto con el café, aunque siento el calor en las mejillas—. Solo hablamos de arte y de nuestras familias. Se crió en un rancho.

—¿Un artista vaquero guapo? —Em se abanica de forma dramática—. Que me da algo. Dime que al menos le pediste el número.

Asiento.

—¿Y lo besaste? —insiste Em.

Mi silencio es todo lo que necesita para desbocarse. No puedo reprimir mi sonrisa al recordar nuestro beso de despedida —mis labios todavía me hormiguean con el recuerdo— y ella chilla y me envuelve en un abrazo. Pero las dos nos echamos a reír cuando empieza a hacer besos ruidosos cerca de mi mejilla, y tengo que apartarla.

—¿Ya le escribiste?

—Todavía no. —Echo un vistazo a mi teléfono en la mesita de noche.

—Es el momento perfecto.

Le doy otro sorbo al café.

—Eso grita desesperación.

—No, grita «me lo pasé genial». —Sonríe—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Podría destrozarte como hizo Chris, susurra mi mente. Podría tener una novia secreta. Podría...

—¡Lea! —Em agita la mano frente a mi cara—. ¿Adónde te fuiste?

—A ningún lado. —Fuerzo una sonrisa, apartando los pensamientos sobre Chris—. Solo estoy... yendo despacio.

La expresión de Em se suaviza.

—¿Por lo del chico del viaje?

Me tenso.

—Sí.

—Bueno, Declan parece diferente. —Los ojos de Em brillan con picardía—. O sea, ¿qué clase de chico lleva a una chica a una cafetería a las tres de la madrugada solo para hablar de arte?

—¿El tipo de chico que probablemente solo está siendo amable?

—El tipo de chico que está interesado —me corrige Em—. ¿Te metió mano? ¿Intentó llevarte a su casa?

—No...

—Entonces está muy interesado —chilla.

Agarro la almohada y se la lanzo a la cabeza.

La esquivo, riéndose.

—Cuéntame de él —dice.

—Bueno... —Intento encontrar las palabras adecuadas para describirlo, pero ¿cómo capturas a alguien en unas pocas frases? ¿Cómo explicas la forma en que se le iluminan los ojos cuando habla de arte, o cómo su risa nace desde lo profundo de su pecho?—. Es alto. Pelo castaño claro, un poco ondulado. Los ojos azules más increíbles...

—Mmm. —Em asiente con aprobación—. ¿Y?

—¿Y qué?

—Y... cuerpo...

—¡Ni loca! —Me río, lanzándole la otra almohada—. Saca tu mente de la cloaca.

—Mi mente vive en la cloaca. Se está muy a gusto aquí abajo. —Em atrapa la almohada y la abraza contra su pecho—. ¿Y cuándo lo vas a volver a ver?

—Hoy, tal vez. —Intento sonar casual, pero el estómago me da un vuelco—. Hablamos de ir a tomar un café.

—¡Ooh! —Em da botes en la cama—. ¿Podemos acosarlo en redes sociales primero? ¿Cómo se apellida?

—Ni idea. —Cuando a Em se le cae la mandíbula, añado a la defensiva—: ¿Qué? Solo nos dijimos el nombre de pila.

—¿Hablas en serio? —Em me mira como si acabara de confesar que no sé usar un teléfono—. ¿Cómo se supone que vamos a investigarlo como Dios manda?

—¿Hablando con él unas cuantas veces más? —sugiero—. Ya sabes, como hacía la gente normal antes de Instagram.

—Ay, cielo. —Em me da palmaditas en la mano con condescendencia—. Dulce criatura inocente. Eso es tan... retro.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—No era la intención. —Niega con la cabeza—. Pero bueno, quédate toda misteriosa y anticuada. ¿Solo prométeme una cosa?

—¿Qué?

—Cuando averigües su apellido, vamos a hacer una investigación a fondo. —Sonríe—. Necesito saber si hay fotos de él con sombrero vaquero.

Me río.

—Trato hecho.

—Hablando de comida... —Em le echa un vistazo a su teléfono—. ¿Quieres ir a desayunar? El comedor tiene unos panqueques de chispas de chocolate increíbles los sábados.

—Suenan perfecto, pero quedé con mi hermano —suspiro, arrepintiéndome de repente de haber aceptado ir por bagels, a pesar del interrogatorio de Em—. ¿Nos vemos después?

—¡Perfecto! —Em se baja de mi cama de un salto—. Pero prométeme que le vas a escribir.

—Em...

—Solo un mensaje rápido de «me lo pasé genial anoche» —insiste—. Confía en mí.

Agarro el teléfono, mirando fijamente el número de Declan. Tal vez Em tiene razón. Tal vez le estoy dando demasiadas vueltas. Tal vez...

—Dios mío, estás teniendo un debate interno ahora mismo, ¿verdad? —se queja Em—. Dame eso.

—¡Ni se te ocurra! —Aprieto el teléfono contra mi pecho de forma protectora.

—¡Entonces escríbele! —Levanta las manos exasperada—. En serio, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Podría ser como Chris, susurra mi mente de nuevo.

Pero aparto el pensamiento. Declan no es Chris. Chris nunca me miró como lo hizo Declan anoche, como si yo fuera fascinante, como si cada palabra que decía importara. Y si va a haber algo entre nosotros, merece que lo juzgue por sus propios méritos, no en comparación con otro tipo que me rompió el corazón.

—Está bien. —Suspiro y desbloqueo el teléfono—. Pero si esto sale mal, te echo la culpa a ti.

—Acepto toda la responsabilidad. —Em hace el gesto de cruzarse el corazón—. ¡Ahora date prisa!

Tecleo un mensaje rápido:

Gracias por rescatarme de esa fiesta anoche. La cafetería fue definitivamente una mejora.

—Listo. —Le enseño la pantalla a Em—. ¿Contenta?

—Extasiada.

Solo un segundo después de enviar el mensaje, el teléfono vibra, con la pantalla todavía hacia Em. Lo recupero de un tirón, resistiendo la urgencia de mirarlo de inmediato, sin saber si es Declan o no pero desesperadamente esperando que sí, a pesar de que cada neurona me dice que no me deje atrapar por el anzuelo de este chico.

Em exhala despacio por la nariz.

—Tienes permiso para mirar, ¿sabías?

Saco el teléfono, intentando ignorar cómo se me acelera el corazón al ver el nombre de Declan en la pantalla, y leo:

Intenté dibujarte anoche, pero no logré capturar del todo esa mirada de «estoy tramando tu muerte» que me lanzaste cuando me tiraste la tostada francesa a la cabeza. Así que me temo que voy a necesitar verte para un café más tarde y realizar un segundo estudio de mi modelo...

Una sonrisa se me extiende por la cara antes de que pueda evitarlo.

—Ooh, alguien está contenta —me pincha Em—. ¿Qué dijo el Artista Vaquero?

Guardo rápidamente el teléfono en el bolsillo.

—Solo... quiere volver a verme.

Em chilla.

—¡Esto es tan emocionante! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué te vas a poner?

—¡Cálmate! —Me río—. Ni siquiera hemos hecho planes todavía.

—Bueno, ¿a qué esperas? —Se pone las manos en las caderas—. ¡Escríbele!

—Después del desayuno —prometo—. Ahora mismo necesito café y carbohidratos.



Pine Barren Bagels está a reventar de estudiantes y profesores, lo cual me dicen que es típico a esta hora de la mañana. Lo que no es típico es mi hermano, Mike, sosteniendo tres bebidas distintas —café negro, jugo de naranja y Gatorade azul— como si fueran cruciales para seguir con vida.

—Por favor —gime cuando llego hasta él, mirándome desde detrás de unas gafas de sol oscuras—. Tienes que pedir por mí. No puedo... palabras... gente... nada...

Me muerdo la risa.

—¿Noche difícil?

—Tequila. —Se estremece—. Demasiado tequila. Maine no paraba de servir chupitos. Perdí la cuenta después del sexto.

—Me sorprende que no fuera el mejunje del bote de basura... — Mi voz se apaga al recordar la visión del horrible brebaje.

—Ah, eso también... —Suspira.

Resoplo.

—Ve a buscar una mesa antes de que te caigas. Yo traigo la comida.

Esboza una débil sonrisa de gratitud antes de tambalearse al interior, sorteando las mesas abarrotadas con toda la gracia de una

jirafa borracha. Lo veo casi arrollar a una pareja sentada en una mesa antes de finalmente desplomarse en un reservado del rincón.

La fila avanza a paso glacial, dándome tiempo de sobra para contemplar la impresionante resaca de mi hermano. Mike suele ser más cuidadoso con la bebida durante la temporada de hockey, pero por algún motivo anoche se descontroló y acabó borracho perdido.

Para cuando llego al mostrador, Mike tiene la cabeza apoyada sobre la mesa, lo cual no puede ser higiénico. Pido su habitual especial de resaca —tocino, huevo y queso en un bagel con de todo— y me pido uno integral con queso crema.

—Servilletas extra —dice la cajera con complicidad al verme mirar hacia Mike—. Si vomita, ustedes lo limpian.

—¿Tan obvio es?

Sonríe.

—Digamos que ya he visto esa cara antes. Normalmente cuando los jugadores de hockey van a fiestas de fraternidad...

Su tono de voz sugiere que sabe exactamente quién es Mike, y tengo que recordarme a mí misma que es una celebridad local. Capitán de hockey, soltero codiciado. Apenas puedo contener mi suspiro, sabiendo que la cajera solo está tratando de ayudar, aunque por la cara que pone le encantaría cuidar de Mike, resaca o no.

Cuando la comida está lista, llevo el pedido a la mesa. Mike ha progresado de cara-sobre-la-mesa a desparramado-en-la-silla, y la estrategia de las tres bebidas aparentemente le ha metido algo de cafeína, azúcar y agua al cuerpo. Está pegado al teléfono, así que no me ve llegar.

—Déjame adivinar, ¿el ligue de anoche? —pregunto, deslizando su plato hacia él—. Dime que no le vomitaste encima...

Niega con la cabeza, y luego se arrepiente del movimiento.

—Fui un perfecto caballero con... ¿cómo se llamaba? En fin, solo estoy organizando la cena del equipo en mi casa...

El horror me invade.

—Por favor, dime que no vas a cocinar tú.

—¿Qué tiene de malo mi cocina?

—A ver —dejo mi plato y me rasco la barbilla fingiendo pensar—. ¿Tu costumbre de dejar la pasta cruda? ¿La vez que evaporaste una

olla de agua hirviendo? Ah, espera, ya sé... ¿qué tal aquella vez el verano pasado cuando me diste una intoxicación alimentaria con pollo crudo que jurabas que estaba cocido?

—OK, OK —dice, levantando las manos en falsa rendición—. Culpable de todos los cargos, señorita...

—No he vuelto a comer pollo desde entonces. —Abro mi bagel—. En serio, Mike. Pide pizza o algo. No envenenes a tu equipo.

Le quita el papel al bagel, aunque le cuesta mucha más coordinación de la que debería.

—Relájate, Lea. Linc va a cocinar. Se le da bien.

—Oh, gracias a Dios. —El alivio me inunda. Al menos alguien en el equipo tiene habilidades básicas para sobrevivir.

—Lo lleva planeando semanas. —Mike le da un mordisco enorme y habla con la boca llena como si lo hubieran criado en un establo—. Como si fueran las Olimpiadas de la cocina o algo así.

Arrugo la nariz.

—Asqueroso. Mastica y traga, después habla.

Hace una gran producción de cumplir con mi petición, y luego lo baja con jugo de naranja.

—¿Mejor?

—Marginalmente. —Lo estudio por encima de mi taza de café—. ¿Cómo puedes tener esta resaca y aun así tener entrenamiento después?

—Ah, eso es fácil. —Sonríe, pareciéndose más a sí mismo—. En cuanto piso el hielo, la resaca desaparece. Es pura ciencia.

Levanto una ceja.

—Ciencia.

—Sí. El aire frío, la adrenalina... —Agita la mano vagamente—. Además, el tequila ayuda mucho con el dolor.

Algo en su tono me hace detenerme.

—¿Qué dolor?

Así de rápido, su expresión se cierra. La sonrisa fácil desaparece, reemplazada por algo más duro, más cauteloso.

—Sabes que el hockey es un deporte de contacto, ¿no?

Pero hay algo que no cuadra en su respuesta. Cómo se le tensan los dedos alrededor de la taza de café y cómo no termina de

mirarme a los ojos. Algo le pasa, y no quiere contármelo...

—Mike...

—Hablando de entrenamiento —me interrumpe—. Debería irme. Necesito ducharme antes de someter al equipo a... esto.

El cambio de tema abrupto es tan sutil como un ladrillazo en la cara, pero lo dejo pasar. Lo que sea que le esté pasando, claramente no quiere hablar de eso. Y como alguien acostumbrada a meter sus emociones en una caja y esconderlas, necesito respetar eso.

—Claro. —Lo observo recoger sus bebidas, notando cómo hace una mueca de dolor al empezar a levantarse, tan evidente que no puedo ignorarlo—. Y estás totalmente bien.

—Nunca mejor. —Me sonrío desde arriba, la sonrisa perfecta de hermano mayor que necesita que la hermanita deje de preocuparse—. Oye, ¿vas a venir al partido contra Princeton?

—No me lo perdería por nada del mundo —digo—. Alguien tiene que documentar tus caídas espectaculares.

—Podrías pintarlas. Hacerte millonaria... —Se ríe—. Hablando de eso, ¿cómo va lo del arte? ¿Ya conociste algún hipster pretencioso?

Le tiro una servilleta.

—Lo dice el que se cree el próximo Wayne Gretzky.

—Eso es diferente. —Sonríe—. Yo sí soy el próximo Gretzky.

Resoplo. El ego de Mike siempre es del tamaño del Madison Square Garden. Pero hay algo raro en su sonrisa, una tensión alrededor de los ojos que no estaba ahí la temporada pasada. Antes de que pueda preguntarle, su teléfono vibra de nuevo. Esta vez cuando lo revisa, su expresión se oscurece.

—Mike —digo otra vez, tratando de ser más suave esta vez—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Estoy bien, Lea —su voz adopta un tono serio—. Por favor, déjalo, ¿sí?

Asiento, la comida —y la conversación— claramente terminadas. Mientras nos levantamos y salimos, noto cómo favorece su lado derecho, cómo sus movimientos son una fracción excesivamente cuidadosos. Definitivamente algo le pasa, y conociendo a Mike, seguirá esquivando el tema hasta que sea imposible ignorarlo.

—Sabes —digo mientras salimos a la mañana fresca—, si no estás bien, aquí estoy.

—Lo sé, Lea, ¿OK? —Su voz se suaviza—. Pero en serio, estoy bien. Solo es una mañana difícil.

El teléfono vibra en mi bolsillo, y tengo que luchar para que no se me note la sonrisa al ver el nombre de Declan en la pantalla. Pero decido no leer el mensaje delante de Mike, por si empieza a hacer preguntas sobre exactamente qué pasó anoche. Me muerdo el labio al pensar en él, y...

—¡Ey! —Mike agita la mano frente a mi cara—. ¿Quién te tiene sonriendo así?

—Nadie. —Meto el teléfono de vuelta en el bolsillo—. Solo Em siendo... Em... ya viste ayer lo exagerada que puede ser.

No es exactamente mentira. Em también me ha estado mandando mensajes esta mañana, con sugerencias cada vez más guarras sobre lo que debería hacer con Declan. Y debo admitir que algunas ideas no están nada mal, y son muy creativas. Pero mientras Em se desboca con la información, todavía no puedo contarle a Mike sobre Declan.

No cuando ha sido tan protector desde lo de Chris...

—Claro. —Mike no parece convencido—. Bueno, ¿quieres el recorrido por el campus antes de que me vaya a entrenar?

Asiento, más que nada porque quiero asegurarme de que está bien un rato más. Y mientras caminamos por el campus, Mike me señala varios edificios y puntos de referencia. La biblioteca con su imponente arquitectura gótica. Los comedores. Las otras residencias principales...

El teléfono vibra otra vez.

Declan.

—En serio —dice Mike—, ¿con quién te estás escribiendo?

—Solo conociendo gente —digo vagamente—. Ya sabes, haciendo amigos...

Me estudia un momento, luego asiente.

—Bien. Eso... eso está bien.

El implícito «después de lo que pasó con Chris» queda suspendido en el aire entre nosotros tras sus palabras

cuidadosamente elegidas. Mike fue mi roca este verano, recogiendo los pedazos cuando volví de Europa antes de tiempo. Cuando nuestros padres no entendieron por qué estaba tan destrozada por un «romance de verano», Mike lo entendió.

Me abrazó mientras lloraba, me trajo helado de todos los sabores, y ni una sola vez me dijo que estaba siendo dramática. Pero desde entonces también ha estado sobrevolándome, como si tuviera miedo de que me rompa si alguien me mira mal, y ahora él tiene... lo que sea... que le pasa, y todo es un poco demasiado.

—Entonces —dice, claramente desesperado por superar el silencio incómodo—, ¿dónde acabaste anoche?

—En Marie's —digo, manteniéndome vaga.

Se le iluminan los ojos.

—Las mejores tostadas francesas del pueblo. Aunque solo lo descubrí el año pasado por uno de los chicos del equipo.

—Bueno, doy fe de ello. —Le sonrío—. En fin, debería irme. Le prometí a Em que tomaría un café con ella...

—Claro. —Se encoge de hombros—. Intenta no quedarte dormida en historia del arte.

—Intenta no morirte —digo alegremente.

Mientras se ríe y se aleja, saco el teléfono para leer el mensaje de Declan:

Esto puede sonar un poco raro, pero hipotéticamente, si fuera a dibujarte, ¿hay alguna cicatriz obvia, tatuaje o cualquier otra cosa que debería saber?

Sonrío y respondo:

Un poco pronto para eso, Dec.

Su respuesta llega rápido:

Voy a asumir que eso significa que sí. Estoy deseando descubrirlo. Voy a salir a cenar esta noche con amigos, pero ¿te gustaría tomar un café después?

Y así, sin más, estoy sonriendo otra vez, con calor extendiéndose por mi pecho. Han pasado menos de veinticuatro horas desde que lo conocí, pero de alguna forma escribirme con Declan se siente tan natural como respirar. Como si nos conociéramos de años en vez de horas.

Si tan solo pudiera contarle a Mike. Pero conozco a mi hermano: en cuanto mencione que conocí a un chico, entrará en modo protector total. Y ahora mismo, sea lo que sea esto con Declan... quiero guardármelo para mí, solo un poco más, antes de que el resto del mundo se meta.

Bueno, excepto Em.

Me muerdo el labio, tratando sin éxito de contener la sonrisa mientras respondo:

Es una cita.

Su respuesta me provoca un revoloteo en el pecho:

¿Una oficial? ¡Genial!

seis

DECLAN

UNA PELOTA de hockey me pasa zumbando junto a la cabeza al entrar en el apartamento de Mike.

—¡Maldita sea, Maine! ¡Para ya con el hockey callejero! —la voz de Linc retumba desde la cocina, acompañada del traqueteo de ollas—. ¡Me estás arruinando la vibra!

Sigo los sonidos del caos, y la escena que me recibe es puro desastre: Maine empuñando un palo de hockey como si fuera una espada, Mike agachado detrás del sofá con un cojín a modo de escudo, y Linc en la cocina, blandiendo una cuchara de madera como si estuviera listo para el combate.

—No es hockey callejero —Maine sonríe sin el menor remordimiento—. Es hockey de apartamento. Un deporte completamente distinto.

—Sí —Mike asoma la cabeza por detrás del sofá y le lanza una pelota a Maine que le pasa rozando—. Mucho más refinado.

—Voy a acabar con los dos —Linc los apunta con la cuchara en tono amenazante—. Dec, apóyame aquí.

Sonrío.

—Lo siento, pero soy Suiza. Territorio neutral.

—Traidor —Linc entrecierra los ojos, luego apunta con la cuchara a Mike y Maine—. ¡Ustedes dos! ¡Pongan la maldita mesa antes de que le dé su comida al novato de abajo!

—¿Trevor? —Mike se levanta de detrás del sofá—. ¿El del tatuaje del Che Guevara que intentó convencer al decano de que las notas son un constructo capitalista?

—Ese mismo —Linc se ríe—. El tipo que pregona las bondades del socialismo mientras vive en la propiedad número catorce de su padre...

—Mierda —Maine suelta el palo de hockey—. Seguro la tiraría a la basura porque tiene carne. ¿Dónde están los platos?

Linc señala una alacena con la cuchara.

—Estante de arriba. Y Mike...

—Sí, sí —Mike se dirige al cajón de los cubiertos—. Ya voy.

Me apoyo contra el marco de la puerta, con una media sonrisa, mientras observo el caos controlado.

—¿Necesitas ayuda, Linc? —digo.

—Mantén a esos dos... —Linc señala a Mike y Maine con la cuchara— ...lejos de romper algo más. Y quizá saca la ensalada del refrigerador.

Abro el refrigerador y veo el enorme bol de ensalada. Junto a él hay otro bol con...

—¿Eso es masa de galletas?

—Ni se te ocurra —la voz de Linc lleva un tono de advertencia—. Mike ya se metió en ella. Como un animal.

Mike ni siquiera intenta parecer culpable.

—La dejaste desprotegida.

—¡Estaba en el refrigerador! —Linc levanta las manos—. ¡Detrás de la ensalada!

—Error de principiante —Mike sonrío—. Sabes que yo siempre reviso detrás de lo saludable. Ahí es donde la gente esconde lo bueno.

Agarro el bol de la ensalada, intentando no reírme de la expresión de traición en la cara de Linc.

—Estas cenas de equipo fueron idea tuya —digo.

—Sí, bueno —el suspiro de Linc suena a derrota—. Alguien tenía que tomar la iniciativa. La mitad de los chicos no saben cocinar nada que no venga con instrucciones de microondas.

—¡Yo sé cocinar! —protesta Maine.

—Los batidos de proteínas no cuentan como cocinar, hermano.

—¿Y mis nachos...?

Linc lo corta:

—Ponerle queso a unos totopos tampoco es cocinar.

Dejo la ensalada sobre la encimera, fuera de la línea de fuego.

—No te estreses tanto, Linc. Es solo una cena, no Acción de Gracias en casa de tu abuela...

—Primero: nada es tan estresante como Acción de Gracias en casa de mi abuela. Y segundo... —prueba lo que sea que hay en la olla y añade más condimento— no estoy estresado.

—No estás... —repite Mike con voz inexpresiva.

—Correcto —dice Linc—. Estoy intentando crear una atmósfera. Una vibra. Un ambiente. No es que ustedes, animales, lo aprecien.

—La única vibra que yo percibo es la de «chef estresado a punto de asesinar a sus compañeros de equipo» —Maine esquivo el trapo de cocina que Linc le lanza.

—¿Qué hay en el menú? —digo, mientras a Maine casi se le caen los platos y luego procede a distribuirlos.

—Pollo Marsala —el orgullo en la voz de Linc es evidente—. Más pan de ajo, ensalada y, si cierta gente no se hubiera metido en ella, galletas con chispas de chocolate de postre.

—La masa de galletas cruda es mejor de todas formas —interviene Mike, mientras coloca los tenedores con una precisión sorprendente para alguien que acaba de usar un cojín como armadura.

—Entonces, Dec —la voz de Linc baja de volumen mientras Mike y Maine discuten sobre quién tiene que sacar los vasos—. ¿Adónde desapareciste anoche?

Trago saliva, porque esperaba evitar esta conversación.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto. Desapareciste, hermano —revuelve la salsa, y el rico aroma del vino Marsala inunda la cocina—. Déjame adivinar. Te fuiste a tu casa a dibujar.

—La verdad es que... —dudo, y una calidez se me extiende por el pecho al recordar la sonrisa de Lea—. Yo... eh...

—¡No me jodas! —suelta incrédulo—. ¡Conociste a alguien!

Suspiro. No tiene sentido negarlo.

—Conocí a alguien.

Linc alza las cejas.

—¿En una fiesta? ¿Tú?

—Oye, yo voy a fiestas —protesto.

—Ajá —Linc prueba la salsa de nuevo—. ¿Y quién es?

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre de golpe y la voz de Rook retumba por el apartamento.

—¡Huele increíble!

—Y algo se ve increíble —Simon, uno de los chicos de la segunda línea, entra detrás de él con el teléfono en la mano—. Miren a esta chica de mi clase de Bio con la que acabo de hacer match...

El resto del equipo se amontona detrás de ellos, una oleada de ruido y movimiento que ahoga cualquier posibilidad de continuar mi conversación con Linc. Él me lanza una mirada que dice claramente después hablamos antes de alzar la voz por encima del caos. Asiento, agradecido por el respiro, y sin ninguna intención de retomar el tema.

—¡A ver, animales! —apunta con la cuchara hacia el comedor—. ¡La comida está lista! ¡Intenten comportarse como seres civilizados!

El equipo se abalanza sobre la cena como una manada de lobos hambrientos. En cuestión de minutos, la mesa del comedor —que estoy bastante seguro de que Mike compró en IKEA en su segundo año— cruje bajo el peso de platos, vasos, codos y el verdaderamente impresionante banquete de Linc. Y la mesa no da para todo el equipo, así que algunos terminan en el banco, el sofá o directamente en el suelo.

Termino sentado entre Linc y Simon, frente a Mike y Maine. Rook, nuestro portero novato, reclama el asiento en la cabecera como si fuera un trono. El resto de los chicos llenan los huecos, dándose codazos y robando panecillos antes de que Linc pueda terminar de poner el último plato.

—Bueno —Mike golpea su vaso de agua con el tenedor, y el sonido agudo corta el caos—. Antes de comer...

—¡Vamos, Capi! —protesta Maine—. ¡La comida se enfría!

—Tradición, imbéciles —la voz de Mike lleva ese filo de autoridad que lo hace un buen capitán—. Primera cena del año, ronda de mesa, cada uno dice sus metas para la temporada.

Un quejido colectivo se alza de la mesa, pero no hay resistencia real. Venimos haciendo esto desde primer año, cuando nuestro entonces capitán —Tommy Rubisky, ahora jugando en la NHL— lo instauró. Es cursi como pocas cosas, pero funciona: nos enfoca y nos hace pensar en lo que queremos lograr.

—Empiezo yo —Maine agarra un panecillo, ignorando la mirada asesina de Linc—. Esta temporada, quiero hacer reír al entrenador Barrett con un chiste de hockey.

—Imposible —bufa Simon—. Ese hombre no tiene sentido del humor.

—Reto aceptado —la sonrisa de Maine se vuelve maliciosa—. Estuve trabajando material todo el verano. ¿Cómo se llama el mono que gana la Copa Stanley?

La mesa queda en silencio, esperando, con las miradas ya vidriosas.

—¡Un chimpancampeón! —Maine sonríe radiante, como si acabara de resolver el hambre mundial.

Otro quejido general recorre la mesa, alguien le tira una servilleta a la cabeza, y entonces Rook interviene:

—Eso fue terrible.

—Tu cara es terrible —le responde Maine, pero sigue sonriendo—. Bueno, Simon. Tu turno. ¿Cuál es tu meta?

Simon se recuesta en la silla con una sonrisa de suficiencia.

—Bueno, hay una chica en mi clase de Bio...

—Ya sabemos —corean la mitad de los presentes, todos hartos de oír hablar de la chica a la que llama su musa.

—Y la verdad quiero ponerme bien... —hace un movimiento sugestivo con la cadera— ...biológico con ella, si me entienden...

Alguien murmura «joder» por lo bajo, y las confesiones de metas poco serias continúan hasta que Mike se aclara la garganta. La mesa vuelve a quedar en silencio; cada uno de nosotros respeta su papel de capitán, incluso fuera del hielo.

—Mi turno —la expresión de Mike se pone seria, y algo en su voz me hace enderezarme en la silla—. Esta es mi última temporada como Devil.

El peso de esas palabras se posa sobre la mesa. Mike ha sido nuestra roca durante tres años. Nuestro líder. El tipo que nos une cuando nos estamos desmoronando. Pero está en su último año, y si todo sale según lo planeado, se irá a la liga en busca de fortuna y fama.

—Quiero darlo todo —continúa—. Ganar más partidos. Dejarlo todo en el hielo.

—¡Y ligarse a más chicas! —añade Rook con una sonrisa.

Mike le lanza un panecillo y le da de lleno en la cara.

—Bonita atajada, portero...

La mesa estalla en carcajadas, lo que significa que la declaración sincera de Mike nunca recibe la atención que creo que merece. Puedo ver que hay algo de dolor detrás de su sonrisa forzada, como si hubiera querido compartir sus metas con los chicos y dejar las estupideces de lado por un momento. Tendré que hablar con él después.

—¡Bueno! —Linc alza un poco la voz, calmando a la horda—. La comida se enfría. Podemos terminar las declaraciones después de comer.

Nadie discute. El repiqueteo de tenedores contra platos llena el aire, junto con el caos habitual de las cenas de equipo: chistes, risas, historias de aventuras veraniegas y conquistas fallidas. Voy por mi segunda porción de pollo Marsala cuando Linc se inclina hacia mí.

—Entonces —su voz es lo suficientemente baja para que solo yo la oiga, pero sus ojos están clavados en mí como un rayo tractor—. Sobre esta chica...

Gimo por dentro, porque no quiero hablar de eso, pero sé que si cambio de tema se convertirá en algo más grande. Miro a mi alrededor y veo a todos absortos en sus propias conversaciones, así que hay una pequeña posibilidad de limitar la exposición a Linc.

—Nos conocimos en la fiesta —digo en voz baja—. Hablamos, luego fuimos a Marie's a comer algo...

—Espera, ¿no te la llevaste a tu casa, o sea, para nada? —Linc abre los ojos—. Caramba. Debe ser especial...

—Lo es —las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y siento el calor subiéndome por el cuello—. O sea... conectamos, ¿sabes?

—¿Sobre qué? —la voz de Linc sigue siendo baja, pero su interés es evidente—. Por favor dime que no la aburríste con estadísticas de hockey.

—De arte, en realidad —empujo la comida por el plato, intentando disimular la sonrisa—. También es de la carrera de Arte.

—¿En serio? —Linc alza las cejas—. ¿O sea que se quedaron ahí sentados hablando de... no sé, pinceladas y esas cosas?

—Algo así —recuerdo nuestra conversación, lo fácil que fluía, cómo ella se emocionaba con las mismas cosas que yo—. Fue lindo.

Linc me mira fijamente un buen rato.

—Joder.

—¿Qué?

—Te gusta —su voz sube un poco—. En serio te gusta.

—Baja la voz —le siseo, mirando alrededor, sabiendo que los chicos no me van a dejar en paz si se enteran. Pero siguen metidos en sus propias conversaciones.

—Hermano —la expresión de Linc está entre divertida y atónita—. Nunca te había oído hablar así de nadie. Ni siquiera de la chica del periódico.

—Eso era diferente —apuñalo el pollo—. Eso era solo...

—¿Sexo? —ofrece Linc amablemente.

—Sí —siento la cara arderme otra vez—. Esto es... no sé. Diferente.

—¿Diferente cómo?

Lo pienso.

—Es solo que... ella lo entiende, ¿sabes? Lo del arte. Y es graciosa, e inteligente, y cuando sonríe es como si...

—¿Como si qué?

—Como si todo lo demás simplemente... se detuviera —me rasco la barba incipiente—. No creo haber sentido esto por una chica... jamás...

La sala se queda en silencio de golpe. Demasiado silencio. Es como una escena de película, donde un secreto se transmite de repente a toda una multitud. Y cuando levanto la vista, me encuentro con que cada uno de mis compañeros me está mirando fijamente, con idénticas sonrisas de mierda en la cara.

—¿Qué? —exijo, pero ya lo sé.

Lo oyeron todo.

—Declan Andrews —la voz de Maine rebosa de falsa solemnidad—. ¿Enamorado?

—Nuestro pequeño Dec —Simon se limpia una lágrima imaginaria del ojo—, ya creció.

Hundo la cabeza entre las manos.

—Los odio a todos.

—¡Cuéntanos más sobre su sonrisa! —grita Rook desde la cabecera.

Maine bufa.

—¿Le ilumina la habitación? ¿Te hace saltar un latido?

La mesa estalla en carcajadas y clichés románticos terribles, cada uno intentando superar al otro en la competencia de estupideces a gran escala. Me hundo en la silla, deseando que el suelo se abra y me trague entero.

—Chicos —la voz de Mike corta el caos—. Déjenlo en paz.

—¡Pero Capi! —protesta Maine—. ¡Esto es histórico! ¡Dec está mostrando emociones humanas!

—Yo muestro emociones —murmuro.

—Sí —bufa Simon—. Irritación y... más irritación.

—¿Cómo se llama? —pregunta Rook, inclinándose hacia adelante con entusiasmo.

Dudo, porque algo en mí quiere mantener a Lea para mí solo. Como si decir su nombre fuera a romper el hechizo de anoche. Pero sé que no me van a dejar en paz a menos que les dé algo de qué burlarse antes de pasar a burlarse de otra cosa.

—¡Vamos! —me urge Maine—. ¡Necesitamos detalles!

—Se llama Sienna —miento—. Y es... increíble.

La mesa estalla en un coro de «awwws».

Les levanto el dedo a todos, pero no puedo parar de sonreír.

—¿Cuándo la ves de nuevo? —pregunta Linc.

—Hoy a la noche —el teléfono me vibra en el bolsillo, y sé sin mirar que es ella. Estuvimos mandándonos mensajes todo el día, y cada vez que veo su nombre en la pantalla, el estómago me da un vuelco que probablemente no debería admitirle a nadie, nunca—. Vamos a tomar un café.

—¿Café? —Maine parece horrorizado—. Hermano, sube el nivel. Llévala a un lugar lindo.

—El café es lindo —argumento.

—El café es lo que haces con compañeros de estudio —Simon niega con la cabeza—. ¡Una cena!

—¡O a bailar! —sugiere Rook.

—¡O a la cama para mostrarle tu palo! —suelta Maine.

La mesa vuelve a quedar en silencio, todos girándose a mirarlo.

—¿Qué? —se encoge de hombros.

—Déjenlo en paz —dice Mike de nuevo, pero esta vez su voz es más dura, y los chicos lo dejan. Se estira para chocarme el puño—. Ya era hora.

—¿Ya era hora de qué? —pregunta Rook, con el tenedor detenido a mitad de camino a la boca, mirando alrededor buscando respuestas.

Mike sonríe.

—A diferencia del resto de ustedes, animales, Dec es un caballero. No se acuesta con cualquiera.

—¡Oye! —protesto, sintiendo el calor subirme por el cuello—. He estado con muchas mujeres.

—Sí —Maine bufa—. ¿Cuántas, tres?

—Más que eso —apuñalo el pollo, sabiendo que el número real en realidad es dos—. Solo... elijo chicas con las que realmente soy compatible.

—¿En vez de qué? —pregunta Rook.

—En vez de follarse a cualquier chica que se ofrezca —explica Mike, y luego le sonríe a Rook—. Ustedes, animales, pueden salir con quien quieran, menos con mi hermana, pero Dec es diferente.

La mesa se queda en silencio.

Hasta Maine deja de comer, lo cual es prácticamente inaudito.

—¿Tienes una hermana? —pregunta Simon por fin.

—Sí —Mike se encoge de hombros—. Empieza aquí este semestre.

Me recuesto en la silla, observando a Mike. En tres años de amistad, apenas ha mencionado a su familia, y nunca ha mencionado a una hermana. Sus padres rara vez aparecen en los partidos —creo que los he visto como dos veces— y nunca habla de su casa. Siempre supuse que había algo detrás, pero nunca presioné.

Rook se anima.

—¿Cómo es?

La expresión de Mike se oscurece.

—Va a estar en el partido contra Princeton.

Simon sonríe.

—¿Es linda?

—Te voy a cortar la cara con el filo de un patín si intentas algo, Sim —Mike lo fulmina con la mirada—. Y sean especialmente amables: tuvo un verano difícil.

Algo en su tono deja claro que es todo lo que va a decir al respecto. La mesa cae en un silencio incómodo, roto solo por el raspar de tenedores contra los platos. Mantengo la mirada en Mike, pero algunos de los otros claramente se sienten incómodos con el cambio de ambiente, porque se miran entre ellos.

Así que hago lo que Mike hizo por mí hace un momento: cambio de tema, respaldándolo como él me respaldó a mí. Fuera del hielo y dentro de él, hemos sido así durante los últimos tres años, leyéndonos la mente y lanzando asistencias cuando hacen falta. Voy a extrañar eso cuando ambos terminemos nuestro último año, a menos que por alguna casualidad terminemos en el mismo equipo de la NHL.

Me aclaro la garganta.

—Entonces, el partido contra Princeton...

La conversación cambia fácilmente al hockey, y observo cómo la tensión se disipa de los hombros de Mike. Lo que sea que esté pasando con su hermana, claramente no quiere hablar de ello. Pero

no dejo de preguntarme por qué Mike mantiene su vida familiar tan privada, mientras mi mente sigue volviendo a Lea.

—¡Dec! —la voz de Maine interrumpe mis pensamientos.

Parpadeo, dándome cuenta de que todos me están mirando otra vez.

—¿Qué?

—Te pregunté si querías más pollo —Linc sostiene la fuente—. Pero estabas demasiado ocupado soñando despierto con Sienna.

La forma en que dice el nombre deja claro que sabe que es falso, pero por suerte no me delata. Le paso mi plato, tratando de ignorar las sonrisas cómplices alrededor de la mesa, mientras Linc me lo llena hasta arriba.

—Entonces —Rook se inclina hacia adelante—. ¿Cuándo nos la presentas?

—Nunca —recibo mi plato de vuelta—. Porque son todos unos imbéciles.

Maine descarta eso con un gesto de la mano.

—Pero en serio, Dec. ¡Tráela a un partido!

La idea de Lea en las gradas, viéndome jugar, hace que algo cálido se despliegue en mi pecho. Pero entonces recuerdo: ni siquiera sabe que juego hockey. Para ella, solo soy otro estudiante de arte...

—Quizás —digo sin comprometerme, metiéndome más comida en la boca para evitar más preguntas.



El pollo Marsala de Linc es tan bueno que debería ser ilegal.

Le doy otro bocado a las sobras mientras bajo las escaleras del apartamento de Mike, saboreando la mezcla de especias. El tipo será un pesado con su cocina, pero hay que reconocer que sabe lo que hace entre los fogones.

La cena de equipo salió bien, considerando todo. Nadie volvió a mencionar a mi chica misteriosa después de que la emoción inicial

se apagara. Aunque Maine me levantó las cejas un par de veces cuando nadie miraba.

Pero algo definitivamente le pasa a Mike.

Estuvo más callado de lo normal, picoteando la comida en vez de devorarla como suele hacer. Y cuando Rook preguntó por el próximo partido contra Princeton, todo el comportamiento de Mike cambió. Se puso tenso y a la defensiva.

Doblo la esquina de la escalera, todavía pensando en el comportamiento de Mike, y...

PUM

...algo sólido choca contra mi pecho.

El impacto hace que el recipiente de sobras se me escape de las manos. Veo con horror, casi en cámara lenta, cómo el recipiente sale volando por los aires, lanzando un arco de salsa Marsala y arroz al vacío.

—Ay, mierda —dice una voz familiar.

¿Lea?

Antes de que pueda procesar que es ella contra quien me acabo de estrellar, de entre todas las personas posibles del campus, mis pies pisan el piso resbaladizo. Las zapatillas se me deslizan sobre la salsa derramada. Muevo los brazos como un molino, tratando desesperadamente de mantener el equilibrio cuando...

PLAF

...un pegote de salsa Marsala me aterriza directo en el pelo.

Más comida llueve a nuestro alrededor. Galletas con chispas de chocolate salen disparadas por el piso como discos de hockey comestibles. Un trozo de pollo particularmente grande ejecuta un elegante clavado de cisne dentro de una maceta.

—¡Lo siento mucho! —las manos de Lea revolotean en el aire entre nosotros, como si no pudiera decidir si ayudarme o salir corriendo—. No estaba mirando por dónde iba, y...

—Está bien —me río.

Finalmente me mira bien la cara. Se le abren los ojos.

—¿Declan?

—Hola —intento una sonrisa casual, que probablemente se vea ridícula dado que estoy cubierto de salsa Marsala y migas de galleta

—. Qué casualidad encontrarte aquí.

Se le escapa un resoplido de risa. Se tapa la boca con la mano, pero los hombros le tiemblan.

—Eh...

—Adelante —suspiro—. Sácalo de tu sistema.

—Lo siento —repite, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Es que... tienes salsa Marsala... —señala vagamente hacia mi cabeza.

—¿En el pelo? —levanto la mano y palpo el pegote viscoso adherido a mi cuero cabelludo—. Genial. Nada como oler a recipiente de sobras frente a la chica que te gusta...

Se ríe otra vez, la misma risa completa de la cafetería, sin contención y cálida. Y a pesar del completo desastre en el que estamos parados, el corazón me baila con ese sonido, y de repente solo quiero escucharlo más.

—Toma —rebusca en su bolso y saca un paquete pequeño de pañuelos—. Déjame ayudarte.

Nuestras miradas se cruzan, y se me acelera el pulso. El recuerdo de nuestro beso me golpea de nuevo: sus labios suaves contra los míos, sus dedos enganchados en mi camiseta. Doy un paso hacia ella, esperando aprovechar el humor de la situación para convertirlo en algo positivo...

—¿Lea?

Una voz familiar resuena por la escalera, cortando mis pensamientos. Miro al rellano sobre nosotros y veo a Mike, cargando una bolsa de basura, su expresión cambiando rápidamente de confusión a reconocimiento.

—¿Mike? —la mano de Lea se detiene en el aire, los pañuelos todavía apretados entre sus dedos.

Siento como si me hubieran tirado un balde de agua helada.

¿Lea es la hermana de Mike?

Mierda.

—¿Qué pasó aquí? —pregunta Mike mientras baja las escaleras, la mirada saltando entre nosotros—. ¿Dec? ¿Qué haces hablando con mi hermana?

—¿Tu hermana? —repito estúpidamente, como si quizás cuestionándolo lo suficiente, la realidad fuera a reconfigurarse en

algo menos catastrófico.

La expresión de Lea se ensombrece mientras nos mira a uno y al otro.

—¿Se conocen? ¿Mike? ¿Declan?

—Está en el equipo de hockey —dice Mike, bajando los escalones—. Te presento a mi compañero de equipo, Declan Andrews.

—Tu compañero de equipo —la voz de Lea se ha vuelto plana, y da un paso atrás. Sus ojos, tan cálidos hace un momento, se han enfriado a hielo.

Se me cae el estómago.

—Yo...

—Entonces, cuando estábamos en la cafetería anoche y te pregunté si hacías algún deporte, y dijiste... —la voz se le eleva—. ¿Cómo era? Ah, sí, «hockey de salón», ¿verdad?

—Espera, espera —interviene Mike, poniéndose entre nosotros—. ¿Estuviste en Marie's anoche? ¿Con mi hermana?

—No fue para tanto —digo, lo cual es la verdad y una mentira absoluta al mismo tiempo.

—Para ella claramente sí lo fue —el modo de hermano protector de Mike está a pleno ahora—. ¿Qué pasó exactamente aquí?

Me doy vuelta desde Mike, sabiendo la furia que eso va a desatar sobre mí, y miro a su hermana.

—Lea, puedo explicar...

—¿Sabes qué? No te molestes —niega con la cabeza, la rabia visiblemente en aumento—. No puedo creer que caí en esto otra vez...

—Ya ves —bufa Mike—. Un día en el campus y ya estás dejando que los tipos te hagan pedazos de nuevo. ¿En serio? Tienes que tener mejor criterio...

—¿Mejor criterio? —la risa de Lea es amarga, hueca—. ¿Como el tuyo? ¿Llegando con resaca a los entrenamientos? ¿Faltando a clases?

La cara de Mike se oscurece.

—Eso es diferente.

—Claro. Porque tú eres el chico de oro que nunca hace nada mal —se pasa la mano por los ojos—. Dios, soy una idiota por confiar en

los dos.

—Lea... —doy un paso adelante, pero Mike me bloquea el camino.

—Ya hiciste suficiente —su voz es baja, peligrosa—. Aléjate de mi hermana.

Lea no espera a escuchar mi respuesta. Se da vuelta y se aleja a grandes pasos, el pelo rebotándole con cada paso furioso. El sonido de sus botas en las escaleras resuena por el hueco hasta que se desvanece por completo.

—¿En qué mierda estabas pensando, Declan? —Mike se vuelve hacia mí—. ¿Mi hermana, hermano? ¿En serio?

—No sabía que era tu hermana —la salsa Marsala se me está empezando a secar en el pelo, poniéndolo rígido—. Y que conste, yo no estaba tratando de...

—¿De qué? ¿De jugar con ella? Porque eso es exactamente lo que parece desde donde estoy, apretando los botones del arte que sabías que iban a funcionar con ella —me clava el dedo en el pecho—. Necesito que te concentres en Princeton, no que intentes meterte en los pantalones de mi hermana.

Me golpea como una carga que no veo venir.

—De eso no se trata, Mike, vamos...

—¿No? ¿Entonces de qué se trata? —entrecierra los ojos—. Porque por lo que decías, estuviste encima de Sienna en la cafetería anoche...

—Yo...

—No, Dec, es hora de escuchar, no de hablar —se restriega las manos por la cara—. Mira, Lea tuvo un verano difícil. Lo último que necesita es...

—¿Es qué? ¿Alguien a quien de verdad le gusta? —las palabras salen más cortantes de lo que pretendía—. ¿Alguien que pasó horas hablando con ella de arte y...?

—¿Y mintiendo sobre quién eres? —la risa de Mike es áspera—. Sí, eso es exactamente lo que necesita. Aléjate de ella, Dec. No te lo estoy pidiendo.

Quiero discutir. Quiero decirle que quizás hay cosas más importantes que el hockey. Que la forma en que a Lea se le

iluminaban los ojos cuando hablaba de su arte hizo que algo cálido se desplegara dentro de mi pecho. Que su risa en la cafetería fue el mejor sonido que había escuchado en meses.

Pero la forma en que salió hecha una furia fue suficiente para decirme que ya lo arruiné todo más allá de cualquier reparación, y que cualquier intento de seguir defendiendo mi caso ante Mike solo terminaría con él y Lea odiándome, así que cedo.

—Está bien —digo en voz baja—. Me voy a alejar.

Mike asiente una vez y sube las escaleras.

—Y limpia esta porquería.

Con un suspiro, examino el desastre a mi alrededor. La salsa Marsala me gotea del pelo a la camiseta. Una galleta solitaria, milagrosamente intacta, descansa a mis pies en tono de burla. La levanto, mirando las chispas de chocolate que ahora parecen formar una cara triste.

—Bueno —le digo a nadie—, eso salió genial.

siete

LEA

—Y ENTONCES ME miró con esos ojos color avellana tan preciosos... —Marnie suspira soñadora, apuñalando su ensalada con un tenedor de plástico.

Asiento mecánicamente, empujando la comida por el plato. Las luces fluorescentes del comedor proyectan un resplandor enfermizo sobre todo, haciendo que la comida, ya de por sí poco apetecible, tenga un aspecto aún peor.

No es que tenga hambre, de todos modos: mi apetito desapareció en algún punto entre el análisis detallado que hizo Marnie de la «mandíbula perfecta» de Trevor y su monólogo de veinte minutos sobre lo «adorable» que le queda el pelo cuando está nervioso.

No tan mono como el de Declan...

El pensamiento se cuela antes de que pueda frenarlo, y de pronto estoy otra vez en el pasillo de Mike, viendo los dedos de Declan hundirse en su pelo empapado de Marsala mientras intenta explicarse. El recuerdo me golpea como un puñetazo a traición...

Basta, me grita mi mente. Te mintió.

—¿Lea? —Marnie agita la mano frente a mi cara—. ¿Estás bien? Pareces... asesina.

—Estoy bien. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía—. Solo... cansada.

Em me lanza una mirada cómplice desde el otro lado de la mesa. Es la única que conoce la historia completa de lo que pasó con Declan. Y, de no ser por ella, probablemente habría hecho las maletas y me habría ido a casa, sintiéndome estúpida por confiar en un tipo y salir herida otra vez, apenas unos meses después de Chris.

En los pocos días desde entonces, no he sabido nada de Declan, y me alegro. No tengo duda de que Mike le habría cortado las alas de todas formas, con su numerito de «no salgas con mi hermanita» tan eficaz como exasperante, pero que Declan ni siquiera haya intentado escribirme zanja el asunto de todos modos.

Es solo otro jugador de hockey.

Diciendo y haciendo lo que sea para meterse en las bragas de la novata.

Conozco el tipo, porque mi hermano es el tipo.

Y yo no debería haber sido tan jodidamente estúpida.

En fin, agua pasada...

—Entonces —continúa Marnie, ajena a mi crisis interna—, Trevor me preguntó si quería que estudiásemos juntos algún día, y...

—¡Ah! —La voz de Em corta el parloteo enamorado de Marnie como un cuchillo piadoso—. ¿Oyeron lo del festival de puestos de comida de la semana que viene?

Podría besarla.

Besarla de verdad, ahí mismo, en sus labios brillantes y perfectamente delineados.

—¿Festival de puestos de comida? —Ping, una de las otras descarriadas que hemos ido recogiendo, se anima desde su extremo de la mesa—. ¿Cuándo?

—El jueves —dice Em—. Justo antes del partido contra Princeton.

Se me encoge el estómago al oír lo del partido. Porque claro. Últimamente todo parece girar en torno al hockey, como si el universo estuviera torturándome a propósito. Es lo único de lo que habla Mike, es de lo único que Declan no habló, y ahora hasta mis amigas se han sumado al numerito.

—¡Deberíamos ir! —Marnie da saltitos en su silla, casi volcando el vaso de agua—. Oí que va a estar el puesto de barbacoa coreana. Y quizás...

—¿Quizás qué? —Em entorna los ojos.

—Quizás Trevor también esté, porque vi en Insta que le gusta la comida coreana... —Sonríe—. Igual me pongo un...

—Dios nos libre de hacer algo sin la posibilidad de cruzarnos con Trevor —murmuro entre dientes.

Em me da una patada por debajo de la mesa. Fuerte.

—¡Ay! —La fulmino con la mirada—. ¡Esa era mi espinilla!

—¿Sí? —Parpadea con inocencia—. Se me habrá resbalado el pie.

Entorno los ojos, pero ella se limita a sonreír y le da un mordisco deliberado a su manzana. Suelto un suspiro y concluyo que probablemente me lo merecía. Llevo días dándole vueltas a lo de Declan, a Mike y a toda la situación de mierda, y seguramente he sido una compañía pésima.

Estoy enfadada con Declan, por mentirme...

Con Mike, por ser un imbécil sobreprotector...

Con toda la estúpida situación, porque había sido feliz y ahora soy una desgraciada...

Y, si soy honesta, conmigo misma.

Había puesto un embargo sobre los tipos por una razón. Después del verano y del puto desastre con Chris, me había dicho que simplemente me instalaría en la universidad y me olvidaría del romance por un tiempo. Porque, a diferencia de algunas chicas, no me interesa ir sumando nombres a la lista.

Estoy aquí por el arte.

Y, por un momento, pensé que Declan también.

—¿Entonces qué dices, Lea? —pregunta Ping, devolviéndome la atención al grupo—. ¿Puestos de comida? ¿Y después podemos ir todas al partido?

—Yo... —La palabra se me atasca en la garganta—. Eh, no sé...

Ir al partido significa ver a Declan. Verlo con Mike. Verlo haciendo lo que convenientemente olvidó mencionar que le apasionaba, lo que no tiene que ver con bocetos ni pintura ni ir a galerías...

Se le veía tan entusiasmado hablando de arte aquella noche.

¿Algo de eso era real?

Busco desesperadamente una excusa para escabullirme. Porque, desde aquella noche, todo el campus ha estado inundado de

cháchara y carteles sobre el partido. Los pósteres llevan la cara grande y tonta de Mike. Y el vídeo promocional en las redes de la universidad lleva el cuerpo grande y precioso de Declan...

¡Agh!

¡De eso nada!

¡No puedo!

—Lo siento, yo... —Busco una excusa. Cualquier excusa—. Tengo una cosa. De la clase de arte. Un proyecto.

—¿Un jueves por la noche? —El escepticismo de Marnie es evidente—. Trevor estudia Derecho, y ni siquiera él tiene clase un jueves por la noche...

—Pues sí. —Me meto un tenedor lleno de carne misteriosa en la boca para no tener que dar más explicaciones—. Un proyecto muy importante.

—Pero el partido contra Princeton es, o sea, el partido —protesta Ping—. Va todo el mundo. Hasta la gente que odia los deportes.

—Que soy yo —digo con la boca llena de supuesta carne—. Odiar los deportes, quiero decir. Con una pasión ardiente. Tipo odio a nivel olímpico.

El pie de Em conecta con mi espinilla otra vez.

—¡Joder! —chillo—. ¿Puedes parar?

—¿Parar qué? —Se examina las uñas impecables, burbujeante como si nada a pesar de repartir castigos corporales bajo la mesa—. Yo solo estoy aquí sentada, siendo una amiga muy comprensiva, que piensa que quizá salir de tu cuarto para algo que no sea clase te vendría bien.

Le lanzo una mirada asesina.

—Yo...

—¡No he terminado de hablar! —dice—. Y que espera que una amiga que ha sido un bajón total durante, no sé, tres o cuatro días, reconozca que sus amigas supercomprensivas se están esforzando mucho por animarla y sacarla de la cama...

—¡Ayer fui a la biblioteca!

—A esconderte de Trevor. —Em me fulmina con la mirada—. Cuando vino buscando a Marnie...

—¿Trevor preguntó por mí? —dice Marnie, con una voz empalagosa que da arcadas—. Se acabó, le voy a escribir y...

—Ofrécete a follártelo hasta dejarlo sin sentido, por favor, por el bien de todas —se ríe Ping, cortando a Marnie antes de que se deshaga en babas otra hora, y se gira hacia mí—. Lea...

—Vale, iré al estúpido partido, pero no prometo que me guste —suspiro—. ¿Pero podemos dejar de hablar de esto?

—¿Alguna vez dejo de hablar de algo? —se ríe Em, pero al menos ha dejado de darme patadas—. ¡Va a ser divertido! Podemos pintarnos la cara con los colores de la uni...

—Ni de broma —digo.

—...hacer carteles...

—Rotundamente no.

—...decidir de qué miembros del equipo nos inventamos rumores...

Sonrío de lado.

—Ahora sí que hablamos...

—...y cuáles seguro que tienen enfermedades venéreas...

Me echo a reír, y la alegría y la insistencia de Em cortan mi humor negro como el sol entre las nubes. Las demás se unen, y por un momento me olvido del estúpido de Declan, y del estúpido de Mike, y de la estúpida de mí por ser lo bastante estúpida como para dejarme engatusar por otro chico tan pronto...

Pero entonces, así sin más, vuelve la nube negra.

—Tengo que irme. —Las palabras salen a borbotones mientras cojo mi bolso—. Acabo de acordarme de que tengo... una cosa.

—¿Otra cosa? —Marnie frunce el ceño—. Pero si ya tienes una cosa el jueves por la noche, ¿no?

La miro, preguntándome cómo la admitieron en la universidad, pero me encojo de hombros.

—Es otra cosa distinta, Marn. Una cosa muy importante. Que tengo que hacer. Ahora mismo.

Ya estoy a medio camino de la salida cuando Em me alcanza.

—Lea, espera —dice.

—Estoy bien —digo automáticamente, aunque no me lo ha preguntado.

—Claro que sí. —Se pone a mi lado—. Por eso estás huyendo del comedor como si se estuviera incendiando. Porque estás total y completamente bien.

—Es que... —Empujo las puertas pesadas hacia el aire fresco—. Es que no puedo quedarme ahí sentada mientras Marnie babea por Trevor y todas hablan del partido...

—Lo siento. —Me coge de la mano y me envuelve en un abrazo feroz—. Pero sabes que ir al partido no será lo peor del mundo. Le demostraré que no te estás escondiendo.

—No me estoy escondiendo —digo, con la barbilla apoyada en su hombro. Debería apartarme, porque estamos dando el espectáculo y todo el mundo nos mira, pero no quiero.

Me mira y levanta una ceja perfectamente perfilada.

—Bueno, lo admitas o no, ¡me niego a dejar que ese imbécil te arruine el año antes de que empiecen las clases siquiera!

A pesar de todo, se me escapa una sonrisa.

—Eres insoportable.

—Prefiero «encantadoramente persistente». —Me aprieta fuerte—. Mira, lo entiendo. El tipo hizo una jugada asquerosa. Pero no puedes dejar que él, ni tu hermano, te digan adónde ir ni qué hacer. Ya sea que decidas volver a subirte al caballo... o a la po—

—¡Em! —chillo, riéndome.

—Al caballo, entonces... —Sonríe—. Solo intenta no dejar que esto te arruine todo lo demás, ¿vale? Hay clases increíbles esperándote... básicamente ya eres mi mejor amiga...

—Lo sé. —Suspiro—. Es que... me gustaba mucho, Em. Mucho mucho, cuando me había dicho a mí misma que no iba a hacer lo de los chicos por un tiempo. Y ahora cada vez que pienso en aquella noche, la primera noche de universidad, lo único que veo es lo falso que fue todo. Cómo se sentó ahí a hablar de arte como si fuera su mundo entero, cuando en realidad...

—¿Cuando en realidad solo intentaba meterse en tus bragas?

—Cuando en realidad intentaba ser algo que no es —digo.

—Bueno, eso también.

—Y yo me lo tragué. Igual que me tragué el numerito de «viajero con alma» de Chris.

Em me estudia un buen rato y luego suspira.

—Ven al partido, ¿vale?

Dudo.

—¿Sin pintura de cara?

—Sin pintura de cara.

—¿Y sin carteles?

—Te lo juro. —Se dibuja una X sobre el pecho—. Aunque no puedo prometer que Marnie no se pase todo el rato buscando a Trevor.

—Como oiga una palabra más sobre su «culo de piedra»... —Me quejo—. Aunque al menos ha dejado atrás su «risa profunda».

—¡Pues es una cita! —Em sonríe—. Será mejor que vayas a clase...

Asiento, alargo la mano y le aprieto el hombro a Em.

—Gracias, Em —digo.

Me voy, y sigo pensando en las palabras de Em mientras cruzo el campus. Es un día precioso, y en cualquier otra circunstancia estaría sacando mi cuaderno de bocetos para capturar cómo la luz del sol se filtra entre las ramas de los árboles.

Pero ahora mismo estoy demasiado ocupada intentando no llegar tarde a mi primera clase de dibujo al natural. Es la clase que más ganas tenía de este semestre, y si algo puede sacarme de mi miseria es esto, y Declan no puede arruinarme esto, al menos.

Céntrate en los estudios, interviene mi mente, servicial. *En el arte.*

Miro el móvil.

Mierda.

Voy justísima.

Aprieto el paso, mi bandolera rebotando contra la cadera mientras medio corro a través de la explanada. El edificio de arte debería estar... justo... ¿ahí? No, ese es el de música. O... no... eso es un ala de administración...

Maldita sea.

A pesar de la visita guiada que me dio Mike el otro día y de todos los paseos a los que Em me ha arrastrado, me las arreglo para perderme. El campus no es tan grande, pero entre la colección de

edificios idénticos de ladrillo rojo y los caminos serpenteantes, es como un laberinto.

El corazón me va a mil cuando por fin localizo el edificio correcto. Y, un minuto después, cruzo las puertas a toda prisa. Busco el aula doscientos cuatro. Segundo piso. El ascensor tardaría demasiado, así que subo las escaleras de dos en dos, con el bolso rebotando como loco.

Irrumpo en el aula, ligeramente sin aliento, y descubro que todos los caballetes están ocupados menos uno. La profesora, una mujer alta con pelo vetado de plata y vaqueros salpicados de pintura, ya está hablando, y se detiene cuando me ve.

—Qué amable de su parte unirse a nosotros. —La profesora arquea una ceja, cuestionando mi retraso, pero no detecto malicia en la mirada—. Siéntese ahí, por favor...

Asiento y me deslizo en el sitio vacío lo más silenciosamente posible, con los ojos bajos, intentando no llamar la atención. El corazón todavía me late con fuerza por la carrera y seguramente tengo las mejillas rojas, pero al menos he llegado.

La profesora continúa:

—Como iba diciendo, bienvenidos a Dibujo al Natural. Soy Grace Lucas. La mayoría ya me conoce, pero para quienes no, o para quienes han llegado tarde, espero excelencia, dedicación y, por encima de todo, respeto por el oficio y por sus compañeros artistas.

Mientras habla, saco mis materiales: carboncillo, lápices y gomas. Las herramientas familiares me calman, me anclan al momento, enviando una oleada de felicidad a mi corazón y a mi cabeza. Porque aquí es donde pertenezco, y para esto estoy aquí.

No para los chicos.

No para el hockey.

Para el arte.

El modelo toma su posición en la tarima, y estoy tan concentrada sacando mis materiales y escuchando las instrucciones de la profesora que solo cuando suena el temporizador reparo en la persona sentada a mi lado.

Se me cae el alma a los pies.

Porque claro.

Claro que tenía que ser él.

Declan.

En carne y hueso.

Y de pronto, la clase de dibujo al natural se vuelve mucho más complicada de lo que esperaba.

ocho

DECLAN

CLARO QUE ESTO ESTÁ PASANDO.

Lea está en dibujo al natural.

Porque el universo es un cabrón.

Este era el sitio que debería haber sido mi único refugio, la clase que me tenía emocionado desde que se abrió la inscripción. Y ahora está aquí, lo bastante cerca como para olerle el perfume —algo ligero y cítrico que me llena la cabeza de todo tipo de pensamientos inconvenientes.

Intento concentrarme en las palabras de la profesora Lucas, pero mi atención no deja de irse hacia Lea. Se ha recogido el pelo rizado en un moño despeinado, y unos cuantos mechones rebeldes se han escapado. Me pican los dedos por colocárselos detrás de la oreja, pero mi cabeza me reclama a gritos.

Concéntrate, Declan.

—Hoy empezaremos con bocetos gestuales rápidos, de dos minutos cada uno. Después pasaremos a poses más largas. —La profesora Lucas señala a nuestra modelo, una mujer de unos veinticinco años envuelta en una bata azul marino—. Recuerden que estos primeros dibujos tratan de captar el movimiento y la energía, no el detalle, así que no se pongan preciosos con ellos.

Agarro un carboncillo y no puedo evitar mirar a Lea otra vez. No me ha mirado ni una sola vez después de ese primer vistazo y su

evidente impacto al verme. Tiene los hombros rígidos, la espalda recta como una regla, y mira su papel en blanco como si contuviera los secretos del universo.

La modelo se quita la bata y adopta su primera pose. Normalmente, es en este momento cuando todo lo demás desaparece —cuando solo existimos el papel, yo, y el reto de capturar la forma humana en unos pocos trazos rápidos antes de pasar a la siguiente de una serie de poses.

Pero hoy mi mente no se calla, porque ella está aquí, la chica de la que me había convencido de que me había olvidado, por todas las razones que tenían sentido. El hecho de que es la hermana de Mike, el hecho de que me odia porque cree que le mentí, el hecho de que no me dio la oportunidad de explicarme.

Pero ahora, nada de eso parece importar.

Y la tengo metida en la cabeza. A lo grande.

Mis primeros intentos son una basura. Las líneas son vacilantes, nada que ver con mis trazos seguros de siempre. No puedo dejar de pensar en la noche del sábado en Marie's, en lo fácil que fluía la conversación entre nosotros, en cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de su abuela, y después ese beso.

La modelo cambia a su siguiente pose y me obligo a concentrarme.

Mis trazos mejoran.

No son geniales, pero mejoran.

Para la tercera pose, por fin estoy encontrando un ritmo. El rasgueo familiar del carboncillo sobre el papel me ancla. Expulso a Lea de mi mente con toda la fortaleza mental que soy capaz de reunir y me centro en los bocetos. Bloqueo las formas básicas, dejando que la memoria muscular tome el control.

—Se acabó el tiempo —anuncia la profesora Lucas—. Siguiente pose.

Por el rabillo del ojo, veo a Lea cambiar de posición. Intento concentrarme en la modelo, pero la mirada se me va a las manos de Lea mientras dibuja. Sus dedos sujetan el carboncillo con una precisión delicada, moviéndose en trazos rápidos y seguros sobre el papel.

Y entonces mis pensamientos se desbocan. Observo esos mismos dedos que se habían enredado en mi pelo el sábado por la noche, que se habían apretado contra mi pecho, acercándome más. Y de pronto el recuerdo de su cuerpo contra el mío me inunda los sentidos. Las suaves curvas de sus pechos presionando contra mí, cómo sus caderas encajaban perfectamente en mis manos. Se me despierta la polla, y me remuevo incómodo en el taburete.

Concéntrate en la modelo. En la tarea. En cualquier cosa que no sea Lea.

Pero es jodidamente imposible, incluso aunque ella me esté ignorando por completo. Cuando se muerde el labio inferior concentrada, lo único en lo que puedo pensar es en cómo sentí esos labios contra los míos, en cómo se abrieron con un jadeo cuando le metí la lengua y rocé la suya, en lo bien que se sentía su culo cuando me aventuré al sur para agarrarlo y—

El carboncillo se parte en mi mano.

Joder, Andrews. Contrólate.

—Dos minutos —anuncia la profesora Lucas.

Oh, no...

La modelo cambia de pose, y me doy cuenta de que me he perdido una pose entera, lo cual es un pecado capital en una clase como esta. Solo puedo esperar que la profesora Lucas no pida ejemplos ni decida revisar nuestro trabajo, dado que es la primera clase...

Empiezo a dibujar la siguiente pose, pero otra vez mis ojos se desvían hacia Lea. Porque ahora mismo lo único que quiero es arrastrarla al armario de materiales y hacer realidad cada pensamiento sucio que tengo en la cabeza. Enseñarle exactamente lo que me provoca. Hacerle entender que un beso no fue ni de lejos suficiente.

Pero no puedo.

Porque es la hermana de Mike.

Porque cree que le mentí.

Porque esto es exactamente el tipo de complicación que no necesito ahora mismo.

Sí, sigue diciéndote eso.

Pero es más que eso. Más que atracción por su cuerpo. Es atracción por su mente, y por su arte. La observo trabajar, y sus dibujos son fluidos, expresivos. Tienen una soltura que envidio, una energía salvaje que captura el movimiento a la perfección.

Es buena.

Muy buena.

La certeza me golpea como un puñetazo en el estómago. Tenía que ser. La chica que se me mete bajo la piel como nadie, la que me hace cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo, también resulta tener el talento suficiente para hacer que mi propio trabajo parezca rígido en comparación.

—Dos minutos. Última pose corta —anuncia la profesora Lucas—. Que cuente.

Cuando la modelo cambia de posición, arrastro mi atención de vuelta al caballete, pero es demasiado tarde. La pose termina, y todo lo que he conseguido son unos cuantos trazos desgarrados que parecen más garabatos que algo remotamente parecido a anatomía humana, además de la pose que me perdí por completo.

Mientras dibujo la última pose, la profesora Lucas se planta detrás de mí. Estudia mi... «trabajo»... y arquea las cejas levemente.

—Enfoque interesante hoy. Muy... diferente.

Traducción: ¿Qué demonios te ha pasado?

Fuerzo una sonrisa.

—Estoy probando algo nuevo este año, profesora... El minimalismo es el nuevo negro.

Asiente, pero se nota que no se lo traga. Yo tampoco, siendo sincero. He trabajado como un burro durante años para demostrar que merezco una de las pocas plazas en su seminario selectivo. ¿Y ahora lo estoy tirando todo por la borda porque no puedo manejar sentarme al lado de una chica que probablemente me odia?

Espabila.

La modelo adopta su posición para una pose más larga —veinte minutos esta vez. Respiro hondo, decidido a concentrarme. Pero en cuanto levanto el carboncillo para hacer el primer trazo, Lea se mueve a mi lado. Su brazo roza el mío, apenas, y una descarga me recorre el cuerpo entero.

El carboncillo se rompe otra vez.
Mierda.



Diez minutos después, y sigo mirando mi bloc de dibujo con la mente en blanco, el carboncillo flotando inútilmente sobre el papel impoluto. Debería estar dibujando, porque esto es lo mío —lo que me hace sentir vivo, junto con el hockey— y mi billete de entrada al seminario selectivo...

Pero lo único en lo que puedo pensar es en Lea sentada a mi lado.

Su presencia es como una corriente eléctrica que me eriza la piel. Cada pequeño movimiento me atrae la atención —cómo se muerde el labio concentrada, cómo los rizos le caen hacia delante cuando se inclina para añadir un detalle, el suave rasgueo de su carboncillo contra el papel.

Me obligo a concentrarme en la modelo. He desperdiciado la mitad del tiempo, pero puedo hacerlo. He hecho cientos de estudios de figura. Pero la mano me responde torpe, desconectada del cerebro. Los trazos salen mal —demasiado bruscos, demasiado tímidos, sin captar nunca del todo lo que veo.

—Quedan diez minutos —anuncia la profesora Lucas—. Que cuenten.

Mierda.

Desesperado, paso los siguientes diez minutos intentando ponerme al nivel del resto de la clase y producir algo, y cuando se acaba el tiempo... bueno... al menos tengo un boceto con aspecto más o menos humano en la página. Pero es un desastre, y me avergüenzo de él.

—Bien —la voz de la profesora Lucas interrumpe mi autoflagelación—. Veamos...

Se me cae el estómago al suelo cuando empieza a recoger los dibujos de todos.

Esto no puede estar pasando hoy.

No con eso en mi página.

Y con Lea aquí al lado.

La profesora Lucas baraja los papeles con eficiencia practicada y empieza a clavarlos en el tablero de corcho del frente del aula. Se me encoge el pecho al ver mi trabajo entre ellos, las poses sin terminar escandalosamente evidentes junto a las demás, fácilmente lo peor de todos los estudiantes aquí.

—Ahora —dice la profesora Lucas—, quiero que miren con atención cada pieza que he colgado en la pared. Escriban al menos cinco críticas constructivas sobre los dibujos que les llamen la atención. Sean específicos. Sean honestos. Pero recuerden que no se trata de destruir ni de halagar, sino de ayudarse mutuamente a crecer.

Apenas registro sus palabras. Mi mirada no deja de irse hacia Lea, pero ella evita deliberadamente mirar en mi dirección. Tiene la mandíbula apretada, los hombros tensos. El recuerdo de nuestro encuentro en el pasillo de Mike me cruza la mente —el dolor en sus ojos cuando se dio cuenta de quién era yo, cómo se marchó hecha una furia.

Me muevo mecánicamente por el proceso de crítica, garabateando comentarios genéricos en dibujos al azar. Tengo la cabeza demasiado dispersa para ofrecer nada realmente perspicaz. Además, no puedo dejar de observar a Lea mientras estudia cada pieza con cuidadosa consideración, tomándose su tiempo para escribir notas reflexivas.

Cuando llega a mis dibujos, se detiene. Su expresión no cambia, pero la veo apretar el agarre del bolígrafo antes de empezar a escribir. Quiero saber lo que está anotando. Necesito saberlo, ahora mismo. Pero no me atrevo a acercarme. Así que, en su lugar, me acerco al dibujo de Lea y escribo un comentario.

—Se acabó el tiempo, revisen sus comentarios y pueden irse —anuncia la profesora Lucas—. Que tengan un buen día, y nos vemos la próxima vez...

Observo cómo Lea se acerca a su propio dibujo, probablemente para ver qué comentarios recibió. Se le abre la boca al leer, y algo se me retuerce en las entrañas. Porque sé exactamente lo que está

viendo —la crítica despiadada que dejé en un momento de celos frustrados.

Técnicamente competente pero carece de alma. Decisiones seguras. Ningún riesgo tomado.

Las palabras se burlan de mí ahora. Porque en realidad no hablan de su arte. Hablan de mí —de cómo jugué a lo seguro escondiendo quién era, de cómo tomé el camino cobarde en vez de ser honesto con ella. Y ahora la he herido otra vez.

Aunque, esta vez, ella no sabe que fui yo. Supongo.

Pero está destrozada.

Intenta disimular y mantener la calma, pero vi cómo se le hundieron los hombros y el destello momentáneo de tristeza en su cara al leerlo, justo antes de que su máscara de neutralidad volviera a colocarse firmemente en su sitio. Me siento fatal por haberla disgustado, pero al menos no sabe quién lo escribió.

¿O sí?

El corazón se me acelera mientras observo a Lea meter la mano en su bandolera, y se me para en seco cuando saca un papel familiar —la cuenta de Marie's Diner de la otra noche, la cuenta donde no solo dejé una propina generosa, sino un boceto rápido en la esquina.

Una propina y un boceto con la misma letra que mi crítica.

Mierda.

Las compara, y veo el momento exacto en que encajan las piezas. Se le tensan los hombros, y se gira para encararme, ojos verdes fríos y llenos de desprecio. Me quedo ahí, paralizado bajo su mirada como si fuera una especie de Medusa moderna, su furia capaz de convertirme en piedra.

—Lea... —consigo soltar por fin, pero me corta en seco con una mirada que helaría el infierno.

—Ahórratelo. —Su voz es baja mientras se acerca a mí, temblando de rabia—. No quiero oír la excusa que estés a punto de inventarte.

—No sabía que era tuyo —digo de todas formas, las palabras saliendo en tropel—. Estaba distraído, apenas miré el...

—¿Distraído? —Suelta una risa seca—. ¿Qué, muy ocupado mirándome para fijarte en mi trabajo?

Sí, de hecho. Pero no puedo decir eso.

—No es exactamente... —ofrezco en su lugar, pero no le vale.

—Uno, eso no ha sido una disculpa. —Cuenta con los dedos, y cada uno es como una puñalada en el pecho—. Y dos, no necesito una. Porque no somos amigos.

—Lea, yo...

—No somos nada, Declan —continúa, sin dejarme siquiera hablar, su voz más fría con cada palabra, clavándose en mí—. Pensé que eras honesto, amable e interesante. Pero todo era mentira, y yo no pierdo el tiempo con mentirosos, imbéciles ni deportistas.

—Lea, por favor...

Pero mi intento de frenar su tsunami de rabia cae en oídos sordos. Ya se está alejando. Me quedo ahí plantado, rodeado de dibujos que apenas miré, en medio de la única clase que pensé que sería mi refugio del hockey, de las expectativas, de todo.

Y he conseguido joderlo espectacularmente.

Solo cuando sale por la puerta hecha una furia me doy cuenta de que la profesora Lucas sigue en el aula. Y me mira como si acabara de mearme en su colección de acuarelas antiguas o de manosear a la modelo.

—Señor Andrews —dice, de una forma que me encoge los huevos—. Una palabra, por favor.

Su tono es ligero, pero no es una petición. Me mira como si estuviera calculando cuánto sacaría vendiendo mis órganos en el mercado negro. No es una mirada que haya recibido de ella antes, y no es la mirada que me da confianza en conseguir una plaza en su seminario selectivo.

—¿Qué ha sido eso? —dice.

—Yo... —Se me corta la voz—. ¿Un malentendido?

Entrecierra los ojos.

—Lo que acabo de presenciar ha sido completamente poco profesional. Su comentario fue cruel y nada constructivo, y su confrontación con la señorita Altman empeoró una situación ya de

por sí mala. Y, francamente, todo el episodio mostró una sorprendente falta de madurez para un alumno de último año.

Trago con dificultad.

—Le pido disculpas, profesora. No volverá a pasar.

Da un golpecito con una uña cuidada contra su brazo cruzado.

—¿Sabe, Declan?, cuando vi su portafolio, me impresionó. Su dominio de la luz, su comprensión de la forma... era excepcional. Y en las clases de los últimos años, usted había reforzado esa reputación.

Era. Había.

Palabras en pasado.

Se me cae el estómago al suelo.

—Lo tenía en el primer puesto de mi lista de candidatos para el seminario selectivo de fin de semestre. —Levanta una mano cuando empiezo a hablar—. Ahora necesitaré que me convenza.

Mierda. Mierda. Mierda.

El seminario selectivo está limitado a solo seis estudiantes. Impartido por el legendario Marcus Whittier, es el billete dorado para una entrevista de trabajo en cualquier galería del país, o la forma de hacer que un curador abra los ojos y el corazón al instante ante tu arte. Ha sido una meta mía durante años.

—El seminario requiere estudiantes que sepan recibir críticas con elegancia y darlas de forma constructiva. —Hace una pausa—. No es un lugar para golpes bajos ni vendettas.

—Eso no fue una vendetta, profesora —protesto débilmente—. De verdad no sabía que era su pieza.

La profesora Lucas arquea una ceja.

—¿Entonces habría escrito algo diferente de haberlo sabido? ¿O habría escrito eso alegremente en el trabajo de otro estudiante?

¡Mierda!

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

No hay buena respuesta para eso.

—Eso pensaba. —Suspira—. La crítica debe ser sobre la obra, no sobre el artista. Y debe ser constructiva, no hiriente. Siempre. El hecho de que usted lo sepa me dice que quizás no está listo para un seminario intensivo donde la honestidad es fundamental.

—Estoy listo. —Las palabras salen más desesperadas de lo que pretendía—. Llevo tres años trabajando para esto.

—Y yo llevo veinte enseñando. —Su voz se suaviza ligeramente—. Mire, tiene talento. Pero el arte no es solo habilidad técnica... es madurez emocional, es ser capaz de compartir tu visión, y de dar y recibir críticas sin que el ego se interponga.

Mi ego.

Quiero argumentar que no soy ningún divo del hockey que no soporta las críticas. Pero las pruebas en mi contra son bastante contundentes. Lea me lo echó en cara, y ahora la profesora Lucas me ha puesto básicamente en la versión artística de la libertad condicional.

—Entiendo —digo, aunque quiero exponer mi caso, contarle cómo el arte siempre ha sido mi refugio, cómo es lo único que es verdaderamente mío, no algo que hago por mis padres o mis compañeros de equipo, que puede que sea mi primer amor por encima del hockey. Pero dudo que quiera oírlo.

—Bien. Mantendré la mente abierta respecto al seminario, pero por ahora tiene mucho en qué pensar, señor Andrews. —Se yergue—. ¿Y Declan?

Trago con dificultad.

—¿Sí, profesora?

—La próxima vez, intente concentrar su atención en la modelo en vez de en su compañera de clase. Para eso es el dibujo al natural, al fin y al cabo.

Genial. También se dio cuenta de eso.

Se me encienden las mejillas mientras escapo al pasillo, tragándome la humillación que amenaza con asfixiarme. Afuera, el aire está fresco con el principio del otoño, pero apenas lo noto. Mi cabeza es un huracán de vergüenza y arrepentimiento provocado por la última hora catastrófica.

Nunca me he sentido más frustrado.

Ni cuando mi padre llamó al arte una «pérdida de tiempo» comparado con el hockey. Ni siquiera cuando el ojeador de la NHL llamó el año pasado para ver si había reconsiderado saltar a las

profesionales, y tuve que explicar por centésima vez que necesitaba terminar la carrera primero.

Esta rabia —impotente, desvalida— es nueva. Y la odio.

Y lo único en lo que puedo pensar es en lo perfectamente que mi propia crítica se aplica a mí:

Técnicamente competente pero carece de alma.

Decisiones seguras.

Ningún riesgo tomado.

La historia de mi puta vida.

Pero mientras vuelvo a mi apartamento, una nueva emoción emerge, reemplazando la vergüenza y la frustración: rabia. Sé que es irracional, pero en el fondo me da igual, porque la reacción desproporcionada de Lea podría haberme costado todo.

El seminario selectivo. Mi futuro. Mi sueño.

He pasado los últimos tres años matándome en cada clase de arte, perfeccionando mi técnica, quedándome despierto hasta tarde para terminar trabajos incluso después de entrenamientos agotadores, solo para que todo se pusiera en peligro porque a Lea le dio por montar una escena enorme por una pequeña crítica.

Poniéndose emocional.

Enfrentándome.

Saliendo hecha una furia.

¿Y para qué? Porque escribí una crítica que —siendo sincero— ni siquiera era tan dura para los estándares de una escuela de arte, y no es nada comparado con las críticas que los artistas profesionales tienen que aguantar a diario.

He tenido profesores que me han destrozado el trabajo delante de toda la clase. He tenido compañeros que se han cebado con mi técnica, mi composición y mi tema. El arte no es para los de piel fina. Aprendes a encajar las críticas, a extraer lo útil y a descartar el resto. Es parte del proceso.

Pero Lea había actuado como si la hubiera atacado personalmente.

Como si hubiera escrito «esto es basura» en su trabajo.

Le doy una patada a una piedra suelta del camino. La parte racional de mi cerebro sabe que estoy siendo estúpido e injusto.

Escribí ese comentario en un momento de celos, no porque fuera lo que realmente pensaba de su trabajo.

Y sé que es sensible con su arte —me lo contó en la cafetería, cómo su madre la comparaba constantemente con su abuela, cómo luchaba con la confianza en sí misma.

Pero la parte más vengativa de mi mente, la que está ganando, me dice que esa Lea —la chica con la que pasé la noche del sábado, la que parecía entender el arte a un nivel que la mayoría no alcanza — no habría sido tan jodidamente susceptible.

Esa Lea era abierta, curiosa y divertida. La que acabo de encontrar era fría, furiosa y sentenciosa. Como si ya me hubiera juzgado por un solo error, y lo único que voy a recibir de ella a partir de ahora es rabia y hostilidad.

No somos amigos, me gritan sus palabras de antes en la cabeza. No pierdo el tiempo con mentirosos, imbéciles ni deportistas.

—Sí —mascullo para mis adentros—. Bueno, yo no salgo con tipas sentenciosas que no te dan ni la oportunidad de disculparte ni una segunda oportunidad...

Quizás esquivé una bala con ella.

Bueno, de cualquier modo, a la mierda.

Y a la mierda con ella.

ODIO EL HOCKEY.

Lo odio desde que Mike me arrastró a su primer partido cuando tenía diez años, donde pasé todo el rato con las manos sobre los oídos intentando amortiguar el sonido de los cuerpos estampándose contra el plexiglás, el chasquido de los palos contra el hielo y el rugido de la multitud...

Puaj.

Pero aquí estoy, apretujada entre Em y Ping en las frías gradas metálicas de la pista de Pine Barren. Le prometí a Mike hace meses que vendría a este partido, y les prometí a Em y a las demás que las acompañaría hace solo unos días, pero ahora mismo hay un millón de sitios donde preferiría estar.

—Dios. Mío. Ahí está Declan el Imbécil —la voz de Em se abre paso entre los gritos de los fieles de Pine Barren mientras el número catorce cruza el hielo como un borrón escarlata y negro—. O sea, ya sé que estamos enfadadas con él, pero joder, está...

—No estás ayudando —refunfuño—. Deja de devorar con los ojos al enemigo, Em. Para nosotras está muerto.

—Muerto, pero buenísimo —dice encogiéndose de hombros—. Es trágico, la verdad.

Me ajusto el abrigo, y el frío glacial del recinto me da otro motivo más para odiar este deporte.

—Esto es literalmente peor que el infierno.

—Bueno, de todas formas, tu hermano y sus amigos me están calentando... —Em se encoge de hombros y toma un sorbo de su refresco gigante—. Todavía no me puedo creer que lo besaras.

—¿Tenemos que seguir sacando eso? —Le clavo la mirada—. Estoy intentando olvidar que esa noche existió.

—Ya, pero es que estaban prácticamente teniendo un orgasmo espiritual hablando de lo mucho que les gusta el arte a los dos, y luego...

—Y luego resultó ser un mentiroso de mierda que cree que mi arte no tiene alma. —La corto—. Fin de la historia.

Ojalá fuera así.

En los pocos días que han pasado desde que Declan me apuñaló en la clase de arte, revelando una vez más quién es de verdad, sé que he sido una pesada insufrible con Em, Ping y Marnie, que estaba sentada con nosotras hasta que se largó a buscar a Trevor y su mandíbula perfecta en alguna otra parte de las gradas.

Así que, en lugar de someter a Em y a Ping a otra dosis de odio hacia Declan con una pizca de autodesprecio, me cruzo de brazos mientras Declan toma el disco y me guardo mis pensamientos.

No es solo que mintiera sobre estar en el equipo de hockey. No es solo que escribiera esa crítica demoledora sobre mi dibujo. Es que me dejé creer, durante una noche estúpida, que había encontrado a alguien que realmente me veía, que me entendía.

Técnicamente competente, pero carece de alma.

Decisiones seguras.

Sin riesgos.

Las palabras todavía escuecen, sobre todo porque dan en el blanco de maneras que me dan miedo desde hace años. ¿Fue por eso que no entré en RISD, o por lo que mis bocetos de Europa nunca llegaron a capturar lo que sentía estando allí?

Sus palabras me han hecho dudar de mí misma.

Así que jódete, Declan Andrews.

Declan el Imbécil.

En el hielo, Declan intercepta un pase. Sus movimientos son fluidos y precisos, como si pintara con el cuerpo. La multitud ruge su

aprobación, y unas cuantas filas por debajo de nosotras, un grupo de huecas especialmente entusiastas lleva minifaldas y tops cortos a juego con "FÓLLAME" estampado en el pecho, cada camiseta con el número de un jugador diferente.

—Parece que Declan tiene otras opciones —bufo—. Creo que están más a su nivel, aunque no entiendo cómo no se congelan.

—Van ciegas de alcohol —dice Ping—. Beber antes del partido es una parte esencial de la experiencia del hockey.

El Escuadrón FÓLLAME se está pasando lo que parece sospechosamente una petaca disfrazada de botella de agua. Una de ellas se da cuenta de que las estoy mirando, me repasa de arriba abajo y le susurra algo a su amiga. Las dos se ríen, y me contengo para no hacerles un corte de mangas. Está claro que los rumores sobre Declan y yo han llegado a ciertos rincones de la comunidad universitaria...

—Yo solo quería instalarme, ir a algunas clases interesantes y hacer amigos interesantes... —refunfuño—. ¿Por qué me siento como si estuviera otra vez en la secundaria?

—Porque los deportistas siempre serán deportistas y las groupies siempre serán groupies —responde Em con tono filosófico—. Es el ciclo de la vida, Simba.

Resoplo sobre mi chocolate caliente.

—¿Y eso a nosotras dónde nos deja?

—A un lado, juzgando a todos mientras disfrutamos del espectáculo en secreto. —Em sonríe—. Los mejores asientos de la casa.

Suspiro y me hundo en el silencio mientras Em y Ping charlan. De nuevo, me descubro mirándolo patinar, la potencia controlada de sus movimientos, la gracia con la que maneja el disco. Es irritante, la verdad, lo bonito que lo hace parecer. Cómo transforma algo violento y caótico en algo casi... artístico.

Y acto seguido me odio a mí misma por el pensamiento.

Es un imbécil. Y lo odio. Y punto.

—Buen pase de Mike —Em me da un codazo—. No es que lo hayas visto...

—¡Sí lo vi! —protesto, pero no lo vi.

Em levanta una ceja.

—Mike lleva el número veintiséis...

—Ya lo sabía.

—Entonces, ¿por qué estás mirando al número catorce...? —Se ríe—. Te tiene pillada.

Noto que me arden las mejillas.

—Cállate.

—¿Saben qué? —dice Ping pensativa—. Leí en alguna parte que el odio y la atracción activan las mismas zonas del cerebro.

—¡GOL! —grita Em cuando el público estalla, poniéndose de pie de un salto—. ¿Vieron eso? ¡Mike la metió, Lea!

Me levanto a regañadientes con todos los demás, más por obligación hacia Mike que por verdadero entusiasmo. El marcador parpadea: Pine Barren 2, Princeton 1. Cuando miro al hielo, los compañeros de equipo están rodeando a Mike, incluido Declan. Todos sonríen, ríen y se dan palmadas en la espalda.

—La verdad es que juntos son bastante impresionantes —comenta Em.

—Supongo —concedo—. Mike lleva tres años jugando con Declan.

—¿Y Declan nunca te había conocido? —Los ojos de Em se entornan—. ¿En serio?

—No. —Me encojo de hombros—. Ni a mis padres.

—Ahora que lo pienso, ¿dónde están tus padres? —La pregunta de Em me cae como un cubo de agua helada—. Solo viven a una hora de aquí, ¿no?

Toqueto mis guantes, de repente muy interesada en un hilo suelto.

—No son muy... fans del hockey.

—¿Criaron a un jugador de hockey y no son fans del hockey? —Las cejas de Em se elevan tanto que prácticamente le llegan a la línea del pelo.

—No criaron a un jugador de hockey. Criaron a un futuro médico que resulta que es excelente en el hockey. —Dejo escapar un suspiro—. Al menos, así lo ven ellos.

—Oh. —La voz de Em se apaga—. De esas situaciones.

Hasta ahora he logrado evitar contarle a Em cosas de mi familia más allá de Mike. Ayuda que Em venga de lo que ella llama una "extensa dinastía francesa" llena de personajes excéntricos y primos divertidísimos de los que le encanta hablar. Pero al ver su cara expectante, me doy cuenta de que no puedo esquivar el tema eternamente.

—Mis padres están... bien con que Mike juegue al hockey —digo, eligiendo las palabras con cuidado mientras la ofensiva de Princeton ataca la portería de Pine Barren—. Pero nunca se han cortado en decirle que esperan que elija Medicina en vez de hacerse profesional después de graduarse, aunque creo que eso no va a pasar ni de broma.

—¡Pero si es buenísimo! —interviene Ping, señalando hacia el hielo donde Mike acaba de robarle el disco a un delantero de Princeton.

—Crean que la medicina es más estable y madura. —Suspiro—. Lo cual es irónico, porque nunca he conocido a nadie más entregado a algo que Mike.

—O sea, ¿les parece bien que juegue ahora, pero no como carrera? —pregunta Em, intentando entender.

—Lo ven como una actividad extracurricular que queda bien en las solicitudes de Medicina. "Demuestra trabajo en equipo y disciplina" —imito el tono clínico de mi madre.

En el hielo, con el juego de nuevo en marcha, Declan recibe un pase y casi anota; el disco rebota en el poste. La multitud gime al unísono, y las del "FÓLLAME" chillan palabras de ánimo, saltando arriba y abajo sin llegar a darse una conmoción cerebral con el rebote de sus propios pechos.

—Mike se pasó todo el verano levantando pesas, corriendo y entrenando, además de asistir a un campamento en Colorado —continúo—. Creo que siente que tiene mucho que demostrar.

—Pero si acaba de marcar un gol —señala Ping, confundida—. Y quizá si tus padres vinieran, él...

—Eso no va a pasar. —Hago una mueca—. La única vez que mis padres vinieron a verlo jugar, en primer año, fue su peor partido.

Em hace una mueca de dolor.

—Ay.

—No ayudó que ninguno de los dos entienda el juego. De hecho, confundieron a Declan con él y se pusieron a animar al jugador equivocado.

A Em se le cae la mandíbula.

—Eso es... humillante... incluso antes de saber que Declan era un imbécil.

Me coloco un rizo detrás de la oreja.

—Mike se quedó destrozado, aunque intentó tomárselo a broma.

Cuando Princeton anota y empata el partido, la multitud se desinfla. Observo a Mike estampar su palo contra el hielo con frustración, los hombros encorvados. Incluso desde esta distancia, puedo ver cuánto le importa. Pero un momento después vuelve a ser el capitán, animando a sus compañeros, dándoles palmadas en la espalda, chocándoles los cinco.

—Al menos son coherentes —digo, ajustándome la bufanda al cuello—. Me dan la misma guerra con el arte.

Siento una punzada de arrepentimiento al decirlo. No quiero sonar amargada, y me doy cuenta de que no me gusta hablar de esto con mis amigas nuevas, especialmente después de no haber hecho más que hablar de Declan el Imbécil los últimos días. Se supone que estoy empezando de cero aquí, no arrastrando todo mi viejo equipaje.

—¿Creen que las clases de arte son una pérdida de tiempo? —pregunta Em, su voz normalmente vibrante ahora apagada.

—Mi padre piensa que debería dedicarme a algo más estable y práctico —explico, observando a los jugadores recolocarse para el saque de centro, mis ojos otra vez —exasperantemente— atraídos hacia él—. Y mi madre piensa que si voy a perder el tiempo con el arte, al menos debería hacerlo "bien", como mi abuela.

No le he contado mucho a Em sobre mi abuela, bajo cuya sombra he vivido desde antes de tener edad para sostener un lápiz. ¿Cómo explicarle que la mujer a la que se supone que debo admirar, la mujer cuyo talento supuestamente corre por mis venas, es también un peso enorme sobre mis hombros?

—¿"Bien"? ¿Qué significa eso? —La indignación de Em en mi nombre me reconforta más que el chocolate caliente.

—Según mi madre, significa ser salvajemente original y asumir riesgos. —Me encojo de hombros, intentando mantener un tono ligero—. Ya sabes, dejar la universidad para montar tu propia exposición.

—Eso suena...

—¿Terrorífico? ¿Irresponsable? ¿Completamente irreal para cualquiera que no sea rica de cuna o no esté dispuesta a pasar hambre durante una década? —Resoplo—. La ironía no se me escapa. Quieren que Mike vaya a Medicina porque es estable, en vez de ir al hockey profesional, donde puede ganar millones. Y quieren que yo sea una artista muerta de hambre.

Em se ríe.

—Bueno, yo iba a decir "artista rebelde y malota con actitud", pero tu versión también vale.

—Mi abuela era una artista increíble —admito—, pero también tuvo una suerte increíble. Y tenía contactos. Y vivió en otra época.

En el hielo, Declan le da un pase precioso a Mike, que tira y... falla. Puedo ver la frustración de mi hermano incluso desde aquí, cómo su lenguaje corporal grita decepción. No he visto muchos de sus partidos, pero todo en él está raro, y otra vez me descubro preguntándome qué le pasa.

—Eso es duro —dice Em con suavidad—. Para los dos.

—No pasa nada —insisto, de pronto avergonzada por lo mucho que he revelado—. Son buenas personas. Solo se preocupan. Quieren que tengamos un futuro seguro.

Em no parece convencida.

—Aun así, tiene que doler.

—Mira quién se ha vuelto psicóloga de repente —bromeo, desesperada por aligerar el ambiente.

—Tengo una especialización en Cantar las Verdades —corrige Em con una sonrisa—. Y lo que estoy viendo son dos padres muy exitosos intentando meter a sus hijos en moldes que no les quedan, en lugar de dejarlos florecer en lo que aman y se les da bien.

—Puede ser —concedo—. Pero al menos les importa lo suficiente como para querer lo mejor para nosotros, aunque se equivoquen sobre qué es lo mejor.

—De acuerdo. —Em me da un empujoncito con el hombro—. Aunque para que lo sepas, creo que tu arte tiene mucha alma.

Me vuelvo hacia ella, sorprendida.

—Si ni siquiera has visto mi arte.

—Vi tu cuaderno de bocetos en tu escritorio el otro día. —Tiene la decencia de parecer ligeramente culpable—. Puede que echara un vistazo.

—¿Fisgoneaste? —pregunto, más divertida que enfadada.

—Prefiero llamarlo "operación de reconocimiento" —dice con aire solemne—. Y mis hallazgos confirman que Declan el Imbécil está lleno de mierda.

—Gracias —digo, y lo digo en serio.

—Cuando quieras. —Em levanta su vaso de refresco—. Por la decepción de nuestros padres y por hacer lo que amamos de todas formas.

Choco mi chocolate caliente contra su vaso.

—Por eso brindo.

Cuando volvemos a prestar atención al partido, veo que Declan mira hacia las gradas, directamente hacia mí. Por su expresión, le sorprende que esté aquí, y cuando nuestras miradas se cruzan, algo pasa entre nosotros.

Furia y rabia y dolor.

Pues a la mierda con él.

No aparto la mirada y mantengo la cara dura como el granito, hasta que Mike lo llama. Declan se da la vuelta, y me quedo preguntándome por qué el corazón me late de repente de una forma que no tiene nada que ver con el frío.

—¿Y tus padres? —Me vuelvo hacia Em, desesperada por tener conversación—. Apenas los has mencionado...

—No hay mucho que contar. —Se encoge de hombros—. Mi madre es modista, mi padre escribe libros. Me quieren. Me apoyan. Fin.

—Qué lujo —me río, sin lograr ocultar del todo la amargura.

—O sea, no les hizo mucha gracia que me tomara un tiempo después de la secundaria, pero necesitaba un año por unas... cosas personales... y al final lo aceptaron.

—No puedo imaginarme crecer así —admito—. Con padres que respetan tus decisiones.

—Y yo no puedo imaginarme padres que te hagan dudar de todo. —La voz de Em se suaviza—. Con razón siempre te estás disculpando por tener emociones.

Parpadeo, atónita.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que te enfadas o te emocionas por algo, te echas atrás, como si tuvieras miedo de sentir demasiado. —Se encoge de hombros—. Lo noté el primer día que nos conocimos.

La verdad de lo que dice me cala hondo.

—Me tratan como si fuera de cristal por el hecho de que me guste el arte. Como si ser creativa significara que soy extrasensible o algo así.

—Eso es una mierda —dice Em con sencillez.

—Creen que soy demasiado emocional cuando simplemente estoy... reaccionando con normalidad —continúo, y las palabras empiezan a salir solas—. Como cuando Chris me dejó, mi padre intentó animarme diciéndome que había "muchos peces en el mar", como si hubiera perdido un pez de colores en vez de que me hubieran arrancado el corazón.

—Ay.

—Y mi madre dijo que era "demasiado sensible" y "demasiado confiada", como si fuera culpa mía. —Resoplo, evitando los ojos de Em—. Mike fue el único que lo entendió. Me ayudó a superar todo aquello, y ni una sola vez me hizo sentir estúpida por estar disgustada.

—Tu hermano parece una joya —dice Em con una sonrisa suave—. Todo el mundo necesita a alguien así.

—Es genial —coincido, buscándolo con la mirada en el hielo—. Puede ser sobreprotector, pero nunca ha invalidado lo que siento. Cuando estoy mal, simplemente... me deja estar mal.

Suena la bocina, sobresaltándome. Pine Barren ha marcado de nuevo: gol de Mike, con asistencia de Declan. Sin pensarlo, me pongo de pie de un salto, con las lágrimas pinchándome los ojos por el recuerdo de Chris y la gratitud que siento por mi hermano.

—¡VAMOS, MIKE! —grito, y las palabras me salen de la garganta con una fuerza sorprendente, atrayendo miradas a mi alrededor, incluidas las de las conejitas del hockey.

Em salta a mi lado, uniendo su voz a la mía.

—¡BIEEEN! ¡VAMOS, ALTMAN!

Abajo en el hielo, Mike mira hacia las gradas. Incluso a través del casco y el protector bucal, sé que está sonriendo. Levanta el palo en señal de reconocimiento, y una extraña ligereza me llena el pecho. Pero cuando ve que Declan me está mirando, le ladra al equipo —o, más bien, a Declan— que se concentren.

Cuando nos sentamos de nuevo, tengo las mejillas encendidas por la emoción y el sentimiento inesperado.

—Compensa lo de nuestros padres horribles —murmuro.

Em me observa pensativa.

—¿Y cómo crees que reaccionaría si se enterara de lo que Declan dijo sobre tu arte?

No lo había pensado desde ese ángulo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, suena como un hermano mayor protector —dice Em, observando a los jugadores recolocarse—. ¿Qué haría si supiera que Declan insultó tu trabajo? ¿Crees que montaría una pelea en pleno partido? ¿Lo estamparía contra la pared del vestuario? ¿Lo retaría a un duelo con pistolas a diez pasos?

La imagen es casi cómica —Mike enfrentándose a Declan por una crítica de arte—, pero conociendo el temperamento de mi hermano cuando se trata de gente que me hace daño, no es del todo descabellada. Y Declan sí me hizo daño dos veces en una semana, algo con lo que no contaba durante mis primeras semanas en la universidad.

—Nunca tendremos que averiguarlo —digo con firmeza—, porque he terminado con Declan el Imbécil para siempre.

—Cierto —concede Em—. Además, si Mike le pegara, a lo mejor Declan se pone todavía más bueno —los moratones están de moda ahora mismo— y eso haría más difícil odiarlo...

A pesar de todo, me río.

—No tienes remedio.

—Solo digo las cosas como son —sonríe—. Además, podemos fastidiarlo de formas más creativas. Tengo contactos en el departamento de Química. Solo lo dejo caer.

—Tentador —admito—, pero estoy intentando ser una adulta madura.

—Sobrevalorado —declara Em—. Ser mezquina es mucho más satisfactorio.

act 2

diez

DECLAN

ODIO CORRER.

Odio especialmente correr al amanecer cuando hace seis grados y siento los pulmones como si me los hubieran raspado con lana de acero, y estoy rodeado de compañeros de equipo sudorosos y miserables que quieren asesinarme, o lo harían, si les quedara energía.

—¡Son veinticuatro! ¡Una vuelta más! —grita el entrenador Barrett, la voz retumbando por toda la pista—. ¡Y acuérdense de esto la próxima vez que decidan desperdiciar una ventaja!

Me arden las piernas y los pulmones suplican clemencia mientras tomo la última curva. Todo el equipo lleva haciendo vueltas de castigo, cortesía de nuestra vergonzosa derrota contra Princeton anoche. Una derrota que, a juzgar por las miradas de reojo que recibo entre bocanadas de aire, todos saben que es culpa mía.

Había jugado un partido sólido hasta que vi a Lea en las gradas durante el tercer periodo. Después de eso, todo se fue a la mierda. Fallé tres asistencias perfectas de Mike, y mi defensa descuidada llevó al gol de la victoria de Princeton a solo dos minutos del final.

Los gemidos de decepción del público todavía resuenan en mi cabeza. Habíamos estado tan cerca de una victoria crucial, solo para verla escaparse porque no pude mantener la cabeza en el juego,

porque tenía a Lea metida en el cerebro. Incluso ahora, solo pensar en ella hace que apriete la mandíbula.

—¡Muevan esos traseros, señoritas! —grita el entrenador Barrett, y juro que su voz hace vibrar la valla metálica que rodea la pista—. ¡Esto no es una merienda!

Maine se arrastra hasta ponerse a mi lado, su cuerpo alto encorvado de agotamiento.

—¿Es cosa mía —jadea— o el entrenador está especialmente cabreado hoy?

—No es cosa tuya. —Me esfuerzo por mantener el ritmo—. Definitivamente está canalizando a su sargento interior.

—Bueno, alguien la cagó, y en la guerra eso te cuesta la vida. —Maine me lanza una mirada directa—. Y no fui yo.

—Muy sutil, Maine. —Suspiro—. Muy sutil.

—¿Qué pasó ahí anoche, hermano? —Se limpia el sudor de la frente—. Estabas arrasando, y de repente... dejaste de hacerlo.

Valoro qué decirle. La verdad es que me distraje por la chica que me destrozó en la clase de arte, que resulta ser la hermana de mi compañero de equipo, que también resulta ser la única persona que me ha hecho sentir algo real en más tiempo del que puedo recordar.

Sí, eso va a caer fenomenal.

—Perdí la concentración —murmuro en su lugar.

—Bueno, sea lo que sea, arréglalo. —La respiración de Maine es trabajosa, y se queda atrás.

Me alegro de que no pueda seguirme el ritmo, porque no quiero continuar la conversación. Y cuando terminamos la última vuelta, el entrenador Barrett está en la línea de meta con los brazos cruzados y las piernas plantadas, el rostro con esa mueca particular que significa que alguien está a punto de recibir un golpe.

Y estoy bastante seguro de que sé quién es ese alguien.

El equipo se desploma sobre el césped en varios estados de agonía. Mike cae de rodillas, tragando aire como si lo acabaran de rescatar de ahogarse. Rook se tumba boca arriba, con los brazos en cruz. Linc se dobla por la cintura, con las manos en los muslos, como si fuera a vomitar. El resto está destrozado.

Yo me quedo de pie.

Mejor enfrentar al pelotón de fusilamiento de pie.

La mirada del entrenador me encuentra de inmediato.

—¡Andrews! —Su voz corta el aire de la mañana como un latigazo—. ¿Quieres explicarme qué demonios pasó anoche?

Los ojos agotados se giran hacia mí, incluidos los de Mike. Su expresión es indescifrable, pero la rigidez de sus hombros me dice todo lo que necesito saber sobre cómo estamos. Desde aquel día en el pasillo de su edificio, las cosas han estado tensas, y al final del partido...

...bueno, estaba furioso, dejémoslo así.

—Perdí la concentración, Coach. —La voz me sale ronca del esfuerzo mientras repito la excusa patética que le di a Maine—. No volverá a pasar.

—Más te vale. —El entrenador se acerca un paso—. ¿Sabes lo que vi anoche? Vi a un líder de este equipo jugando como si prefiriera estar en cualquier otro lugar.

Mis compañeros observan en silencio. Las flagelaciones públicas no son el estilo habitual del entrenador; normalmente reserva sus observaciones más cortantes para la privacidad de su despacho. Pero guarda este tratamiento para ocasiones especiales, y aparentemente, me lo he ganado.

Continúa, alzando la voz.

—¿Crees que los ojeadores de la NHL van a perder su tiempo con un jugador que se desconecta en medio de un partido?

—No, señor —logro decir.

—Este equipo depende de ti, Andrews. —Me señala con el dedo—. Todos los que están aquí dependen de ti. Así que lo que sea que te esté distrayendo, arréglalo. Ya.

—Sí, señor.

Nadie dice nada mientras vemos al entrenador alejarse a grandes zancadas hacia el centro deportivo, dejándonos en una nube de miseria colectiva. Entonces Maine gime de forma teatral al girarse de costado. Unas cuantas risas sin ganas rompen la tensión mientras los chicos empiezan a levantarse a duras penas.

Pero Mike no se une.

Se pone de pie de golpe y se va sin decir una palabra ni lanzarme una mirada.

Y ese silencio duele más que la reprimenda pública del entrenador.

—Hermano. —Linc aparece a mi lado—. Eso ha sido brutal.

—Me lo merecía —digo, seco.

—Quizás, pero eso no significa que necesitaras público. —Me da una palmada en el hombro—. Venga. Vamos a ducharnos y a por un café antes de clases...

Niego con la cabeza.

—Ve tú. Necesito un minuto.

Me mira con preocupación, luego se encoge de hombros y se une al resto en la marcha hacia los vestuarios. Me dejo caer sobre el césped y miro al cielo. El sol ha salido del todo, pintando las nubes en tonos de rosa y dorado que normalmente me harían sacar el cuaderno de bocetos.

En cambio, solo me siento vacío.

La verdad es que la decepción del entrenador no es nada comparada con la culpa que me revuelve el estómago. Mike salió del vestuario hecho una furia sin decir palabra después del partido de anoche, y el silencio de esta mañana duele más que cualquier pelea a gritos.

Parece que últimamente, mire donde mire, estoy decepcionando a alguien. La decepción del entrenador es evidente en cada palabra. La ley del hielo de Mike deja claro que su paciencia se está agotando. Incluso mis profesores de arte han notado mi distracción últimamente.

En todos los aspectos de mi vida, me he vuelto indeciso e inseguro.

Y parece que todo es por culpa de una chica.

Lo que empezó como una conexión perfecta se ha convertido en un desastre absoluto, desequilibrándolo todo. Con cada día que pasa, mi rabia crece. No solo con ella por estallar contra mí en clase, sino conmigo mismo por dejar que se me metiera tanto bajo la piel que ha descarrilado mi vida.

Me pongo de pie con esfuerzo, haciendo una mueca por el dolor que ya se asienta en los músculos. Y mientras me arrastro hacia los vestuarios, intento convencerme de que este día no puede ir a peor. Pero con la suerte que llevo últimamente, probablemente me equivoco en eso también.

Al menos tengo la clase de dibujo al natural esta tarde como aliciente. Dos horas de concentración pura, donde el hockey y los compañeros decepcionados no existen. Solo yo, mi carboncillo y una página en blanco rebosante de posibilidades, siempre y cuando me siente lo más lejos de Lea que sea humanamente posible.



Las escaleras del edificio de Bellas Artes bien podrían ser el Everest.

Cada peldaño me prende fuego en los cuádriceps, un recordatorio fresco de la tortura del entrenador esta mañana. Probablemente era lo que me merecía después de ganar la medalla de oro en las olimpiadas de «cómo desperdiciar una victoria segura en el último periodo de un partido de hockey», pero mis compañeros todavía están cabreados.

Y Mike encabeza esa lista.

Y no puedo culparlo, porque él tiene todo en juego esta temporada.

Con un suspiro, entierro ese pensamiento y sigo subiendo, ignorando la protesta de los músculos que no estaban diseñados para este tipo de castigo después de un partido. Y para cuando llego a la puerta del estudio, me muevo con toda la gracia de un anciano de ochenta años que ha perdido su andador.

Pero en cuanto entro en el aula de la profesora Lucas, me siento en casa. Es el único lugar del campus donde a nadie le importa una mierda que sea el número catorce, que perdiéramos contra Princeton, que la cagué en una jugada defensiva fácil, o que fallé no uno sino dos tiros cantados.

Aquí soy solo Declan Andrews, artista.

O lo sería, si cierta pesadilla de ojos verdes no estuviera también en esta clase.

Echo un vistazo al aula. En la esquina del fondo, lo más lejos posible de la tarima, hay un sitio vacío. Perfecto. Voy directo hacia allí, colocándome de modo que Lea no esté ni siquiera en mi visión periférica. Ella está cerca de la puerta, inclinada sobre su cuaderno de bocetos, los rizos cayéndole hacia delante para taparle la cara.

Ella no me ha mirado, y yo no quiero mirarla a ella.

Desempaco mis materiales y saco mi bloc de dibujo favorito y una lata de lápices de grafito. El murmullo bajo de las conversaciones previas a la clase me envuelve, reconfortante en su normalidad. Por primera vez desde que vi a Lea en las gradas anoche, siento que quizá pueda concentrarme de verdad.

Olvidarme del hockey, de Mike, y de cómo se me encogió el estómago cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Van entrando más estudiantes, llenando los espacios alrededor de la tarima central donde suele posar nuestro modelo. Conozco a la mayoría de vista si no de nombre, y comparto un saludo educado o una sonrisa con algunos: la chica hosca que fuma fuera entre clases, el chico callado...

La profesora Lucas entra justo a la hora, pero algo va mal. Normalmente, acompaña al modelo a clase, haciéndole sentir cómodo mientras se coloca y se desviste. Pero hoy viene sola, y se planta frente al aula agarrando una carpeta de manila.

Uy...

—Buenas tardes, tengo un anuncio antes de empezar la sesión de hoy —dice, con ese deje de acento británico—. La primera clase trabajaron de forma individual, que ha sido mi norma en esta clase. Pero he decidido cambiar las cosas durante el próximo mes o dos...

Doble uy...

Abre la carpeta y saca un fajo de hojas.

—Durante las próximas seis semanas, trabajarán en parejas.

El estómago me da un vuelco, como si acabara de pisar una placa de hielo malo a toda velocidad. ¿Parejas? ¿En clase de arte? El mayor atractivo del arte, más allá de la expresión creativa, es la

soledad, el hecho de ser solo yo, la superficie en blanco, lo que tengo en la cabeza y lo que tengo en la mano para darle vida.

—Asignaré compañeros basándome en habilidades y enfoques complementarios —continúa—. Completarán cinco piezas de práctica en diferentes estilos, una por semana, culminando en una pieza final compartida que contará como el treinta por ciento de su calificación. Esa pieza también pesará en mis decisiones para el seminario selectivo.

Joder, eso es mucha confianza para depositar en un desconocido...

—Cada pareja se reunirá fuera de clase al menos una vez por semana para desarrollar su visión colaborativa de la pieza final compartida —dice—. Elegirán entre pasteles, carboncillo o lápices de acuarela para su pieza final, y tendrán que seleccionar su propio modelo o composición de naturaleza muerta.

Los requisitos se acumulan, y cada nuevo detalle evapora lo poco que me quedaba de esperanza de una tarde tranquila. Echo un vistazo por el aula, clasificando mentalmente a posibles compañeros. Quizás el chico callado. Parece fácil de tratar. O la chica del mono salpicado de pintura: su trabajo es sólido, aunque algo caótico.

Por Dios, cualquiera.

Cualquiera menos ella.

La profesora Lucas empieza a recorrer el aula, repartiendo las hojas con los detalles completos del trabajo. Cuando llega a mí, hay algo en su expresión —una ligera tensión alrededor de los ojos— que me tensa los hombros. Es evidente que sigue molesta conmigo por lo del otro día.

Ponte a la cola, señora, pienso, pero no me atrevo a decirlo.

—Señor Andrews —dice—. Trabajaré con la señorita Altman.

Mi cerebro se atasca, procesando sus palabras a cámara lenta.

La señorita Altman.

Lea.

Por supuesto.

—Profesora —empiezo, sin saber del todo qué voy a decir pero sabiendo que necesito decir algo.

—Esto no es negociable —me corta, bajando la voz para que solo yo la oiga—. Considérelo una oportunidad de demostrar la madurez que discutimos después de la última clase.

Se va antes de que pueda responder, repartiendo materiales y asignando compañeros al resto de la clase, dejándome mirando la hoja del trabajo. Dibujo al natural en parejas: un ejercicio de perspectiva creativa. La ironía no se me escapa. Ahora mismo, mi perspectiva es que estoy jodido.

Levanto la vista del papel justo a tiempo para ver a la profesora Lucas acercarse a Lea. Le entrega la hoja del trabajo y le dice algo que no alcanzo a oír, pero no lo necesito. La reacción de Lea lo dice todo, y está claro que no me esperaba como compañero igual que yo no la esperaba a ella.

Levanta la cabeza de golpe, los ojos abriéndose de incredulidad antes de entrecerrarlos. Su mirada se clava en mí, y si las miradas mataran, estaría dos metros bajo tierra con un palo de hockey atravesándome el pecho. Por alguna razón retorcida, casi me alegra su reacción, porque al menos no soy el único que sufre.

—¿Hay algún problema, señorita Altman? —pregunta la profesora Lucas, lo bastante alto para que toda la clase la oiga.

Lea aparta los ojos de mí.

—Profesora, con todo el respeto, no creo que sea la mejor compañera para...

—¿No cree que pueda trabajar con el señor Andrews? —la interrumpe la profesora Lucas, con tono clínico—. Sería decepcionante tener que ponerle un cero en la calificación...

Unas cuantas miradas curiosas van y vienen entre nosotros. Genial. Justo lo que necesito: ser el tema de cotilleo de la clase de arte además del cotilleo del equipo de hockey. Ya tengo al Escuadrón FÓLLAME en las gradas de cada partido, pero ahora hay un tufillo de escándalo alrededor de Lea y de mí...

—Solo creo que quizás trabajaría mejor con otra persona —dice Lea, con la voz tensa.

—Igual que yo —añado, encontrando por fin la voz.

La profesora Lucas pasea la mirada entre nosotros, con una sonrisa asomándole en los labios que no le llega a los ojos.

—Las parejas del proyecto no se reasignarán simplemente porque no se caen bien. De hecho —dice, dirigiéndose ahora a toda la clase—, parte del mejor arte surge del sufrimiento, así que tendrán que arreglárselas.

Alguien al fondo del aula ahoga una risa.

Yo no le veo la gracia, personalmente.

Cuando ni Lea ni yo respondemos, la profesora Lucas asiente, claramente satisfecha con nuestra capitulación ante sus términos, y continúa su recorrido por el aula. El rumor de las conversaciones se reanuda mientras los estudiantes asimilan los trabajos y las parejas asignadas.

Me quedo mirando mi página en blanco, con la cabeza martilleándose.

Este es mi futuro en juego.

El seminario selectivo no es una clase más.

Es la clase.

La que podría ser mi puerta al arte profesional, a una vida más allá del hockey si eso es lo que quiero, o si no me eligen en el draft. Y ahora mis posibilidades están en parte en manos de Lea Altman, que en este momento parece que preferiría prenderme fuego antes que colaborar conmigo.

Jodidamente genial.

once

LEA

EL VIENTO ES un cabrón sádico hoy.

Mientras espero fuera del edificio de arte, tengo los brazos apretados alrededor de mi torso como si fuera la única forma de mantener mi caja torácica en una pieza. La ola de frío repentina pilló desprevenida a media universidad, incluida yo con mi sudadera criminalmente fina y unos vaqueros que bien podrían ser de papel de seda.

—Estúpido tiempo. Estúpido Declan. Estúpida profesora Lucas —
murmuro.

Llevo diez minutos dando vueltas por aquí, esperando a que Declan salga del edificio. Podría haber estado dentro, donde hace calor, pero no. Quería terreno neutral para esta confrontación. Un sitio lo bastante privado como para decir exactamente lo que tengo que decir.

Mira, Andrews, estamos atrapados juntos en este proyecto, pero tengo reglas, y esto no significa que seamos amigos...

Ensayo mi discurso mentalmente por novena vez. Seré profesional. Seré calmada. No pensaré en absoluto en su cara estúpidamente perfecta, ni en cómo se le forman arruguitas en las comisuras de los ojos cuando se ríe, ni en sus labios...

No.

Es Declan el Imbécil.

Acuérdate de que te mintió.

Acuérdate de que destrozó tu obra.

Tienes que ser tan fría como el viento.

Doy un pisotón, en parte para que me circule la sangre y en parte para aplastar físicamente ese recuerdo en particular. Pero una ráfaga de viento me atraviesa la sudadera y siseo. A este ritmo, me van a encontrar hecha un polo de hielo, con mi expresión final congelada en una mueca de odio dirigida a las puertas del edificio de arte.

Apropiado.

Frustrada de tanto esperar, decido llamar a Em. Doy vueltas mientras suena el tono, y cuando por fin contesta, ni siquiera le doy la oportunidad de hablar.

—Que le den a mi vida —digo.

—¡Eh, hola! —dice—. ¿Qué pasa, Lea?

Suspiro.

—Declan el Imbécil y yo vamos a ser compañeros en un proyecto de arte. Durante seis semanas. Un treinta por ciento de mi nota.

—Eso es... eh... —Su voz se apaga un segundo—. Lea, ¿por qué no elegiste otro compañero?

Fulmino el teléfono con la mirada y le ordeno mentalmente que arda de forma espontánea, pero lamentablemente sigue siendo un iPhone normal y corriente. En su lugar, suspiro otra vez.

—Yo no elegí, Em...

—Ah —dice, con aire distraído—. Bueno, pasa de él y comunícate solo con pósitos pasivo-agresivos durante todo el proyecto.

—No es una opción. —Vuelvo a mirar la puerta. Sigue sin aparecer Declan—. Tenemos que trabajar juntos de verdad...

—Entonces plántale cara y dile cómo van a ser las cosas. Tipo: «Escúchame bien, Declan el Imbécil, aquí están mis límites, y si los cruzas te apuñalo con un lápiz de carboncillo...» —Su voz se apaga de nuevo—. Eh, Lea, te voy a tener que llamar en unos minutos, ¿vale?

—Vale... —digo, frunciendo el ceño confundida—. Em, ¿qué exactamente estás haciendo?

—¡Nada! —dice, y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono, confundida, y luego me río a pesar de mi situación actual. No tengo ni idea de lo que está haciendo, pero seguro que me enteraré después, y no será aburrido. Porque Em es caótica, brillante y posiblemente la mejor asignación aleatoria de compañera de cuarto en la historia de la universidad.

Agradecí que estuviera en el partido anoche. E incluso después, cuando fuimos a buscar a Mike y lo encontramos rumiando en un rincón, me animó. Los puestos de comida y la sidra de canela se convirtieron en nuestra misión, junto con un acuerdo de evitar cualquier tema relacionado con Declan el Imbécil.

Y entonces, por fin, se abre la puerta.

Y ahí está.

Declan sale del edificio solo, con la cabeza gacha, las manos hundidas en los bolsillos de un chaquetón azul marino que parece caro e injustamente abrigado. Lleva el pelo un poco despeinado y la bandolera cruzada sobre el cuerpo, la correa trazando una línea diagonal sobre su pecho ancho.

¡No mires!

Todavía no me ha visto y, durante un segundo peligroso, me permito mirarlo —mirarlo de verdad—. La línea fuerte de su mandíbula. La forma en que frunce ligeramente el ceño cuando está perdido en sus pensamientos. El conjunto es bastante bueno, la verdad, ese que una vez me pareció tan atractivo y ahora solo me recuerda que es jugador de hockey.

Para ya, regaño mentalmente a mi cuerpo. Lo odiamos ahora, ¿recuerdas?

Es compañero de equipo de Mike.

Me mintió e insultó mi arte.

Y luego se comportó como un completo imbécil.

Entonces, ¿por qué acaba de empezar a latirme el corazón con fuerza en el pecho?

Reprimo esa sensación pastosa en el estómago, la misma que tuve la noche que me besó frente a mi residencia, y al hacerlo, por un instante, deseo que fuera diferente. Que se hubiera quedado siendo el chico mono con el que fui a aquella cafetería, con el que

sentía que podía hablar durante horas. Entonces me recuerdo a mí misma que ese chico nunca existió; siempre fue solo un espejismo.

Este es el verdadero Declan.

Guapo, sí, pero también un imbécil.

Aunque sí parece que lo está pasando un poco mal...

Lo observo bajar los escalones arrastrando los pies, perdido en sus pensamientos, sus movimientos sin esa gracia fluida habitual, e incluso hace un gesto de dolor cuando el pie le golpea el último escalón. Las ojeras son visibles incluso desde aquí, y hay un decaimiento derrotado en sus hombros que antes no estaba.

¿Está lesionado?

Una parte de mí —la que todavía recuerda cómo me escuchaba atentamente mientras le describía los cuadros de mi abuela— quiere preguntarle si está bien. El resto de mí —la que recuerda sus mentiras y su crítica cruel— espera que lo que sea que le esté pasando le duela como el demonio.

Entonces levanta la vista y me ve.

La sorpresa le cruza el rostro, seguida rápidamente por cautela, y algo más que no logro identificar. ¿Arrepentimiento? ¿Fastidio? ¿Agotamiento? O quizá solo se está preguntando por qué hay una chica medio congelada fulminándolo con la mirada como si él hubiera ordenado al viento que bajara veinte grados.

Declan suspira visiblemente y se encamina hacia mí. No queda nada de esa confianza tranquila que recuerdo de nuestra noche en Marie's. Parece un hombre que camina hacia el patíbulo. Y, aunque mantengo la expresión neutra, también siento una mezcla de satisfacción y tristeza mientras lo observo.

Me cruzo de brazos con más fuerza, tanto por el frío como para crear una barrera física entre nosotros. A medida que se acerca, noto más detalles: la tensión en su mandíbula, la ligera palidez bajo la barba incipiente y la forma en que mantiene la mirada ligeramente desviada de la mía.

Ya no parece Declan el Imbécil.

La estrella de hockey mentirosa y cruel.

Parece... derrotado.

Abro la boca para hablar, para lanzar mi discurso cuidadosamente ensayado. Pero antes de que pueda decir una palabra, otra ráfaga de viento me golpea por detrás, tan fuerte que me empuja un paso hacia delante. El pelo me azota la cara, cegándome un momento, y los dientes me castañean sonoramente.

Debo de parecer un completo desastre: helada y despeinada.

La expresión de Declan cambia. La cautela sigue ahí, pero ahora hay preocupación también, las cejas juntándose mientras registra mi evidente incomodidad. Saca las manos de los bolsillos y, durante un instante en que se me para el corazón, creo que va a ofrecermé su abrigo.

Ni se te ocurra compadecerte de mí, Andrews.

Pero a pesar de mi bravuconería, sé —con absoluta certeza— que si hace algo así de considerado, así de caballeroso, mi determinación se resquebrajará como hielo fino. Así que cuadro los hombros, ignoro el frío que se me ha instalado en los huesos y hablo antes de que pueda hacerlo él.

Es hora de poner límites.

—Declan —digo, con la voz más temblorosa de lo que me gustaría.

—Lea —responde, y cambia el peso de pie, haciendo un gesto de dolor—. Tenemos que hablar.

—Sobre el proyecto —coincido, con los dientes todavía castañeando—. Reglas básicas.

Declan mira alrededor.

—¿Quizá deberíamos entrar si tienes frío?

—Estoy bien —miento, justo cuando otro escalofrío violento me recorre el cuerpo.

Me mira un momento, luego se desabrocha el abrigo.

—Toma.

—No quiero tu...

—Solo cógelo. —Su voz es firme pero no desagradable—. Considéralo una ofrenda de paz.

Dudo, el orgullo en guerra con la necesidad desesperada de calor. El viento elige ese momento para lanzar otra ráfaga ártica, y las cuestiones prácticas ganan. Cojo el abrigo con los dedos

entumecidos y me lo echo por los hombros sin meter los brazos por las mangas.

—Gracias —murmuro, inmediatamente más caliente—. Pero que quede claro, esto es solo un alto al fuego mientras dure el proyecto, no una paz. Porque sigo enfadada contigo.

—Lo mismo digo. —Declan se rasca la barba incipiente—. Pero los dos necesitamos hacerlo bien en este proyecto.

—Soy consciente.

—Vamos a ver cuándo podemos quedar. —Saca el teléfono, la voz fría y puramente profesional mientras abre la agenda—. Tengo entrenamiento de hockey casi todas las tardes de lunes a viernes. Estoy libre la mayoría de las noches después de las siete, excepto los días de partido, y los fines de semana dependen de los partidos fuera.

Me suelta su disponibilidad como si estuviera leyendo la lista de la compra, puro negocio e ir al grano. Lo cual debería estar bien, ¿no? Profesional. Distante. Pero la forma en que da por hecho que yo estaré disponible cuando a él le venga bien, como si no tuviera nada mejor que hacer, me irrita. Y, de repente, el alto al fuego tiene pinta de tambalearse.

—He estado pensando —continúa sin esperar mi opinión sobre los horarios, pasándome por encima como una apisonadora—. Deberíamos centrarnos en un estilo realista. Ahí es donde están mis puntos fuertes. Y el carboncillo funciona mejor para piezas grandes...

—Para. —Levanto la mano—. Para ya.

A Declan se le cierra la boca de golpe y levanta las cejas sorprendido.

—¿Qué?

—Esto es un proyecto de dos personas —digo—. No puedes decidir todo unilateralmente. Puede que no quiera hacer noches. Puede que odie el carboncillo.

—¿Lo odias?

—¿Qué? —digo.

—¿Odias el carboncillo?

Tardo un latido de más en responder.

—Sí.

Se le curvan ligeramente los labios.

—No, no lo odias.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le desafío, envolviéndome más en su abrigo.

—Tu bolso. —Señala mi bandolera, donde se ve el borde de mi estuche de carboncillos—. Son los mismos que uso yo. Son caros...

Se me suben los colores a las mejillas, a pesar del frío.

—Vale. No odio el carboncillo. Pero esa no es la cuestión.

—¿Entonces cuál es?

—La cuestión es... —inspiro hondo— que esto no va solo de ti. Yo también necesito hacerlo bien en este proyecto.

Declan suelta un resoplido frustrado, creando una pequeña nube en el aire frío entre nosotros.

—Mira, de verdad que necesito esto, ¿vale? La profesora Lucas me estaba considerando para el seminario selectivo, y después de lo que pasó entre nosotros en clase...

—¿Después de que destrozaras mi trabajo, quieres decir? —No puedo resistirme al golpe bajo, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Esa clase?

—Después de nuestro... desacuerdo —dice con cuidado, ignorando mi puya—, mis posibilidades se vieron seriamente afectadas. Este proyecto es mi forma de volver a congraciarme con ella.

Algo dentro de mí se rompe.

Durante un momento, de hecho me había dado pena, con su cojera y sus ojos cansados.

¿Pero ahora?

A la mierda con él.

Declan el Imbécil, desde luego.

—¿Me estás tomando el pelo? —Doy un paso hacia él—. ¿Te crees que eres el único que quiere un puesto en ese seminario? Le enseñé mi portafolio a la profesora Lucas en sus horas de tutoría la semana pasada, y me dijo que mientras siga practicando, tendría un puesto «casi seguro».

—Lea. —Suspira—. Eres novata, tienes cuatro años...

—¿Y? —Me encojo de hombros—. Quiero ese puesto.

A Declan se le tensa la mandíbula, un músculo trabajando en su mejilla.

—Así que somos rivales.

—Aparentemente.

Nos miramos fijamente durante un largo momento, con el viento aullando a nuestro alrededor.

Declan suelta un soplo de aire helado.

—Esto es...

—¿Una pesadilla? —ofrezco.

—Iba a decir «desafortunado», pero claro, vamos con pesadilla.

Nos quedamos ahí, dos artistas con sueños enfrentados y aversión mutua. Ahora estoy lo bastante abrigada en su abrigo como para que mi cerebro haya dejado de centrarse exclusivamente en no morir congelada y pueda volver al asunto que nos ocupa, pero ahora hay otra cosa que me presiona.

El hecho de que estamos a centímetros el uno del otro por primera vez desde...

Desde ese beso.

Y una parte muy pequeña de mí quiere cerrar la distancia, rodearle con los brazos y borrar a besos toda la rabia y todo el dolor. Sería tan fácil —mucho más fácil que ser tan desgraciada y estar tan enfadada como llevo más de una semana— y puedo ver por la mirada en sus ojos que él está librando la misma batalla.

Me imagino cómo sería estar entre sus brazos. Apretada contra él. Me pregunto —y no es la primera vez, siendo honesta— cómo sería que me llevara a su apartamento, me quitara este abrigo y mi ropa, y me follara salvajemente hasta dejarme sin sentido. El pensamiento me va directo al bajo vientre... justo entre los muslos...

—Mira —dice Declan—. Los dos estamos atrapados en esto. Los dos queremos lo mismo. ¿Y si encontramos un punto intermedio?

Lo estudio un momento. Parece sincero, y esa es la parte más irritante: quiero seguir odiándolo, pero me lo está poniendo difícil.

—¿Qué sugieres?

—Probamos varias cosas. Vemos qué funciona para los dos estilos. Rondas de práctica antes de hacer la primera entrega.

Es una sugerencia razonable, lo cual me irrita aún más.

—Vale.

—¿Cuándo estás libre?

Repaso mentalmente mi horario.

—Los jueves por la noche y los domingos por la tarde. Algunos martes por la noche dependiendo de los partidos de mi hermano.

—¿Los partidos de tu hermano? —La voz de Declan suena extrañamente tensa.

—Le prometí que iría a todos —digo encogiéndome de hombros—. Para apoyarlo.

Asiente, con cara de incomodidad.

—¿Biblioteca? ¿El jueves? ¿A las siete y media?

—Me vale.

—Necesitaremos una zona tranquila —sigue parloteando—. Y traer nuestros propios materiales.

—Sé cómo funcionan los proyectos de arte, Declan.

—Claro. —Se mueve con torpeza—. Me tengo que ir. Tengo reunión de equipo.

Empiezo a quitarme el abrigo, pero él levanta la mano.

—Quédatelo.

—No necesito tu caridad.

—No es caridad, es sentido común. Hace un frío que pela y tengo otros dos.

Nos quedamos ahí un momento, en un punto muerto. Finalmente, asiento, y después de una última mirada hacia mí, durante la cual creo que va a sonreír pero en vez de eso ofrece una especie de mueca rara, se da la vuelta y se aleja, con esa forma de andar todavía un poco desigual. Lo observo cruzar la explanada, preguntándose por esa cojera y su evidente agotamiento.

Pero no es mi problema.

Él no es mi problema.

Con un suspiro, me doy la vuelta y me dirijo a mi residencia, todavía envuelta en el abrigo de Declan. Es cálido y huele a él, y odio darme cuenta. Que me importe. Es el mismo olor que se ha instalado en el vestido de Marnie de la noche de la fiesta, el negro que llevé cuando lo conocí, cuando me besó.

El vestido que todavía no he reunido el valor de lavar.

Porque, me guste o no, enfadada o no, parece que no puedo sacármelo de la cabeza.

doce

DECLAN

EL VESTUARIO ESTÁ BENDÍTAMENTE silencioso después del caos del entrenamiento matutino. Todos los demás ya se largaron — a clase o de vuelta a la cama—, dejando solo el eco del agua goteando de las duchas y el olor penetrante a sudor mezclado con desinfectante industrial.

Tranquilidad.

Al menos hasta que mis pensamientos vuelven a colarse.

Me quedo mirando mi calcetín, puesto a medias en el pie, congelado ahí como si hubiera olvidado las habilidades motoras complejas necesarias para vestirme solo. Quizá las olvidé. Mi cerebro no ha estado funcionando con todos los cilindros últimamente —ni en el hielo, ni en clase de arte, ni en ningún sitio.

En los pocos días desde que me emparejaron con Lea, he logrado evitarla a ella, pero no los pensamientos sobre ella. Infesta cada momento que paso despierto —mi mente librando una guerra entre el deseo y la rabia— y me está afectando. No duermo, he sido inútil en el hielo, y está impactando mi amistad con Mike.

Días después de Princeton y todavía no me dirige la palabra.

La pesada puerta metálica se abre con un chirrido familiar, y aparece Linc, con la camiseta de entrenamiento oscurecida de sudor. Se quedó haciendo ejercicios de tiro extra mientras el resto nos

duchábamos, y claramente no capta mi vibra de «quiero estar solo» cuando se deja caer en el banco frente a mí con un gruñido.

—¿Qué pasa, Picasso? —dice, rascándose la barba incipiente de la barbilla.

Por fin termino de ponerme el calcetín.

—Nada.

—Y una mierda, Dec —se burla.

Levanto la cabeza de golpe.

Linc empieza a desatarse los patines, sin mirarme.

—Conozco tu cara de «nada»... y no incluye quedarte mirando tu pie como si hubiera insultado a tu madre.

—No estaba...

—Y tu hockey se ha ido a la mierda, hermano. —Ahora sí levanta la vista, ojos oscuros retándome a discutir—. Princeton... dos entrenamientos desde entonces... estás jugando como el culo...

No discuto.

No puedo, la verdad.

—Y las cosas entre Mike y tú están raras —dice, sacándose un patín con un sonido húmedo—. ¿Vas a contarme qué pasa, o tengo que sacártelo a golpes?

La mención de Mike hace que se me contraiga el estómago. Nuestra comunicación en el hielo siempre ha sido casi telepática, tan buena que solía poner nerviosos a los entrenadores. Y fuera del hielo, hemos sido inseparables desde primer año. Pero ahora es como si habláramos idiomas diferentes y apenas nos soportáramos.

Suspiro y agarro mi camiseta del banco.

—¿Te acuerdas del proyecto de arte que mencioné?

Levanta una ceja.

—¿El que te emparejaron con una chica que odias?

—Odiar es una palabra fuerte —insisto, pasándome la camiseta por la cabeza—. Es... en realidad es la chica de la que te hablé en la cena de equipo antes de que empezara la temporada.

—Espera, ¿Sienna? ¿La de la fiesta? ¿La que —y te cito textualmente— —la voz de Linc adopta un falsete burlón que no se parece en nada a mí— «parece que se cayó de un cuadro del Renacimiento» y «entiende mi arte como nadie jamás lo ha hecho»?

—No lo dije así.

—Claro que sí. —Sonríe de oreja a oreja y me da una palmada en la rodilla—. ¡Pero eso es genial, hermano!

Niego con la cabeza.

—No, no es genial. Está cabreada conmigo porque no le conté lo del hockey y porque critiqué su arte. Y no se llama Sienna...

—¿No? —Se congela con los cordones del otro patín, la cara retorciéndosele de confusión. Luego los ojos se le abren de golpe—. ¡Hermano! ¿Es un tipo?! Porque está totalmente bien si es un tipo...

—No, idiota —suspiro—. Se llama Lea... y es la hermana de Mike...

Linc parpadea.

—¿La hermana de Mike?

—Sí.

—¿La hermana de Mike Altman?

—Eso dije.

Una sonrisa lenta se extiende por su cara, y entonces echa la cabeza hacia atrás y se ríe. No una risita educada: una carcajada con todo el cuerpo, resonando por todo el vestuario, una risa de estás-completamente-jodido. Dura al menos quince segundos, y para cuando termina, tiene lágrimas en las comisuras de los ojos.

—No tiene gracia —murmuro, metiendo mi equipo de entrenamiento en la bolsa con más fuerza de la necesaria.

—Tiene un poco de gracia. —Se seca los ojos, todavía sonriendo—. Te pasas tres temporadas esquivando a las conejitas del hockey, y la única chica que de verdad te gusta resulta ser la hermana de Mike...

—Primero, no me gusta —miento, casi logro convencerme a mí mismo, a pesar de la rabia residual que siento hacia Lea—. Segundo, está enfadada conmigo. Y tercero, es la hermana de Mike...

—¿Desde cuándo te importa lo que piense Mike?

—Es nuestro capitán y mi amigo. —Cierro la cremallera de la bolsa con brusquedad—. Y su hermana acaba de pasar por una ruptura difícil.

Linc hace un gesto despectivo con la mano.

—Tuvo un ex de mierda. Nada que una buena follada no arregle.

—Joder, Linc. —Lo fulmino con la mirada, aunque mi mente sucia proyecta una imagen de Lea, desnuda, debajo de mí en la cama...

—Solo digo que...

—No es un rollo cualquiera. Es la hermana de Mike. Y aunque no lo fuera, eso no es realmente... —Me detengo, frustrado—. Da igual. Me odia.

Sonríe.

—¡Perfecto!

—¿Perfecto? —Lo miro fijamente—. ¿Qué parte de este desastre te parece perfecto?

—Trátalas mal y las tendrás detrás, imbécil. —Se da golpecitos en la sien como si estuviera revelando algún profundo conocimiento cósmico—. Es como una ley del universo.

—Estoy bastante seguro de que es una ley de Linc... —suspiro.

—Bueno, aunque quieras ser un cobarde, quizá hay una razón por la que los dos siguen terminando en el mismo sitio. —Se saca el otro patín.

—Sí, mala suerte.

—O quizá —sonríe— no es tan inalcanzable como crees.

—Genial... —resoplo—. Ahora solo tengo que sobrevivir seis semanas de dibujo al natural...

Levanta la cabeza de golpe, las cejas cómicamente altas.

—Espera, ¿dibujo al natural?

Suspiro, sabiendo adónde va esto.

—Sí.

Sonríe.

—¿Eso no es donde tienen modelos desnudos y eso?

—Sí, pero...

—¡No me jodas! ¿Y estás de compañeros con ella? —Una sonrisa traviesa se extiende por su cara—. ¿Eso significa que vas a ver desnuda a la hermana de Mike?

La pregunta lanza mi cerebro a territorio peligroso. Antes de que pueda detenerlo, una imagen vívida cruza mi mente: Lea reclinada sobre la mesa de dibujo, completamente desnuda. Su piel olivácea resplandeciendo bajo las luces del estudio, sombras jugando sobre las curvas y valles de su cuerpo.

Esos rizos oscuros enmarcando su rostro, cayendo sobre sus hombros como seda. Sus pechos pequeños y perfectos con los pezones endurecidos por el aire fresco, pidiendo que los toquen y los calienten. La curva suave de su cintura ensanchándose hacia caderas a las que podría agarrarme mientras yo...

No.

Para.

—Hermano, ¿sigues aquí? —La voz de Linc me trae de vuelta—. Te fuiste a un millón de kilómetros...

—¿Qué? —Parpadeo, el calor subiéndome a la cara—. No, no, nosotros no nos desnudamos. La clase tiene modelos profesionales para eso.

Me reacomodo en el banco, de repente incómodo dentro de mis vaqueros. Linc me estudia un segundo, luego sonrío y agarra su palo de hockey. Un segundo después, me está golpeando en los huevos con él, sin duda confirmando para sí mismo que ese breve destello de... lo que fuera... sobre Lea me ha puesto duro.

—¡No me jodas! —Linc estalla en carcajadas otra vez—. ¡Estás pensando en follarte a la hermana de Mike!

—¡Baja la voz! —siseo—. Si vuelve a la pista y te oye, los dos estamos muertos...

—Cierto. —Linc sonrío con suficiencia—. Pero sí estás pensando en eso, ¿verdad? Y por eso has estado jugando como la mierda: porque la deseas, y ella está enfadada contigo...

Suspiro. Linc puede ser ordinario a veces —a quién engaño, es el putón oficial del campus— pero en el fondo tiene un corazón de oro y un don para hacer que la gente se abra y encuentre su camino hacia la verdad. Lo ha hecho durante años en las cenas de equipo, y en conversaciones aparte con montones de compañeros, y ahora mismo me tiene agarrado por los huevos.

—Mira, Linc —digo—. La tengo metida en la cabeza y no puedo dejar de pensar en ella, y en la noche que pasamos después de la fiesta, ¿vale?

Asiente.

—Presiento un pero...

—Pero también está mega cabreada conmigo, yo estoy un poco cabreado con ella, y simplemente no puedo superar el hecho de que es la hermana de Mike. —Sacudo la cabeza, intentando desalojar la imagen mental de Lea desnuda que se niega tercamente a desaparecer—. Y si sigo jugando así de mal, voy a arruinar las opciones de Mike de llegar a profesional.

—¿Las opciones de Mike? —Linc frunce el ceño, aunque noto que no discute que he estado jugando como el culo—. ¿Y las tuyas? ¿No te preocupan tus posibilidades?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros, más pesada de lo que debería. He evitado pensar en esto —pensar de verdad— durante meses. Pero ahí está. Porque, aunque la NHL intentó reclutarme al salir de la secundaria y lo ha intentado cada año desde entonces, y aunque todo el mundo asume que me haré profesional...

—Ya no estoy tan seguro de que quiera hacerme profesional —digo, como si estuviera en confesión.

Linc deja de moverse, la camiseta a medio poner.

—¿Qué carajo dices?

—Mira —digo, de repente agotado—. A pesar de todo lo de Lea, la verdad es que estoy disfrutando la clase de dibujo al natural. El arte en general, en realidad.

—Pero el hockey...

—Siempre ha sido el plan —termino por él—. Lo sé. Pero últimamente, cuando pienso en qué preferiría estar haciendo, el arte gana siempre.

—Dec... —Linc, ahora sin camiseta y solo en pantalones cortos, se pone serio de repente—. Estás hablando como un loco. Los ojeadores de la NHL te siguen desde la secundaria. Podrías ir directo a las grandes ligas cuando quisieras, y seguro después de graduarte, y una vez ahí... —Sacude la cabeza—. Dinero. Fama. La chica que quieras.

—Puede ser. —Me encojo de hombros.

—No hay «puede ser» que valga. Eres así de bueno.

—Era así de bueno —le corrijo—. Ya me has visto últimamente.

—Todo el mundo tiene bajones.

—Esto no es un bajón —digo—. Esto es darme cuenta de que he estado persiguiendo el sueño de otro.

Linc niega con la cabeza.

—Hermano, te he visto iluminarte cuando marcas. Cuando la grada corea tu nombre. Eso no es el sueño de otro.

—No dije que no me encante el hockey —aclaro—. Claro que sí. Pero el arte... —Busco las palabras—. El arte alimenta algo más en mí. Algo que el hockey nunca toca.

Por un momento, Linc simplemente me observa, con una expresión inusualmente pensativa en la cara. Luego suelta un suspiro largo.

—Mira, da un paso atrás un segundo. Respira hondo. Tienes todo el tiempo del mundo para el arte, Dec. Toda la vida, de hecho. Pero ¿el hockey? Eso tiene fecha de caducidad.

Asiento de mala gana. No se equivoca.

—Has trabajado demasiado duro para no darlo todo esta temporada, así que mientras resuelves las cosas —con el arte, con el hockey y con tu futuro— simplemente no nos abandones, ¿vale? —Me sonrío—. Hazlo por ti, no solo por Mike. Y quizá, mientras tanto, tu cabeza se despeje lo suficiente para resolver el resto.

—¿Y la chica? —pregunto.

Linc se levanta y me da una palmada en el hombro.

—Lo dijiste tú mismo... es la hermana de Mike y te odia a muerte... así que es hora de pasar página, hermano. Pero si te sirve de consuelo, te garantizo que ella no piensa en ti ni de lejos tanto como tú piensas en ella.

Agarro mi bolsa de hockey.

—Eso es justo lo que me da miedo.

Me doy cuenta de que ha dado con el verdadero problema. No que yo piense demasiado en ella, sino que probablemente ella no piense en mí en absoluto. Y eso me molesta más de lo que debería, porque no puedo sacármela de la cabeza.

—A la mierda con eso —dice Linc—, yo tendría miedo de estar a solas en una habitación con la hermanita de Mike e intentar que esas sesiones de dibujo al natural se mantengan inocentes.

Resoplo.

—Eso no será difícil. La reacción de Mike cuando se dio cuenta de que besé a su hermana ya fue bastante mala. Si alguna vez se enterara de que vi a su hermana desnuda...

—Te mataría sin duda —dice Linc con total convicción—. O sea, asesinato directo. Cuchilla de patín en la yugular. Billeto de ida al depósito de cadáveres.

—Gracias por esa... evaluación excesivamente gráfica... —digo con sequedad—. Ahora sí que voy a dormir genial esta noche...

Porque la realidad es que Linc tiene razón. Mike probablemente me mataría si descubriera que tengo sentimientos por Lea. Mike es apasionado con todo lo que hace, y eso incluye la venganza. Lo he visto tomar represalias contra un jugador que le cargó demasiado fuerte la temporada pasada, y acostarme con Lea sería un millón de veces peor.

—¿Dec? —La voz de Linc me trae de vuelta—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me levanto—. Solo pensando.

—¿En la hermana de Mike desnuda?

—Cállate. —Me dirijo a la puerta—. Nos vemos luego.

trece

LEA

ESTOY ESPERANDO a Declan en la biblioteca del Attic, y es ridículo cuántas veces he reorganizado mis lápices. Primero por color, luego por largo, y ahora los estoy ordenando según lo triste que me pondría perder cada color si lo partiera por la mitad en un arranque de rabia o frustración contra él.

Mi pierna no para de temblar. Presiono la palma contra la rodilla para detenerla, pero en cuanto retiro la mano, empieza otra vez como si tuviera su propio sistema nervioso. Lo cual, sinceramente, justo. Todo mi cuerpo ha sido un desastre desde que la profesora Lucas decidió que seríamos la pareja perfecta.

Reviso el teléfono otra vez. Lleva oficialmente diecisiete minutos de retraso, que son diecisiete minutos que he pasado aterrada de que, cuando llegue el momento de completar este proyecto con él, lo que produzca sea una mierda total. Su crítica no debería afectarme tanto, pero lo hizo.

La papelería de mi cuarto está desbordada de bocetos arrugados, cada uno abandonado en el instante en que sus palabras se cuelan de vuelta en mi consciencia. No puedo ni terminar un simple estudio de figura sin escuchar su voz y perder la confianza al instante.

Jugueteo con mi estuche de lápices, abriéndolo y cerrándolo por cuarta vez. Esto es estúpido. Yo soy estúpida por dejar que su crítica

me afecte. Mi abuela se horrorizaría —me diría que canalizara esa rabia en mi arte, que lo hiciera feroz y sin disculpas.

Y luego está lo otro.

Eso en lo que intento desesperadamente no pensar.

Los sueños.

Con él.

Ya fue bastante malo cuando me dio su abrigo aquella noche a la salida del edificio de Bellas Artes. El peso sobre mis hombros, su olor envolviéndome como un abrazo. Pero mi subconsciente ha tomado ese momento y ha echado a correr, creando escenarios que me hacen despertar acalorada y enredada en las sábanas.

El sueño de anoche fue particularmente vívido: Declan empujándome contra su caballete, sus dedos manchados de carboncillo dejando marcas en mi ropa y en mi piel mientras me desnudaba. Sus manos calientes entre mis muslos, diciéndome que «no me moviera» mientras «estudiaba mi forma», acariciándome el clítoris...

Me desperté con la mano ya entre las piernas, las sábanas húmedas de sudor.

Y no era la primera vez.

Antes de eso, fue él inclinándose sobre un escritorio en el aula vacía, sus manos agarrándome las caderas con tanta fuerza que me dejaban moretones con forma de pulgar mientras me penetraba por detrás, susurrándome al oído que el mejor arte nace de lo sucio y el dolor...

Estos sueños llevan ocurriendo con una regularidad frustrante, y todos terminan igual: conmigo corriéndome tan fuerte que todo mi cuerpo tiembla, solo para despertar sola, dolorida e insatisfecha.

Pero lo más frustrante es que estas fantasías han invadido mis horas de vigilia, dominando mis pensamientos a cada minuto del día. Estoy sentada en clase y de repente me pregunto cómo se vería Declan desnudo.

¿Tendrá el pecho cubierto del mismo vello castaño claro que le crece en los antebrazos?

¿Sus abdominales tonificados por el hockey tendrán esa V perfecta que desaparece dentro de los vaqueros?

Y su polla... ¿será tan impresionante como el bulto que sentí apretado contra mí cuando nos besamos?

¡Argh!, grito en silencio. ¡Esto es completamente inaceptable, Lea!

Porque estoy enojada con él.

Necesito estar enojada con él.

La rabia es segura. La rabia no lleva a que te rompan el corazón en Europa con chicos guapos de ojos azules que tienen novias secretas. La rabia significa que no me van a hacer daño otra vez si abro la puerta a la posibilidad y la atracción solo un poco, solo para que me la cierren de un portazo en la—

La puerta de la escalera se abre con un chirrido, arrancándome de mis pensamientos, y ahí está él, mirando el teléfono, completamente ajeno a mi existencia o al hecho de que lleva casi veinte minutos de retraso. Por un momento, puedo mirarlo sin que se dé cuenta, y—

Maldito sea.

Tiene el pelo todavía mojado de lo que debe haber sido una ducha reciente, los mechones oscuros atrapando la luz. Sus mejillas están sonrojadas por el frío de afuera, la punta de la nariz ligeramente rosada. Lleva una camiseta térmica gris que se le pega al torso como una segunda piel.

Es como si lo hubieran diseñado en un laboratorio específicamente para atormentarme.

Y madre mía, cómo quiero dibujarlo.

Bajo la mirada de golpe al cuaderno de bocetos justo cuando él levanta la vista, fingiendo que he estado absorta en mi trabajo. No es que haya nada en lo que estar absorta: la página está vergonzosamente en blanco porque he estado totalmente consumida por pensamientos sobre él y el miedo a su crítica.

Desde hace días.

—Ey —dice, dejándose caer en la silla frente a mí—. Perdona por llegar tarde. El entrenador nos retuvo para acondicionamiento extra.

Su voz es más ronca de lo habitual, como si hubiera estado gritando, y hay un cansancio alrededor de sus ojos que antes no estaba. A pesar de mi empeño en seguir enojada, algo incómodo se

retuerce en mi pecho. Algo que se parece demasiado a preocupación, y que aplasto de inmediato.

—Da igual —mascullo, sin mirarlo a los ojos, pero intentando proyectar la vibra de «estoy enojada contigo pero digo que está bien»—. Empecemos de una vez.

—¿Segura que estás bien? —pregunta, y la preocupación genuina en su voz me da ganas de gritar.

—Estoy bien, Declan —le suelto, más brusca de lo que pretendía—. Solo quiero terminar con esto de una vez.

Se queda callado, y me arriesgo a levantar la mirada. Me observa con esos intensos ojos azules, como si intentara resolver un rompecabezas. Una gota de agua cae de su pelo a la clavícula y se desliza bajo el cuello de su camiseta. Sigo su recorrido hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo y aparto la mirada de golpe.

—Mira —dice tras un momento—, sé que esto no es ideal para ninguno de los dos, pero tenemos que hacer que funcione.

Siento que me mira, que quiere decirme más, pero no quiero que lo diga. Así que abro mi bandolera y saco un cuaderno de cuero con pestañas de colores asomando en distintos ángulos. Paso a una página marcada con un pósito amarillo brillante.

—He estado pensando —digo, adoptando un tono profesional— que deberíamos probar estilos diferentes para cada uno de los cinco dibujos antes de decidirnos por uno para el final.

Levanta una ceja.

—¿Estilos diferentes?

Asiento.

—Para los dos primeros, podríamos imitar las técnicas de Surdam y Gordon.

Declan me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué? —pregunto, poniéndome a la defensiva, toda erizada otra vez.

—Eh, es solo que... —Se remueve en la silla—. ¿Cómo sabías que son mis favoritos?

Se me calienta la cara.

—Me lo dijiste. En la cafetería —digo, como si fuera obvio.

Frunce el ceño.

—Eso fue hace dos semanas.

—¿Y? —digo, levantando la barbilla—. Escucho a mis amigos...

—Aparentemente. —Una sonrisa le tira de las comisuras—. ¿Ahora somos amigos?

—No, es que yo creía que lo éramos —digo, fría—. Porque a mis amigos también les digo la verdad...

Se desinfla visiblemente.

—Genial.

Sigo antes de detenerme a pensar en cómo ese amago de sonrisa me dio un vuelco en el estómago.

—Para la tercera pieza, pensé que podríamos probar con Holly Coulis...

—Sus colores atrevidos y líneas limpias serían un buen contraste... —dice, con la voz plana, casi triste—. Tu favorita, ¿no?

—Da igual —digo. No debería parecerme encantador que los dos recordemos nuestra conversación con tanto detalle—. No era tan difícil de recordar.

Se inclina hacia adelante, codos sobre la mesa.

—¿Y los dos últimos dibujos?

Saco otra hoja con código de colores.

—Bueno, yo—

—Déjame adivinar —me interrumpe—. ¿También tienes esos planeados?

—¿Qué tiene de malo estar preparada? —me erizo—. Mejor que improvisar.

Se encoge de hombros.

—Tal vez para los dos últimos podríamos simplemente... ¿hacer lo que nos nazca?

—«Hacer lo que nos nazca» no es exactamente un plan.

—No todo necesita una hoja de ruta detallada, Lea. —Golpea mi cuaderno con el dedo—. A veces tienes que ser menos estricta con tu arte, dejarlo respirar un poco.

—¿Y tú cómo vas a saber lo que necesito hacer con mi arte? —Las palabras salen más afiladas de lo que pretendía.

No se inmuta.

—Me lo dijiste tú. En la cafetería. Dijiste que te gustaría ser más espontánea y arriesgarte más... como tu abuela...

Sus palabras aterrizan como un gancho al mentón, y siento algo cálido e incómodo floreciendo en mi pecho. Y, de repente, mi muro de rabia cuidadosamente construido desarrolla una grieta diminuta. Es desorientador darme cuenta de que no estaba simplemente haciendo conversación educada esa noche —estaba escuchando y le importaba lo suficiente como para recordar.

—Bien —digo, bajando la mirada a mis notas—. Para los dos últimos, podemos abrazar el caos, arriesgarnos, y hacer lo que «nos nazca».

—Trato hecho. —Extiende la mano por encima de la mesa.

Dudo antes de tomarla. Su palma está caliente y ligeramente callosa, su agarre firme pero suave. El contacto envía una descarga por mi brazo que no tiene nada que ver con la electricidad estática y todo que ver con los sueños que he estado teniendo. Y si fuera de las que apuestan, apostaría a más sueños esta noche...

Cuando retiro la mano, los dedos me hormigean. Los cierro en un puño debajo de la mesa.

—Bueno —dice, afortunadamente ajeno a mi tormenta interna—, empecemos...

—¿Ahora? —digo, sorprendida por su entusiasmo—. Eh, bueno, ¿unas rondas de práctica?

—¿Rondas de práctica? —Frunce el ceño—. ¿Para una pieza de práctica?

—Sí. ¿Por qué no?

—Porque eso es redundante —dice con un asomo de diversión—. No se practica para la práctica.

—No veo qué tiene de ridículo —argumento, con la irritación asomando—. Tú probablemente pasas horas en el hielo fuera del entrenamiento de verdad. Jugando hockey, ¿no?

Sus ojos se entrecierran ligeramente ante mi dardo sobre el hockey, y es evidente que capta el subtexto.

—Cierto —dice, con la voz de repente rígida.

La victoria me calienta el pecho.

—Estaba pensando que podríamos dibujarnos el uno al otro, ya que no hay nadie más cerca...

Se detiene, estudiándome con una intensidad que me hace querer retorcerme.

—¿Te refieres a retratos completos?

—No, solo... —hago un gesto vago—. ¿Quizá medias caras? ¿Como en el estilo de Holly Coulis, divididas por la mitad?

Parece considerarlo y luego asiente.

—Sí, puedo hacer eso.

Mete la mano en su mochila y saca un cuaderno de bocetos de cuero desgastado, pasando páginas hasta encontrar una en blanco. Alcanzo a ver sus bocetos anteriores: un paisaje que parece la vista desde la pista de hockey, algunos estudios de figura que deben ser de nuestra clase, y entonces—

Me quedo helada.

Página tras página del mismo perfil. Cada uno diferente, empezando más suave y cálido, y avanzando hacia lo oscuro y caótico. Pero hay algo familiar en todos ellos. La curva de una mandíbula, el atisbo de pelo rizado, la inclinación de la barbilla que me recuerda a...

¿Mí?

—¿Qué? —pregunta, pillándome mirando.

—Nada —digo, demasiado rápido para sonar casual—. ¿Era la modelo de la semana pasada?

—Eh, sí —dice, de repente muy interesado en encontrar el lápiz perfecto.

Mentiroso.

Pero no se lo echo en cara, porque eso sería admitir que estuve husmeando, y porque hay algo extrañamente emocionante en la posibilidad de que me haya estado dibujando. Odio la sensación blanda y cálida que me provoca el pensamiento, justo en la boca del estómago, justo encima de—

—Bien. —Vuelvo en mí, parpadeando para ahuyentar los pensamientos tan jodidamente perversos—. Yo empiezo con tu lado izquierdo, tú empieza con mi derecho.

Asiente, posiciona su cuaderno de bocetos y me mira con esos ojos injustamente azules.

—Cuando quieras.

Respiro hondo y me recuesto contra el sofá, dándome un momento para estudiarlo de verdad. Es la primera vez que me permito mirarlo de verdad desde aquella noche desastrosa en el pasillo frente al apartamento de Mike. Porque cada vez que lo miro más de unos segundos, mi rabia se desvanece y yo—

¡No! ¡Ahí no vamos!

Pero aunque puedo resistirme a pensar en por qué lo estoy mirando, no puedo resistirme a la acción en sí. Sus rasgos son marcados: mandíbula definida y labios carnosos que se curvan ligeramente hacia arriba incluso en reposo. Sus ojos son profundos bajo cejas expresivas, una de las cuales se arquea interrogante mientras continúo mi examen.

—¿Piensas dibujarme o solo mirarme? —pregunta en voz baja.

—Estoy estudiando tus proporciones —respondo con desdén—. Es lo que hacen los artistas.

—¿Ah, sí? —Hay un deje de burla en su voz—. ¿Y qué has descubierto?

—Tu ceja izquierda es ligeramente más alta que la derecha —digo, complacida con lo clínica que suena—. Y tus orejas no son perfectamente simétricas.

—Guau. De verdad que sabes cómo hacer sentir especial a un chico.

—Solo estoy siendo observadora.

—Observadora —repite, y juro que sus ojos se oscurecen ligeramente—. Claro.

—¿Qué? —Lo fulmino con la mirada.

Ladea la cabeza, la mirada deslizándose por mis rasgos.

—Tus labios son un poco más llenos del lado derecho. Tu ceja izquierda tiene una cicatriz diminuta que la cruza, justo ahí. —Se señala su propia ceja para demostrarlo—. Y cuando te concentras mucho, se te forma un pequeño pliegue justo entre los ojos.

Se me corta la respiración. No me había dado cuenta de que me había estado observando tan de cerca.

—¡Cállate, eso no es cierto!

—Vas a necesitar bótox cuando seas mayor... —Su voz es burlona, cálida... y su cara se ilumina, desterrando la oscuridad que lleva semanas ahí.

Y, por primera vez desde la cafetería, me arranca una media sonrisa.

—Sin alma y voy a necesitar inyecciones... genial...

Algo cambia en el aire entre nosotros, cargado y peligroso. Bajo la mirada al cuaderno de bocetos, con el corazón martilleándome mientras empiezo a dibujar la curva de su mandíbula. Trabajamos en silencio durante varios minutos, los únicos sonidos el suave rascar del lápiz contra el papel y nuestra respiración, que parece antinaturalmente fuerte.

Dibujarlo se siente íntimo de una manera para la que no estaba preparada. Cada trazo captura alguna verdad esencial sobre él: la terquedad de su boca y la intensidad en sus ojos. Al concentrarme en estos detalles, me estoy admitiendo a mí misma lo de cerca que lo he estado observando, lo consciente que he sido de su presencia todo este tiempo.

Su lápiz se mueve con una gracia sorprendente para alguien con manos tan grandes. Me descubro observando sus dedos más de lo que debería, recordando cómo se sintieron contra mi piel esa noche afuera de mi residencia, cómo no puedo dejar de soñar con cómo se sentirían recorriendo otros lugares de mi cuerpo...

—Deja de moverte —murmura, sin levantar la vista de su página.

—No me estoy moviendo.

—Tu respiración cambió. Hace que tus hombros se muevan.

¿De verdad ha estado prestando tanta atención a mi respiración?

El pensamiento envía una oleada de calor por todo mi cuerpo...

—Perdón —digo, obligándome a respirar lenta y acompasadamente.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, me observa con una intensidad que me eriza la piel. Hay algo casi depredador en su mirada, como si pudiera ver a través de mí —a través de mi ropa y mis bragas, más allá de toda mi rabia y mi actitud defensiva, más allá de todo el dolor que me causó él y que me causó Chris...

Hasta el deseo de debajo.

Y, con un perfecto sentido de la oportunidad (ino!), jadeo un poco cuando extiende la mano y me pone los dedos en la barbilla, levantándola un poco más. Su toque es ligero, clínico incluso, pero mi piel hormiguea como si me hubiera marcado a fuego. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo parece redirigirse a ese único punto de contacto.

—Inclínala un poco —dice, con la voz grave—. Ya casi termino con la curva.

Me arden las mejillas, un calor que se extiende rápidamente por todo el cuerpo, y de pronto soy consciente de una humedad... un palpar... entre mis muslos.

¡Houston, tenemos un problema!, me grita mi mente. ¡Dibuja! ¡Maldita sea!

Intento quedarme quieta para él, mientras simultáneamente lidio con mis sentimientos —esos sentimientos— e intento terminar mi boceto.

Mis ojos se fijan en su boca mientras dibujo, pero luego mi mirada baja, a zonas de su cuerpo en las que se supone que no debería estar fijándome ahora mismo.

A sus hombros: músculos amplios y redondos a los que me aferré mientras me robaba el aliento con ese beso.

A sus manos: fuertes, callosas y sin embargo suaves, las mismas que me agarraron y me atraieron hacia él.

A su pecho, que se sintió tan bien presionado contra mí.

A su entrepierna, que—

¡Dios mío, para!

Me sacudo, arrancando la mirada para concentrarme en mi dibujo. Los siguientes minutos son un desastre de arranques y paradas y una cantidad vergonzosa de borrones mientras intento capturar sus rasgos sin perderme en ellos.

Pero al final encuentro mi ritmo, y el lápiz se convierte en una extensión de mi mano, moviéndose por el papel con una confianza nueva. Me pierdo en el trabajo, en el desafío de capturar los planos sutiles de su cara.

Cuando vuelvo a mirar el reloj, me sobresalta descubrir que ha pasado una hora, porque se sintió como unos pocos minutos. Declan ha dejado el lápiz, aparentemente terminado, y simplemente me está mirando.

—¿Intercambiamos? —sugiere, extendiéndome su cuaderno de bocetos.

—Bueno —digo, con una confianza que no siento.

Se me aprieta el estómago con una mezcla de anticipación y temor. Le entrego el mío con cuidado de no dejar que nuestros dedos se toquen —no sea que eso desencadene toda una nueva reacción en cadena de sentimientos— y tomo el suyo.

Se me escapa el aire cuando veo lo que ha creado.

Soy yo, pero no del todo yo. Es más y menos que yo a la vez.

Ha dibujado mi perfil con tal atención al detalle que me quedo atónita. Sí, el dibujo es abstracto, con líneas más atrevidas de las que yo usaría, pero ha clavado la forma de mi boca y la curva de mi barbilla.

Incluso con la mitad de mi cara, lo ha capturado todo.

La pieza está llena de pasión, destreza y estilo. Hay vida en ella, una vibración que parece pulsar desde la página. Me hace lucir... hermosa, pero no de la manera convencional. Hermosa de una forma feroz y sin disculpas.

Como pintaba mi abuela.

—Declan —digo, con los ojos todavía fijos en el boceto—. Esto es increíble...

Levanto la mirada hacia él, sintiéndome blanda y vulnerable, pero la sensación se evapora al instante. Sus ojos están en mi dibujo de él, el ceño fruncido, entrecerrando los ojos mientras lo estudia de cerca. Se me hunde el corazón mientras observo su expresión.

La leve caída de su boca.

La arruga que se profundiza entre sus cejas.

Es la misma expresión exacta que tenía en clase cuando escribimos las críticas del trabajo del otro. La misma mirada que acompañó los comentarios que han perseguido todos mis intentos de crear desde entonces.

—Lo odias —digo, una conclusión, no una pregunta, con la voz más pequeña de lo que me gustaría.

No responde de inmediato, todavía examinando el boceto con esa mirada crítica, y mi ansiedad se dispara. De repente, me siento peor que aquel momento en que descubrí que Declan me mintió, y peor que el momento en que me entregó su crítica hiriente.

Porque esto, mirarlo juzgar mi trabajo en silencio, es un tiro de gracia a mi alma.

—Olvídalo —suelto, metiendo mis cosas en la bandolera—. Olvida todo esto. Olvida el proyecto, olvida la clase. Tomaré dibujo al natural el próximo semestre. Todavía estoy dentro del plazo de cambio de asignaturas. Tú solo tendrás que decirle a la profesora Lucas que te busque otro compañero...

Me doy la vuelta y me voy.

Para siempre.

Soy vagamente consciente de que me llama, más alto de lo aconsejable en una biblioteca, pero ya atravesé la puerta y estoy en el pasillo. Se me nubla la visión —lágrimas estúpidas amenazando con caer— mientras busco algún lugar donde escapar.

No soporto escuchar su crítica, no ahora, no cuando por fin estaba empezando a sentir que tal vez podía crear algo mínimamente valioso otra vez, y empezando a sentir eso por él una vez más.

Solo necesito escapar.

La puerta más cercana es un baño individual. Agarro la manija, lista para meterme dentro y atrincherarme, cuando de repente su mano cubre la mía sobre la manija. En un solo movimiento fluido, me empuja adentro, cerrando la puerta detrás de nosotros.

El clic del cerrojo resuena en el espacio diminuto.

EL PESTILLO se cierra con un chasquido que parece imposiblemente fuerte en el diminuto baño, y antes de que pueda pensar realmente en lo que estoy haciendo —encerrar a una mujer en un espacio cerrado y bloquearle la salida— estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia del cuerpo de Lea.

—¿Qué demonios, Declan? —exige, con la voz baja pero vibrando de furia—. ¡Esto es totalmente inapropiado, joder! ¡Te pueden expulsar por esto! ¡Sal de aquí!

Puedo ver cómo su pecho sube y baja rápidamente mientras intenta desesperadamente controlar sus emociones. El espacio apenas es lo bastante grande para una persona, mucho menos para dos, y ella está justo ahí delante de mí, con los ojos vidriosos y las lágrimas amenazando con desbordarse.

Se me encoge el pecho al verla.

Yo puse esa expresión en su cara.

—No odié tu dibujo —suelto de golpe, ignorando por completo sus palabras, aunque retrocedo un centímetro para intentar mostrarle que no soy una amenaza.

Intenta reírse, pero lo que sale es un sonido ahogado a medio camino entre una burla y un sollozo mientras retrocede un paso.

—Claro. Seguro.

—No lo odié.

—¿Por qué mientes? —Una lágrima se escapa al fin, rodándole por la mejilla—. Tenías la misma expresión que aquella noche en clase, cuando escribiste... —Se le quiebra la voz y traga con fuerza—. ¿Sabes que no he podido dibujar nada decente desde aquella clase?

Me muero por acercarme a ella, pero es evidente que quiere un poco de distancia, y el hecho de que no haya gritado pidiendo ayuda ni me haya dado una patada en los huevos es suficiente por ahora. Y, sinceramente, ni siquiera sé qué hago aquí, persiguiendo a alguien que claramente quiere espacio...

La puta hermana de Mike, imbécil, contribuye mi mente, tan servicial como siempre. *La chica que lleva semanas furiosa contigo...*

Suspiro, destierro el pensamiento y vuelvo a centrarme en ella.

—Lea, de verdad necesitas dejarme expl—

—No, Declan, yo no necesito hacer nada. —Ya ni siquiera intenta ocultar las lágrimas—. Cada vez que pongo el lápiz sobre el papel, oigo tu voz en mi cabeza diciéndome que voy a lo seguro. Pero ¿sabes qué es lo que jodidamente me destroza? ¡Que tienes razón! Y la única noche que me arriesgué, me mentiste y me destrozaste...

La pieza del puzle encaja con la fuerza de un cañonazo.

La mentira no era solo por el hecho de que yo fuera jugador de hockey. Era porque se había arriesgado con un chico, tan poco después de que le rompieran el corazón, y le habían tirado tierra a la cara. Y justo cuando empezaba a superarlo, el tipo que le había tirado la tierra —yo— la había criticado en público por no arriesgarse.

Joder.

Se me cae el estómago al suelo. Después de conectar los puntos por fin, la idea de que haya dañado su confianza o de que la haya hecho dudar de su talento es insoportable. Pero, por alguna razón, no creo que repetirle mis excusas sea el enfoque correcto. Es momento de atacar, no de defender.

—Tu dibujo era genial, Lea —digo.

—Deja de mentir —espeta—. Se te da fatal disimular. Vi tu reacción.

No sé si es desesperación o estupidez o cómo se ve con lágrimas en los ojos y la barbilla levantada en desafío, pero me inclino y presiono mi boca contra la suya. Tarda en reaccionar, y durante una fracción de segundo, estoy convencido de que va a darme un rodillazo en los huevos. Y, como preparándose para eso, sus manos suben a mis hombros.

Me preparo para el contacto y un dolor incapacitante.

Pero entonces está agarrando puñados de mi camiseta, tirando de mí hacia ella, y nada de esto tiene sentido, pero me da igual porque sus labios son suaves y cálidos. Abre la boca contra la mía, emitiendo un sonido desesperado y furioso que me dispara directo a la entrepierna.

Este beso no se parece en nada al primero. No es tierno ni explorador ni dulce. Es pura emoción y deseo, como alguien que se ahoga aferrándose desesperadamente a quien intenta rescatarle, intentando arrastrarlo bajo el agua también.

Sus dientes atrapan mi labio inferior, mordiendo con la fuerza suficiente para hacerme gemir. La empujo contra el lavabo, con las manos deslizándose hasta sus caderas, apretando con fuerza suficiente como para dejar marcas. Se merece algo mejor que este baño diminuto, algo mejor que yo, pero no soy capaz de apartarme.

—Te odio —susurra, pero su cuerpo cuenta una historia diferente cuando se arquea hacia mí. Sus manos se mueven frenéticamente por mi pecho, mis hombros, y suben hasta mi pelo, donde sus dedos se enredan y tiran, enviándome escalofríos por la columna—. Me haces sentir tan jodidamente pequeña.

Le agarro el culo y la subo al borde del lavabo, y ella envuelve las piernas alrededor de mi cintura, atrayéndome contra su centro. Mi polla presiona contra los vaqueros, y cuando muevo las caderas contra las suyas, la fricción es eléctrica incluso a través de capas de tela.

—No, no lo haces —digo, mientras dejo un rastro de besos calientes y con la boca abierta por su cuello—. Solo estás asustada, y todavía te duele...

Se le escapa un jadeo, ya sea por mis palabras o por mi boca, y como respuesta succiono con fuerza. Quiero dejarle una marca,

quiero que todo el mundo sepa que es mía, aunque no tengo ningún derecho a reclamarla. Y cuando me aparto, una sonrisa me asoma en la comisura de los labios, porque hay un recordatorio rojo encendido para cuando se mire al espejo.

—Imbécil... —Se ríe, todavía sollozando, amarga y dulce a la vez.

Luego me agarra la camiseta y me arrastra de vuelta a su boca una vez más. Pero esta vez, cuando me besa, es más lento y profundo, su lengua explorando con movimientos deliberados que me debilitan las rodillas.

Mis manos se abren camino bajo su jersey, con las palmas planas contra la piel cálida de su espalda. Es tan suave, tan perfecta, y cuando llevo las manos al frente y rozo con extrema delicadeza la parte inferior de sus pechos, emite un sonido que es mitad gemido, mitad maldición.

Interrumpo el beso para mirarla, necesitando ver su cara. Todavía quedan los restos de antes —el maquillaje corrido, el rastro húmedo de sus lágrimas—, pero ahora tiene las pupilas dilatadas, los labios hinchados y rosados, y las mejillas encendidas de deseo o rabia o ambas cosas. Nunca he visto nada más hermoso.

—¿En qué piensas? —exige, sin aliento.

—En que quiero dibujarte así —admito—. Sonrojada y furiosa. Es precioso.

Una de mis manos sube más, por dentro de su camiseta, ahuecándose sobre su pecho a través del fino sostén de encaje. Es pequeña pero perfecta, encajando exactamente en mi palma. Cuando le rozo el pezón con el pulgar, gime contra mi boca, y el sonido reverbera a través de mí.

Quiero sentirla. Quiero perderme en su cuerpo hasta que ninguno de los dos recuerde por qué se supone que debemos odiarnos. Mi mano baja hasta el botón de sus vaqueros, dudando ahí mientras me echo atrás lo justo para mirarla a los ojos, pidiéndole permiso en silencio.

Su respuesta es meter la mano entre los dos, la palma presionando con firmeza contra mi bulto.

—Joder —siseo, dejando caer la frente sobre su hombro.

Le desabrocho los vaqueros, saboreando la anticipación. Levanta el culo del lavabo un instante mientras se los bajo, y entonces todo se dispara. Mis dedos se deslizan justo por debajo de la cinturilla de sus bragas, sintiendo la piel suave, y el leve temblor que la recorre.

—Tócame —dice, con la voz rota—. Ya.

Obedezco, deslizando la mano más abajo, y mis dedos la encuentran caliente y mojada de deseo. Sus caderas se sacuden contra mi mano mientras la acaricio, trazando círculos sobre su clítoris con el pulgar. Observo su cara mientras el placer la invade, catalogando cada expresión, cada respiración entrecortada, cada...

—Deja de hacer eso —medio solloza y medio ríe, sin aliento de placer.

—¿Hacer qué? —Congelo la mano en su sitio—. ¿Esto?

—¡No! —Protesta, agarrándome la mano y forzando el movimiento—. Digo que dejes de mirarme como si me estuvieras memorizando para un dibujo.

Casi me río mientras retomo el ritmo, ganándome un gemido a cambio.

—¿Me lees el pensamiento?

Se echa hacia atrás, entrecerrando los ojos.

—Como un libro abierto —dice, y se lanza hacia delante para atrapar mi boca otra vez.

Mientras nos besamos, mis dedos continúan su exploración, hundiéndose dentro de ella, sintiéndola contraerse a mi alrededor. ¿Mi otra mano? Bueno, se lo está pasando en grande con uno de sus pechos, pellizcando el pezón hasta que se pone duro como una piedrecita. Entre las dos cosas, tengo suficientes señales de su cuerpo como para saber que me desea.

No me odia.

No me detesta.

Me desea.

El sentimiento es mutuo, y cuando su mano se aprieta sobre mi polla, incluso a través de la tela, siento cómo palpito en respuesta. Pero no es tanto una caricia como una posesión, como si soltarme o romper el momento la hiciera caer en espiral otra vez...

Y de pronto estoy de rodillas frente a ella, bajándole los vaqueros por los muslos. Ella levanta las caderas para ayudar, y pronto está medio desnuda en este diminuto baño, sus bragas lo único que separa mi boca de donde me muero por probarla.

Levanto la vista hacia ella, golpeado de nuevo por lo perfecta que es: los rizos alborotados por mis manos, las mejillas encendidas, los labios entreabiertos. Nuestras miradas se encuentran, y algo cambia entre nosotros. La rabia sigue ahí, pero debajo hay algo crudo y vulnerable que me hace doler el pecho.

Baja la mano y me aparta el pelo de la frente con una suavidad que parece fuera de lugar en este encuentro frenético.

—Esto es mala idea —dice en voz baja.

—La peor —coincido, pero no me aparto. En vez de eso, presiono un beso en la cara interna de su muslo y la siento estremecerse.

—Deberíamos parar —dice, pero sus piernas se abren más, invitándome a acercarme, y las señales contradictorias me hacen avanzar un poco más...

—Totalmente. —Hago otra pausa—. Pero ¿quieres?

Como respuesta, simplemente me agarra del pelo y tira de mí hacia arriba para besarme otra vez. Es urgente, feroz, y puedo sentir tanta duda y tanto dolor irradiando de ella que solo quiero ser la cura para su mal. Sus manos vuelven a colarse dentro de mi camiseta, sus uñas arañándome el pecho, y me pregunto si esto es la cura.

Mientras la beso, engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas y las bajo lo justo para dejarla expuesta. Luego me aparto del beso y me dejo caer de nuevo. Está reluciente, hinchada de deseo, y verla así —deseándome a pesar de todo— hace que mi polla palpite casi dolorosamente.

Se le corta la respiración de forma audible.

—Declan...

No sé si es una protesta o una súplica, pero cuando me acerco y arrastro la lengua por su humedad, sus objeciones se disuelven en un gemido. Sus muslos tiemblan mientras la exploro con la boca, aprendiendo qué la hace agarrarse al borde del lavabo hasta que los

nudillos se le ponen blancos, qué la hace morderse el labio para ahogar sus gemidos.

Se retuerce contra mi cara como si intentara exorcizar algo doloroso a través del contacto físico, y la dejo usarme, dispuesto a ser lo que necesite en este momento. Cuando concentro mi atención en su clítoris, succionando suavemente mientras deslizo dos dedos dentro de ella, todo su cuerpo se tensa.

—Dios —jadea, una mano volando a enredarse en mi pelo, sujetándome contra ella mientras se acerca al límite, palpitando alrededor de mis dedos.

La acompaño durante el orgasmo, suavizando el contacto a medida que se vuelve hipersensible, sintiendo un absurdo orgullo por lo receptiva que es a mi tacto. Cuando por fin me aparto, limpiándome la boca con el dorso de la mano, me mira desde arriba con una expresión que no logro descifrar.

—Tu dibujo era precioso —le digo en voz baja.

Sus labios esbozan una media sonrisa.

—Ahora lo sé...

—¿Cómo?

—La forma en que me miras ahora es como miraste mi dibujo.

Y entonces volvemos a besarnos, pero ella deja claro que lleva las riendas. Baja del lavabo de un salto y se pone de rodillas, todavía urgente y enfadada, pero con algo distinto ahora. Es como si fuéramos dos cables sueltos que por fin se han conectado, el peligro neutralizado y la electricidad fluyendo.

Pero conectado y eléctrico no significa estable, y la frustración de Lea es evidente en cada gesto mientras forcejea con mi cinturón, los dedos temblándole por lo que parecen partes iguales de deseo y emoción. El tintineo metálico resuena en el pequeño espacio como un cañonazo mientras tira de la hebilla.

—Deja que te ayude —murmuro, cubriendo sus manos con las mías.

Se echa hacia atrás, mirándome con fiereza.

—Puedo hacerlo sola.

Pero no puede —no con lo mucho que le tiemblan las manos— y después de otro momento de forcejeo, suelta un sonido frustrado a

medio camino entre un gruñido y un quejido. Le aparto las manos con suavidad y me desabrocho el cinturón de un solo movimiento.

Sus ojos se clavan en los míos, desafío ardiendo en esa mirada verde dorada, antes de que saque el cinturón de las trabillas ella misma y lo tire a un lado. Y luego hay algo casi punitivo en sus movimientos cuando me desabrocha los vaqueros y baja la cremallera de un tirón.

Sus dedos me rozan a través de los bóxers y se me corta la respiración por el contacto. Incluso ese ligero toque me envía electricidad por la columna. Cuando desliza la mano dentro y me agarra, la sensación es casi dolorosa de lo intensa.

—Joder, Lea —siseo, y mis caderas se sacuden hacia delante involuntariamente.

Jadea cuando me saca de los bóxers, con los ojos abriéndose de par en par.

—Joder tú también...

La expresión de su cara —sorpresa mezclada con algo parecido a admiración— sería cómica en otras circunstancias. Pero no tiene nada de gracioso la forma en que cierra la mano a mi alrededor, con un agarre casi punitivo en su firmeza.

Sus caricias son erráticas, a juego con la energía caótica entre nosotros: a veces dolorosamente lentas, a veces casi frenéticas. Es como si no pudiera decidir si quiere darme placer o torturarme, y, sinceramente, no estoy seguro de que haya diferencia ahora mismo.

—Lea —digo, con la voz tensa—. No tienes que—

Me calla metiéndose mi polla en la boca.

Su calor húmedo me envuelve, y tengo que apoyar una mano contra la pared para sostenerme. Mi otra mano se mueve a su pelo, sin guiar ni controlar, solo necesitando tocarla, anclarme a este momento que parece demasiado intenso para ser real.

Su boca es implacable, tomándome más profundo de lo que esperaba, su lengua haciendo cosas que hacen imposible cualquier pensamiento coherente. Mis dedos se enredan suavemente en sus rizos, acariciándole el cuero cabelludo, y recorriendo la curva de su mejilla donde me siento dentro de su boca.

—Dios, eres increíble —consigo decir, con la voz apenas reconocible.

Ella responde tomándome más profundo, una mano acunándome los huevos ahora, un poco más fuerte de lo cómodo. Pero el leve dolor solo intensifica todo lo demás, creando un contrapunto perfecto al placer que me da con precisión de artista.

Le acaricio la cara con una ternura que parece contradecir la energía desesperada entre nosotros. Pero necesito que sepa que esto no es solo físico para mí, que hay algo más pasando aquí, un peso que se me levanta de encima y que no sabía realmente que llevaba.

—Tu arte —digo, y las palabras salen rotas cuando llego al fondo de su garganta y ella tiene una leve arcada—. Me encanta.

Titubea un segundo, el ritmo roto, y sus ojos vuelven a brillar con lágrimas. No sé si es por el esfuerzo de abarcar todo lo que puede con la boca, o por las palabras que acabo de pronunciar, pero me preocupa haber arruinado el momento. Pero entonces redobla sus esfuerzos, como si intentara silenciarme con placer.

—Lo digo en serio —continúo, necesitando que lo entienda—. Aquella noche en clase... estaba furioso, celoso. Tu trabajo es crudo. Como si pudiera ver el dolor y la esperanza en cada trazo.

Sus ojos suben hasta encontrar los míos, y la intensidad en ellos casi me deshace ahí mismo. Mi mano le acuna la cara con suavidad, el pulgar acariciándole la mejilla donde está hundida a mi alrededor.

—No quiero seguir peleándome contigo —susurro—. No soporto saber que te hice daño.

Emite un sonido —a medio camino entre un gemido y un quejido — que vibra a través de todo mi cuerpo. Su ritmo se acelera, y sé que no voy a aguantar mucho más. Verla de rodillas, tomándome tan profundo, me empuja rápidamente al límite.

—Lea —adviento, con la voz tensa—. Estoy cerca.

No se aparta. En cambio, sus ojos se clavan en los míos mientras me toma imposiblemente más profundo, y la imagen de ella —desafiante, hermosa, con el maquillaje corrido por las lágrimas y mi polla enterrada en su boca— es demasiado. Gimo, más fuerte de lo que pretendía, apretando los dedos en su pelo.

—Joder, Lea —digo—. Voy a—

Presiona la lengua plana contra la base de mi polla, y me pierdo. El orgasmo me desgarrar con una intensidad que me nubla la visión en los bordes. Mis rodillas casi ceden bajo ola tras ola de placer, una fuerza como un tsunami a la que no puedo resistirme.

Lea se queda conmigo durante todo, tragando todo lo que le doy, sus ojos hinchados y rojos sin apartarse de los míos. Es el momento más íntimo que he experimentado nunca, y está ocurriendo en un baño diminuto con una mujer que supuestamente me odia.

Cuando por fin acaba, las últimas réplicas desvaneciéndose, se aparta despacio. Me inclino y la ayudo a levantarse, atrayéndola hacia mí sin pensar, necesitando abrazarla. Por un momento, se tensa entre mis brazos, y creo que va a empujarme.

Pero entonces se derrite contra mí, y nos quedamos ahí en un abrazo frágil. Pero todavía hay reserva en sus ojos, una cautela en su postura, que me dice que esto —sea lo que sea— no está resuelto. Estamos de pie en un campo de minas, y ninguno de los dos sabe dónde es seguro pisar.

Le aparto un rizo de la cara, se lo coloco detrás de la oreja, y me inclino para besarla en la frente.

—¿Y ahora qué?

Aprieta los labios, y puedo ver el conflicto desplegándose tras sus ojos.

—No lo sé.

Antes de que pueda responder, unos golpes en la puerta nos hacen saltar a los dos.

—¿Perdona? —Una voz femenina impaciente llama a través de la puerta—. Hay gente que de verdad necesita usar el baño.

El ruido hace que Lea vuelva en sí como si alguien le hubiera dado una bofetada. Se le abren los ojos de horror y se separa de mí tan rápido que casi se tropieza. Sus mejillas arden escarlata mientras se mira, como si solo ahora se diera cuenta de lo que acabamos de hacer.

—Dios mío —susurra, subiéndose las bragas y los vaqueros frenéticamente—. Dios mío.

Le tiemblan los dedos tanto que apenas puede abrocharse los vaqueros, y la transformación me resulta brutal: hace un momento estaba segura, al mando, y ahora es un manojo de nervios.

—Lea... —Extiendo la mano para ayudarla, pero se aparta de mi contacto como si quemara.

—No me toques —dice con sequedad.

Los golpes impacientes vuelven, más insistentes esta vez.

—¡Oye!

—¡Un momento! —grita Lea, con la voz quebrándose.

Sabiendo que va directa a la salida, aunque yo intento frenarla, me arreglo rápido, me coloco todo y subo la cremallera. Mis dedos se sienten torpes y descoordinados, la bruma del orgasmo convirtiendo la motricidad fina en un reto.

—Lea —digo de nuevo, sin saber qué voy a decir, pero necesitando decir algo.

No me mira. En cambio, se gira hacia el espejo y retrocede al ver su reflejo. Su maquillaje es un desastre: el rímel corrido por las mejillas de las lágrimas, el pintalabios extendido más allá de los labios, y el chupetón que le dejé ya oscureciéndose en su cuello.

—Esto ha sido un error —dice, con la voz vacía mientras agarra el borde del lavabo.

—No lo ha—

—¡Mírame! —Señala su reflejo—. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estamos haciendo nosotros?

La verdad es que no sé qué estamos haciendo. Lo único que sé es que se siente bien a pesar de todas las razones por las que no debería, y que quiero más, y que estoy dispuesto a luchar por ello. Pero está claro que ella no siente lo mismo.

O no ahora mismo, al menos.

Se echa agua en la cara, intentando limpiar los estragos, pero solo empeora las cosas, extendiendo los churretones negros por sus mejillas. Coge una toalla de papel y se frota la cara frenéticamente.

—Mike te mataría —murmura, más para sí misma que para mí—. Y no me volvería a hablar jamás...

—Yo—

Sigue hablando, cortándome antes de que pueda articular palabra.

—Hay razones por las que me blindé contra ti después de que me mintieras... me criticaras...

Es como si estuviera deshaciendo un hechizo de su propia creación, su mente inventando todas las excusas del mundo para ignorar algo que su corazón está sintiendo con la misma fuerza que el mío. Pero ahora mismo, en este momento, es una fuerza de la naturaleza.

Innegable.

Irracional.

Otro golpe, este tan fuerte que la puerta vibra en su marco.

Lea levanta la cabeza de golpe, pánico escrito en su cara.

—¡Ya salgo!

Se rinde con su apariencia y coge el bolso de donde cayó al suelo. Le tiemblan las manos visiblemente mientras forcejea con la correa, y algo en mi pecho se retuerce dolorosamente al verlo.

—Lea, espera— —Alargo la mano hacia ella, pero me la aparta de un manotazo como si quemara.

—No. —Su voz es cruda, las lágrimas cayendo libremente ahora —. Esto no ha pasado nunca.

Antes de que pueda responder, abre el pestillo y tira de la puerta. Una estudiante de último año furiosa con una melena rubia a la altura de la barbilla y un jersey de aspecto caro está ahí plantada, con la boca ya abierta para soltar lo que seguro iba a ser una diatriba mordaz.

Pero se detiene en seco al ver la cara llena de lágrimas de Lea.

Lea pasa de largo sin decir una palabra, dejándome a solas con la Rubia del Bob, que ahora me mira como si fuera algo que se ha raspado de la suela del zapato, o alguien a quien habría que llamar a la policía.

—¿Qué coño le has hecho? —exige, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en rendijas.

Levanto las manos en señal de rendición mientras salgo del baño.

—Es complicado.

—Hombres —escupe con asco antes de entrar al baño.

Cuando la puerta se cierra de un portazo detrás de ella, me quedo ahí plantado, todavía tambaleándome por la montaña rusa de los últimos veinte minutos. El eco del portazo parece reverberar a través de todo mi cuerpo, una manifestación física de la forma abrupta en que han terminado las cosas con Lea.

Con la reacción de Lea, debería sentirme avergonzado o culpable. Debería preocuparme de que Mike se entere o de lo que diría la profesora Lucas si supiera que acabo de tener sexo oral con mi compañera de proyecto, y el posible impacto en mi matriculación en el seminario selectivo...

Pero no siento nada de eso.

En su lugar, hay una claridad que no he sentido en meses, quizá años. Como piezas de un puzle encajando en su sitio, revelando una imagen que no sabía que estaba intentando componer. Es una imagen desordenada, llena de dolor y pasión, rabia y anhelo, pérdida y anhelo.

Y, cuando la considero, la imagen me grita una sola cosa.

Quiero a Lea Altman.

No solo su cuerpo, aunque esa parte ha sido lo bastante alucinante. Quiero su mente, su perspectiva y su arte. Quiero la forma en que ve el mundo y la forma en que me desafía a verlo de otra manera. Quiero su rabia y su vulnerabilidad y cada parte complicada y contradictoria de ella.

Quiero ayudar a sanar el dolor que claramente sigue supurando dentro de ella, y quiero que ella me ayude a navegar el Royal Rumble que tiene lugar en mi cabeza. Y, más que querer hacer estas cosas, creo que podemos hacerlas... necesitamos hacerlas.

Solo he tenido un atisbo esta noche, pero me alimentará durante días.

Pero mientras estoy plantado en medio de la biblioteca como un pasmarote, me doy cuenta de que estoy sonriendo. A pesar del desastre, a pesar de sus lágrimas y declaraciones de que todo fue un error, y a pesar de que mi mejor amigo —su hermano— probablemente me mate, me siento mejor de lo que me he sentido en semanas.

Porque ahora lo sé.

Sé lo que quiero.

Y que Dios ayude al desgraciado que se interponga en mi camino.

PASO A TODA PRISA junto a la mujer que había estado aporreando la puerta del baño y me dirijo a la salida de emergencia, moviéndome como si toda la biblioteca estuviera en llamas. Y bien podría estarlo, porque la humillación incandescente que me recorre dejaría en ridículo a cualquier incendio normal.

Nadie puede verme así. Nadie.

Mientras me alejo a trompicones de mis malas decisiones, las luces fluorescentes de la biblioteca se sienten como focos que rastrean cada uno de mis tropezones. Las lágrimas de rímel me han convertido la cara en un test de Rorschach de malas decisiones. El chupetón que se forma en mi cuello se siente como una marca al rojo vivo.

Una letra escarlata.

H de Horrible Criterio.

Pero mi cuerpo aún pulsa con el fantasma del placer, incluso mientras mis pensamientos gritan en protesta. Con cada paso, mi mente me recuerda amablemente las manos de Declan, su boca, las cosas que dejé que me hiciera, las cosas que seguramente seguiría dejándole hacer si no nos hubieran interrumpido.

Y las cosas que yo le hice a él.

¡Dios mío!

Su sabor persiste, salado y desconocido.

El celular me vibra en el bolso. Lo ignoro, sabiendo que es él.

Empujo la puerta de la salida de emergencia, ignorando el letrero que advierte que sonará una alarma —Em me había dicho que el equipo de seguridad de Pine Barren las desactivó hace años por las constantes falsas alarmas, la mayoría provocadas por el equipo de hockey— y la escalera de concreto está fría y silenciosa mientras huyo escaleras abajo.

Mi reflejo destella en una ventanilla: rímel corrido, labios hinchados y pupilas aún dilatadas. Decido que parezco destrozada. Total y absolutamente destrozada. Por el chico que me mintió —la primera vez que me abrí un poquito a alguien después de que Chris me destruyera— y que destrozó mi arte delante de toda la clase.

Por el chico cuyo sabor aún me llena la boca.

Llego al final de las escaleras, golpeo la barra de la puerta de salida y me lanzo al pasillo, solo para chocar contra lo que parece un muro de ladrillos cubierto de franela. Caigo al suelo mientras Chico Muro de Ladrillos no se mueve ni un centímetro, aunque sí me hace el favor de bañarme con los libros que llevaba en brazos.

—¡Joder! Cuida... —La voz del chico se apaga, y sé exactamente por qué—. ¿Lea?

La. Puta. Madre.

El universo no solo se está riendo de mí; está doblado de la risa, señalándome y carcajeando como el matón del patio. Pero no hay escapatoria, así que dejo escapar un suspiro que suena sospechosamente parecido a un sollozo mientras mi mirada viaja hacia arriba y se clava en los ojos conocidos de mi hermano.

Mientras recorre mi aspecto con creciente alarma, la molestia de Mike pasa a sorpresa y luego a preocupación tan rápido que casi puedo oír los engranajes rechinando.

—Lea...

—¡Perdona! ¡No estaba mirando! —Mi voz suena antinaturalmente aguda y frágil mientras esquivo la pregunta obvia, como un globo de helio a punto de reventar.

Sus ojos se entrecierran mientras recojo sus libros de inmediato, agradecida por cualquier excusa para no mirarlo a la cara. Si me muevo lo bastante rápido, quizá pueda devolvérselo todo y escapar

antes de que procese lo que está viendo y con quién probablemente me habría reunido en la biblioteca.

—Leandra, mírame. —Mike se arrodilla a mi lado, su mano atrapando mi brazo—. ¿Estás... llorando?

El contacto me atraviesa como un rayo de pánico y me aparto instintivamente.

—Estoy bien —digo, metiéndole un libro en los brazos—. Solo... alergia. Polvo de biblioteca. Ya sabes.

—Y una mierda, Lea. —La voz de Mike es grave, peligrosa—. Dime qué pasó. ¿Quién te hizo esto?

El tono protector de su voz me da ganas de meterme en un agujero y morirme. Mi hermano siempre ha sido mi defensor, mi protector. El que miraba debajo de mi cama buscando monstruos cuando yo tenía seis años. El que me recompuso cuando Chris me rompió.

Sé que se tiraría delante de un tren por mí, que mataría a quien me hiciera daño o moriría intentándolo, o que se quedaría ahí mientras lloro durante horas sin quejarse. Pero ahora estoy arrodillada en el suelo frío, apestando a sexo (¡con su compañero de equipo!), el sabor de dicho compañero aún cubriéndome la lengua.

—No pasó nada. —Recojo el último de sus cuadernos, las manos visiblemente temblorosas—. Solo... tengo que irme, Mike. Quedamos mañana para unos bagels...

Mike me atrapa la barbilla, levantándome la cara hacia la suya, cortándome en seco. El gesto es suave pero firme: modo hermano mayor completamente activado. Sus ojos me recorren la cara, deteniéndose en mis labios hinchados antes de bajar al cuello, y observo cómo la comprensión se abre paso.

—Eso no es de llorar. —Señala la marca en mi cuello, con una voz inquietantemente tranquila—. ¿Alguien te hizo algo? ¿Te lastimaron?

La ironía de la situación me golpea como un puñetazo en el estómago; el «alguien» que le preocupa, por quien está listo para pelear, es su compañero de equipo, su amigo y la persona en quien más confía sobre el hielo.

Pero ¿lastimarme?

No estoy segura.

Realmente no sé qué fue aquello, ni cómo me siento.

Pero no estoy segura de que sea lastimarme.

—¡Nadie! ¡Nada! —exclamo, poniéndome de pie a trompicones, aferrada a la mochila contra el pecho como un escudo. Fuerzo una sonrisa—. Estoy bien, Mike. De verdad. Te escribo después.

No espero su respuesta. No puedo. Si me quedo un segundo más, me verá por completo. Me conoce demasiado bien como para no reconocer cuándo estoy mintiendo descaradamente, y mientras empujo las puertas dobles hacia el aire fresco, siento su mirada clavada en mi espalda.

Cruzo la explanada a la carrera como si mis malas decisiones me persiguieran. Por suerte, el campus está tranquilo. Eso significa menos testigos de mi paseo de la vergüenza. Mantengo la cabeza agachada de todos modos, rezando por no cruzarme con nadie más conocido, porque un encuentro humillante al día es mi límite, gracias.

El celular me vibra de nuevo en el bolsillo. No necesito mirar para saber que es Declan. Lo ignoro, aún sin estar lista para litigar lo que pasó con él, y sin siquiera saber qué me diría ahora mismo.

Oye, gracias por chupármela en un baño público...

Mi polla. En ti. Mañana. ¿Trato?

Dios, le hice una mamada. En un baño. Un baño público. El tipo de lugar donde la gente normal evita tocar cualquier cosa que no sea estrictamente necesaria para mear y escapar. Y sin embargo, me arrodillé en ese suelo, me metí en la boca todo lo que pude de su generosa polla, y dejé que se corriera en mi boca...

¿Y lo peor?

Un rincón sucio de mi mente ya lo está repitiendo en glorioso HD, recordando cómo sabía, los sonidos que hacía y la forma en que sus ojos nunca dejaron los míos. Fue tan delicioso controlarlo así —deshacerlo— como tenerlo entre mis piernas.

¡Argh!, grita mi mente. ¡Para!

Mi residencia aparece a la vista, y nunca he estado tan agradecida por su fea fachada de ladrillo rojo. Enseño el carné en el mostrador de seguridad sin hacer contacto visual, porque ya sé cada

juicio que el guardia está haciendo sin necesidad de mirar, y salgo disparada hacia las escaleras.

Tres pisos después, estoy en mi cuarto, y en el momento en que la puerta se cierra detrás de mí, echo el cerrojo. Tomo tres respiraciones largas y profundas, agradecida —por primera vez en mi vida— de que Em no esté aquí, porque solo necesito un momento.

O un día.

O quizá unos meses.

Voy a mi cama, me meto dentro y me tapo hasta la cabeza con las sábanas, perdida en un torbellino de pensamientos contradictorios. Esto no soy yo. Yo no me enredo con chicos en baños. Yo no traiciono la confianza de mi hermano. Yo no caigo por chicos que me mienten y critican mi arte delante de todo el mundo.

Salvo que, aparentemente, sí.

Porque, debajo de la vergüenza, el miedo y la confusión, hay algo más que estoy intentando ignorar. Una sensación cálida y palpitante que no tiene nada que ver con la humillación y todo que ver con la forma en que Declan me tocó. La forma en que me miró. Las cosas que dijo sobre mi arte.

Pero ¿cómo puedo confiar en nada de eso?

¿Y si solo está diciendo lo que cree que hará que lo perdone?

Que me acueste con él.

Los chicos siempre hacen eso.

Pero ¿qué sé yo realmente sobre qué tipo de persona es Declan? ¿Lo estoy juzgando con demasiada dureza porque juega hockey? Chris también había sido encantador, y había dicho todas las cosas correctas, me había mirado como si fuera la única chica en el mundo, me había llevado a la cama y me había tratado como a una reina...

Hasta que dejé de serlo.

Un sollozo se me escapa, seguido de otro. Hundo la cara en la almohada, pero no hay manera de detener las lágrimas calientes que me resbalan por las mejillas.

—Joder, Lea —me digo.

Esto es ridículo. Conozco a Declan desde hace unas semanas y, en ese tiempo, hemos tenido exactamente una conversación real,

una clase de arte feroz, una reunión incómoda para el proyecto de arte y... lo que demonios haya sido aquello.

Entonces, ¿por qué me tiene tan alterada este chico?

Me presiono las manos contra los ojos, suplicando que las lágrimas paren, pero siguen cayendo. No solo por lo que pasó hoy, sino por todo: por Chris, por la confianza que he perdido, por la chica que solía ser antes de saber con qué facilidad alguien podía destrozarme, y por la esperanza que tenía de que la universidad fuera diferente y de que yo fuera diferente.

La chica que pisó este campus y la chica que yace en esta cama parecen personas distintas. Una atrevida y temeraria, lista para atacar un nuevo año, recién curada de un corazón roto y lista para comerse el mundo. La otra, un desastre, descarriada y confusa.

Y lo peor de todo es que hay una parte de mí que ya quiere más.

De él.

De eso.

Paso una eternidad bajo las sábanas, perdida en mi miseria, hasta que al fin registro el sonido de una llave en la cerradura. Me quedo inmóvil, conteniendo la respiración como si eso pudiera hacerme invisible, justo cuando la puerta se abre con un crujido, trayendo consigo la típica entrada exuberante de Em.

—El profesor Yamada dijo la cosa más graciosa sobre los bailarines de jazz, cosa que yo no sabía que era posible porque los chistes de baile suelen ser tan...

La cháchara de Em se corta de golpe, y puedo imaginarla perfectamente: los ojos recorriendo la habitación y aterrizando en el bulto con mi forma bajo las sábanas. Hay un instante de silencio, y considero fingir que estoy dormida, pero es inútil porque Em tiene una especie de sexto sentido para las crisis emocionales.

—¿Lea? —Su voz es inusualmente suave mientras sus pasos se acercan a mi cama—. ¿Estás bien?

—Ajá —murmuro contra la almohada.

El borde de mi cama se hunde cuando se sienta.

—Puedo ver literalmente cómo te tiembla el cuerpo ahí debajo.

—Tengo frío —digo, y la voz se me quiebra en la mentira obvia.

Em suspira.

—No sé a quién crees que estás engañando, pero a mí no.

Siento un tirón suave de la sábana, pero la agarro más fuerte, negándome a rendirle mi fortaleza de poliéster.

—No quiero hablar de eso.

—Vale.

—En serio, yo... espera, ¿qué? —No esperaba que cediera tan fácilmente. Es suficiente para arrancarme una risa llorosa—. ¿Quién eres tú?

Su peso se desplaza en la cama.

—Pero ¿puedes al menos dejarme ver tu cara? Solo para asegurarme de que no estás, no sé, sangrando o que te falta un ojo o algo.

A pesar de todo, casi me río.

—Mis ojos están bien.

—Demuéstralo.

Considero mis opciones. Quedarme escondida y que Em se preocupe aún más, posiblemente llame a Mike o a mis padres. O enseñarle que estoy físicamente bien, solo emocionalmente devastada, y esperar que no insista. Así que, a regañadientes, bajo la sábana lo justo para asomarme con ambos ojos intactos.

—Joder —susurra Em, y su expresión pasa de preocupación a espanto—. ¿Qué te pasó?

Debo verme peor de lo que pensaba.

—Sin hablar, ¿recuerdas?

—Tienes el rímel a medio camino de la cara, los labios hinchados, y... —los ojos se le abren de par en par— ¿eso es un chupetón?

La mano me vuela al cuello, tapando la evidencia.

—No.

Em se levanta, cruzándose de brazos.

—Solo dime a quién tengo que matar y pon una sidra en el refrigerador para cuando vuelva...

—A nadie. —Me tapo de nuevo, dejando solo los ojos al descubierto—. Solo... no quiero hablar de eso.

La expresión de Em se suaviza. Vuelve a sentarse y posa una mano suave sobre lo que probablemente asume que es mi hombro bajo la sábana.

—Mira, no tienes que contarme nada. Pero me voy a quedar aquí sentada hablándote de los chistes del profesor Yamada hasta que te sientas mejor.

La idea de soportar su humor en mi estado actual es casi demasiado.

—O —continúa—, puedo ir a buscarnos una sidra de canela y unos Doritos, porque las calorías del desamor no cuentan, y nos sentamos aquí a no hablar de lo que no quieras hablar.

—Creo que prefiero eso a tus chistes. —No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa—. Eres la mejor, Em.

—Por supuesto que lo soy. —Em se levanta y va hacia nuestra cocina—. Y te prometo, lo juro por lo más sagrado y que no vuelva a encontrar una buena oferta de Black Friday en la vida, que no voy a hacer ni una sola pregunta. —Se detiene, girándose hacia mí con expresión seria—. ¿Sabes lo difícil que es para alguien con TDAH prometer no hablar?

Una pequeña sonrisa me tira de los labios a pesar de todo, y la observo trajar, preparando las sidras y los Doritos. Sé que mucho de esto es teatral —los aperitivos, los chistes—, pero el cariño que me demuestra, la forma en que intenta hacerme sentir mejor sin curiosear... es abrumador.

Solo conozco a Em desde hace unas semanas, pero ya me trata mejor que gente que conozco de toda la vida. Y para cuando vuelve con las dos sidras y los Doritos, he logrado sentarme, aunque sigo envuelta en la sábana como si fuera lo único que me mantiene unida.

—Aquí tienes —dice, pasándome una sidra—. Terapia líquida.

Le doy un trago, y me recubre la lengua, borrando el sabor de Declan.

—Gracias.

—No hay de qué. —Se acomoda a mi lado en la cama, con cuidado de no derramar nada.

Nos quedamos ahí lo que parece una eternidad, bebiendo y picando Doritos. Prácticamente puedo sentir la energía contenida de Em, su deseo casi irresistible de hablar, de preguntar, de obtener respuestas, pero cumple su palabra y no dice nada.

Pero yo sí.

—Fue Declan —susurro, sorprendiéndome a mí misma.

Los ojos de Em se abren de par en par, pero fiel a su palabra, no pregunta nada.

—Nosotros... —Se me quiebra la voz. ¿Cómo explico siquiera lo que pasó?—. Estábamos trabajando en nuestro proyecto de arte en la biblioteca, y yo creí que odiaba mi dibujo, y me alteré, y salí hecha una furia... —Me interrumpo, incapaz de continuar—. Pero entonces él me siguió y...

La palma de Em se posa en mi rodilla, un gesto silencioso de apoyo.

Continúo, con la voz apenas audible.

—Un minuto estaba huyendo, metiéndome en un baño, y al siguiente él me seguía, me besaba, y luego estábamos... —Me apago, las mejillas ardiendo—. En el baño, Em. En el puto baño...

Las cejas de Em se arquean, pero mantiene los labios apretados.

—Sé que fue estúpido —digo, y las lágrimas vuelven a acumularse—. Después de todo lo de Chris, después de que Declan me mintiera sobre quién era, y después de lo que dijo sobre mi arte... debería odiarlo. Me dije a mí misma que lo odiaba. —Una lágrima se desborda, trazando un surco en mi mejilla—. Entonces, ¿por qué...?

Mi voz se quiebra por completo entonces, y Em deja las dos botellas en la mesita de noche antes de estrecharme en sus brazos. Se abre la compuerta, y me encuentro sollozando contra su hombro, sollozos feos y convulsos que me sacuden el cuerpo entero, pero ella sigue sin hablar.

—Puedes hablar, Em —digo, con una risa fea y llorosa—. Te está matando.

—¡Gracias a Dios! —dice, sin dejar de calmarme y acariciarme el pelo—. Está bien.

—No está bien —baluceo entre sollozos—. Me prometí después de Chris que no volvería a ser esa chica. La que se deja llevar por las palabras bonitas e ignora todas las señales de alarma. Y ahora aquí estoy, perdiendo la cabeza por completo por un chico que... —Me

aparte, limpiándome las lágrimas con furia—. ¡Y es compañero de equipo de Mike!

—¿Te presionó? —pregunta Em, con un tono de pronto serio—. Porque si lo hizo, me da igual lo grande que sea o de quién sea amigo, lo voy a destruir.

—No —digo—. Eso es lo que pasa... Yo lo quise. Se sintió... bien... aunque está mal por tantísimas razones... —Me presiono las palmas contra los ojos—. ¿Qué me pasa?

—No te pasa nada —dice Em con firmeza—. La atracción es complicada. Y a veces nuestros cuerpos toman decisiones antes de que el cerebro los alcance.

—Pero después de Chris...

—Chris fue un imbécil que te ocultó que tenía novia —dice—. Es una situación completamente diferente.

—Declan también mintió —señalo—. Sobre estar en el equipo de hockey.

Em me lanza una mirada escéptica.

—¿Eso es realmente lo mismo? ¿Tenía una novia secreta que no te estaba contando?

—No, pero... —Niego con la cabeza, lágrimas frescas cayendo—. No lo entiendes. Lo más aterrador es... no creo que fuera solo físico. Cuando me tocó, cuando me besó... —Me interrumpo, recordando la intensidad en sus ojos, la forma en que me miró como si yo fuera lo único en el mundo que importaba—. Se sintió... más.

Em me atrae de nuevo a un abrazo mientras me deshago en lágrimas otra vez. No dice nada más, solo me sostiene mientras me derrumbo, y agradezco el silencio. Porque ¿cómo podría explicar que, debajo de toda la confusión, la vergüenza y el miedo, hay una parte de mí que quiere volver a sentir sus manos sobre mí?

ME HUNDO MÁS en la silla mientras mi madre sigue hablando sin parar sobre su último paciente: un tipo con un trastorno sanguíneo raro. Normalmente haría al menos un poco más de esfuerzo por interesarme, pero ahora mismo su voz es simple ruido de fondo para el bucle constante de recuerdos que se repiten en mi cabeza. Recuerdos en los que aparece cierto jugador de hockey.

—...¡y entonces los valores volvieron completamente normales! ¿Te lo puedes creer? —Mi madre hace una pausa, esperando claramente una respuesta—. ¿Leannndra?

—Qué locura —ofrezco, sin tener ni idea de con qué estoy de acuerdo—. La verdad es que la vida es muy corta...

—No me estás escuchando, Leannndra. —Suspira, y puedo imaginarla pellizcándose el puente de la nariz, como hace siempre que la estoy decepcionando de forma especialmente notable, lo cual parece ser casi todo el tiempo—. ¿Qué te pasa? ¿Va todo bien en la universidad?

—Todo bien, mamá. —Enrollo el cable de los auriculares alrededor de mi dedo hasta que la punta se pone morada—. Solo estoy cansada. Adaptándome a la vida universitaria, ya sabes.

—Hmmm. —Esa única sílaba contiene al menos diecisiete capas de escepticismo—. ¿Cómo van tus clases? Parecías entusiasmada con ese curso de dibujo.

El estómago se me cae más rápido que un ascensor con los cables rotos.

Clase de dibujo. Declan. Sus manos. Su boca. Ese baño.

¡Argh!

Han pasado tres días desde el incidente del baño y estoy bien. Totalmente bien. Tan bien que he desarrollado una nueva habilidad: la capacidad de esprintar entre edificios del campus mientras escaneo el horizonte en busca de jugadores de hockey absurdamente guapos de uno noventa. Mi cardio nunca ha estado mejor.

Ni tampoco mi gratitud hacia Em.

Después de mi crisis total, no me presionó para que le diera más detalles de los que ya le había contado. En su lugar, ha estado haciendo de escudo: comprobando las entradas del comedor antes de que entremos, creando rutas elaboradas entre edificios para evitar a Declan, y manteniendo un suministro constante de sidra de canela y carbohidratos.

Sin ella, probablemente seguiría escondida en la cama.

Pero, hasta ahora, he conseguido evitar ver a Declan y casi he evitado pensar en él y en su... todo. El reloj corre, porque nuestra próxima reunión programada para el proyecto es mañana por la noche, pero ese es un problema para la Lea del Futuro que la Lea del Presente está encantada de ignorar por ahora.

—Leannndra —la voz de mi madre suena aún más frustrada esta vez, como si le estuviera haciendo perder su valioso tiempo—. Tengo pacientes pronto...

Cierro los ojos con fuerza, como si eso pudiera de alguna manera bloquear mis pensamientos. No funciona. —La clase de dibujo es... —¿Traumática? ¿Incómoda? ¿Un desastre literal?— ...bien.

—¿Solo bien? —Chasquea la lengua—. Aunque tu abuela siempre decía que las clases de dibujo al natural eran para mediocres sin imaginación.

Y ahí está: la inevitable comparación con mi legendaria abuela.

—Ya, bueno, también pensaba que llevar algo que no fuera negro era señal de debilidad moral, así que quizá sus opiniones no eran palabra de Dios —digo.

Y me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mi boca.

—¡Leannndra! —La voz de mi madre se afila—. Tu abuela era una visionaria. Dejó...

—Dejó la escuela de arte para montar su propia exposición, ya lo sé. —Recito la leyenda familiar de memoria—. Y ganó suficiente notoriedad como para construir una exitosa carrera en la que expuso con frecuencia en París, Londres, Atenas, Madrid y Nueva York.

El silencio al otro lado de la línea crepita de desaprobación.

—Lo siento —suspiro—. No pretendía ser irrespetuosa. La clase es de verdad muy interesante y exigente.

Y en ella hay un jugador de hockey de uno noventa que lleva días persiguiéndome en sueños.

—Bien. ¿Y las demás clases? ¿Estás al día con las lecturas de todas?

Dejo que lleve la conversación a aguas más tranquilas, detallando mis otros cursos, mis profesores y la cantidad ridícula de lecturas que mandan en la clase de historia del arte. Todo con tal de no hablar de dibujo al natural y del lío complicado que es Declan Andrews.

—¿Y cómo está tu hermano? —Mi madre lanza la pregunta que llevaba temiendo—. No contesta a mis mensajes. Solo me manda monosílabos.

Mierda.

Jugueteo con el libro de texto, trazando las letras en relieve de la portada. La verdad es que he estado evitando a Mike tanto como he estado evitando a Declan. Cada vez que mi teléfono se ilumina con su nombre, me entra el pánico imaginando que de algún modo sabe lo que pasó en ese baño.

—Mike está genial —miento, con una voz artificialmente alegre—. Ocupado con los entrenamientos y esas cosas. La temporada se está intensificando.

—Hmm. —Ahí está otra vez, el murmullo escéptico que indica que me ve de parte a parte y que, al mismo tiempo, está decepcionada de que Mike siga eligiendo jugar a hockey—. Bueno, cuando lo veas, dile que llame a su madre. He tenido pacientes bajo anestesia con mejores habilidades comunicativas.

—Se lo diré. —Me encojo al oír lo falsa que sueno.

—Lo estás viendo, ¿no? —insiste mi madre, su intuición de doctora detectando debilidad en mi respuesta—. Siempre han estado muy unidos...

La culpa se retuerce como un cuchillo.

Mike y yo siempre hemos estado muy unidos.

Y ahora lo estoy evitando porque me lié con uno de sus compañeros de equipo.

Dios, soy lo peor.

—Lo voy a ver pronto —digo, lo cual no es exactamente mentira si defines «pronto» como «cuando reúna el valor suficiente para enfrentarme a él»—. Los dos hemos estado muy liados.

—Bien. La familia es importante, Leannndra. Especialmente cuando te estás adaptando a un sitio nuevo.

Emito un ruido vago de asentimiento, deseando terminar esta conversación antes de que haga más preguntas que no puedo responder honestamente. —Oye, mamá, tengo una reunión del grupo de estudio en como quince minutos, así que debería irme... — Ya estoy cerrando el libro de texto, lista para escapar.

—Está bien —suspira—. ¿Me llamas la semana que viene? Y no te olvides de decirle a tu hermano que mire sus mensajes.

—Lo haré —miento, y cuelgo.

Sé que necesito ver a Mike y que no puedo evitarlo para siempre. Debería escribirle ahora, pero ¿qué le diría?

Ey, hermano, ¿quedamos? Te prometo no mencionar que le hice una mamada a tu compañero de equipo en un baño público. P.D.: Mamá dice que la llames.

No. Mejor no.

El teléfono vibra y casi me caigo de la cama al cogerlo, medio esperando, medio aterrorizada de que sea Declan o Mike. Pero es Em:

Vía libre en el comedor de abajo. Equipo de hockey en partido fuera. Operación Esquivar al Buenorro Jodecabezas EN MARCHA. ¿Quedamos para comer a las doce?

Sonríó a pesar de todo. Em le ha puesto nombre en clave a todo como si estuviéramos ejecutando una misión de operaciones

encubiertas en vez de simplemente evitar al compañero de equipo de mi hermano. Hay algo reconfortante en que se tome todo el asunto con una seriedad tan ridícula.

De repente me invade la gratitud hacia esta chica que era una desconocida hace apenas unas semanas y que ahora es de alguna manera esencial para mi supervivencia. Los dioses de la lotería de compañeras de cuarto fueron amables conmigo. No poder contar con Mike en esta situación —por razones obvias— ha sido duro, pero Em ha sido una ayuda enorme.

Le respondo:

Es una cita.

Miro el reloj. Todavía me quedan dos horas antes de encontrarme con Em para comer. Y unas treinta horas para la reunión del proyecto de mañana, que se cierne como una tormenta en el horizonte: inevitable, potencialmente destructiva y absolutamente aterradora.

Gimo y vuelvo a hundir la cara en la almohada. A este ritmo, la única forma de sobrevivir a este semestre es desarrollar amnesia selectiva o pedir el traslado a una universidad en otro continente.

He estado ganando tiempo, evitándolo, evitando todo contacto, con la esperanza de que el tiempo y la distancia pudieran atenuar la atracción y la tempestad de emociones y dudas y miedo y...

¡Argh!

Quizá lo que necesito es una distracción. Algo que me saque de la cabeza a Declan Andrews y su estúpida perfección en todo, y su estúpida forma de hacerme sentir cosas que no sé si estoy lista para volver a sentir.

Miro mi cuaderno de bocetos en blanco. Dibujar. Dibujar siempre me despeja la cabeza. Es mi meditación, mi terapia y el lugar donde puedo volcar todo el caos de mis sentimientos cuando se vuelven demasiado ruidosos para manejarlos.

¿Y ahora mismo?

Mis sentimientos son una puta orquesta.

Solo necesito dibujar algo.

Lo que sea para detener este bucle interminable de azulejos y barba y manos...

No.

Agarro el lápiz y empiezo con trazos sueltos y rápidos. Sin planificar, sin pensar, y sin intención de hacer nada con este arte excepto sentir. Solo formas. Color. Movimiento. Energía. Líneas que no tienen nada que ver con ojos azules ni manos fuertes ni el sabor de...

Joder.

Pero a medida que las líneas fluyen sobre la página, curvas y ángulos tomando forma bajo mis dedos, me doy cuenta de que estoy dibujando manos. Manos fuertes con nudillos ligeramente rojos y agrietados. Manos de hockey. Y una cara. Una cara muy concreta. Con una mandíbula con barba incipiente. Con ojos intensos que ven demasiado.

Paso la página de golpe.

Al parecer, mi subconsciente es un traidor.

—¡No! —Cierro el cuaderno de un golpe—. ¿Qué me pasa?

Pero sé exactamente qué me pasa. Me atrae un tío que me mintió, que destrozó mi arte en clase, que es compañero de equipo de mi hermano, y al que después dejé que me comiera en un baño público... y le devolví el favor. ¿Y la parte más jodida?

Quiero que lo haga otra vez.

Abro el cuaderno por una página nueva, agarro el lápiz con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, y empiezo a dibujar con trazos furiosos. Si no puedo dejar de pensar en ello, quizá puedo sacármelo del cuerpo dibujando.

Las líneas son duras, casi violentas. Ya no estoy pensando, solo sintiendo. Dejando que la emoción en bruto fluya a través de mis dedos hasta el papel. Antes de darme cuenta, nos he dibujado en ese baño. No de forma realista —no estoy lista para ver eso—, sino como una explosión abstracta de líneas enredadas y formas en penumbra.

Dos cuerpos fundiéndose el uno en el otro.

Tensión y liberación.

El dibujo es caos y urgencia. Es sucio y hermoso. Trazos frenéticos de lápiz capturan manos agarrando, bocas encontrándose y cuerpos presionándose. Casi puedo oír nuestra respiración

entrecortada resonando contra los azulejos del baño, y saborear la sal de su piel.

Sigo dibujando, incapaz de parar. Añadiendo tonos más oscuros, más presión. El grafito se emborrona bajo mi palma mientras trabajo más rápido, más sucio, dando forma física a la tormenta dentro de mí. Y pronto, un dibujo no es suficiente. Paso la página y empiezo otro boceto.

Pierdo la noción del tiempo mientras lleno página tras página. En una, me centro solo en nuestras caras, el momento en que mi expresión pasó del dolor al deseo. En otra, dibujo el chupetón que me dejó en el cuello, rodeado de patrones que parecen olas o llamas; no sabría decir.

Otro se convierte en una maraña abstracta de líneas que de algún modo sigue capturando la sensación de sus dedos dentro de mí, su boca sobre mí. Y cuando finalmente paro, con la mano dolorida y manchada de grafito, miro lo que he creado.

Madre mía.

Esto no son simples bocetos.

Son... intensos.

E innegablemente eróticos.

Belleza y suciedad. Lujuria e ira. Culpa y excitación. Dolor y placer. Ternura y furia. Cada emoción contradictoria que he estado sintiendo desplegada sobre las páginas en negro y gris.

Cierro el cuaderno de golpe.

No.

No voy a permitirme sentir nada real por Declan Andrews. Esto es solo atracción física —intensa, inoportuna, enloquecedora atracción física— y hay demasiadas buenas razones para no ceder.

El teléfono vibra, arrancándome de mis pensamientos en espiral.

Es Em:

10 min para comer. Sigue despejado.

Miro mis manos manchadas de grafito y el cuaderno cerrado que ahora parece peligroso, como si pudiera arder en llamas si alguien más lo viera. Debería arrancar estas páginas y quemarlas. Pero en vez de eso, guardo cuidadosamente el cuaderno en el cajón del escritorio, donde nadie lo encontrará por accidente.

Me pongo de pie y paseo por la habitación, con la piel de repente demasiado tirante, demasiado sensible bajo la ropa. Todo mi cuerpo vibra con una energía inquieta que no consigo sacudirme. Se suponía que los dibujos iban a sacármelo de la cabeza, pero en vez de eso han encendido algo, trayendo de vuelta cada caricia, cada sensación de ese baño con un detalle vívido.

—Joder —murmuro.

Me quedan diez minutos para encontrarme con Em.

Debería salir por la puerta directamente y llegar cinco minutos antes, por una vez. O, en su defecto, darme una ducha rápida, llamar a Mike u ordenar el escritorio: hacer literalmente cualquier cosa excepto lo que estoy a punto de hacer. Pero el eco del tacto de Declan me quema por dentro. Los dedos me tiemblan y mi centro late con una necesidad hueca e insistente.

Diez minutos. U ocho, en realidad, porque el comedor está a dos minutos andando.

Tras un momento de vacilación, recupero el cuaderno, lo abro por el dibujo más explícito —el que captura el momento justo antes de hacerme correr, el que me haría morirme literalmente si alguien más lo viera— y lo apoyo contra la almohada con el mismo cuidado con que una madre maneja a un recién nacido.

—Solo... sácatelo del cuerpo —me digo, y mi voz suena extraña en la habitación silenciosa. Clínica. Práctica. Como si esto fuera una tarea rutinaria que tachar de una lista, y no una indulgencia peligrosa que corre el riesgo de, una vez más, hacer que mis sentimientos y emociones exploten por los aires—. Solo... libera la tensión.

Deslizo la mano bajo la cinturilla de los leggings, debajo de las bragas, y jadeo al notar lo mojada que estoy ya. No es que esté un poco excitada: estoy prácticamente empapada. Solo de dibujar, solo de recordar. Y mis dedos se deslizan con facilidad mientras los recuerdos me golpean como una ola...

Declan entre mis piernas, su lengua caliente e insistente.

Sus dedos abriéndome, llenándome.

Cierro los ojos, perdida en las sensaciones, y después me obligo a abrirlos para mirar fijamente mi dibujo. Los trazos rudos del lápiz

de alguna manera capturan a la perfección el hambre desesperada de ese momento.

Me meto dos dedos, intentando recrear la plenitud que sentí con los suyos dentro de mí. No es suficiente —ni de lejos es suficiente—, pero mi pulgar encuentra mi clítoris y una descarga eléctrica me recorre entera.

Se siente como él, pero a la vez me falta algo.

Él.

Su nombre se me escapa de los labios antes de poder evitarlo, y la vergüenza y la excitación se trenzan en mi estómago, cada una intensificando a la otra. Esto está mal. Esto está tan, tan mal. Y es increíblemente excitante.

Mi mano libre se cuelga bajo la camiseta, agarrándome el pecho con brusquedad. Me pellizco el pezón, como hizo él, y después imagino que son sus dientes rozando la punta sensible, y gimo ante la punzada aguda de placer-dolor.

Muevo los dedos más rápido, presiono más fuerte, mi respiración volviéndose entrecortada. Mis caderas se arquean, buscando más fricción, más presión, más todo. El dibujo me devuelve la mirada, sus líneas caóticas capturando cómo se veía arrodillado ante mí: hambriento, intenso, lleno de deseo.

Mi talón se clava en el colchón mientras arqueo la espalda, persiguiendo la presión que se acumula dentro de mí. Estoy tan cerca ya. Demasiado cerca, demasiado rápido. Se supone que esto no debería ser tan fácil, tan abrumador.

Los recuerdos colisionan y se difuminan: la forma en que su mano acunó mi nuca cuando me besó en la cafetería, la oscuridad de sus pupilas cuando lo tomé en mi boca, la reverencia con la que trazó la curva de mi pecho. Realidad y fantasía se funden hasta que no puedo distinguir qué partes ocurrieron y cuáles son solo deseos desesperados.

—Dios, por favor, por favor...

No sé qué estoy suplicando. ¿Que el recuerdo me deje en paz de una vez? ¿Que Declan se materialice de algún modo y termine lo que empezamos? El momento es tan confuso, ardiente y crudo como las emociones que llevan días luchando dentro de mí.

El teléfono suena —sin duda el mensaje de seguimiento de Em—, pero estoy demasiado lejos para parar ahora. Mi pulgar traza círculos sobre mi clítoris con precisión brutal mientras bombeo los dedos más rápido, más fuerte. Mis muslos empiezan a temblar, esa espiral apretándose en mi vientre a punto de romperse.

El calor sube desde mi centro, extendiéndose por mis extremidades como un incendio forestal. La vista se me nubla, el boceto ante mí disolviéndose en manchas de grafito mientras mis ojos pierden el enfoque. Estoy al borde, tambaleándome, el cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

La presión se acumula hasta un pico casi insoportable, y entonces...

Me corro con su nombre en los labios, el cuerpo convulsionándose en oleadas de placer abrasador. Las caderas se me sacuden salvajemente contra mi mano mientras recorro el orgasmo, cada terminación nerviosa cantando. Por un instante, no hay nada más que sensación, nada más que calor y liberación y éxtasis.

Y entonces la realidad se estrella de vuelta.

Estoy sola en mi habitación de la residencia, con la mano metida dentro de los pantalones, mirando fijamente un dibujo a grafito, y mi compañera de cuarto me espera para comer. Maldiciéndome, me levanto de la cama de un salto y miro el teléfono.

Dos mensajes de Em:

¡5 minutos!

Seguido de:

Te estoy pidiendo papas fritas extra. Los carbohidratos de desamor no cuentan. De nada.

Corro al baño, me froto las manos enérgicamente y me echo agua fría en la cara encendida. Mi reflejo me devuelve la mirada: mejillas sonrojadas, pupilas todavía dilatadas, labios mordidos hasta ponerse rojos.

Me vuelvo a aplicar bálsamo labial, me bajo el jersey y me paso los dedos por los rizos alborotados. Mejor. No genial, pero mejor. Y con mejor quiero decir que probablemente hay un cincuenta-cincuenta de que mi compañera de cuarto se dé cuenta de lo que acabo de hacer.

De vuelta en mi habitación, cierro el cuaderno con cuidado y lo devuelvo a su escondite. El cuerpo todavía me pulsa con las réplicas del orgasmo, un agradable calor líquido extendido por mis extremidades.

La parte racional de mi cerebro sabe que esto no ha solucionado absolutamente nada. Si acaso, lo he empeorado: reforzando la conexión entre Declan y el placer, y alimentando la atracción que intento negar.

Pero mientras agarro la chaqueta y las llaves y salgo corriendo por la puerta, no puedo ignorar el alivio que me recorre. Por primera vez en días, mi mente se siente más despejada, los pensamientos obsesivos temporalmente silenciados.

Quizá ahora pueda sentarme frente a Em y mantener una conversación normal sin que el nombre de Declan parpadee en letras de neón detrás de mis ojos. Quizá. Pero probablemente no. Y mientras cierro la puerta con llave, un pensamiento repentino me golpea...

Mañana tengo que enfrentarme a Declan de verdad.

Sentarme frente a él.

Hablar con él.

Mirarlo a los ojos.

Después de lo que pasó en ese baño, y de lo que acaba de pasar en esta habitación.

Dios mío.



—Te juro que el comedor consigue de alguna manera hacer la pasta sobrecocida y poco hecha a la vez —dice Em mientras volvemos de comer—. Es como una violación de las leyes de la física.

—Una paradoja culinaria —coincido, metiéndome las manos en los bolsillos de la chaqueta, todavía agradablemente llena tras la comida y todavía con el subidón de mi... aperitivo—. Como los restaurantes elegantes que cobran más por menos comida...

Em se ríe con ganas y se lanza a explicar su teoría sobre el compromiso inquebrantable del comedor con la decepción de las papilas gustativas de los estudiantes, pero la escucho a medias. Porque, cogidas de la mano mientras caminamos de vuelta a la residencia, mi mente está en calma por primera vez en días.

Acabamos de comer y, comida asquerosa aparte, haber podido hablar con ella durante una hora sobre todo excepto Declan ha sido un regalo del cielo. Especialmente después de mi... momento... de antes en la habitación. Ella no preguntó por él, yo no lo mencioné, y fue maravilloso.

Así que, por supuesto, justo ahora es cuando lo veo.

Declan.

Con la cabeza metida en el teléfono, caminando directamente hacia nosotras.

—Oh, mierda —murmuro, soltando la mano de Em y agachándome detrás de ella tan rápido que casi derribo a una pobre estudiante de segundo que pasaba por ahí.

—¿Qué estás hacien...? —empieza Em, pero la agarro de los hombros y la uso como escudo humano.

—Es Declan —susurro, encogiéndome para esconderme detrás de su metro sesenta, lo cual sería de risa si no estuviera completamente desesperada—. ¡No mires! ¡Mierda! ¡Mierda! Te está mirando. Espera... sí, mira, ¡pero como de manera casual! ¡Como si no lo estuvieras buscando a él específicamente!

Em suspira profundamente. —¿Te das cuenta de que mides uno sesenta y cinco, no? ¿Y de que yo soy más baja que tú?

—Solo... ¡expándete! ¡Ocupa espacio! ¡Canaliza tu diva interior! —susurro, intentando hacerme imposiblemente pequeña.

Em resopla, pero cuadra los hombros mientras yo intento contorsionar mi cuerpo en la forma menos visible posible, subiéndome la capucha y prácticamente arrastrándome detrás de sus piernas. Estoy haciendo el ridículo, pero la última persona en la Tierra que quiero ver ahora mismo es él.

—¿Ya se fue? —Espío por el hueco entre el brazo y el torso de Em.

—No, está...

—Ey, Em.

La voz de Declan me envía una corriente eléctrica directa al cuerpo. Me quedo helada, agachada torpemente detrás de Em como en la peor partida de escondite del mundo. Sé que puede verme, pero hasta ahora, está haciendo un trabajo impresionante fingiendo que tiene la vista de alguien de noventa años.

—¡Eeey, Declan! —La voz de Em sube unas tres octavas—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí! ¡En este camino! ¡Que usa un montón de gente! ¡Todos los días!

—Claro —dice Declan despacio.

—Pensaba que el equipo de hockey jugaba fuera este fin de semana —balbucea Em, intentando desesperadamente disimular mi ridículo.

—Sí, hubo un problema con el estadio y cambiaron el partido a última hora. —Hace una pausa—. ¿Estás bien de la espalda?

—¿Mi espalda? —chilla Em.

—Tienes un bulto raro detrás —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Tiene mala pinta.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Mi espalda! Es... algo serio. Muy repentino. El médico dice que quizá tengan que sacrificarme.

Declan se ríe, y sé que está compartiendo una sonrisa con Em. —Bueno, cuando veas a Lea, dile que le mando un saludo, que la echo de menos y que la veo mañana.

¿Me echa de menos?

¡Argh!

Cuento hasta diez antes de susurrar: —¿Se fue?

—No, sigo aquí —responde Declan desde algún punto detrás de nosotras.

Me incorporo tan rápido que casi tiro a Em, pero cuando me giro, no hay nadie. Solo el camino vacío y el sonido de una risa lejana. Me arde tanto la cara que probablemente podría derretir el hielo de la pista de Pine Barren.

Em brinca a mi lado, completamente impenitente. —¡Eso ha sido increíble! ¡Debería haberlo grabado!

—Ni se te ocurra reírte —le advierto, pero es demasiado tarde. Em se deshace en carcajadas, agarrándose el estómago.

—¡Tendrías que haberte visto la cara! —resopla—. ¡Y cómo intentabas hacerte invisible!

—No lo he visto desde... ya sabes —digo mientras nos acercamos al edificio de la residencia—. El Gran Incidente del Baño.

—¿Así lo estamos llamando ahora? —pregunta Em, pasando su tarjeta para dejarnos entrar—. Porque eso no evoca el momento ni de lejos con la intensidad suficiente.

—Mejor que «esa vez que dejé que el compañero de equipo de mi hermano me follara con la boca en un baño público» —murmuro, agradecida de que el vestíbulo esté vacío.

—Ingenioso —reconoce Em mientras subimos las escaleras—. Me gusta lo optimizado que suena para SEO.

Llegamos a nuestra planta, y una vez a salvo dentro de nuestra habitación, Em se deja caer en su cama y me clava una mirada que he aprendido a reconocer como su expresión de «estoy a punto de decir algo escandaloso».

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —pregunta.

—¿Invertir en una capa de invisibilidad?

—Tienes que follártelo y punto.

Casi me atraganto con el aire. —¿Perdona?

—Fóllatelo. Y. Punto. —Puntúa cada palabra con un golpe de almohada—. Sácatelo del sistema. Una noche de sexo ardiente, intenso, sin frenos, sin ataduras, correrte todas las veces que puedas, y ¡pum!: tensión sexual eliminada, incomodidad resuelta, y todo el mundo sigue con su vida.

El calor me sube a la cara mientras me dejo caer en la silla del escritorio, evitando deliberadamente mirar mi cuaderno en el cajón de abajo, el que contiene página tras página de Declan. Pero esos dibujos —y la... actividad recreativa que los acompañó— no ayudaron.

—No voy de rollos casuales —digo, ignorando la ironía de que lo que pasó en el baño fue exactamente eso—. Ni de cosas de una noche.

Em se encoge de hombros. —Ahora mismo eres un desastre emocional con patas, Lea. Si no Declan, quizá al menos deberías intentar tontear con otra persona.

—¿Para qué, para traumatizar a otro transeúnte inocente con mi equipaje emocional? —resoplo.

—No, para darte cuenta de que Declan no es el único pez en el mar. —Em se incorpora, de repente llena de energía—. ¿Qué me dices de lo de Ping esta noche?

—¿Otra fiesta? —gimo, porque es el último sitio al que quiero ir—. La última no acabó exactamente bien para mí.

—Es del club de juegos. Solo unas pocas personas jugando a cartas, juegos de mesa, cosas así. Nada de fiestón, nada de perderse entre la multitud, y nada de jugadores de hockey, porque no los pillarías ni muertos ahí... —Los ojos de Em brillan esperanzados—. Vamos, llevas días escondida aquí dibujando... lo que sea que estés dibujando.

—No me he estado escondiendo —digo.

—Literalmente acabas de arrastrarte detrás de mí como un comando para esquivar a Declan.

—Fue una retirada estratégica.

—¿Por favor? —Em pone morritos.

Dudo. La idea de una reunión pequeña suena bien. Sin música a todo volumen, sin desconocidos sudorosos, solo unas cuantas personas jugando. Cosas normales de universidad que no involucran líos en baños, ni clases de arte incómodas, ni conversaciones largas y profundas en cafeterías hasta las tantas de la madrugada.

—¿Nadie del equipo de hockey? —pregunto.

—El diagrama de Venn entre el club de juegos y el equipo de hockey son dos círculos separados por aproximadamente cinco kilómetros —me asegura Em—. Estás a salvo.

Suspiro. —Vale.

Porque ¿qué es lo peor que puede pasar en una fiesta de juegos de mesa?

BUENO, puede que esto sea divertido...

El grupo de gente que entra en la fiesta en casa del amigo de Ping no se parece en nada a la multitud de aquella casa de la fraternidad donde conocí a Declan. Mejor aún, no hay bajos retumbando por las paredes, ni masa de cuerpos sudorosos, y considerablemente menos tops cortos.

—Te dije que iba a ser tranquilo —dice Em, dándome un golpecito con el hombro mientras seguimos a Marnie por el camino de entrada.

—No exagerabas. Por una vez no me siento mal vestida... —Me estiro el suéter negro sencillo, que combiné con unos vaqueros.

—No es una fiesta de verdad si nadie vomita antes de medianoche —bromea Marnie—. Pero Trevor viene, así que yo también...

Em se ríe.

—Bueno, gracias por honrarnos con tu presencia, mi reina, y que el evento sea digno de ti...

Ping nos saluda desde la puerta, con el pelo recogido en una coleta alta y la cara iluminada de emoción.

—¡Vinieron! ¡Pasen, apenas estamos empezando!

El apartamento está bien. Unas guirnaldas de luces proyectan un brillo suave sobre los muebles dispares, y la gente habla a un

volumen que no requiere leer los labios. Un par de chicos está montando juegos de mesa en la mesita y hay música de fondo.

Esto es lo que imaginaba que sería la universidad antes de llegar: reuniones acogedoras con gente interesante, no casas de la fraternidad con el piso pegajoso y abarrotadas hasta reventar, donde tienes que gritar para que te oigan desconocidos que probablemente van a vomitarte encima.

—Las bebidas están en la cocina —dice Ping, señalando—. Y tenemos un juego de cartas en la esquina, por si quieren unirse.

—Trevor está allí... —Marnie se derrite entera y nos deja atrás mientras se dirige al juego de cartas.

Em enlaza su brazo con el mío.

—Vamos, más vale asegurarnos de que Marnie no le devore la cara...

—Soy malísima con las cartas... —digo, sin oponer resistencia real mientras me arrastra hacia allá.

—Yo también —dice Em—. Pero soy absolutamente excelente, y digo excelente, vacilando a los demás.

Nos acercamos a la mesa donde cinco personas ya están sentadas. Marnie se ha colocado junto a Trevor, que tengo que admitir que sí está bueno. No conozco a ninguno de los demás, pero un chico con el pelo rubio ondulado levanta la vista cuando nos acercamos, sus ojos azules brillando bajo las luces de la fiesta mientras sonrío.

—Oigan, ¿jugadoras nuevas? —Se hace a un lado, abriéndonos espacio—. Soy Ben. ¿Y ustedes son...?

—Lea. —Me deslizo en el espacio junto a él, y al hacerlo me llega un toque de colonia agradable.

—Em —ofrece mi compañera de cuarto, dejándose caer frente a nosotros—. Aunque pueden ir llamándome «la ganadora», porque eso es lo único que pienso ser esta noche...

Ben se ríe, pero su mirada está puesta en mí todo el tiempo.

—Genial. ¿Quieren algo de tomar antes de empezar? Justo iba por otra.

—Una cerveza para mí —digo, con la esperanza de ir con calma. Ya he tenido suficiente drama últimamente como para sumarle

mensajes borrachos a Declan.

Deja de pensar en Declan.

Oficialmente han pasado cinco minutos desde mi último pensamiento sobre Declan.

¡Progreso!

Em también pide una cerveza, y Marnie pide un vino blanco. El grupo charla hasta que Ben vuelve con las bebidas y se acomoda a mi lado, su hombro rozando el mío mientras reparte las cartas.

—¿Alguna vez han jugado al mentiroso? —se dirige a Em y a mí.

—Solo con mis ex —respondo sin pensar.

La mesa estalla en carcajadas, y una chica con un piercing en la nariz declara:

—Me cae bien esta.

Ben explica las reglas, que son bastante simples: intentas deshacerte de todas tus cartas jugándolas en orden secuencial y mientes cuando hace falta. Los demás tienen que decidir si estás mintiendo o no, y quien se equivoque se queda con las cartas.

Empieza la primera ronda y me sorprende lo rápido que le agarro el ritmo. Ben es buen jugador y me va guiando sutilmente sin ser condescendiente. Mi vena competitiva sale a flote mientras seguimos, y me descubro genuinamente enganchada en pillar las mentiras de los demás.

Todos ganan su cuota de manos, yo incluida, y en un abrir y cerrar de ojos pasa una hora entre risas y acusaciones amistosas. Me quedo atónita cuando Em me dice la hora y me doy cuenta de que llevo veinte minutos enteros sin pensar en Declan.

Hasta ahora.

Maldita sea.

¡Pero aun así, eso es más progreso!

—Dos reinas —anuncia Ben, colocando las cartas boca abajo en la pila.

Entrecierro los ojos.

—Mentira.

Las voltea. Dos reinas.

—Parece que no sabes leerme las intenciones... —dice.

Eso fue coqueteo.

¿Verdad?

Miro a Em, que me mueve las cejas como una villana de caricatura.

Sutil.

Alguien anuncia su victoria en la siguiente ronda, y un chico con sudadera de Pine Barren sugiere chupitos para celebrar. Antes de que pueda protestar, Ben ya está de pie ofreciéndose a mezclar las bebidas.

—Tranquila —me dice—, soy famoso por hacer tragos que saben a jugo pero pegan como un tren de carga.

—Eso... en realidad no es nada tranquilizador. —Me río, y luego me encojo por dentro al darme cuenta de lo aniñada que suena la risa.

Nos ponemos a charlar con soltura mientras mezcla las bebidas —salvo Marnie y Trevor, que están ocupados comiéndose a besos— y cuando Ben vuelve trae vasos de un brebaje rosa sospechosamente inocente que sabe a limonada de fresa con apenas un toque de alcohol.

Le doy sorbitos al mío, en parte por su comentario sobre lo fuertes que los prepara y en parte porque no soy de mucho tomar. Aun así, voy por la mitad cuando me doy cuenta de que tengo las mejillas calientes y la habitación ha adquirido esa cualidad ligeramente difusa que marca la primera fase del puntillo.

A medida que se reanuda el juego, Ben se queda cerca, su hombro rozando el mío de vez en cuando. Cada vez que vacío mi vaso, aparece otro como por arte de magia. Es... agradable, la verdad. El juego, la conversación fácil. Después de días de montaña rusa emocional con Declan, esto se siente simple.

—Se te da bastante bien para ser tu primera vez, Lea —dice Ben, bajando la voz para que solo yo lo oiga.

—Aprendo rápido —respondo, de pronto consciente de lo cerca que está, de cómo su rodilla ahora toca la mía debajo de la mesa.

Em me mira desde el otro lado de la mesa y me hace un pulgar arriba exagerado. Niego ligeramente con la cabeza, intentando comunicar que esto es solo coqueteo inocente, nada más. Ella responde con una serie elaborada de expresiones faciales.

Me envía un mensaje:

Bueno, suelta, ¿qué pasa con el rubio?

Respondo:

¡Nada! ¡Solo estamos jugando cartas!

Em:

Ajá... y su brazo simplemente resulta estar apoyado en el respaldo de tu silla...

Le tiro un totopo a Em, y ella sonríe con complicidad; luego el juego continúa. Pero incluso mientras seguimos jugando, concedo que Ben es guapo, atento, y parece genuinamente interesado. Y a diferencia de Declan, no hay mentiras, ni críticas, ni conexión con Mike...

Sin drama.

Y después de las últimas semanas, eso sería un verdadero punto a favor.

Con tres tragos encima, la habitación ha adquirido esa agradable cualidad borrosa en la que todo es un poco más suave en los bordes. El brazo de Ben sigue casualmente detrás de mi silla, y su calor tan cerca me produce un cosquilleo en la piel que no es del todo indeseado.

—Me aburrí de este juego —dice un chico cuyo nombre creo que es James—. ¿Alguien quiere algo más interesante?

Ben se anima.

—¿Como qué?

—El mismo juego, pero con consecuencias —sugiere James, barajando las cartas con floritura—. Si alguien te canta mentira y tiene razón, haces una penitencia.

—¿Qué tipo de penitencia? —pregunta Ping, escéptica.

James sonríe.

—Retos. Nada demasiado loco. Cantar una canción, hacer un paso de baile, lo que sea.

—¡Dale! —asiente Trevor con entusiasmo, saliendo a respirar después de besar a Marnie durante la mayor parte de los últimos dos minutos.

—Yo me apunto —dice Marnie, con los ojos puestos en Trevor. Sus intenciones son tan sutiles como un letrero de neón, y nos mira

a Em y a mí, desesperada por respaldo.

—¿Qué opinas? —me pregunta Ben, su aliento cálido contra mi oído—. Yo voy para donde vayas tú...

Me encojo de hombros, sintiéndome valiente. Quizá es el alcohol, o quizá es el hecho de que por primera vez en semanas no estoy pensando en Declan cada cinco segundos.

—¿Por qué no?

Em me lanza una mirada desde el otro lado de la mesa —mitad sorpresa, mitad aprobación— y luego asiente.

—Yo también me apunto, pero el que quiera pasar de un reto puede hacerlo, ¿de acuerdo?

—Perfecto, me parece justo. —James reparte nuevas manos—. A ver qué se nos ocurre...

Las primeras rondas son bastante inocentes. A alguien le toca bailar como gallina. Ping recita los primeros veinte dígitos de pi (porque claro que se los sabe). Trevor hace una imitación sorprendentemente buena de un profesor que nos tiene a todos muertos de risa.

Son retos de frikis para una fiesta de frikis.

Siento que nos vamos acercando mientras jugamos, y quizás es el alcohol, pero esto se siente mucho más cálido y acogedor que la fiesta de fraternidad. No hay cultura de machitos, no hay tonterías... solo un grupo pasándola bien, dentro de nuestros límites, respetados por los demás.

Pero incluso mis límites se están poniendo a prueba, aunque no me haya tocado ningún reto.

La mano de Ben ha migrado de algún modo del respaldo de mi silla a posarse ligeramente sobre mi hombro, y no la aparto. La estoy pasando bien, y la forma en que Em me sonríe me dice que lo sabe. Pero nos interrumpen cuando James sugiere un cambio de reglas.

—Nueva regla: si te cantan mentira, pierdes una prenda. Pero si tú cantas mentira y te equivocas, tú pierdes una prenda.

—¿En serio? —dice Ping—. Eso es tan cliché.

—¿Te da miedo? —la reta James.

Hay un momento de silencio mientras la propuesta queda suspendida en el aire.

—Yo me apunto —dice Marnie rápidamente, intercambiando una mirada con Trevor.

—Las chicas deciden —dice Ben, mirándonos a Em, Ping y a mí—. Jugamos si ustedes quieren.

Miro a Em, que se encoge de hombros.

—Tú decides.

Marnie se desliza hacia nosotras y susurra urgente:

—Por favor digan que sí.

—No sé... —Ping duda.

—Yo paso... —dice Em, poniéndose de pie.

De repente, quiero ayudar a Marnie. Ella y las demás han estado ahí para mí las últimas semanas, aunque de diferentes maneras. Y además, me la estoy pasando bien y me siento cómoda, así que mientras se respeten los límites de todos, ¿qué tiene de malo?

—Yo me animo si los demás se animan —me escucho decir.

Un momento, ¿acabo de aceptar jugar al mentiroso al desnudo?

El alcohol debe estar pegando más fuerte de lo que creía...

—Está bien —cede Ping—. Pero la ropa interior no se toca.

—Y nada de celulares... —añado, manteniendo esto seguro y privado.

—Total —dice Ben rápidamente, mirándome mientras habla—. Se respetan todos los límites.

Y así, sin más, estamos jugando.

Las primeras rondas son mayormente inofensivas. Trevor pierde su sudadera, revelando los brazos por los que Marnie lleva semanas suspirando. Ella hasta aplaude, sacándole una sonrisa a Trevor. James lanza sus calcetines al centro de la mesa. Ping sacrifica una liga del pelo.

Pero todo es diversión, y nada se siente sórdido.

—Mi turno —anuncio, colocando dos cartas—. Dos cincos.

—¡Mentira! —canta Marnie de inmediato.

Mierda.

Volteo las cartas: un siete y un tres.

—Las botas —decido, quitándome las botas de tobillo.

—Tu cara de póker necesita trabajo —dice Ben, acercándose más.

—Claro que no —protesto.

—Te tiembla la ceja izquierda cuando mientes.

—Mentiroso... —sonríó con picardía, sintiéndome más acalorada de repente.

—Lo acaba de hacer otra vez —dice con una sonrisa amplia.

Me termino el trago de un golpe, sintiendo el calor extenderse por mis extremidades. Se siente bien estar aquí, pasarla bien y coquetear con un chico guapo que no tiene ninguna conexión complicada con mi hermano. Por primera vez en semanas, me siento ligera. Normal.

¿Se suponía que esto fuera la universidad?

Me gusta más que la secadora emocional de las últimas semanas.

Tres rondas después, también he perdido los calcetines y la pulsera. La habitación ha adquirido esa agradable cualidad giratoria que hace todo más gracioso de lo que probablemente es, y hay una libertad temeraria en el momento que se siente más embriagadora que cualquier cosa que haya tomado.

—Tres ases —declaro, poniendo tres cartas.

—¡Mentira! —dicen Ben y James al mismo tiempo.

Volteo las cartas: ninguna es un as.

—Bueno, maldición —me río. Llevo una camiseta de tirantes debajo, así que no es como si fuera a quedar en sostén, pero aun así.

—De verdad que eres malísima en esto —dice Ben, con la voz más grave.

—Te lo dije —me encojo de hombros y me saco el suéter por la cabeza. Quedo en una camiseta negra de tirantes fina y los vaqueros, mientras la mayoría solo ha perdido accesorios.

El juego da unas cuantas vueltas más alrededor de la mesa, y hasta logro conservar mi ropa algunas rondas mientras otros pierden varias prendas. Y, viendo lo que pasa desde el otro lado de la sala, Em vuelve al grupo y se posiciona estratégicamente a mi lado, al otro costado de Ben; sus miradas de preocupación son cada vez más frecuentes.

No tengo ninguna pareja, así que pongo tres cartas.

—Tres reyes.

—¡Mentira! —canta Trevor de inmediato.

Las cartas, como era de esperar, no son lo que dije. Suelto un quejido dramático.

—Lo estás haciendo a propósito —susurra Em mientras debato mi siguiente movimiento.

—Claro que no —le susurro de vuelta, aunque siendo honesta, no estoy segura. Hay algo liberador en este juego tonto, en la forma en que los ojos de Ben se demoran en mí, en sentirme deseada sin todas las complicaciones. En no sobrepensar y simplemente soltar...

—Los vaqueros —anuncio con audacia.

—Ey, todavía te quedan joyas —dice Ping, señalando mis aretes.

—Pero los vaqueros son más dramáticos —argumento, y los demás se ríen—. ¡Y soy artista!

Em me pone una mano en el brazo.

—¿Quizás un descanso para tomar agua primero?

—Estoy bien —insisto, aunque la habitación definitivamente está girando—. Solo me estoy divirtiendo.

—¡Pausa para el baño! —declara Em de repente, agarrándose del brazo—. Ya volvemos.

Antes de que pueda protestar, me está arrastrando por el pasillo con los vaqueros todavía parcialmente desabotonados. Me mete en el baño, cierra con llave y se da vuelta para encararme con los brazos cruzados. La expresión en su cara es la más seria que le he visto en la vida.

—¿Qué estás haciendo? —exige.

—Jugando el juego —digo, apoyándome en el lavabo para sostenerme.

—No, te estás desvistiendo para el rubio guapo mientras te emborrachas progresivamente. —La voz de Em es suave pero firme—. Lo cual está perfecto si es lo que quieres hacer, pero necesito saber que lo haces porque quieres, y no porque estás destrozada por dentro e intentando olvidar a otra persona.

Parpadeo, sus palabras cortando la neblina agradable.

—Solo me estoy divirtiendo, Em, te lo prometo.

—¿De verdad? Porque estás perdiendo ropa y tomando más rápido que todos los demás. —Me pone una mano en el hombro—. Mira, sé que Dec...

—No tiene nada que ver con él —digo a la defensiva.

—¿Estás segura?

Miro al piso, incapaz de sostenerle la mirada.

—Sí —miento.

—Mentira. —Sonríe con picardía—. Pero si esto es lo que quieres, te apoyo, ¿sí?

Asiento.

—Además —añade—, he estado viendo a Marnie bajarse el vino blanco como si fuera agua. Si alguien va a acabar desnuda esta noche, apuesto por ella.

Como invocada, una ovación estalla en la sala, seguida del grito inconfundible de Trevor.

—¿Ves? —Em sonríe—. Probablemente nos estamos perdiendo el espectáculo.

Volvemos a la sala y encontramos exactamente lo que sugerían los gritos: Marnie está ahora sentada orgullosamente en solo sostén y falda, y Trevor está sin camiseta a su lado. Su pecho es, efectivamente, tan impresionante como Marnie nos ha estado diciendo durante semanas, todo músculos definidos y piel suave.

—Se tardaron —nos dice James cuando nos reincorporamos al círculo.

—Cosas de chicas —dice Em con desdén, acomodándose de vuelta en su lugar en el sofá. Está mirando, no jugando, pero a nadie parece importarle.

Ben se hace a un lado para hacerme espacio, y su brazo encuentra inmediatamente el camino de vuelta a mis hombros.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz baja para que solo yo lo oiga.

—Mejor que nunca —respondo, aunque no estoy segura de que sea verdad.

El juego se reanuda, y me descubro prestando más atención a Ben que a mis cartas. Su pelo rubio le cae sobre la frente de una manera que me dan ganas de apartárselo, y el agradable zumbido

del alcohol hace que todo se sienta como un sueño, sin complicaciones.

—Tres sietes —declara Ping, colocando sus cartas.

—¡Mentira! —digo sin pensar.

Ping voltea las cartas: tres sietes exactos.

—¡Buen intento!

—Rayos —refunfuño, desabotonándome los vaqueros del todo mientras Ben observa con interés nada disimulado. Me los quito contoneándome—. ¿Contentos?

—Extasiado —murmura Ben, con la mirada demorándose en mis piernas desnudas.

Debería sentirme cohibida aquí sentada en solo mi camiseta de tirantes y bragas, pero en cambio me siento... ¿poderosa? La forma en que Ben me mira, como si fuera la única persona en la sala que vale la pena ver, me envía una oleada de emoción que no tiene nada que ver con el alcohol.

Entonces Marnie se ríe y se pone de pie.

—Nosotros, eh... —tartamudea.

—Vamos a tomarnos un descanso —anuncia Trevor mientras se levanta, sin intentar ser sutil.

—¡Usen protección! —grita James detrás de ellos.

—¡Y no rompan nada! —añade Ping.

Em me lanza una mirada de te-lo-dije, y me río. El juego continúa con nuestro círculo reducido, y me encuentro recostándome más y más contra Ben. Su mano dibuja patrones ociosos sobre mi hombro desnudo, enviando agradables escalofríos por mi espalda.

—Dos reinas —dice Ben, colocando sus cartas.

—¡Mentira! —lo reta James de inmediato.

Ben voltea las cartas: una reina y una jota.

—Mierda.

Con un suspiro teatral, se saca la camiseta por la cabeza, revelando un torso tonificado. No está construido como un jugador de hockey —no es que lo esté comparando con nadie—, pero claramente hace ejercicio. Y nunca me ha lanzado de cabeza a un pantano emocional.

—Tu turno —me dice, y de pronto soy muy consciente de lo cerca que estamos.

Coloco dos cartas.

—Dos cincos.

—¡Mentira! —dice James de inmediato.

Las volteo: un tres y un seis.

Suspiro, luego alcanzo el borde de mi camiseta de tirantes y me la saco en un solo movimiento fluido. El aire fresco me golpea la piel, y de repente estoy sentada ahí en solo sostén y bragas.

La parte racional de mi cerebro —el diminuto rincón sobrio que todavía funciona— me susurra que esta probablemente no es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Pero el resto de mí está surfeando una ola de temeridad y libertad.

Mírame ahora, Declan.

Espera, ¿qué? ¿De dónde salió ese pensamiento?

Lo aparto. Esto no tiene que ver con él. Esto es yo divirtiéndome, soltándome.

¿Verdad?

Las siguientes rondas pasan en un borrón de cartas y risas. Me las arreglo para conservar la poca ropa que me queda, mientras otros pierden prendas. James está en bóxers, Ping ha perdido su camisa exterior pero conserva los vaqueros, y Ben... frustrantemente... casi no ha perdido nada.

—¿Algo de tomar? —ofrece Ben, poniéndose de pie. Los vaqueros le quedan bajos en las caderas, y dejo que mi mirada se demore.

—Por favor —digo, extendiéndole mi vaso.

Em me lanza una mirada preocupada.

—¿Y un poco de agua también?

—Sí, mamá —digo, aunque agradezco que me cuide.

Mientras Ben va a la cocina, Em se inclina hacia mí.

—¿Segura que esto es lo que quieres? Porque a Ben le interesa más que las cartas, y te estás quedando sin ropa.

Echo un vistazo a donde Ben mezcla los tragos.

—Quizás eso es lo que yo también quiero —digo, sorprendiéndome a mí misma con la confesión.

—Solo comprobaba —dice Em, dándome una palmadita en la rodilla—. Haz lo que quieras, cielo. O háztelo a él. Lo que funcione.

Me río, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en días.

—Quizás lo haga.

Ben vuelve con las bebidas, me pasa un vaso de la cosa rosa y una botella de agua.

—La hidratación es importante —dice con un guiño, acomodándose de nuevo a mi lado.

Las siguientes rondas pasan sin que nadie pierda más ropa: o todos están mejorando en el juego, o hemos alcanzado el límite de lo que estamos dispuestos a quitarnos en público.

De cualquier forma, no me importa. Me la estoy pasando bien, el alcohol me tiene sintiéndome cálida y relajada, y la atención exclusiva de Ben es precisamente el impulso al ego que necesitaba después de semanas de drama con Declan.

—Creo que ya voy a dejarlo por esta noche, chicos —anuncia Ping después de una ronda particularmente larga.

—Yo igual —dice James, recogiendo su ropa—. Algunos tenemos laboratorio mañana temprano.

—¿Seguimos jugando? —pregunta Ben después de que los demás se dispersan, dejándonos solos a él y a mí.

Em me mira directamente.

—A Lea no le queda mucho que perder.

—Creo que eso es lo atractivo —dice Ben con una sonrisa toda seguridad.

—Una ronda más —digo, con la voz sonándome distante incluso a mí misma.

Em me dirige una mirada que no logro descifrar del todo.

—¿Segura?

—Absolutamente —respondo, aunque no estoy segura en absoluto.

Ben baraja las cartas.

—Las damas primero —dice, repartiendo.

Echo un vistazo a mis cartas, pero los números y los palos se funden entre sí. Juego dos jotas, y él no me canta. Luego llega el

turno de Ben. A estas alturas, he decidido que quiero que él sea el último en perder algo, y luego ya veremos a dónde nos lleva esto...

—Dos cuatros —anuncia, poniendo dos cartas.

—¡Mentira! —canto de inmediato.

Voltea las cartas.

Dos cuatros.

Mierda.

Ben se inclina hacia delante, los ojos brillándole.

—Creo que sabes lo que sigue.

Em se remueve incómoda.

—¿Quizás esto ya llegó bastante lejos?

—Está bien —le digo, aunque la habitación gira un poco—. Solo es un juego.

—Exacto —concuerda Ben, con los ojos fijos en los míos—. Solo un poco de diversión.

Llevo las manos a la espalda para desabrocharme el sostén, con una extraña mezcla de poder y vulnerabilidad. Esto soy yo siendo espontánea, siendo libre. Esto soy yo demostrando que no estoy obsesionada con alguien.

Al menos, eso me digo a mí misma.

Mis dedos encuentran el broche justo cuando oigo la puerta de entrada abrirse.

Y el silencio que sigue es absoluto.

Me congelo, las manos todavía en la espalda, y me giro hacia la entrada justo cuando Em susurra:

—Ay, mierda.

De pie en la entrada de la sala, como si hubiera salido de mis sueños más complicados para meterse en mi peor pesadilla despierta, está Declan.

Su expresión se oscurece mientras asimila la escena: yo en bragas a punto de quitarme el sostén, Ben a mi lado, las cartas esparcidas y los vasos vacíos. La imagen pinta con toda claridad lo que está pasando.

Algo cambia en sus ojos, un destello peligroso que me derrite y me alarma al mismo tiempo. Una mezcla de atracción y pánico me recorre el sistema anestesiado por el alcohol.

Declan.

Aquí.

Ahora.

Viéndome así.

Todo se congela en el instante en que nuestras miradas se cruzan. Se le tensa la mandíbula, un músculo saltándole en el filo. Debería parar. Debería agarrar mi ropa y salir corriendo. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que estoy a punto de hacer.

Pero una parte desafiante y herida de mí —la parte que todavía le duele y la parte que desesperadamente quiere escapar del infierno emocional de las últimas semanas— se niega a dar marcha atrás.

Sostengo la mirada de Ben en lugar de la de Declan, el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo. Con lentitud deliberada, desabrocho el sostén, dejándolo deslizarse por mis brazos hasta caer en mi regazo.

Los ojos de Ben se abren de par en par —claramente no esperaba que yo siguiera adelante—, pero su asombro se transforma rápidamente en apreciación mientras su mirada desciende a mi pecho recién descubierto, mientras Em murmura algo que suena como una oración o una maldición, no sabría decir cuál.

¿Y Declan?

No me giro a mirarlo, pero puedo sentir el peso de su presencia como una fuerza física presionando contra mi piel. El aire en la habitación se siente cargado, peligroso, como si un movimiento en falso pudiera incendiar todo a nuestro alrededor.

Y el siguiente movimiento es el suyo...

dieciocho

DECLAN

BEN MITCHELL ES un puto hombre muerto.

El pensamiento explota en mi cabeza como napalm, arrasando con todo lo demás —la fiesta, la música, las cartas esparcidas por el suelo— con todo excepto Lea sentada ahí en ropa interior mientras Ben puto Mitchell la mira con la sonrisa más petulante que he visto en mi vida.

Estaba teniendo una buena noche hasta hace diez segundos. Pizza con Linc y Maine, después billar en O'Neil's, donde arrasé en tres partidas seguidas. Iba camino a casa cuando Linc me convenció de pasar por esta fiesta para poder «toparse por casualidad» con una chica de su clase de matemáticas.

—Vamos —había dicho—. Treinta minutos, máximo.

Y aquí estoy, congelado en la puerta mientras mi visión se estrecha en un túnel enfocado por completo en Lea. La parte racional de mi cerebro intenta desesperadamente entender lo que estoy viendo. Sé que Lea no hace este tipo de cosas. Pero está pasando, justo frente a mí, y no logro procesarlo.

Sé exactamente quién es Ben Mitchell. Todo el campus conoce a Ben Mitchell. Último año en el equipo de natación, con más banderas rojas que un desfile del Partido Comunista Chino. Lleva un registro literal de sus conquistas de novatas en su habitación de la residencia, un hecho que de alguna manera se ha convertido en un

retorcido motivo de orgullo en lugar del comportamiento asqueroso que realmente es.

He tenido una buena semana desde ese momento en el baño: ordené algunas cosas en mi cabeza, retomé mi ritmo sobre el hielo, e incluso logré un avance con una de mis pinturas.

Hasta creía que tenía controlada toda esta situación con Lea. Le he dado espacio, porque lo necesitaba, pero también le escribí para decirle que estoy libre y dispuesto a hablar cuando esté lista, ya sea en nuestra reunión del proyecto mañana, o antes.

Incluso había planeado exactamente lo que quería decirle cuando llegara el momento.

Pero verla así con él lo cambia todo.

Ben por fin se da cuenta de mi presencia. Nuestras miradas se cruzan por encima de la cabeza de Lea. Un destello de reconocimiento, luego satisfacción. Como si hubiera ganado algo. Tiene el descaro de sonreírme con suficiencia y acercarse más a Lea, que todavía no se ha dado la vuelta.

Es entonces cuando Lea por fin se gira, los ojos abriéndosele al verme. Por una fracción de segundo, algo parecido al pánico le cruza el rostro antes de endurecerse en desafío, una expresión que le he visto unas cuantas veces en las últimas semanas.

Se me seca la garganta. Aunque la rabia me revuelve por dentro como ácido, no puedo apartar los ojos de ella. Clava la mirada en Ben, se desabrocha el sostén y expone su pecho ante él y todos los demás.

Levanta la barbilla, echa los hombros hacia atrás y se niega a cubrirse aunque él —y yo— la estemos mirando. Es hermosa —toda piel olivácea suave y curvas perfectas— y verla así me golpea como un puñetazo en el plexo solar.

—¿Ves algo que te gusta, Andrews? —grita Ben, y juro que casi pierdo el conocimiento de la rabia.

Doy un paso al frente, sin estar del todo seguro de lo que planeo hacer, pero sabiendo que involucra la cara de Ben y mi puño en estrecha proximidad. Por suerte, Em se interpone de un salto entre nosotros, agarra una manta y envuelve a Lea con ella.

—¡Bueno! —anuncia, con un tono demasiado alegre—. ¡Creo que hemos terminado con las cartas por esta noche!

Lea se aferra a la manta, pero al fin se gira para mirarme, con los ojos encendidos. De repente, la chica a la que tenía planeado abrirle mis sentimientos me fulmina con la mirada como si hubiera hecho algo mal. Como si le estuviera arruinando la diversión.

Y puede que sí.

Pero quiero que ella elija.

Estar conmigo o no. Pero no debería ser un imbécil quien tome esa decisión por ella después de haberla llenado con demasiado alcohol, al punto de que hasta su amiga Em está claramente preocupada.

Con la furia burbujeándome en la boca del estómago, le lanzo a Linc una mirada que dice «cúbreme», y él asiente. Sé que me cubre las espaldas si alguien intenta interferir, y con esa confianza me dirijo a grandes zancadas al sofá donde están sentados Ben y Lea.

Ben se levanta, colocándose protectoramente frente a Lea. Como si tuviera algún derecho a protegerla de algo.

—¿Tienes algo que decir, Andrews?

—Sí. —Doy otro paso al frente—. ¿Qué tal si por una vez te metes con alguien de tu edad?

—¿Celoso? —se ríe Ben.

—¿De ti? —resoplo—. Sabes que es la hermana de Mike, ¿verdad?

Entrecierra los ojos y retrocede un paso.

—Mierda...

—Puedo tomar mis propias decisiones —espeta Lea, poniéndose de pie. La manta la envuelve como una toalla, pero no oculta el rubor furioso en su pecho y cuello.

—¿Puedes? —pregunto, dirigiendo una mirada elocuente a los vasos esparcidos a su alrededor—. Porque ahora mismo parece que estás tomando unas bastante de mierda.

Sus ojos brillan peligrosamente, y puedo ver las lágrimas acumulándose.

—Vete a la mierda, Declan. No tienes derecho a juzgarme.

—No te estoy juzgando. —Me encojo de hombros—. Solo me pregunto si sabes en qué te estás metiendo. O, para ser más preciso, quién está intentando meterse en ti.

—¿Y en qué exactamente me estoy metiendo? —me desafía.

Miro a Ben.

—Pregúntale por su registro de novatas. Seguro que estará encantado de explicarte dónde encajas tú.

Ben se pone rojo.

—Eso es una leyenda del campus, hermano, y una mierda...

—¿Ah, sí? —Me acerco un paso más—. Porque Maine conoce a un tipo de tu planta que lo ha visto. Nombres, fechas, puntuaciones, enlaces a redes sociales y fotos. Muy elegante.

La expresión de Lea flaquea por primera vez, y su mirada se desplaza hacia Ben. Abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras. Em se acerca a Lea y le susurra algo al oído. Lea asiente y cuadra los hombros.

—Me voy —anuncia, recogiendo su ropa del suelo sin soltar la manta.

—Justo detrás de ti —dice Em, recogiendo el resto de la ropa, y me lanza una mirada que no logro descifrar antes de seguir a Lea hacia la puerta.

—Buen trabajo, imbécil —murmura Ben, sacudiendo la cabeza mientras las ve irse—. Qué forma de arruinar algo bueno.

Algo dentro de mí se quiebra. Me planto justo en su espacio.

—Si alguna vez te vuelvo a ver cerca de ella, Mike y yo nos encargaremos de que no encuentren suficiente de ti para enterrar.

—¡Y yo! —añade Linc, servicial.

Se le abren un poco los ojos. Bien. Me cree.

—Lo que sea, hermano. Ella se me acercó a mí. No es mi culpa que no puedas mantener contenta a tu chica.

—Ella no es mi... —Me callo, porque explicarle mi complicada no-relación con Lea a este imbécil no vale ni el oxígeno.

En vez de eso, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

Afuera, el aire golpea como una bofetada. Lea va por la mitad de la acera, luchando por ponerse los vaqueros debajo de la manta

mientras Em la sostiene. Es como ver a una morsa borracha pelearse con unos vaqueros.

—Lea, espera —la llamo, trotando tras ella.

Se da la vuelta de golpe, furiosa, y casi pierde el equilibrio.

—Vete a la mierda.

Puede que me lo merezca por la escena que acabo de montar, pero ni muerto voy a disculparme por haber mantenido a ese imbécil fuera de sus pantalones. Puede que eso signifique que nunca logre decirle lo que quería —que siento algo por ella, y al diablo con las consecuencias— pero tengo que intentarlo.

—Solo escúchame —digo, alcanzándolas—. Dos minutos de tu tiempo, y después te dejo en paz para siempre si eso es lo que quieres.

—Eso quiero ahora mismo —espeta, terminando por fin de abrocharse los vaqueros—. No te quiero aquí, Declan...

Pero entonces Em nos mira a los dos, le dice algo al oído a Lea que logra calmarla un poco, y luego nos dice a ambos:

—Estaré por allá.

Lea asiente, y Em se retira a un banco como a cinco metros: lo bastante cerca para intervenir si hace falta, lo bastante lejos para darnos privacidad. Y al fin, Lea se vuelve hacia mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, que todavía solo lleva la manta encima.

—¿Qué podrías decir que me importara, Declan? —dice—. Nunca en mi vida he pasado tanta vergüenza.

—Solo aléjate de Ben Mitchell. —Me encojo de hombros—. Si no confías en nada más de lo que digo, confía en eso...

Se ríe, pero sin nada de humor.

—¿En serio? ¿Irrumpes ahí dentro, me humillas por completo, me sigues hasta aquí afuera, y eso es todo?

Respiro hondo.

—Él es...

—Ya soy mayorcita, Declan. Me estaba divirtiendo. Por fin estaba fuera de mi maldita cabeza. —Su voz es acero, pero hay un temblor por debajo—. Y ya he lidiado con un corazón roto.

La forma en que se le cae un poco la cara al decirlo, una sombra cruzándole las facciones, hace que me duela el pecho. Sé lo de Chris

—lo básico, al menos— pero la expresión en su rostro me hace preguntarme si yo también pertenezco al club de los corazones rotos. Sin duda estaba alterada cuando se fue del baño, pero quizá me equivoqué sobre el motivo.

Había pensado que el momento simplemente fue demasiado abrumador para alguien que claramente sigue siendo muy frágil, pero que cuando se calmara un poco reconocería que lo que tuvimos fue... mágico. Pero ahora creo que tal vez estaba equivocado, y que se arrepiente, y que no quiere saber nada de mí.

Tiembla, envolviéndose más con la manta, y su aliento sale en pequeñas bocanadas que se desvanecen en la oscuridad. Empieza a trastear con su camiseta —una de tirantes que no tiene ninguna posibilidad de calentarla— pero parece que dejó cualquier suéter o chaqueta que tuviera adentro.

—Toma. —Me quito la chaqueta del equipo y se la ofrezco—. Póntela.

La mira con recelo, como si le estuviera ofreciendo una granada.

—Es solo una chaqueta, Lea. No una propuesta de matrimonio.

Eso le arranca una sonrisa diminuta, apenas visible, pero es algo. Toma la chaqueta y se la pone con torpeza, manteniendo su escudo de manta con una destreza impresionante. No es que no la haya visto entera antes, en el baño o incluso hace un momento en la fiesta, pero le doy la oportunidad de abrigarse.

—¿Qué quieres de mí, Declan? —pregunta una vez que se ha abrigado—. ¿Por qué estás tan protector?

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—Porque eres mía. —Hago una pausa, dándome cuenta de lo posesivo que suena—. O... quiero que lo seas.

No es exactamente el discurso que tenía planeado para nuestra reunión del proyecto, pero ya salió. Observo su cara, esperando... no sé qué. Una señal. Cualquier maldita pista de que siente una fracción de lo que yo siento cuando la miro, o le hablo, o pienso en ella.

En vez de eso, bufa y se mira los pies.

Y ya tengo mi respuesta.

Así de simple, cualquier esperanza que había estado alimentando desde ese momento en el baño se hace añicos como hielo contra el asfalto. Decidí que la quiero, y reuní el valor para decirlo a pesar de que ha ignorado mis mensajes y no me ha mostrado ningún interés, y me he estampado de cara contra el suelo.

Soy un idiota.

¿Qué esperaba?

¿Que se lanzaría a mis brazos?

¿Después de todo?

—Lo entiendo —digo, con la voz vergonzosamente ronca—. Hablaré con la profesora Lucas. Le pediré que reasigne a uno de los dos en el proyecto. Quédate con la chaqueta, tengo varias.

No responde, y no soporto mirarla un segundo más. Me doy la vuelta, calculando mentalmente la ruta más corta de regreso a mi apartamento, donde puedo lamerme las heridas en privado. He dado exactamente dos pasos cuando siento su mano cerrarse alrededor de mi brazo.

Antes de que pueda reaccionar, tira de mí para girarme, se alza de puntillas y presiona sus labios contra los míos.

BUENO, di un salto.

No exactamente el que tenía planeado —perdón, Ben—, pero un salto, al fin y al cabo.

Al lanzarme a besar a Declan, esperaba que me rechazara.

En lugar de eso, me besa como si llevara semanas muerto de hambre y yo fuera su primera comida.

Sus manos se deslizan dentro de la chaqueta del equipo —su chaqueta— y encuentran la piel desnuda de mi cintura. Jadeo contra su boca mientras sus dedos ascienden hacia mis pechos, dejando piel de gallina a su paso. Todo en esto es una pésima idea. Todo en esto es exactamente lo que quiero.

—Lea —susurra contra mis labios—. ¿Qué estamos...?

—Cállate —murmuro, tirando de él para acercarlo—. No lo arruines.

Una parte lejana de mi cerebro grita que debería parar. Que pasé toda una semana evitando activamente a este hombre. Que intenté dibujarlo hasta que se me pasara. Que he intentado pensar en cada razón para no hacer esto. Que he intentado ahogarlo en alcohol y coquetear con otro.

¿No acabo de pasar literalmente una hora entera con Ben intentando olvidar que Declan existía? Y aquí estoy, ni veinte minutos después, prácticamente trepándome encima de él como si

fuera un árbol en público. Claramente algo funciona mal en mí, y la cura es él.

Declan Andrews.

Lo deseo, y he dejado de fingir que puedo olvidarlo.

Al menos hasta que lo haya tenido.

Pero cuando una de sus manos desciende y duda en la cintura de mis vaqueros, jadeo y me aparto un poco.

—Espera.

Declan se congela de inmediato, retira la mano de mis vaqueros, su respiración entrecortada contra mi mejilla.

—¿Demasiado?

—Aquí no —digo, echando un vistazo al parque en penumbra—. Es solo que... estamos bastante a la vista.

Sus ojos buscan los míos, oscurecidos por el deseo pero sorprendentemente lúcidos.

—Mi casa está a diez minutos a pie. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Otra buena pregunta. La neblina del alcohol ya empieza a disiparse, y con ella llega la realidad de lo que estoy a punto de hacer. Estoy a punto de acostarme con Declan Andrews. El mismo tipo que me mintió y me humilló en la clase de dibujo al natural.

Pero también el mismo tipo que me metió los dedos y me folló con la boca en un baño. El mismo tipo que acaba de evitar que Ben me añadiera a su lista de conquistas de novatas. El mismo tipo cuyo cuaderno de bocetos tenía mi cara entre sus páginas.

El tipo del que no puedo alejarme.

—Sí —digo, porque lucidez no significa necesariamente sensatez—. Quiero.

Echo un vistazo hacia el banco donde Em sigue sentada. Levanto la mano para señalar que me voy con Declan, y ella me responde con un pulgar arriba que se las arregla para ser entusiasta y preocupado a la vez, aunque está claro que le parece mejor este desenlace que mis intentos con Ben...

Caminamos en silencio, sus dedos entrelazados con los míos, el aire frío por fin refrescando mi piel acalorada. Mis pensamientos van a toda velocidad mientras lo que queda del vodka genera un

zumbido agradable en vez de una niebla total. Esto no se siente como el polvo impulsivo al que me dirigía con Ben.

Se siente... extrañamente importante.

Significativo, de alguna manera.

Dios, necesito frenar ese tren de pensamiento inmediatamente.

Cuando llegamos al edificio de ladrillo en el borde del campus, Declan abre la puerta y me guía tres tramos de escaleras arriba. Su apartamento es pequeño pero sorprendentemente ordenado: platos limpios en el escurridor, libros organizados en estantes y ni un montón de ropa sucia a la vista.

Bueno, ordenado salvo por el arte.

Las paredes están cubiertas de obras: algunas láminas que reconozco de museos, otras son suyas. Una gran mesa de dibujo se asienta junto a la ventana, cubierta de papel de dibujo y lápices de carboncillo. Esto no es el apartamento de un jugador de hockey.

Es el estudio de un artista.

—Perdona el desorden —dice, innecesariamente.

—Es bonito.

Nos quedamos ahí de pie, incómodos, el calor de nuestro encuentro anterior todavía ardiendo bajo mi piel pero atemperado por los nervios y la caminata que me ha despejado. Pero está claro que hay toneladas de pólvora dentro de los dos, y solo hace falta una chispa para volarlo todo por los aires.

—Bueno... —dice, cambiando el peso de un pie a otro.

—Bueno —repito—. Te deseo. Solo una vez.

Sus cejas se elevan casi hasta la línea del pelo.

—¿Solo una vez?

—Para sacárnoslo del sistema —aclaro, y la idea va tomando forma mientras hablo—. Está claro que tenemos esta... cosa entre nosotros. Esta atracción. Y lo está empeorando todo, para los dos. Así que nos acostamos, una sola vez, y exorcizamos lo que sea que sea esto. Luego podemos volver a ser compañeros de proyecto de arte y nada más.

Declan me mira con una expresión que no acabo de descifrar. Pero estoy bastante segura de que es incredulidad, con una pizca de anhelo y un toque de arrepentimiento. Veo que está rumiando algo,

que no sabe si es lo bastante valiente para decir las palabras, y con cada segundo que pasa, empiezo a sentirme más como una idiota.

—A ver si lo entiendo —dice despacio—. ¿Crees que si nos acostamos una vez, simplemente... se arreglará? ¿La atracción desaparecerá?

Dicho así, suena ridículo. Pero ya me comprometí.

—Sí —digo con firmeza—. Como terapia de exposición. O... como vacunarse contra una enfermedad.

—O sea que ahora soy una enfermedad.

—Sabes a qué me refiero. —Suspiro—. Por favor, Declan, esto me está matando, y solo quiero que las cosas vuelvan a ser simples...

Da un paso más cerca, lo bastante para que sienta el calor que irradia su cuerpo. Su mano me acuna la mejilla y me limpia una lágrima del ojo.

—Estás borracha, Lea.

—No tanto. Ya no. —Me inclino hacia su contacto a pesar de mí misma—. ¿Entonces qué dices? ¿Solo una vez?

Declan me estudia durante un largo momento, sus ojos azules oscureciéndose. Parece estar teniendo un debate interno intenso, lo cual es justo: acabo de proponerle sexo de la nada después de pasar los últimos días actuando como si fuera mi archienemigo, y ahora estoy al borde de venirme abajo otra vez.

—Vale, esto es lo que va a pasar —dice finalmente, con voz suave pero firme—. Vas a beber agua, vas a dormir, y si mañana por la mañana sigues queriendo... —hace una pausa, buscando las palabras exactas— ...resolver las cosas, retomamos esta conversación.

Parpadeo, sin procesar lo que me dice.

—¿Qué?

—Estás borracha —repite, rascándose la barba incipiente—. Y yo no soy ese tipo de tío.

—Ya te dije que no estoy tan borracha. —Pero incluso mientras lo digo, me doy cuenta de que la habitación se inclina ligeramente y las palabras me salen un poco demasiado alto—. Vale, bien, estoy un poco borracha. Pero sé lo que quiero, y no me puedo creer que no

vayas a follarme hasta perder el sentido cuando te lo he pedido... y cuando es lo único en lo que puedo pensar...

—Quiero, pero no voy a aprovecharme de ti cuando no estás completamente lúcida. —Me toma la mano—. Si lo hiciera, no sería mejor que Ben.

La comparación me golpea como una bofetada.

—No te pareces en nada a Ben —protesto—. A menos que haya un marcador por aquí que no haya visto...

—Gracias por el voto de confianza, pero sigo diciendo que no. —Su expresión se suaviza—. Mira, si mañana te despiertas y sigues queriendo esto, estoy dentro.

Parte de mí quiere discutir —la misma parte temeraria que se quitó el sostén en aquella fiesta—, pero una ola de agotamiento me golpea de repente. Me tambaleo ligeramente y Declan me estabiliza con una mano en el codo. Y, a regañadientes, reconozco que puede que esté un poquito demasiado borracha.

—Vale —murmuro—. Pero estás exagerando.

—Probablemente —concede, guiándome hacia la encimera de la cocina—. Bebe.

Me sirve un vaso de agua y empiezo a beber, dándome cuenta de pronto de la sed que tengo. El agua fría sabe increíble al bajar, y me termino el vaso entero antes de dejarlo en la encimera. Cuando levanto la vista, Declan me observa con una expresión tierna que me retuerce las entrañas.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada —digo.

Me lleva a su dormitorio. Es pequeño, dominado por una cama de matrimonio con sábanas azul marino arrugadas. Un lienzo a medio terminar se apoya contra una pared: algo abstracto con trazos amplios de azules y grises que me recuerdan a olas de mar en plena tormenta.

—Tú te quedas con la cama —dice—. Yo duermo en el sofá.

Me siento en el borde del colchón, golpeada de pronto por lo absurdo de la situación. Hace apenas una hora, estaba en una fiesta jugando a las cartas con striptease con un tipo que apenas conocía,

intentando olvidarme de Declan. Y ahora estoy en el dormitorio de Declan, a punto de dormir en su cama.

Sola.

—No sé qué me pasa —susurro, mirándome las manos—. Yo no... yo no hago cosas como las de esta noche.

Declan se sienta a mi lado, con cuidado de dejar espacio entre nosotros.

—Estás en la universidad. Todo el mundo hace gilipolleces.

—Yo no. —Mi voz suena pequeña incluso para mis oídos—. Pero desde que llegué aquí, desde que te conocí... estoy fuera de control. Ya ni siquiera sé quién soy.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, demasiado honestas, demasiado crudas. No debería decirle estas cosas, pero se me escapan igual. Y sé que solo es parcialmente verdad. Yo ya estaba fuera de control mucho antes de conocer a Declan. Por eso necesité un año sabático... y por eso me metí de cabeza en lo de Chris... y por eso él me rompió...

—Sabes perfectamente quién eres, Lea —dice Declan en voz baja—. Solo estás... descubriéndote. Todos lo estamos.

Una lágrima me resbala por la mejilla y me la limpio con rabia.

—Dios, soy un puto desastre.

—Un desastre precioso... un desastre borracho... —dice con una sonrisa pequeña—. Pero sí, un desastre.

A pesar de todo, me río.

—Gracias por la honestidad.

—Cuando quieras. —Se pone de pie—. Hay una camiseta en el cajón de arriba si quieres algo para dormir. El baño está por esa puerta.

Asiento, sintiéndome de pronto tímida.

—Gracias. Por... ya sabes. Por no ser como Ben.

—El listón está bajo, pero de nada.

Cuando se da la vuelta para irse, el pánico me sube por el pecho. No quiero quedarme a solas con mis pensamientos ahora mismo. Son demasiado ruidosos, demasiado caóticos. Y de repente, con la claridad de un cometa impactando la Tierra, me doy cuenta de que

toda la mierda de la que le he culpado —lo del hockey, las críticas— no eran más que excusas para apartarlo de mí.

—Espera, Declan, por favor —lo llamo—. ¿Puedes... te quedarías conmigo? Solo para dormir.

Se detiene en el marco de la puerta, los hombros tensos.

—Lea... ya te dije que si mañana por la mañana sigues queriendo, nosotros...

Trago saliva.

—No estoy intentando seducirte, lo juro. Solo... no quiero estar sola ahora mismo.

Duda, claramente dividido, y por un momento creo que va a negarse. Pero entonces asiente.

—Déjame cerrar con llave.

Mientras no está, encuentro la camiseta —una camiseta desteñida de Pine Barren Hockey, cómo no— y me cambio en el baño pequeño, echándome agua fría en la cara pero negándome a mirarme al espejo. Cuando salgo, Declan está en la cama, todavía completamente vestido. Pero está ahí —aquí— y ahora mismo, eso es todo lo que importa.

—¿No te pones otra cosa? —pregunto, señalando la camiseta.

Levanta la vista, con una sonrisa asomándole en los labios.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un cliché andante.

Me meto en su cama, las sábanas frescas contra mis piernas desnudas. Huelen a él, y es reconfortante de una manera que no quiero examinar demasiado de cerca. Medio espero que se cambie de ropa o que intente algo, a pesar de sus nobles palabras sobre quererme sobria, pero simplemente se queda ahí tumbado, completamente vestido, encima de las mantas.

—Esto es raro —murmuro.

—Extremadamente.

—Gracias por no... —bostezo, vencida de pronto por el sueño— ...ya sabes.

—No me des las gracias por tener decencia básica.

Me giro de costado para mirarlo.

—¿Puedes abrazarme? Solo hasta que me duerma.

Suspira, pero no es un suspiro de irritación, sino más bien de resignación, como si supiera que es mala idea pero no pudiera evitarlo. Con cuidado, se acerca, deslizando un brazo bajo mi cuello y el otro sobre mi cintura.

—¿Así?

Asiento, los párpados ya pesados. Su cuerpo es cálido y firme contra el mío, y a pesar de toda la confusión y el caos de la noche, me siento más segura de lo que me he sentido en mucho tiempo. Y se siente perfecto.

Es el último pensamiento coherente que tengo antes de que el sueño me reclame.



La luz se me clava en los párpados como si un acupunturista sádico hubiera decidido que mi cerebro necesitaba ventilación. Gimo e intento girarme, pero mi cráneo se siente como si lo hubieran rellenado de cemento húmedo.

¿Qué demonios bebí anoche?

Los recuerdos parpadean borrosos: el ponche misterioso, el regusto amargo de demasiados chupitos, la cara de suficiencia de Ben, el estúpido juego con striptease, decirle a Declan que quería sacárselo follando, él diciéndome que solo si me despertaba sobria y seguía queriéndolo, y derrumbarme en sus brazos...

Ay, Dios.

Abro los ojos de golpe pese al dolor. La habitación va tomando forma: decoración minimalista, unos cuantos bocetos enmarcados en la pared, un caballete en la esquina con un paisaje a carboncillo a medio terminar.

El apartamento de Declan.

Y ahí está, dormido, con la cabeza en el otro extremo de la cama y su cuerpo largo enroscado en un ángulo que tiene que ser una agonía. Sigue completamente vestido, su pecho subiendo y bajando con el ritmo constante del sueño profundo.

Estudio su cara dormida, todos los ángulos duros suavizados en el descanso.

Está jodidamente guapo.

Pero es más que eso. Este es el tipo que criticó mi arte. Que mintió sobre estar en el equipo de hockey. Que me hizo sentir cosas en aquel baño que me juré no volver a sentir después de Chris. Que es compañero de equipo de Mike y su mejor amigo.

Pero también el tipo con el que hablé hasta las tres de la mañana la primera noche que lo conocí. El tipo que me dio su chaqueta no una, sino dos veces. El tipo que me sacó de una mala situación con Ben. El tipo que se negó a aprovecharse de mí anoche.

Es mi yin y mi yang a la vez.

No puedo trabajar, no puedo dormir, y no puedo pensar en nada que no sea él.

Eso deja solo una idea.

Parte de mí quiere despertarlo suavemente. Darle las gracias por ser un caballero. Tener una conversación de verdad sobre lo que sea que hay entre nosotros. Pero hablar es lo que nos metió en este lío. Hablar lleva a sentimientos, y los sentimientos llevan al desamor.

Ya recorrí ese camino con Chris, y no tengo ganas de repetir.

No, lo que necesitamos es algo más simple.

Algo más primitivo. Como lo que empezamos en el baño pero nunca pudimos terminar antes de que nos interrumpieran. Algo que queme esta atracción como un incendio forestal controlado, que no deje más que cenizas y ninguna posibilidad de que otra chispa prenda un fuego descontrolado.

Después de estudiar su cara otro momento, y de decirme a mí misma que puedo sacármelo follando como dijo Em, me deslizo hacia abajo en la cama. Suspendida sobre su cinturón, me digo que esto es una locura. Pero él dijo que quería que tomara la decisión por la mañana estando sobria.

Pues estoy sobria —dolorosamente sobria— y quiero esto.

Lo quiero a él.

Le desabrocho el cinturón con movimientos cuidadosos, intentando no despertarlo aún. Cuando la hebilla tintinea, se mueve un poco pero no despierta. Desabrocho el botón de sus vaqueros,

bajo la cremallera diente a diente. Su cuerpo se agita bajo mi contacto, respondiendo incluso dormido.

Bajarle los vaqueros por las caderas requiere algo de maniobra, pero duerme lo bastante profundo como para solo murmurar algo ininteligible mientras los deslizo por sus muslos. Los bóxers no hacen nada por disimular su erección matutina, la tela gris levantada de forma impresionante.

Paso la palma por toda su longitud, sintiéndolo endurecerse más bajo mi contacto. Y, con un último momento de duda —un pensamiento fugaz sobre lo que esto podría hacerle a nuestra situación ya complicada— le bajo la ropa interior y lo libero.

Su polla salta, gruesa y enrojecida, una gota de líquido preseminal ya brillando en la punta. Lo envuelvo con los dedos, acariciando una vez, dos. Es pesado y caliente en mi mano, piel como terciopelo sobre acero. Bajo la cabeza y lo meto en mi boca.

El sabor salado, extrañamente familiar, me inunda los sentidos mientras envuelvo mis labios alrededor de la punta, girando la lengua sobre la cabeza sensible. Nunca he sido particularmente segura haciendo esto, pero algo en Declan me hace atrevida.

Me hace sentir viva y segura al mismo tiempo.

Lo tomo más profundo, estableciendo un ritmo, alternando entre la lengua y la succión. Su respiración cambia, se hace más pesada, más irregular. Lo siento agitarse, despertándose despacio, su cuerpo respondiendo antes de que su mente lo alcance.

—Joder —gime de pronto. Su voz es ronca de sueño, quebrándose ligeramente cuando la consciencia lo golpea—. Lea...

Sus manos encuentran mi pelo, los dedos enredándose en mis rizos, sin empujar ni guiar, solo agarrándose como si yo fuera su ancla a la realidad. Sigue siendo considerado incluso con la polla en el fondo de mi garganta. De los que quedan pocos.

Levanto la mirada a lo largo de su cuerpo para encontrar sus ojos, abiertos de par en par por la sorpresa, oscuros de deseo.

—Buenos días. ¿Te parece bien? —pregunto, mis labios rozando su piel sensible al hablar.

—Joder, sí —murmura, con la voz ronca y los abdominales tensándose visiblemente—. Pero no tienes que...

Silencio su protesta tomándolo más profundo, ahuecando las mejillas a su alrededor. Sus palabras se disuelven en un gemido grave, su cabeza cayendo hacia atrás contra la cama. Sus caderas se sacuden, un empujón pequeño y contenido que me dice que lucha por quedarse quieto, por no empujar más adentro.

Ese pequeño acto de contención, de consideración incluso ahora, hace que algo fundido se acumule en mi centro. Redoblo mis esfuerzos, tomándolo tan profundo como puedo, usando la mano para acariciar lo que no me cabe en la boca. Su respiración se vuelve más errática, los músculos tensándose.

—Lea, espera —logra decir, con la voz tensa—. Si esto va a ser una sola vez, va a ser bueno para los dos.

Antes de que pueda procesar sus palabras, sus manos están debajo de mis brazos, levantándose encima de él con una fuerza que me envía otra oleada de calor. Todo el tiempo, su polla sigue en mi boca, y de repente su cara está justo frente a mi coño.

La primera caricia de su lengua a través de mis bragas me hace arquearme. Se ríe entre dientes, la vibración viajando a través de la tela fina, y luego se deshace de ellas rápidamente, enganchando los dedos en la cinturilla y deslizándolas por mis caderas.

Debería sentirme cohibida —expuesta, vulnerable—, pero el hambre en sus ojos al mirarme me hace sentir poderosa. Levanto las caderas para ayudarlo, luego lo busco de nuevo, guiando su polla de vuelta a mi boca mientras él acomoda la cara entre mis muslos.

El primer toque de su lengua me atraviesa como una descarga. Es talentoso: traza círculos alrededor de mi clítoris con la presión justa, luego baja para provocarme. Es abrumador: la doble sensación de dar y recibir placer.

¿Sacártelo follando para olvidarte de él?, me provoca mi mente entre las oleadas de placer. ¿Eso va a funcionar?

veinte

DECLAN

HUNDO la cara entre los muslos de Lea, pasando la lengua por su clítoris, ignorando la voz en mi cabeza que me pregunta si esto va a solucionar algo. Su sabor me inunda los sentidos, ácido y dulce. Su boca se aprieta alrededor de mi polla mientras gime, y la vibración me envía una descarga por toda la columna.

¿Sacándotelo follando para olvidarte de ella? La voz traidora en mi cabeza continúa. *Buena suerte con eso...*

Redoblo mis esfuerzos, deslizando un dedo dentro de ella mientras mi lengua le rodea el clítoris. Sus caderas se levantan contra mi cara, y uso el brazo libre para sujetarla. El hecho de que pueda hacerle perder el control así me da una oleada de satisfacción que es casi tan buena como su boca en mi polla.

Casi.

Su técnica es increíble, alternando ritmo e intensidad mientras me traga más profundo de lo que creía posible sin atragantarse. Me pregunto por un instante dónde aprendió a hacer esto, y de inmediato corto ese hilo de pensamiento, porque no quiero pensar en ningún otro tipo que haya estado con ella.

No quiero compartir.

Se separa de mí con un sonido húmedo, probablemente lo más caliente que he oído en mi vida. —¿Necesitas que vaya más despacio?

—¿Qué? No... joder... —pierdo el hilo cuando me toma hasta la base, su nariz presionada contra mi piel—. Joder.

Me lanzo entre sus piernas con renovado entusiasmo, decidido a estar a la altura. Sus muslos empiezan a temblar contra mis oídos, señal inequívoca de que está cerca. Bien. Quiero que se pierda por completo, que se abandone tanto que no pueda fingir que esto no significa nada.

Porque sé que sí.

Al menos para mí.

Sus movimientos se vuelven más erráticos a medida que se acerca al orgasmo, su boca resbalando de mi polla cuando pierde la concentración. No me importa. Verla perder el control es un placer en sí mismo. Curvo el dedo dentro de ella, encontrando ese punto que la hace gemir, y aumento la presión de mi lengua.

Su espalda se arquea, su cuerpo se tensa por completo antes de deshacerse en espasmos que la estremecen alrededor de mi dedo. Mantengo el ritmo —dedo y lengua— un momento más, asegurándome de que explote, y luego voy reduciendo la marcha, suavizando el contacto mientras las réplicas se desvanecen.

Antes de que pueda recuperar el aliento, está encima de mí otra vez, tomando mi polla en su boca con determinación renovada. Su mano envuelve la base, acariciando al mismo ritmo que su cabeza sube y baja. La doble sensación es abrumadora, y estoy al borde en cuestión de segundos.

—Lea, voy a... —jadeo cuando me traga de nuevo, y entonces le aparto la cabeza—. Sigue así y voy a explotar, y todavía quiero sacármelo follando...

La sonrisa traviesa que me dedica mientras se limpia la saliva de la comisura de la boca es tan jodidamente sexy. —Bueno, soy toda tuya...

Se tumba de espaldas y se abre para mí, y en ese momento es probablemente lo más caliente que he visto en mi vida. Y lo que lo hace aún más caliente es que ella eligió esto. Quiere estar conmigo. Una vez o un millón, no estoy seguro, pero incluso esta única vez me hace cantar el corazón.

Habría sido demasiado fácil llevármela a la cama anoche, cuando estaba borracha y dolida, buscando desesperadamente a alguien —a lo que fuera— a quien aferrarse. Estaba en mi cama, pidiéndome que me acostara con ella, pero escuché a mi conciencia y me contuve.

Ahora, a la fría luz del día, sé que esta es su decisión.

Me eligió a mí, y esto.

Y eso significa que podría elegirme otra vez.

Ella quiere sacárselo follando. Yo no quiero eso, pero al final será decisión suya si esto es una función única. Está claro que tiene cosas que resolver, y empiezo a preguntarme si su reacción al enterarse de lo del equipo de hockey y su hipersensibilidad a las críticas artísticas no eran más que una máscara para un corazón roto de verano que todavía no ha sanado.

Pero aún así la deseo.

Y quiero ayudarla a sanar.

Mientras me quito la ropa y busco un condón en el cajón de abajo, le echo un vistazo, y parece a la vez pensativa y expectante. Me pregunto, otra vez, si no esperaba sentir algo por alguien tan pronto después de Chris, y si algunos de los altibajos emocionales han sido la reacción de su cuerpo a eso.

Me pongo el condón y le sonrío. —Lea, ¿estás segura de esto?

Asiente. —Te deseo, Declan. Una vez.

No necesito una segunda invitación, aunque espero recibir una dentro de unos días. Me posiciono entre sus muslos, alineo mi polla y entro en ella despacio. La sensación es abrumadora: un calor estrecho que me envuelve centímetro a centímetro. Su cara se contrae en una mezcla de placer y adaptación, y me detengo a medio camino.

—¿Estás bien?

Se muerde el labio y asiente. —Solo... ha pasado un tiempo.

La idea de que no ha estado con nadie desde ese imbécil de Chris me produce una satisfacción primitiva de la que no estoy orgulloso. Me inclino, apoyando mi frente contra la suya, ralentizando la entrada para asegurarme de que está bien y puede

con ello. Luego, cuando está lista, pone las manos en mis caderas y me atrae hacia ella.

—Podemos parar —murmuro, aunque mi cuerpo protesta a gritos ante la mera sugerencia.

—Ni se te ocurra. —Envuelve las piernas alrededor de mi cintura, llevándome más adentro.

Joder.

Nos quedamos así un momento, yo enterrado en ella todo lo que puedo, ajustándonos a la sensación. Entonces mueve las caderas ligeramente, y todo mi autocontrol se evapora al instante. Empiezo a moverme, estableciendo un ritmo que la tiene agarrándose a mis hombros, las uñas clavándose en mi piel.

—Joder... Declan... —Suenan sin aliento, casi sorprendida.

Quiero reírme de la ironía. ¿Se suponía que esto iba a sacármela del sistema? Cada embestida solo la incrusta más en mi conciencia. Cada gemido, cada suspiro, cada estremecimiento de sus músculos alrededor de mi polla: todo se está grabando a fuego en mi memoria, un tatuaje emocional que me acompañará de por vida.

Esto no es casual.

No para mí, al menos.

Y no es algo de lo que vaya a poder alejarme.

Mis embestidas se vuelven más fuertes, más profundas, arrancándole esos pequeños jadeos preciosos de los labios. Tiene los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, exponiendo la línea elegante de su cuello. Me inclino para besarla ahí, saboreando la sal de su piel. Abarco sus pechos pequeños y delicados con las manos, acariciándole los pezones hasta que se endurecen.

—Mírame —le ordeno con suavidad—. Porque quiero recordar esto para siempre.

Abre los ojos lentamente, verde contra azul, y la conexión se siente como un golpe físico. Algo pasa entre nosotros, algo más allá de la unión física de nuestros cuerpos. Durante un instante, todas las murallas se derrumban —sin mentiras, sin fachadas, sin escudos emocionales— y nos sentimos conectados.

Solo nosotros.

Sus ojos se abren más, y puedo ver el momento exacto en que ella también lo entiende. El pánico le cruza la cara, rápidamente enmascarado por una pasión física renovada mientras tira de mí hacia ella para un beso desesperado. Parece lo más natural, pero sé que es un mecanismo de defensa.

Está huyendo.

Incluso mientras nuestros cuerpos se mueven juntos, incluso mientras compartimos la más íntima de las conexiones, está huyendo de lo que sea en que esto se está convirtiendo. Darme cuenta duele, pero no tengo tiempo de darle vueltas. La presión creciente en mi centro exige atención, y por cómo sus movimientos se vuelven erráticos, ella también está cerca.

De repente, la idea de que esto podría ser casi el final, podría ser la última vez con ella, me aleja del borde. Pero pronto estoy ahí otra vez, decidido a darle todo y experimentar todo de ella. Quiero hacerla correrse, más de una vez, y que diga mi nombre.

Luego quiero abrazarla.

Y si eso es todo lo que consigo, si todo termina después de esto, lo asumiré entonces.

Pero Dios, eso no es lo que quiero.

—Córrete para mí —le susurro al oído, deslizando la mano entre nosotros para dibujar círculos en su clítoris con el pulgar.

—Declan —jadea, y puedo oír el placer y la incertidumbre en su voz, como si estuviera librando una batalla similar en su propia cabeza.

Se rompe, su cuerpo arqueándose debajo del mío, sus músculos apretándose a mi alrededor en pulsos rítmicos. La imagen de ella —sonrojada, sin aliento, completamente perdida en el placer— me empuja al otro lado. Con un gemido que parece arrancado de algún lugar muy profundo, la sigo hacia el dulce olvido, vaciándome por completo.

Es todo lo que quería y mucho más.

Después, mientras yacemos enredados, el sudor enfriándose en nuestra piel, le estudio la cara bajo la luz de la mañana. La toco entera. Inhalo su aroma y le beso la frente. Todo para memorizar cada parte, por si es la última vez que puedo hacer esto.

Tiene los ojos cerrados, pero sé que no está dormida. Está pensando. Probablemente arrepintiéndose, reconstruyendo las murallas que se derrumbaron momentáneamente durante nuestra pasión. Esta «cosa de una sola vez» se suponía que iba a sacarnos del sistema.

Pero no funcionó.

No para mí, al menos.

Al rato, me mira, y le sostengo la mirada. Y es lo más hermoso que he visto en mi vida. Tiene las mejillas encendidas, los rizos salvajes alrededor de la cara, pero sus ojos son asombrosamente claros. Demasiado claros. Como si ya estuviera calculando su estrategia de salida.

—Eso fue... —empiezo, sin saber adónde voy con esto, pero odiando el silencio.

—Bien —termina por mí, incorporándose de golpe—. Perfecto.

Se separa de mí y saca las piernas por el borde de la cama, buscando su ropa. La veo vestirse —bragas, sostén, vaqueros, camiseta de tirantes— y verla hacer algo tan normal por lo que parece la única vez me hace algo raro en el pecho.

—Bueno —dice, sin mirarme—, ¿nos lo sacamos del sistema?

Me apoyo en un codo, observándola con atención. —¿Nos lo sacamos?

Me echa un vistazo y aparta la mirada rápido. —Ese era el plan.

El plan.

Claro.

El plan que se le ocurrió cuando estaba borracha. El plan que sonaba dudoso entonces y suena aún más dudoso ahora que la he tenido de maneras con las que llevo semanas soñando. Pero no sé si es una calle de doble sentido.

—¿Y crees que funcionó? —insisto, porque al parecer soy masoquista.

Se encoge de hombros. —Debería. Eso hace la gente, ¿no? Follar para superar a alguien.

—No en mi experiencia —digo—. Pero si eso es lo que quieres que pase...

Mira alrededor de la habitación. —Me tengo que ir.

—No te vayas. —Me incorporo, la sábana cayendo hasta mi cintura—. Puedo hacer el desayuno.

Ya está de pie, buscando sus vaqueros. —Tengo... cosas que hacer.

—Lea...

—Se suponía que esto iba a ser simple, Declan. —Por fin me mira, los ojos una mezcla de frustración y algo que podría ser arrepentimiento—. Una vez, nada más.

—¿Y lo fue? ¿Simple?

Se detiene. Por un momento, creo que podría ser sincera — admitir que lo que acaba de pasar entre nosotros fue cualquier cosa menos simple— pero en lugar de eso asiente y se pone los botines.

—Sip. Misión cumplida —dice—. Totalmente superado.

Y una mierda. Una mierda absoluta y total. Pero ¿qué se supone que diga? Ha tomado su decisión, y sería tan imbécil como Ben si siguiera presionándola más allá de donde se siente cómoda.

—Entonces, ¿nos vemos en la reunión del proyecto? —pregunta, dudando junto a la puerta.

Asiento, intentando igualar su tono casual. —Nos vemos ahí.

Duda, solo un segundo, y creo que podría decir algo real, algo sincero. Pero entonces se va, la puerta cerrándose detrás de ella con una finalidad que se siente como el punto al final de una historia muy corta.

Me dejo caer en la cama, mirando al techo.

Vaya vacuna.

Lo único que siento es que estoy más contagiado que nunca.

acto 3

veintiuno

DECLAN

LA SIRENA final aúlla justo cuando mi tiro se clava en el fondo de la red, y el portero de Temple nunca tuvo oportunidad. Mis compañeros se estrellan contra mí, una masa de cuerpos sudorosos y equipamiento carísimo, gritando como si acabáramos de ganar la Copa Stanley en vez de un partido de mitad de temporada contra Temple.

Cuatro a uno.

Nada mal.

—¡De puta madre, Dec! —Mike es el primero en alcanzarme, abrazándome con la fuerza suficiente para que me castañeteen los dientes. Sus ojos brillan con algo desesperado bajo la rejilla —un hambre que no he visto en semanas— y está eufórico—. No sé qué te ha dado hoy, pero estás endemoniado...

Sonrío y le palmeo el casco.

—Buen pase.

A nuestro alrededor, Maine está gritando alguna tontería sobre cómo Temple puede «chuparle el huevo izquierdo específicamente», lo cual plantea preguntas sobre el derecho que prefiero no explorar. Por su parte, Linc intercambia insultos con su tipo duro, al que tumbó de culo en el segundo.

El partido estuvo lleno de un fuego que yo no necesariamente siento. Pero mientras patinamos hacia el centro de la pista para el

saludo obligatorio, sí que disfruto las miradas asesinas de veintitrés jugadores de Temple, que probablemente piensan que soy un imbécil por haber anotado a doce segundos del final.

No se equivocan.

Normalmente, no habría lanzado, pero han sido unos cabrones todo el partido.

En el vestuario, la euforia tras el partido vibra en todos. Maine saca su celular, ya coordinando algún tipo de celebración. Linc pone música y se pone a bailar. Rook está sentado en la esquina con hielo en ambas rodillas, con aspecto de estar simultáneamente agotado y eufórico después de haber estado a punto de lograr una blanqueada. Solo Mike parece apagado, quitándose el equipo metódicamente con la precisión de alguien desactivando una bomba.

—Tengo clase primero, pero ¿después en mi casa? —pregunta Maine al vestuario en general—. ¿Pizza, cerveza y el festín de victoria de siempre?

—Apúntame —dice Linc, lanzándole su camiseta a Rook, que la atrapa sin levantar la vista. Es su trabajo llevar toda nuestra mierda al cuarto de equipamiento para que la laven.

—¿Y tú, Andrews? —Maine se vuelve hacia mí, el pelo rubio pegado a la frente—. Dime que no te vas a rajar otra vez de una celebración de victoria...

Mientras me quito el equipo, intento parecer despreocupado, pero sé adónde va esto.

—Tengo que ponerme al día con mi proyecto de ar—

Un quejido colectivo se eleva desde al menos la mitad del vestuario.

—¿Otra vez con tus mierdas de arte? —Maine se desploma dramáticamente sobre el banquillo—. Vamos, hombre. ¿No somos más importantes que un cuadro?

—No es un cuadro —murmuro, abotonándome la camisa—. Es dibujo de figura y vale el treinta por ciento de mi nota final...

Maine.

—¿Has dicho figura? ¿Como en figura desnuda?

Mike levanta la vista de su meticuloso empaque de equipo.

—Quizá debería haber elegido arte en vez de bioquímica...

Los chicos se ríen, aunque sin maldad. Así son las cosas: las bromas suaves, la forma en que reducen el arte a «pintar con los dedos» o «dibujar monigotes». Siempre les he seguido el juego, en su mayor parte, y he minimizado lo mucho que me importa. Pero últimamente me descubro defendiéndolo más.

—No es así —digo, aunque una imagen del cuerpo de Lea, todas curvas suaves y piel cálida, me golpea con la sutileza de un tren de carga—. Pero es importante.

El tono de mi voz les dice que lo dejen, y lo hacen, mientras me quito el resto del equipo y los chicos siguen planeando su noche. Parte de mí quiere unirme a ellos, deslizarme de vuelta en la camaradería fácil de las celebraciones tras el partido. Antes eso bastaba.

Hockey, cerveza e idioteces con mis compañeros de equipo.

¿Cuándo empezó a sentirse tan vacío?

No es que el arte no traiga sus propias preocupaciones.

Esta noche es la penúltima sesión de práctica para el proyecto, y Lea ha argumentado que deberíamos volver a dibujarnos el uno al otro antes del boceto final. Por mensaje, había sostenido que el seminario selectivo al que ambos queremos entrar se centra en la forma humana, así que deberíamos concentrarnos en lucir nuestras habilidades de dibujo de figura.

Estoy de acuerdo con la lógica, y le dije que podíamos, pero me preocupa.

Me preocupa porque si tengo que mirar a Lea durante tanto tiempo, y dibujarla con esa intensidad otra vez, no estoy seguro de poder mantener mis sentimientos embotellados. Quiero desesperadamente respetar los deseos y los límites de Lea —y los dejó meridianamente claros cuando dijo que nos lo sacaríamos follando y luego se fue— pero cuando cada átomo de mi cuerpo me grita que la abrace, la bese y la folle...

—¿Dec? —Mike interrumpe mis pensamientos, con la voz lo bastante baja para que solo yo la oiga—. ¿Fiesta?

—Mira, me paso después —ofrezco, agarrando mi toalla, desesperado por una ducha—. El proyecto no debería llevar más de una o dos horas.

Aunque quiero que sí.

Porque significaría más tiempo con Lea.

Nos hemos acomodado en este extraño patrón de espera desde aquella noche. Mensajes de texto cordiales pero distantes. Cuando hablamos, todo gira en torno al proyecto: discusiones técnicas sobre composición y técnica, como si fuéramos solo compañeros de clase. No como dos personas que se vieron desnudas y compartieron sus cuerpos de maneras que todavía me aceleran la sangre.

El recuerdo de ella en mi cama, la luz de la mañana haciendo que su piel brillara dorada, su cuerpo moviéndose contra el mío, su respiración entrecortándose mientras se deshacía debajo de mí... Es un lugar peligroso al que dejar que mi mente divague, aunque en momentos de debilidad se lo permito.

Pero después viene el dolor.

El hecho de que hablemos como simples compañeros de clase me dice todo lo que necesito saber. Lea sí lo vio como una sola noche, y sí ha conseguido sacárselo follando, aunque yo siga obsesionado con ella. Pero no soy tan cabrón como para pedirle más después de todo el dolor que le he visto pasar y todo el infierno que ese otro imbécil le hizo vivir.

Así que me callo y sobrevivo.

Mantengo los temas de conversación puramente centrados en el arte.

Me siento en el lado opuesto del aula durante las clases.

Me aseguro de que las reuniones del proyecto sean solo en lugares concurridos.

Y nunca —nunca— me permito estar a solas con ella.

Pero el truco más eficaz para apagar las llamas de la atracción ha sido pensar en Mike. Porque, si de algo ha servido, sacarme toda esa atracción reprimida por Lea del sistema me ha ayudado en el hockey. Estoy jugando mejor que nunca, y ya no está cabreado conmigo, aunque a mí cada vez me cuesta más que me importe.

Pero Mike sigue hundido hasta el cuello en su bajón.

Como si le hubieran dado pie, Mike habla.

—Solo quería decirte que hoy realmente te luciste. Me alegra ver que superaste lo que sea que te pasaba.

Debería tomármelo como un cumplido. Mike no es conocido por sus charlas motivacionales ni por ser especialmente efusivo, y sé que debería estar encantado de haber jugado tan bien, pero el cumplido se siente vacío, casi cruel en su ironía, porque sé que me mataría a golpes con su palo de hockey si supiera lo que hice con su hermana.

—Gracias —murmuro, evitando el contacto visual—. Se siente bien estar de vuelta en forma.

Se siente bien haberme acostado con tu hermana. Y quiero hacerlo otra vez.

—Ah, y el entrenador habló conmigo después del entrenamiento de ayer —continúa Mike, bajando aún más la voz—. Va a venir un ojeador al partido contra Rutgers en unas semanas. Al parecer, el entrenador le dijo que se fijara específicamente en ti, en mí y en Linc, así que asegúrate de estar a tu nivel.

Hace un tiempo, esta habría sido la mejor noticia del mundo. La validación por la que había trabajado desde los catorce años, calzándome los patines antes del amanecer mientras otros chicos dormían hasta tarde. Pero en vez de emoción, siento... nada. O quizá pavor.

Cuando no respondo de inmediato, Mike entrecierra los ojos, estudiándome con la misma intensidad que usa para leer a los defensas rivales.

—No sueñas muy entusiasmado.

—No, sí lo estoy, es solo que... —Necesito una excusa creíble que no sea preferiría estar pintando, o follándome a tu hermana—. Nervioso, supongo. Mucha presión.

—Estarás bien —dice Mike, dándome una palmada en el hombro—. De quien tienen que preocuparse es de mí. He estado jugando como la mierda.

—Eso no es verdad —protesto automáticamente, aunque ambos sabemos que sí lo es. Ha fallado pases, estropeado tiros... cosas que Mike Altman simplemente no hace.

Me lanza una mirada que dice no me vengas con cuentos.

—Vamos. Viste esas tres asistencias que me mandaste. Las fallé todas.

Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupado.

—¿Quieres que quedemos mañana? ¿Practicar tiros o algo?

Las cejas de Mike se levantan de pronto con sorpresa.

—Esos pases que hice fueron horribles —miento—. Llegaron demasiado rápidos, con malos ángulos. Necesito trabajar mi control si quiero causar buena impresión en ese ojeador.

Un destello de gratitud cruza su cara, y un nudo de culpa se aprieta en mi estómago.

—Sí, sería genial. Gracias, hermano.

Asiento, aunque sé que es mentira. Los pases estuvieron bien. Perfectos, de hecho. Pero, ahogándome en la culpa por lo que siento por su hermana y preocupado por mi amigo, me sacrifico por el equipo. Si ayuda aunque sea un poco a que Mike se ponga a punto antes de que venga el ojeador, habrá valido la pena.

—¿A qué hora te va bien? —pregunto.

—¿A las siete? ¿Antes del entrenamiento matutino?

Quiero quejarme por lo temprano, pero asiento.

—Claro. Nos vemos.

Mike se dirige a las duchas, la tensión visible en cada línea de sus hombros, y yo me quedo sintiéndome como el mayor fraude del mundo. Le estoy mintiendo a mi mejor amigo y capitán sobre su propio hockey, finjo no tener sentimientos por su hermana, y finjo entusiasmo por un futuro en el hockey del que cada vez estoy menos seguro.

Cuando me doy la vuelta, encuentro a Linc mirándome con las cejas levantadas, una toalla enrollada en la cintura.

—¿Qué? —espeto.

—Nada. —Sonríe—. Solo me preguntaba qué te tiene con esa cara de mártir.

—Dibujo de figura —repito, fulminándolo con la mirada—. Y necesito un modelo.

—¿Un modelo? —Se burla—. ¿Por qué no la hermana de Alt—?

—¡Cállate la boca, idiota! —Le doy un puñetazo—. Si Mike se entera...

—¿Se entera de qué, Dec? —Levanta una ceja—. ¿La viste otra vez?

Mi voz se apaga. La noche de la fiesta, me había visto apartar a Lea de Ben Mitchell y seguirla afuera, pero no le había contado qué pasó. Solo le mandé un mensaje diciendo que estaba demasiado furioso para volver a la fiesta y que me iba a casa. Pero está claro que sospecha que pasó algo más...

—No —miento, otra vez, lo cual se está volviendo costumbre—. Pero no puedo dibujarla...

Hacerlo sería una idea increíblemente mala ahora mismo...

—¿Entonces quién?

Esto podría funcionar.

Linc es la solución perfecta al problema que he estado temiendo. Porque, esta noche en nuestra sesión del proyecto, se supone que Lea y yo debemos dibujarnos el uno al otro por primera vez desde aquella noche, y no estoy seguro de poder manejar esa intensidad y esa atracción...

—Oye, Linc, ¿querías que fuera a la fiesta de Maine esta noche? —digo.

—Pues claro, imbécil. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—Bueno —digo, sonriendo—. Voy a necesitar tu ayuda...



Llego temprano al estudio, porque soy masoquista, por lo visto.

Esperando a Lea, ordeno mis lápices en la mesita junto al caballete, luego los reordeno, y luego lo hago una tercera vez. Mi necesidad de orden me parece patética incluso a mí, pero necesito algo que hacer con las manos que no sea escribirle.

Cuando por fin llega, viene envuelta en un suéter grueso, a pesar del persistente problema de sobrecalentamiento del estudio. Me da una sonrisa que no le llega del todo a los ojos, torpe y forzada, como la mayoría de nuestras conversaciones en estas últimas semanas.

—Hola —dice, dejando caer su bolsa junto al segundo caballete, que me he asegurado de colocar al otro lado de la sala.

—Hola, tú. —Sueno como si estuviera haciendo una audición para una serie adolescente, pero ella no parece notarlo.

—Perdón por llegar tarde. —Hurga en su bolsa, sacando materiales—. La profesora Winthrop nos retuvo.

—No pasa nada. Acabo de llegar. —Llevo veinte minutos aquí, pero la espera era preferible a esta charla incómoda.

Asiente, desempacando cuidadosamente sus cosas: un juego de carboncillos, su bloc de dibujo y una colección de lápices que hacen que los míos parezcan de aficionado. El silencio entre nosotros es como veneno, me hace daño, porque hay tanto que quiero decir que sé que no puedo sin hacerle daño a ella.

—Entonces, estaba pensando... —empiezo.

—Sobre el proyecto... —dice ella al mismo tiempo.

Ambos nos detenemos. Y ambos sonreímos.

Y es la expresión más cálida que le he visto en la cara desde aquella mañana.

Me hace un gesto para que continúe.

—Tú primero.

Asiento.

—Sé que querías que nos dibujáramos el uno al otro, pero tengo una sorpresa...

Como si le hubieran dado pie, la puerta del estudio se abre, y Linc entra pavoneándose con nada más que una toalla colgada baja en las caderas y una sonrisa diabólica en la cara. Sin embargo, su rasgo más llamativo es el pelo: teñido de un tono de rojo que haría a Ronald McDonald cuestionarse sus decisiones de vida.

—¿Qué tal, artistas? —Nos da una vueltecita—. ¿Listos para capturar todo esto? —Señala su cuerpo con un gesto teatral.

A Lea se le cae la mandíbula.

—Eh... —logra decir, mirándome en busca de una explicación—. ¿Dec?

—Pensé que podríamos concentrarnos más —y colaborar, si hace falta— si conseguía otro modelo, así que Linc va a posar para nosotros —digo.

Linc se quita la toalla y adopta una pose, con una mano en la cadera.

—Dibújame como a una de tus chicas francesas, Andrews.

Las mejillas de Lea se tiñen de un tono que combina con el pelo de Linc, y eso hace que me derrita por ella otra vez. La pillo mirándolo ahí, y es entonces cuando me pregunto qué hará Mike si se entera de que Lea ha visto el paquete de dos de sus compañeros de equipo...

Lea por fin encuentra su voz.

—No puedes simplemente... O sea, no podemos...

—Sí, podemos, pero no... —Señalo todo el cuerpo de Linc—. No todo... eso.

—Qué grosero. —Linc hace un puchero.

—Sus piernas —le explico a Lea—. Están cubiertas de cicatrices de cirugías. Cuatro cirugías de rodilla, dos tendones rotulianos desgarrados, más una fractura de diáfisis tibial. Buenas texturas.

—Vaya, qué forma de hacer que un tipo se sienta sexy, Dec. —Linc suelta un suspiro exagerado pero no parece genuinamente ofendido, incluso mientras se vuelve a poner la toalla sobre la cintura.

Me vuelvo hacia Lea, cuya expresión ha pasado del horror a la curiosidad.

—¿Qué te parece?

Ladea la cabeza, considerándolo.

—Sí, eso podría ser realmente fascinante. La yuxtaposición del cuerpo atlético con la evidencia de lesión y recuperación...

—¿Entonces solo quieren mis piernas? —aclaro Linc, sonando levemente decepcionado—. ¿No el espectáculo completo?

—Solo las piernas —confirmo con firmeza.

—Está bien. —Suspira dramáticamente—. Pero espero crédito principal en el cartel: «Con las magníficas extremidades inferiores de Lincoln Garcia».

Lea resopla, llevándose la mano a la boca para ahogar una risa.

—Estoy bastante segura de que podemos arreglarlo.

—Genial. —Linc se ajusta la toalla, asegurándola mejor, y luego nos mira a los dos—. Entonces, ¿cómo me quieren?

—Sentado está bien. —Muevo una silla a la tarima—. Solo para que podamos ver las cicatrices de tus piernas.

Linc se acomoda y luego señala hacia arriba, a su pelo.

—¿No quieren incluir esta obra maestra? Toda la segunda línea se lo hizo hace una hora.

—Pareces un duende literal —le informo.

—Un duende sexy —corrige.

—¿Eso existe? —pregunta Lea, con los labios temblándole.

—Ahora sí. —Linc le guiña un ojo.

Siento una puñalada ridícula de celos, lo cual es absurdo porque Linc simplemente está siendo Linc. Y además, Lea dejó perfectamente claro que no tengo derecho a estar celoso. Nos lo sacamos follando, y se acabó.

—Vamos a trabajar —digo, más bruscamente de lo que pretendía.

Mientras Lea prepara su caballete, me sorprendo observando la forma cuidadosa en que organiza su espacio de trabajo, cómo se coloca ese rizo particular detrás de la oreja cuando se concentra. Cuando nuestros ojos se encuentran por accidente, ambos apartamos la mirada rápidamente.

Esto es tortura. Pura tortura autoinfligida.

Pero cuando Linc se acomoda y empieza a deleitarnos con chistes e historias, me doy cuenta de que tenerlo aquí es en realidad un alivio. Su presencia crea un amortiguador, haciendo imposible que yo diga algo estúpido.

Tomo mi lápiz y empiezo a dibujar la larga cicatriz dentada que recorre la rodilla izquierda de Linc. El acto de crear me centra, como siempre. En este espacio, sé quién soy y qué estoy haciendo.

—Entonces, Lea —dice Linc en tono conversacional, como si sentarse mientras la gente lo dibuja fuera lo más natural del mundo —, Dec me dice que tienes un ojo increíble para el detalle.

Levanta la vista, sorprendida.

—¿En serio?

—Bueno, no —dice—. Pero supuse que debe estar intentando igualar tu nivel, ya que lleva dibujando ese retrato tuyo como... una eternidad.

Mi lápiz se congela a mitad de trazo.

—Linc —advierdo.

—¿Qué retrato? —pregunta Lea, mirándome de una forma en que no lo ha hecho en días.

—Ignóralo —digo rápidamente—. El tinte se le ha filtrado al cerebro.

—Lo que tú digas, hermano. —Linc sonrío, sin el menor arrepentimiento—. Solo digo las cosas como son.

Me concentro intensamente en mi dibujo, negándome a mirar a ninguno de los dos. Pero puedo sentir la mirada de Lea sobre mí, interrogante, curiosa. Después de un momento, vuelve a su propio trabajo, y exhalo lentamente.

Caemos en un ritmo cómodo de dibujo y conversación ligera, principalmente Linc contando historias sobre las payasadas del equipo de hockey e intentando hacer reír a Lea con chistes sobre Mike.

Después de un rato, sin embargo, dejo de oírlo por completo. El mundo se reduce a mi lápiz, el papel y el cuidadoso juego de luz y sombra mientras trazo la red de cicatrices en la rodilla de Linc. Tienen una belleza extraña: testimonio de dolor, resistencia y sanación.

La más grande se curva como una luna creciente bajo la rótula, abultada y ligeramente más pálida que la piel circundante. El tejido se ve tenso, casi como si tirara de sí mismo. Busco un lápiz más suave, queriendo capturar la tensión sutil en ese tejido dañado.

La forma en que lucha contra sí mismo.

Eso me resulta familiar de algún modo.

Mi mano se mueve con una confianza que rara vez siento en el hielo ya. Cada trazo se siente correcto, intencionado. Difumino suavemente el borde de la cicatriz con la yema del dedo, esparciendo el grafito para crear ese leve efecto de fruncido donde el tejido se estira.

El tiempo se disuelve.

—Oye, ¿me escuchaste? —La voz de Linc penetra de pronto mi concentración.

Parpadeo, emergiendo.

—¿Qué?

—Dije que mi celular no para de sonar —dice—. Maine nos quiere allá...

—Ah, sí, claro.

Echo un vistazo a mi dibujo, sorprendido por cuánto he avanzado. El dibujo ha cobrado una vida más allá de la mera reproducción: hay emoción en esas cicatrices, una historia.

—Ya casi termino el boceto si quieres irte pronto... —digo, y luego miro a Lea, que asiente indicando que ella también casi termina—. Lea también.

—OK, bien. —Linc levanta su celular—. Porque Maine dice que «muevan el puto culo a la puta fiesta» porque —y cito textualmente — «las novatas están buenísimas».

Levanto la vista, porque sé que es otro dardo de Linc a la situación entre Lea y yo. Y cuando cruzo la mirada con Lea, me está mirando con una expresión que no logro descifrar del todo: parte curiosidad, parte...

¿Deseo?

¿Celos?

Es como si hubiera una pregunta en sus ojos, preguntándome si pienso aprovecharme de alguna de esas novatas, pero no la hace. Desearía que lo hiciera —preguntar eso, o cualquier otra cosa— porque sería la primera conversación real que hemos tenido en semanas.

Y la respuesta es no.

Porque, mirándola, veo a la única persona con la que quiero estar, aunque no pueda. Nunca me ha interesado follarme a las conejitas del hockey, pero ahora más que nunca la idea me deja frío.

Y, así de fácil, cualquier beneficio de tener a Linc aquí se ha evaporado.

No puedo dejar de pensar en ella otra vez.

Estoy a punto de abrir la boca para decirle algo cuando un celular vibra.

Linc se endereza, claramente incómodo con la atmósfera cargada.

—¿Es el tuyo o el mío?

—El mío —digo, metiendo la mano en el bolsillo, agradecido por algo que me saque de mi enfoque en Lea. Es un mensaje de Mike, pero finjo que es una llamada—. Hola.

Salgo al pasillo, fingiendo tener una conversación mientras el corazón me martillea en el pecho. Después de un momento, Linc se me une, todavía con solo la toalla puesta, cejas levantadas.

—Muy suave, Andrews. Muy convincente. —Sonríe con suficiencia y luego baja la voz—. La tensión sexual ahí dentro es más gruesa que el cuello del entrenador Barrett.

—No es nada —insisto, todavía fingiendo escuchar a mi interlocutor inexistente—. Te alcanzo después.

—Claro, lo que digas. —Linc no parece convencido—. Deberías venir a la fiesta; quizá te ayude a dejar de hacerle ojitos a la hermana de Mike por cinco minutos.

Mientras le levanto el dedo, me lo devuelve alegremente antes de irse.

—Nos vemos en lo de Maine —dice.

Solo en el pasillo, termino mi llamada falsa y me recuesto contra la pared, exhalando lentamente. Necesito controlarme. Se me ocurrió todo este plan de Linc como modelo para hacer las cosas menos incómodas, no más.

Cuando miro hacia atrás por la ventanilla de la puerta del estudio, veo a Lea aún en su caballete, los ojos enfocados intensamente en su dibujo. La suave luz de la tarde que entra por los ventanales altos se enreda en su pelo, tiñendo los bordes de dorado. Se muerde el labio inferior por la concentración, un hábito que le he notado cuando está completamente absorta en su trabajo.

Es tan jodidamente hermosa que duele.

Debería volver a entrar y decirle que acostarnos no nos lo sacó follando, solo hizo que la deseara más. Debería decirle que no me importa lo que piense Mike. Debería decirle que sé que está asustada y que todavía le duele, pero que lo superaremos juntos. Debería decirle que la quiero más que a nada, y que si ella me quiere a mí, podemos hacer que funcione.

Pero no hago nada de eso.

Ella ya dejó clara su decisión.

Una vez, eso fue todo. Esas fueron sus condiciones.

Así que, en cambio, me pongo mi mejor cara y vuelvo a entrar a recoger mis cosas.

LA MINA del lápiz se clava en el papel mientras sombreo los contornos de su mandíbula por lo que debe de ser la centésima vez. Hay algo en el ángulo que todavía no está bien. ¿Demasiado pronunciado, quizá? ¿O no lo suficiente? Me inclino más, con la nariz casi tocando la página, mientras difumino el borde con cuidado usando el dedo, intentando—

—¡Estatua viviente avistada en su hábitat natural!

Doy un salto tan brusco que la taza de café se tambalea, se vuelca y lanza una ola de café tibio que se derrama por mi escritorio. Maldiciendo entre el pánico, me lanzo a rescatar mi cuaderno de bocetos, levantándolo en alto mientras el líquido oscuro se filtra en mi libro de economía —un precio menor comparado con el riesgo de perder mis bocetos irremplazables.

Em está en el umbral, sonriendo.

—Eso es lo que pasa cuando te fusionas con los muebles.

Lanza su mochila sobre su cama, cruza hasta mi escritorio y agarra una camiseta vieja para secar la mancha de café que se extiende.

—En serio, no me oíste ni entrar dando pisotones. Podría haber sido una asesina en serie del campus.

—No hay ningún asesino en serie en el campus —murmuro, dejando mi cuaderno de bocetos boca abajo sobre la cama con

cuidado.

—Todavía no —dice Em alegremente—. Pero cuando lo haya, tú serás la chica de la película de terror a la que se cargan en los primeros quince minutos...

La fulmino con la mirada y luego suelto una media sonrisa.

—Gracias por ese pensamiento tan reconfortante.

—Para eso estoy. —Tira los apuntes empapados de café en nuestra diminuta papelera—. ¿Y qué obra maestra te tiene tan hipnotizada que te has olvidado del mundo exterior?

Se me acelera el pulso mientras paso las páginas del cuaderno de bocetos con fingida naturalidad.

—Solo estoy trabajando en unas cosas para dibujo al natural.

Aterrizo en el boceto de la pierna de Linc con su red de cicatrices quirúrgicas —por suerte no en el dibujo obsesivamente detallado del rostro de Declan en el que acabo de pasar dos horas.

Em se asoma por encima de mi hombro, y el olor a coco de su champú me hace cosquillas en la nariz.

—Oye, ¿esa no es la rodilla de Linc? ¿El de hockey, el pelirrojo?

Parpadeo mirándola.

—¿Cómo es posible que reconozcas la rodilla de alguien entre todas las rodillas del mundo?

—¿Porque eres buena artista? —dice con un gesto despreocupado, y se encoge de hombros cuando queda claro que no le creo—. Siempre está en el gimnasio con esos shorts diminutos, y el patrón de cicatrices es bastante reconocible. Además, resulta que aprecio las piernas en general. ¿Cuánto llevas con esto, por cierto?

Echo un vistazo al teléfono y hago una mueca al ver la hora.

—Ah... eh... ¿unas cuatro horas?

—¿Cuatro horas? —Em se incorpora de golpe—. ¿Llevas cuatro horas dibujando la rodilla de Linc?

—La textura de las cicatrices es fascinante —digo a la defensiva, lo cual no es del todo mentira, aunque en realidad no llevaba mucho rato trabajando en eso, en Linc.

—Claaaaro —dice, estirando la palabra hasta que tiene al menos siete sílabas—. Jugador de hockey equivocado, me parece...

Las palabras aterrizan como un cañonazo.

Y tiene razón.

Linc no es lo que me tiene obsesionada.

Esto es exactamente lo que hacía en la secundaria: fijarme en perfeccionar algún detalle diminuto de un dibujo hasta que apenas podía ver con claridad. Es parte de la razón por la que me quemé tanto antes de la graduación. Por la que tuve que tomarme un semestre libre para viajar y reiniciar mi cerebro antes de empezar la universidad.

Pero esta vez no es el arte lo que me obsesiona. Es el modelo.

El teléfono de Em vibra y ella baja la vista.

—Marnie quiere que nos veamos en The Bean en veinte minutos para una emergencia de vida o muerte. Al parecer, Trevor le sonrió desde el otro lado de la cafetería hoy, y eso requiere disección inmediata de todo el grupo con lattes de precio abusivo.

—No creo que pueda—

—No, esto no es opcional, esto es una intervención —me corta Em, lanzándome una camiseta limpia—. No vas a pasar otras cuatro horas en el Rodillagedón. Aire fresco. Interacción humana. Cafeína que no esté derramada por todo tu escritorio.

Atrapo la camiseta, dividida.

Parte de mí quiere quedarse aquí con mis bocetos.

Con Declan, aunque solo sea grafito sobre papel.

Algo revolotea en mi estómago al pensar en él.

No es que importe.

No es que Declan haya mostrado el menor interés en volver a verme después de... aquello.

Solo una vez, le había dicho. Para sacárnoslo follando.

Y aparentemente eso es exactamente lo que hizo. Una noche, y vuelta a ser compañeros de arte estrictamente profesionales. Ningún mensaje que no fuera sobre el proyecto. Ninguna mirada prolongada en clase. Ahora se sienta lo más lejos posible de mí, como si tuviera alguna enfermedad contagiosa que está desesperado por evitar.

Y en lugar de dibujarme a mí —mi única invitación para mostrar que quizá todavía me interesaba algo más— eligió a su compañero de hockey.

—Necesitamos hablar de esto —dice Em, interrumpiendo otra vez mi espiral de Declan.

—¿Hablar de qué? —pregunto, fingiendo inocencia.

Me lanza una mirada tan plana que podría servir copas encima, señalando las ojeras bajo mis ojos y mi montón de ropa arrugada.

—De que apenas has salido de esta habitación en días si no es para ir a clase. De que te quedas mirando el teléfono cuando vibra y luego pones cara de decepción cuando no es él.

—Yo no—

—De que llevas semanas dibujando al mismo tipo, y ni te molestes en negarlo, porque he realizado varias misiones de reconocimiento en nombre del bienestar entre compañeras de cuarto. —Pasa el brazo por delante de mí y abre mi cuaderno de bocetos en otra página antes de que pueda detenerla—. ¿Ves? Y esto es solo de... ¿qué? ¿El martes?

Me arde la cara mientras pasa página tras página de Declan.

Declan sonriendo.

Declan con el ceño fruncido de concentración.

Las manos de Declan envolviendo un lápiz.

Declan mirando hacia otro lado, su perfil recortado contra una ventana.

—¿Cómo es que tú—

—¡Por favor! —bufa—. ¿Te crees que no sé lo que estás haciendo cuando te quedas con la mirada perdida y le das a «siguiente episodio» en Netflix sin siquiera mirar?

Me cubro la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Te odio.

—Me adoras. —Se sienta en su cama y da palmaditas en el espacio junto a ella—. Mira, sé que estás intentando huir de lo que sientes, pero ¿quizá es hora de que lo enfrentes?

—Ya lo enfrenté —digo, un poco demasiado alto, un poco demasiado a la defensiva, sin mirarla a los ojos—. ¡Me lo saqué follando!

—Sí, pero lo de sacártelo follando implica olvidarte después —dice Em—. Y él todavía te tiene enganchada, cielo...

—Él no me tiene—

Da un toqucito en el cuaderno de bocetos.

—Te lo tiraste y luego desapareciste, aunque quieres más de eso y más de él.

Levanto la cabeza de golpe.

—¡Yo no desaparecí! ¡Él desapareció!

—¿Ah, sí? —Em ladea la cabeza—. ¿O creaste toda esa regla de «solo una vez» y la seguiste tan a rajatabla que él piensa que eso es lo que quieres?

—Es lo que quiero —insisto, con una voz que suena hueca hasta para mí—. Es compañero de equipo de Mike. Mike lo mataría. Y probablemente a mí también.

—¿Así que en realidad es por Mike? ¿Esa es la razón, la única razón por la que estás evitando ser feliz? Porque tengo que decirte, Lea, que es una razón de mierda para negarte la felicidad.

—Yo—

—No, me toca hablar a mí —me corta—. Mike lo entendería si le dijeras que de verdad te importa Declan. Aunque primero montara una escena, que —seamos honestas— está prácticamente garantizado, lo superaría. Y aunque me equivoque, si intenta matar a alguno de los dos, tendrá que vérselas conmigo...

—Aterrador —respondo con media sonrisa. Ya no me quedan fuerzas para pelear—. Es solo que... Mike ha estado raro últimamente... está jugando fatal y algo le pasa...

Las cejas de Em se alzan.

—¿Raro cómo?

—No sé exactamente. No me lo quiere decir. Pero... —Dudo, luego busco mi portátil y lo abro—. Esto salió la semana pasada.

Em se acerca, entornando los ojos ante el titular del blog deportivo que he abierto: LA CAÍDA EN DESGRACIA DE ALTMAN: ¿ESTÁ LA ESTRELLA DEFENSIVA DE PINE BARREN PERDIENDO SU FILO?

—Auch —dice.

—Sí. —Cierro el portátil—. Sé que lo ha leído. Cuando fui a su apartamento, lo tenía abierto en la computadora. El hockey lo es todo para él, Em. Así que aunque hubiera algo con Declan —aunque

él quisiera, que no quiere— no puedo ser la razón por la que Mike se desmorone después de que me apoyó el verano pasado...

—Vaya, eso es mucha responsabilidad que estás asumiendo por el bienestar emocional de otra persona —dice Em con un tono engañosamente ligero—. Quizá si a Mike le afectan tanto los demás, debería elegir un deporte más solitario. Como el golf. O la pesca con mosca. ¿Crees que Mike se vería mono con esos pantaloncitos para vadear?

A mi pesar, resoplo de risa.

—Se llaman vadeadores.

—Lo que quiero decir es —continúa Em, ignorando mi corrección— que eres adulta. No el animal de apoyo emocional de Mike. Si te gusta Declan —y cielo, esos dibujos sugieren que ya superaste hace rato la fase de «me gusta» y vas directa al territorio del emoji con ojos de corazón—, quizá deberías explorar eso...

—Pero Mike—

—No. —Niega con la cabeza—. Si Mike necesita apoyo con lo que sea que esté pasando, puedes apoyarlo, independientemente de tu vida amorosa. Porque tú serás mucho más feliz en ese caso, que es lo que tu hermano debería querer, y puedes dejar de dibujar la misma rodilla con cicatrices durante cuatro—

Entrecierro los ojos ante su repentino silencio.

—¿Qué?

Em mira mi cuaderno de bocetos. Antes de que pueda protestar, ya está pasando las páginas de vuelta al dibujo de la pierna de Linc. Lo estudia un momento, con la cabeza ladeada.

—Hmm.

—¿Qué?

—Esto... —Traza con el dedo la línea curva de lo que se supone que es la cicatriz quirúrgica de Linc—. Esto no se parece nada a su cicatriz. Se parece a...

Se me cae el estómago cuando miro la página con ojos nuevos. El supuesto dibujo anatómico se ha transformado durante mis horas de trabajo. La curva de esa cicatriz ahora coincide perfectamente con la línea de la mandíbula de Declan, la que baja hasta su cuello, hasta el punto del pulso que latía bajo mis labios cuando yo—

—Dios mío. —Cierro el cuaderno de golpe, mortificada.

Em estalla de risa.

—Cielo, lo tuyo es grave. Grave de caso terminal.

Gimo.

—Estoy perdiendo la cabeza.

—No, solo estás ena—

—No lo digas —la corto—. No lo estoy. Apenas lo conozco.

—Vale. Pero sea lo que sea esto, no se va a ir.

—Eso no lo sabes —digo—. Si lo ignoro, yo—

—He probado esa estrategia con la tarea. Cero éxito.

Hay un momento de silencio.

—No es solo Mike —admito por fin, con la voz apenas audible.

—Lea —alza las cejas, taladrándome con la mirada.

—No es por Mike... o no solo por eso... —admito por fin—. Tengo miedo, Em.

Em gira la cabeza para mirarme.

—¿Por Chris?

Asiento.

—Le di todo a esa relación. Mi verano, mi corazón, y mi... —No termino la frase. No hace falta. Em conoce toda la sórdida historia—. Y él estuvo jugando conmigo todo el tiempo. ¿Y si Declan está haciendo lo mismo? O peor, ¿y si lo intentamos de verdad, y eso le jode el hockey, y termina odiándome por eso?

Em me rodea los hombros con un brazo.

—Ay, cielo. ¿Y si no haces nada y te pasas todo el semestre dibujando retratos interminables de lo que pudo haber sido?

Una lágrima me resbala por la mejilla. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que cae sobre la página, desdibujando la mandíbula de Declan que había difuminado con tanto cuidado.

—Mierda.

—Por lo que valga —dice Em, dejando atrás su payasería habitual para dar paso a una calidez genuina—, creo que está loco por ti. ¿La forma en que te mira cuando estás concentrada? Como si fueras un rompecabezas que no puede resolver, pero estaría encantado de pasar el resto de su vida intentándolo.

La miro fijamente, parpadeando para contener las lágrimas.

—¿En serio?

—Estuve ahí esa noche en la fiesta —dice—. Cuando te apartó de Ben. Eso no fue solo un tipo siendo protector con la hermana de su amigo. Eso fueron celos. Celos territoriales, de cerebro cavernícola, empapados de testosterona. Fue jodidamente caliente.

Cae otra lágrima.

—No sé qué hacer.

—Sí lo sabes. —Señala el cuaderno de bocetos con la cabeza—. Estos no son solo dibujos, Lea. Son lo que quieres. Y no quiero que te pierdas algo bueno porque te preocupa lo que pasó en verano o lo que pueda pasar si Mike se entera...

Perdémelo.

Quizá con las conejitas del hockey que Linc había mencionado en la sesión de dibujo, cuando sentí un fogonazo ardiente de celos. No estoy segura de que Dec sea así, pero tampoco puedo asumir que me va a esperar para siempre. Joder, yo casi me fui a casa con Ben Mitchell, y eso es tan atípico en mí, así que quién dice que él no está—

—Lea —Em ataja mis pensamientos, con la expresión de pronto seria—. ¿Te acuerdas de cuando me aterraba probar el muro de escalada en la orientación?

—Literalmente lloraste. —No puedo evitar reírme.

—Y vomité —añade servicial—. Pero lo que quiero decir es que estaba segura de que me iba a caer y morir. Pero no me pasó, y ahora tengo la dulce satisfacción de saber que conquisté esa altura, más un repertorio de por vida de historias vergonzosas sobre cómo vomité en los zapatos del profesor Wilson después.

Me río otra vez, a mi pesar.

—¿Cuál es exactamente la moraleja de esto?

—Quien algo quiere, algo le cuesta —dice Em con falsa solemnidad—. Y a veces, lo que crees que te va a matar en realidad te da la mejor anécdota.

—No creo que esto cuente como—

—No tienes que casarte con el tipo —me interrumpe Em—. Pero ¿y si —y solo estoy lanzando ideas al aire— en vez de dibujarlo obsesivamente como si fueras a empapelar nuestro cuarto con su

cara, le dieras una oportunidad de verdad? ¿Salir en algunas citas y ver qué pasa?

Me muerdo el labio inferior, pensándolo.

—¿Qué le diría siquiera? ¿«Oye, perdona que traté nuestro acostón como un exorcismo, pero resulta que todavía me gustas mucho»?

—Eso en realidad no está nada mal —dice Em, asintiendo con aprobación—. Quizá con un cincuenta por ciento menos de energía de cazafantasmas... y un cincuenta por ciento más de dejar que te meta mano...

—Te odio —digo otra vez.

—Venga, vamos. Marnie nos espera para contarnos todo sobre la sonrisa perfectamente simétrica de Trevor o lo que sea, y después podemos seguir planificando la Operación Desjode Tu Vida Amorosa.

—Ese es un nombre horrible para una operación.

—¿Prefieres «Operación Que Declan Te Vuelva a Comer el Coño»?

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Siempre he sido sabia, perra. —Su sonrisa habitual regresa—. Solo lo escondo detrás de toda esta energía de desastre andante para no intimidar a la gente.



La carcajada de Em reverbera por el pasillo mucho después de que se va, pero no puedo evitar sonreír. Ha hecho un trabajo magistral animándome —incluso mejor que el que hizo convenciéndome de que quizá debería darle una oportunidad a Declan—, pero ahora lo que me pide el cuerpo es un rato de tranquilidad después de unas horas con ella, Ping y Marnie.

Ella se ha ido a ver a su primo y, por fin sola, me dejo caer sobre la cama, con el colchón quejándose en protesta. Acerco el portátil y lo coloco sobre mi estómago mientras suena Romeo + Juliet de Baz Luhrmann. Se supone que estoy analizando la cinematografía para mi optativa de Cine como Arte, pero no me puedo concentrar.

Mi cuaderno de bocetos está abierto junto a mí, y pronto el lápiz está contra la página.

Mientras dibujo, Leonardo DiCaprio y Claire Danes se miran con amor a través de la pecera, y suspiro. Hasta los amantes trágicos adolescentes de ficción tienen la vida más resuelta que yo. Trazo una raya rápida en la página, empezando un nuevo boceto —un estudio del rostro de Claire Danes—, pero pronto se transforma en Declan.

Otra vez.

—Maldita sea. —Cierro el cuaderno de golpe y lo lanzo fuera de la cama. Aterrizo en el suelo con un golpe satisfactorio.

Olvidada la película, me quedo mirando el techo, contando las estrellas fluorescentes que Em insistió en pegar ahí nuestra primera semana. («Confía en mí, son esenciales para un buen feng shui universitario», había declarado con convicción absoluta.) Las estúpidas estrellas me recuerdan a caminar por el campus tarde por la noche con Declan.

Todo, al parecer, me recuerda a Declan.

Declan, que me mira como si fuera una obra maestra cuando solo estoy bocetando. Declan, que recuerda detalles diminutos que menciono una sola vez. Declan, que hace que todo mi cuerpo se sienta como si lo hubieran enchufado a una toma de corriente con una sola mirada.

Declan, a quien eché de mi vida porque estoy aterrada.

Pero, como mínimo, la intervención de Em me ha abierto la mente, solo una grieta, a—

Un golpe en la puerta interrumpe mi espiral de autocompasión.

Probablemente Em olvidándose la llave otra vez.

—¡Ya voy! —llamo, pausando la película y bajándome de la cama.

Pero cuando termino de forcejear con el cerrojo y abro, no es Em.

Es Declan.

Parece destrozado. El pelo revuelto, como si se hubiera pasado los dedos por él una y otra vez. Tiene ojeras bajo esos ojos azules que no puedo dejar de dibujar, y su pecho sube y baja rápido, como si acabara de cruzar el campus a la carrera.

—Hola —dice, con la voz ronca, bajando la mirada por mi cuerpo y luego volviendo a mi cara.

Mi cerebro hace cortocircuito. De pronto soy dolorosamente consciente de que, después de volver y cambiarme, llevo unos pantalones cortos de pijama raídos y una camiseta vieja con una imagen desteñida de Frida Kahlo. Sin sostén. El pelo recogido en un moño despeinado. Cero maquillaje.

Perfecto.

—¿Qué haces aquí? —logro preguntar.

Traga saliva visiblemente.

—No podía dormir.

—Son las nueve y media.

—Sé qué hora es. —Sus ojos se clavan en los míos—. No he dormido en dos días.

Dos días...

Desde nuestra última reunión del proyecto...

Mierda...

—Lea —dice—. Sé lo que dijiste esa mañana, y soy perfectamente consciente de que no has dicho nada al respecto desde entonces, pero no puedo dejar de pensar en ti.

El corazón me martillea contra las costillas. Parte de mí quiere cerrarle la puerta en la cara solo para protegerme de la posibilidad de volver a salir herida. Parte de mí quiere arrastrarlo a mi habitación agarrándolo de la camiseta. Que no sea una decisión instantánea de lo primero probablemente se lo deba a la intervención de Em.

No digo nada.

—Mira, sé que soy la última persona que quieres ver ahora mismo —irrumpe, con las palabras atropellándose al salir—. Pero ya no puedo con esto. No puedo fingir que no pienso en ti a cada segundo. No puedo fingir que no te deseo. No puedo seguir apareciendo en clase o en reuniones del proyecto y hablar de cualquier mierda.

—Declan—

—Se acabó —dice en voz baja—. Se acabó negar lo que siento por ti. Negar cuánto te deseo. Se acabó inventar excusas de por qué

no deberíamos estar juntos.

Trago con dificultad, con la garganta de pronto cerrada.

—Eso es mucho «se acabó».

—Sí, bueno. —Su pulgar me acaricia la mejilla—. He estado pensando mucho.

—Peligroso.

—No tienes idea... —Una comisura se eleva en una media sonrisa, y luego su expresión vuelve a ponerse seria—. Si quieres que me vaya, dímelo ahora, y listo. Nunca más tendrás que lidiar conmigo. Pero te prometo que si le das una oportunidad a esto, si nos das una oportunidad a mí y a lo nuestro, no te voy a hacer daño, Lea—

Resisto el impulso de salir corriendo.

Pero todavía no consigo decir nada.

—No te voy a engañar... no voy a hacer nada de lo que ese imbécil te hizo...

Su voz se apaga hasta que asiento, y entonces continúa.

—Y si un día decides que no me quieres, pues vale. Pero joder, quiero intentarlo y ver adónde nos lleva, porque nunca he querido nada más. Ni el hockey. Ni el arte. Solo a ti.

El momento se extiende entre nosotros, crepitando de posibilidad.

Ha presentado su caso y me lo ha dejado a mí. Sé que si digo que no, se va.

Es ahora.

El borde del precipicio.

Saltar o retroceder, pero de cualquier manera, nada volverá a ser igual.

La cara de Chris destella en mi mente.

Luego la de Mike.

Luego pienso en la voz de Em: Quien algo quiere, algo le cuesta.

Decido.

—El que no arriesga, no gana —digo en voz baja, y alzo la mirada hacia él y sonrío—. ¿No es lo que dicen ustedes, los cavernícolas?

Le agarro la cara y aplasto mi boca contra la suya.

Por una fracción de segundo, se congela —y entonces sus brazos me rodean, levantándose del suelo mientras nos empuja dentro de mi habitación. Me besa como si se estuviera ahogando y yo fuera oxígeno, mientras yo me aferro a él como si fuera lo único que me impide caer al abismo. Es desesperado y hambriento y tan jodidamente perfecto.

Cuando paramos, con la respiración entrecortada, apoya la frente contra la mía.

—¿Está Em?

—No —logro jadear mientras me baja.

—Bien. —Cierra la puerta detrás de él—. Necesitamos privacidad.

—¿Por qué? —Mi voz es imposiblemente pequeña. He decidido, pero todavía tengo miedo.

Se echa hacia atrás, acunándose el rostro entre las manos.

—Porque voy a tomar lo que es mío.

—Cama —digo, retrocediendo y enganchando los dedos en las trabillas de su cinturón para arrastrarlo conmigo.

No hay que decírselo dos veces. Me sigue, y vamos quitándonos la ropa por el camino. Para cuando llegamos a la cama estamos los dos desnudos, y me dejo caer de espaldas sobre el colchón, y él viene encima de mí, su peso delicioso y sólido, confiable y seguro—

—¿Estás segura? —susurra contra mis labios, aun estando desnudo sobre mí—. Porque si hacemos esto—

—Gracias por ser tan considerado, pero estoy segura —lo corto—. Estoy tan segura que siento que voy a arder si no me tocas ahora mismo.

Gime, capturando mi boca en un beso que me hace ver estrellas —de las de verdad, no las estúpidas de plástico fluorescente del techo. Su mano sube por mi costado, me cubre el pecho con la palma, el pulgar rozándome el pezón. Me arqueo hacia su tacto, jadeando.

—¿Tienes idea —murmura contra mi cuello— de cuántas veces he pensado en esto en las últimas semanas?

Le clavo las uñas en la espalda, arañando la piel cálida hacia abajo.

—Demuéstramelo, Declan, por favor.

Sus ojos encuentran los míos, y hay vulnerabilidad ahí junto al deseo. No solo lujuria: algo más profundo. Algo que me aterra y me estremece a partes iguales. Pero es distinto a las veces que he estado con alguien más, porque sé que si le pidiera que parara, o le dijera exactamente lo que necesito, lo haría.

—Lo haré —promete, con la voz ronca—. Toda la noche si me dejas.

Mientras sus labios bajan por mi cuerpo, cierro los ojos. Por primera vez desde Europa, desde Chris, no estoy pensando en lo que podría salir mal. No estoy recordando el dolor pasado ni anticipando un futuro desengaño ni inventando alguna excusa para alejarme de algo que me da miedo.

Solo estoy aquí, con Declan, dejándome caer.

Y se siente como volar.

DECLAN PRENDE fuego a mi mundo mientras sus labios trazan un camino por mi cuello, y me pregunto por qué me negué esto durante tanto tiempo. Me toca como si fuera de cristal. Es tierno, pero después de semanas intentando olvidarlo, convenciéndome de que esto era un error, no quiero cuidado.

Quiero que me consuma.

Mis manos descienden por su espalda musculosa, sintiendo cómo sus músculos se mueven bajo mis palmas, y lo atraigo más cerca, rozando mis caderas contra las suyas. Gime contra mi piel, y la vibración me envía escalofríos por la columna. Pero aun así, va despacio y con cierta cautela.

Voy a tener que enseñarle.

Con un arranque de audacia, empujo sus hombros. Parece confundido un instante antes de que lo maniobre hasta dejarlo boca arriba, sentándome a horcajadas sobre sus caderas. Abre mucho los ojos, que se oscurecen cuando me inclino para besarlo brevemente antes de deslizarme por su cuerpo, dejando un rastro de besos a mi paso.

—¿Qué estás...?

—Shhh —murmuro—. Quiero enseñarte.

Sus abdominales se tensan cuando envuelvo mis dedos alrededor de él, y está tan duro como recuerdo del baño. Pero a diferencia de

aquel día, cuando yo era una tormenta de emociones consumida tanto por el miedo como por el anhelo, ahora sé exactamente lo que quiero. Y, Dios, se lo voy a demostrar.

—Joder —jadea, alzando las caderas involuntariamente mientras lo acaricio despacio.

—No, solo soy yo —replico.

Bajo la cabeza, manteniendo contacto visual mientras paso mi lengua por la parte inferior de su polla, desde la base hasta la punta. Todo su cuerpo se estremece, y eso me recorre como una descarga, saber que tengo este efecto en él. Murmura una maldición, y una mano viene a posarse suavemente en mi pelo.

Lo tomo en mi boca, despacio al principio, observando su reacción, y la forma en que sostiene mi mirada hace que mi pulso se acelere. Sus ojos están entrecerrados, las pupilas dilatadas de deseo, pero hay algo más ahí también: una vulnerabilidad que me oprime el pecho.

Ahondo las mejillas, tomándolo más profundamente, y sus ojos se ponen en blanco, sus dedos apretándose en mi pelo. Me pierdo en el ritmo, en su sabor y en los sonidos que hace: gemidos medio ahogados que se vuelven más desesperados con cada pasada de mi lengua.

—Espera —jadea de pronto, tirando suavemente de mi pelo—. Para. Estoy demasiado cerca.

Me retiro, lamiéndome los labios. —Esa es la idea.

—No —dice, respirando con dificultad—. Demasiado pronto... Demasiado rápido...

—Dec, no pasa nada —me río—. Habrá otras mil oportunidades...

—No, no lo entiendes... —Se ríe y le brilla la mirada, incluso mientras sigo chupándola—. Llevo toda la semana pensando en ti, y no he...

Tardo un segundo en entenderlo, y entonces me río al incorporarme, haciendo un puchero fingido. —Declan Andrews, ¿me estás diciendo que te has abstenido mientras me esperabas?

—Sí, supongo que sí —sonríe de lado—. Lo cual no significa que no haya estado pensando en ti todo el tiempo...

Algo cálido se despliega en mi pecho. —¿Has estado pensando en mí?

Se le escapa una risa incrédula. —¿Es broma? —Se incorpora, acunándome la cara entre las manos—. Todas las noches. Todas las putas noches, Lea.

La honestidad cruda en su voz me da valor. —Yo también —admito—. Todas las noches. No dejaba de revivir lo que pasó en tu apartamento.

Sus ojos se oscurecen más, y una sonrisa lenta se extiende por su rostro. —Eso me deja el listón muy alto.

Hay algo en su tono: medio en broma, medio en serio. Me doy cuenta de repente de que está nervioso. Declan Andrews, estrella de hockey, artista con talento y el tipo que dibujaba desnudos femeninos en clase sin inmutarse, está nervioso por complacerme.

Eso hace que lo desee aún más.

—Estoy segura de que te las apañarás —bromeo, pero lo suavizo con un beso para que sepa que no estoy realmente preocupada.

Nos da la vuelta, aprisionándome bajo él otra vez. —Reto aceptado —murmura contra mis labios, y siento su miembro duro presionando contra la cara interna de mi muslo.

Sus manos están en todas partes: subiendo por mis costados, ahuecándose sobre mis pechos, sus pulgares rozando mis pezones hasta que me arqueo hacia él. Cuando sus dedos me encuentran, ya estoy vergonzosamente mojada. Gime con apreciación, deslizando un dedo dentro de mí mientras su pulgar dibuja círculos sobre mi clítoris.

Me quedo sin aliento, y en este momento todo encaja como un puzle completado a la perfección.

—Estás tan jodidamente guapa —murmura, hundiendo la cara en mi cuello—. Llevo semanas soñando con esto, contigo.

Añade otro dedo, curvándolos dentro de mí, y grito, aferrándome a sus hombros. Mis uñas se clavan en su piel mientras el placer crece, enrollándose cada vez más tenso en la base de mi columna. Dejarme ir con él se siente tan bien como la última vez, pero ahora siento que me está acompañando, dando el salto conmigo.

Y es ardiente.

—Declan —jadeo—. Por favor... necesito...

Lo entiende al instante, alcanzando sus vaqueros descartados y sacando un condón de su cartera. —Menos mal que repuse existencias... —se ríe.

Le quito el condón de las manos, desenrollándolo por toda su longitud. Cierra los ojos con mi contacto, y se le corta la respiración. Cuando está puesto, se posiciona entre mis muslos, la punta roma de su polla presionando contra mi coño. La forma en que se estremece ligeramente me dice que está conteniendo la urgencia de hundirse de golpe en mí.

Y, esta vez, no pregunta.

Empuja despacio, llenándome centímetro a centímetro. Pero no es suficiente. Está siendo demasiado cuidadoso, porque le preocupa romperme. Pero quiero que vea que ahora soy más fuerte, que puedo con ello. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y lo animo a seguir. Más, más, más. Y cuando por fin está completamente dentro de mí, veo estrellas.

—Joder —susurra, con la frente presionada contra la mía.

Empieza a moverse, lento y profundo al principio, cada embestida deliberada. Me aferro a su espalda, sus hombros, a cualquier sitio que pueda alcanzar, intentando atraerlo más cerca, más adentro. Entonces acelera el ritmo, embistiéndome con urgencia creciente. El cabecero golpea contra la pared, y en algún rincón de mi mente, espero que Em no vuelva antes de tiempo.

—Declan —gimo, sintiendo la tensión que se acumula—. Dios, estoy cerca.

—Córrete para mí —me anima—. Suelta lo que has estado reteniendo.

Las sensaciones combinadas me empujan al borde. Me corro con un grito que él amortigua con su boca, tragándose el sonido mientras mi cuerpo se contrae a su alrededor. El placer es arrollador, irradiando desde mi centro en oleadas que me dejan temblando.

A medida que las olas de placer se disipan, me desplomo contra las almohadas, jadeando. Declan sigue dentro de mí, duro y palpitante, los músculos tensos mientras contiene su propio clímax.

—No he terminado contigo —murmuro junto a su oído—. Ni de lejos.

Se ríe, medio gimiendo. —Yo casi sí. Vas a matarme, Altman.

—Menos mal que has estado ahorrando —bromeo, apretando mis músculos a su alrededor.

—Joder —dice, con los ojos prácticamente poniéndosele en blanco.

Me recorre un escalofrío de excitación. —Oye, Dec.

Arquea una ceja. —¿Sí?

—Quiero que me tomes por detrás —digo, con la voz sorprendentemente firme a pesar del calor que me inunda las mejillas. Normalmente no pido lo que quiero de forma tan directa, pero con Declan se siente diferente. Seguro. Y si estoy dando el salto con él, más vale que sea hasta el final—. Por favor.

Algo destella en sus ojos —hambre, tal vez, o sorpresa— antes de asentir, saliendo de mí despacio. Gimoteo por la pérdida, y me siento de pronto vacía sin él, pero entonces sus manos están en mis caderas, guiándome mientras me giro boca abajo. Me pongo a cuatro patas y lo miro por encima del hombro.

Y entonces sonrío. —Justo así.

Su mirada me recorre entera, y nunca me he sentido tan expuesta, tan vulnerable, y a la vez tan completamente cómoda. Ya no busco excusas para resistirme o huir, sino que lo estoy invitando a entrar. Y sé, en lo más profundo, que puedo confiar en que será amable y cuidadoso, y en que no me hará daño.

Sus manos acarician mi trasero, apretando con suavidad antes de subir por mi columna hasta los hombros y volver a bajar. Cada caricia deja un rastro de fuego a su paso. Cuando sus dedos se deslizan entre mis piernas, encontrándome todavía resbaladiza e hinchada, gimo, dejando caer la cabeza sobre el colchón y entregándome a él.

—Te gusta esto —observa, deslizando un dedo dentro de mí.

—Sí —jadeo cuando añade un segundo dedo, abriéndome—. Dios, sí.

—Dime qué quieres —dice, sus dedos moviéndose lentamente dentro y fuera.

Trago saliva. —Te quiero dentro de mí. Profundo. Fuerte.

Lo siento moverse detrás de mí, posicionándose, y empujo hacia atrás con impaciencia, tomándolo dentro. Ambos gemimos cuando se desliza hasta el fondo, llenándome por completo en una sola embestida fluida. Comienza a moverse con empujes lentos y profundos que me hacen agarrarme a las sábanas.

Acelera el ritmo, el sonido de piel contra piel llenando la habitación junto con nuestra respiración pesada y palabras a medias. Una mano deja mi cadera para deslizarse alrededor y entre mis piernas, encontrando mi clítoris y dibujando círculos con su pulgar al compás de sus embestidas.

—Declan —gimo, y los brazos empiezan a fallarme—. Yo...

—Te tengo —dice, con la voz tensa. Su pecho se presiona contra mi espalda mientras se inclina sobre mí, su brazo libre rodeándome la cintura para sostenerme. La nueva posición lo lleva imposiblemente más hondo, y me siento apretarme a su alrededor otra vez—. Te tengo, Lea.

Mi segundo orgasmo se construye más rápido que el primero, una ola gigante cobrando fuerza. Las embestidas de Declan se vuelven más urgentes, menos controladas, y sé que él también está cerca. Sus dedos continúan sus círculos implacables sobre mi clítoris, empujándome más y más alto, y con la cabeza enterrada en el colchón estiro la mano hacia atrás para agarrarle las piernas.

—Mírame —dice de pronto, con la voz rota—. Necesito verte.

Su mano deja mi cintura para girarme suavemente la cara hacia él. Es torpe, ese medio giro, pero cuando nuestras miradas se encuentran, algo eléctrico pasa entre nosotros. Estoy segura de que mi cara es un desastre, pero aun así me besa —desordenado, desesperado y perfecto— y me pierdo.

Jadeo contra sus labios. —Voy a...

—Yo también —gime, sus caderas chocando contra las mías—. Joder, Lea. Juntos.

El orgasmo me golpea como un relámpago: repentino, abrasador y arrollador. Grito mientras mi cuerpo se convulsiona a su alrededor. Durante todo ello, los ojos de Declan se mantienen fijos en los míos, íntimos de una forma que nunca he experimentado. Sus pupilas

están completamente dilatadas, su expresión de puro éxtasis mientras se corre con un gemido estremecido, vaciándose.

Nos desplomamos juntos sobre la cama, un revoltijo de extremidades sudorosas y latidos acelerados. Durante varios minutos, ninguno habla, demasiado ocupados tratando de recordar cómo se respira. Los brazos de Declan me envuelven desde atrás, atrayéndome contra su pecho en una cucharita. Sus labios depositan besos suaves en mi hombro, mi cuello, en cualquier sitio que alcancen.

Poco a poco nuestra respiración se estabiliza, nuestros latidos se calman. Estoy medio adormilada, en ese momento dulce y poscoital de felicidad absoluta. Pero esta vez es diferente. Aquella mañana en su apartamento, mi mente me martilleaba con «¿y si...?» y me gritaba que huyera. Pero ahora estoy perfectamente contenta de quedarme envuelta en los brazos de Declan para siempre.

—¿Estás bien? —murmura contra mi pelo al cabo de un rato.

—Mmm —respondo con elocuencia—. Muy bien.

Su risa suave vibra contra mi espalda. —Bien.

Un silencio cómodo se instala sobre nosotros. Sus dedos trazan dibujos perezosos en mi brazo, y me siento más relajada de lo que he estado en meses. Quizá desde aquellas primeras semanas doradas en Europa, antes de conocer a Chris, cuando solo éramos mi cuaderno de bocetos, yo y la posibilidad infinita.

Pero algo me ronda el borde de la conciencia, una pregunta que necesita ser formulada. Crece despacio, subiendo como la marea hasta que es imposible de ignorar. Porque, aunque decidí dar el salto con Declan, y sé lo que yo quiero, necesito saber que él todavía lo quiere...

—Entonces... —empiezo, intentando sonar casual—. ¿Vamos en serio con esto?

—¿Con qué? —Su mano se queda quieta en mi brazo—. Acabamos de hacerlo.

Me giro entre sus brazos, empujándole el hombro con suavidad. —Eso no, idiota. Esto. —Señalo entre los dos, sintiéndome de pronto torpe—. Tú y yo. Una... relación.

La palabra queda suspendida en el aire, cargada de implicaciones. Contengo la respiración, observando su cara. Se queda callado un momento, y por una fracción de segundo la voz negativa en mi cerebro grita que ya me lo había dicho, que esto era un error. Pero entonces, despacio, una sonrisa se extiende por su rostro.

—Me gustaría —dice.

Algo cálido florece en mi pecho. —¿Sí?

—Sí.

La palabra es definitiva.

Firme.

Fiable.

—¿Y Mike? —dice.

—Creo que no deberíamos decírselo —lo interrumpo—. No ahora, al menos.

Mientras lo digo, las palabras de Em resuenan en mis oídos. Mike debería alegrarse si yo soy feliz, y si no lo hace, peor para él. Pero si no se entera, tampoco importará, ¿no? Y Declan y yo podemos decidir juntos cuándo decírselo en el momento adecuado.

—Se lo diremos cuando estés lista. —Siento su sonrisa contra mi piel mientras me besa el cuerpo—. Entonces, ¿esto significa que estoy perdonado por ser un imbécil con tu arte?

Me río, acurrucándome más contra él, si es que eso es posible. —Depende. ¿Vas a seguir siendo un imbécil con mi arte?

—Nunca. Tu arte es increíble. Tú eres increíble. —Me besa la punta de la nariz—. ¿Y lo de haber mentido sobre jugar hockey?

—Supongo que los jugadores de hockey no están tan mal —digo—. O sea, Linc tiene unas piernas de infarto...

Suspira con exageración. —¿Ya pensando en otros hombres?

—Depende —digo, estirándome satisfecha— de si te has recuperado lo suficiente para otra ronda...

Alza las cejas de golpe, y una sonrisa lenta se extiende por su cara. —¿Otra ronda, eh? Ambiciosa...

—Me han dicho que soy muy autoexigente —replico, bajando la mano para envolver mis dedos a su alrededor. Ya está medio duro otra vez, y mi contacto lo hace estremecerse.

—Joder —se ríe, con un espasmo de caderas—. ¿En qué me he metido?

Lo miro a través de las pestañas. —Creo que la pregunta es en quién te vas a meter.

Su risa se convierte en un gemido mientras lo acaricio con firmeza. —Serás mi perdición, Lea Altman.

—Pero qué forma de irse —digo con una sonrisa perversa, y entonces me deslizo por su cuerpo, lista para demostrarle exactamente lo autoexigente que puedo ser.

EL DISCO se desliza hacia mí como si supiera adónde pertenece. Lo controlo con el palo, esquivando al defensa de Rutgers que intenta estamparme contra la valla. Quedan dos minutos en el tercer periodo y vamos ganando 2-0. Los pulmones me arden con cada bocanada de aire frío de la pista, pero de la mejor manera posible.

Mike aparece a mi derecha justo cuando lo necesito, como si me hubiera estado leyendo la mente toda la noche. Sin palabras, solo una mirada rápida, y sé que tengo que pasarle el disco. Lo recibe, amaga a la izquierda, confunde al portero, y me lo devuelve en un solo movimiento fluido. El portero de Rutgers se lanza desesperado, volcándose demasiado hacia el lado de Mike. Veo mi hueco y lanzo.

La luz roja se enciende.

La grada estalla.

3-0.

El ruido me golpea como una ola física mientras mis compañeros se estrellan contra mí, dándome palmadas en la espalda y el casco. Por encima de sus hombros, capto el gesto de Mike —ese leve movimiento de barbilla que vale más que mil choques de manos de cualquier otro. Viniendo del Capitán Estoico, es prácticamente un abrazo entre lágrimas.

—¡Joder, qué jugada, Dec! —me grita Linc al oído, su pelo rojo de duende visible incluso bajo el casco—. ¿Qué te ha inspirado?

Buena pregunta.

La respuesta es la chica que ha pasado las últimas semanas enseñándome exactamente cuántas terminaciones nerviosas tiene el cuerpo humano, y que después se queda despierta hasta tarde conmigo hablando... dibujando... y básicamente aislándonos del mundo.

El entrenador Barrett hace señal de cambio de línea, pero mientras patino hacia el banquillo, mi mirada se escapa hacia las gradas, más allá de las chicas con sus carteles brillantes de FÓLLAME (que parecen decepcionadas de que no les devuelva la mirada), buscando la única cara que me importa ahí arriba.

Ahí está —Lea, con mi camiseta de entrenamiento, algo que le provocaría un aneurisma a Mike si se enterara. Me pilla mirándola y sonrío, articulando algo que no puedo oír por encima del público pero que me imagino perfectamente en su voz, algo sarcástico sobre que el hockey es «ballet asesino sobre hielo»...

Mi atención vuelve al partido cuando el entrenador me da una palmada en el hombro mientras me siento en el banquillo. —Buen trabajo, Andrews. Sigue así.

Asiento, bebo agua y observo el juego. El entrenador de Rutgers les está gritando a sus jugadores, la cara acercándose al mismo tono que el pelo de Linc. Hasta me dan pena —sé exactamente lo que se siente cuando no te sale nada— porque hace un mes yo producía tanta mierda que podrían haberme comercializado como laxante.

Pero eso ha cambiado.

Mis entrenamientos han sido sólidos.

Mi juego ha vuelto a donde tiene que estar.

Hasta mi arte ha fluido mejor últimamente.

Todo encaja, y sé exactamente por qué.

Rima con «Flea Schmaltzmann».

La razón por la que no puedo ni pensar su nombre ahora mismo está a mi lado en el banquillo. Mike tiene los ojos fijos en el hielo, concentrado y decidido de una forma que no le veía en semanas. Esta noche está jugando como antes, como el Mike que tenía a los ojeadores babeando las dos últimas temporadas.

—Vamos a cerrar esto limpio —dice, con toda su autoridad de capitán—. Quedan noventa segundos. Nada de penaltis estúpidos. Nada de lucirse. Ceñidos al plan.

Nada que espante al ojeador de las gradas, añadido mentalmente. Los tres hemos jugado bien —Mike, Linc y yo—, así que mandémoslo a casa contento.

Su mirada se cruza con la mía, y hay algo ahí que no veía hace tiempo: confianza. Como si supiera que lo cubro en el hielo, aunque en secreto me esté acostando con su hermana fuera de él. La culpa que dispara ese pensamiento es momentánea pero afilada.

La aparto.

Lea y yo hemos hablado de esto: se lo diremos cuando sea el momento. Después de la temporada. Después de que los ojeadores tomen sus decisiones. Cuando Mike no tenga la presión de todo su futuro pendiente de cada partido. Y en ese punto, o le parecerá bien o no.

Echo otro vistazo a las gradas y localizo al ojeador en primera fila. Un tipo de mediana edad con traje oscuro, completamente fuera de lugar entre los universitarios pintarrajeados. Observa a Mike como si estuviera intentando memorizarlo, con una sonrisa sutil en los labios.

Eso es bueno.

Eso es muy bueno para Mike.

La segunda línea mantiene el partido bajo control y, cuando el timbre suena por fin cerrando el marcador en 3-0, suspiro aliviado. Saludamos a los jugadores de Rutgers —la mayoría tipos decentes, al contrario que los de Princeton— y luego saludamos a los aficionados, que han estado geniales.

Mientras vamos hacia el vestuario, miro hacia arriba una última vez. Lea sigue mirándome, con esa sonrisa que me revuelve el estómago. Me levanta un pequeño pulgar que de alguna forma dice más que toda la grada gritando junta.

Mike me da un golpe con el hombro en el túnel. —Buen partido —dice, simple pero sincero.

—Tú también —respondo—. Has estado en llamas esta noche.

—Ya iba siendo hora de que me acordara de cómo se juega.

No decimos nada más, pero hay una soltura entre nosotros que llevaba desaparecida desde su mala racha. Pero entonces noto las líneas tensas alrededor de sus ojos. Esta noche ha estado bien, pero sigue cargando algo. Un partido no arregla lo que sea que lo está consumiendo.

El vestuario vibra con la victoria: Linc ya planeando la celebración, Maine hablando del pedido de comida a domicilio, y Rook todavía radiante por su blanqueada. Me quito el equipo, y los dolores familiares de después del partido se van asentando en los músculos.

Pero todos se callan cuando entra el entrenador Barrett.

Se apoya en la pizarra, brazos cruzados sobre el pecho, su ceño habitual de después de los partidos reemplazado por algo cercano al orgullo. Para un tipo que cree que sonreír da ventaja táctica al rival, es prácticamente euforia.

—Buen partido, caballeros. —Asiente, repasándonos a todos con la mirada—. Trabajo en equipo de manual. Es lo que hemos estado buscando toda la temporada.

Linc levanta un puño al aire. —¿Eso significa que nos invitas a cócteles y bailarinas, Coach?

La casi-sonrisa del entrenador se esfuma. —Mi sueldo no da para tirar carne cruda a la jaula donde los tengo, animales.

—Había que intentarlo —murmura Linc, arrancando unas cuantas risas.

—Rook —continúa el entrenador—, buena blanqueada. El resto, buen posicionamiento, buenos pases, buenos tiros. —Su mirada se posa en Mike—. Capitán, así se lidera con el ejemplo.

El orgullo le cruza la cara a Mike, aunque intenta disimularlo con un gesto casual. Esto significa mucho para él, y me ha matado ver a mi amigo luchar en silencio con su bajo rendimiento estos últimos meses.

Entonces capto el sutil gesto de dolor cuando cambia el peso, favoreciendo la pierna derecha.

Ahí pasa algo, seguro.

Antes de que pueda darle más vueltas, el entrenador está encima nuestro con las notas habituales sobre áreas de mejora —porque

Dios no quiera que nos vayamos sin críticas— y después nos pide a Mike, Linc y a mí que nos quedemos cuando el resto se haya cambiado y se haya ido.

El resto del equipo intercambia miradas, pero nadie lo cuestiona.

A medida que el vestuario se vacía, me pongo ropa limpia, intentando parecer tranquilo mientras mi cabeza va a mil. Puede que el entrenador nos pida quedarnos por lo del ojeador —buenas noticias, con suerte— o está a punto de echarnos una bronca por algo que no sabemos que hicimos mal.

En cualquier caso, pronto estamos solo los tres esperando.

—¿Han visto al ojeador? —pregunta Linc, rompiendo por fin el silencio, con la voz baja pero vibrando de emoción.

Mike levanta la cabeza de golpe, con una expresión en la cara que no logro descifrar. —Sí. Tercera fila, ¿corbata azul?

—Primera fila, en realidad —le corrijo—. Traje oscuro. Parecía sonreír bastante por lo que pude ver...

—Tenía pinta de estar prestándote atención extra a ti, Mikey —añade Linc, dándole un golpe con el hombro.

La risa de Mike suena forzada. —Solo porque no di asco del todo por una vez. He jugado como basura el resto de la temporada.

—Eso no es verdad —empiezo, pero Mike me interrumpe.

—Esta noche ha sido diferente. Me he lucido gracias a ustedes dos. —Nos señala a Linc y a mí con la cabeza. Ahí está, inconfundible: bajo el cumplido hay un destello de envidia que me retuerce el estómago, apenas perceptible pero detectable si lo conoces—. Ustedes han sido sólidos toda la temporada.

Linc se desploma en el banco, estirando las piernas. —Eres nuestro capitán por algo, hermano. El ojeador lo ve.

—Ya veremos... —Mike cambia de peso otra vez, y lo veo flexionar el tobillo derecho con disimulo, como probándolo.

—¿Estás bien? —pregunto, señalándole el pie con la cabeza—. He notado que le has dado fuerte al Deep Heat después de los entrenamientos.

La cara de Mike se cierra. —Estoy bien.

—Si algo te molesta...

—He dicho que estoy bien —me corta, y al instante parece arrepentido—. Solo un poco de rigidez. Nada que importe.

Antes de que pueda insistir, el entrenador Barrett vuelve. —Quería hablar con ustedes tres porque el ojeador de esta noche era Kyle Morrison, de los Harriers —dice.

Linc contiene la respiración a mi lado.

No le culpo. Los Harriers son un equipo de primer nivel.

—Ha quedado impresionado. —El entrenador echa un vistazo a su carpeta—. Ha pedido información de contacto de García y Andrews. Quiere concertar reuniones con los dos.

Linc suelta un grito que podría romper cristales, se levanta de un salto y me aplasta con un abrazo que me tritura los huesos. —¡Joder, sí! —exclama, la cara partida por una sonrisa.

Fuerzo una sonrisa, intentando igualar su entusiasmo, pero mi reacción se siente mecánica. Hace un mes esta noticia me habría puesto en órbita. Ahora solo estoy... ¿aliviado? Contento por Linc, sin duda. Pero en lo que a mí respecta, hay una extraña desconexión, como si estuviera viendo cómo se cumple el sueño de otro.

Entonces me fijo en Mike.

La rigidez con la que se sostiene.

La sonrisa forzada que no le llega a los ojos.

La devastación que intenta ocultar desesperadamente.

El entrenador no ha mencionado su nombre.

Linc también se da cuenta, y su celebración se corta en seco. —Mierda, espera, ¿y Mike? ¿No ha pedido la información de Mike?

La expresión del entrenador se endurece. —García, Andrews, salgan. Necesito hablar con Altman.

—Pero... —empieza Linc.

—Ahora —dice el entrenador, con un tono que no admite réplica.

Linc le lanza a Mike una mirada desconcertada y coge su bolsa. Yo hago lo mismo, con el estómago revuelto de culpa y confusión. Sean cuales sean los problemas que lo han lastrado esta temporada, Mike sigue siendo el mejor de nosotros, y lo demuestra despidiéndonos a ambos con un gesto seco de cabeza que pretende ser tranquilizador pero se queda a kilómetros de conseguirlo.

—Dile que pida también la información de Mike —le murmura Linc al entrenador al pasar—. Mike es nuestro capitán. Tiene que estar en esa lista.

El entrenador se limita a mirarlo fijamente hasta que Linc aparta la vista y se dirige a la puerta. Yo dudo, sin querer dejar a Mike solo, dividido entre la lealtad a mi amigo y la orden directa del entrenador. Pero cuando Mike niega levemente con la cabeza —Vete—, sigo a Linc de mala gana.

Al salir al pasillo, la puerta pesada se cierra detrás de nosotros, pero no sin que antes capte las primeras palabras del entrenador. «Tenemos que hablar de los resultados de la resonancia...»

Linc se queda mirando la puerta cerrada, su alegría completamente evaporada. —¿Qué cojones, hermano? Mike es el mejor jugador de este equipo.

—Algo le pasa en el tobillo o en el pie —digo en voz baja—. Lleva meses escondiéndolo.

—Mierda. —Linc tamborilea con los dedos sobre el muslo—. ¿Tú crees que es grave?

No contesto. No hace falta. Los dos sabemos lo que probablemente significan los resultados de una resonancia, especialmente cuando el ojeador no ha pedido su información de contacto. La voz ha corrido, y —por ahora, al menos— la carrera profesional de Mike podría quedar aparcada o morir del todo, dependiendo de la gravedad del daño.

Linc sacude la cabeza mientras la realidad cala. —¿Por qué el entrenador ha dejado que Mike se quedara sentado mientras soltaba eso? ¿Solo para humillarlo o qué?

El pasillo se extiende vacío ante nosotros, nuestras voces extrañamente altas en la quietud posterior al partido. La celebración se ha trasladado a otro sitio, dejándonos solos a nosotros y a lo que sea que esté ocurriendo detrás de esa puerta cerrada.

—Puede que haya sido un toque de atención —digo, ajustándome la correa de la bolsa de deporte—. Mike lleva meses ocultando lo que le pasa, también al entrenador, supongo. Puede que Barrett haya pensado que no lo admitiría a menos que supiera

que su puesto en la NHL estaba en juego, y esta es su forma de decírnoslo cuando Mike no quiere.

—Joder. —Linc exhala bruscamente—. He visto a Mike jugar con de todo: gripe, dedo roto, y aquella vez que tuvo una conmoción cerebral y fingió que estaba bien. Esto...

—Tiene que ser grave.

Nos quedamos en silencio, los dos procesando. El peso de lo que le está pasando a Mike se me asienta en los hombros como algo físico. Aquí estoy yo, siendo ojeado, jugando el mejor hockey de mi vida, mientras mi amigo —mi capitán— se enfrenta a lo que puede ser una lesión que acabe con su carrera.

Linc se endereza de repente, con la expresión cambiada. —¿Qué te pasa a ti, por cierto?

—¿Qué?

—A ti. —Me señala con un gesto—. Llevas un tiempo entrenando y jugando como si te fuera la vida en ello. Mejor de lo que te he visto jugar nunca.

El calor me sube por la nuca. —Simplemente... ha hecho clic, supongo.

—Y una mierda. —Los ojos de Linc se entrecierran—. Conozco esa cara. Es tu cara de «estoy escondiendo algo genial».

No tiene sentido negarlo. No con Linc. —Sigo viéndome con Lea —admito en voz baja—. No solo viéndonos. Estamos saliendo.

Linc hace una mueca. —Lo sabía, y me gustaría pensar que fueron mis poses las que...

—Calla —digo, sin poder evitar la sonrisa que se forma solo con pensar en ella—. Va bien, hermano. Cuando acabe la temporada de hockey, se lo contamos a Mike.

—Eso es... —Linc busca la palabra adecuada—. Optimista.

—Para entonces, llevaremos meses juntos. No podrá decir que es solo un rollo, o que no me la tomo en serio. —El plan suena razonable cuando lo digo en voz alta, y hay una pequeña posibilidad de que no me persiga con un palo de hockey... o algo peor—. Y no afectará a mi juego ni al suyo.

—¿Y de verdad crees que pueden mantener esto en secreto tanto tiempo?

Me encojo de hombros. —De momento lo hemos conseguido.

—¿En un campus de este tamaño? —Linc me mira escéptico—. ¿Donde todo el mundo se entera de la vida de los demás antes que ellos mismos?

—Somos cuidadosos.

—¿Tan cuidadosos como para no devorarla con los ojos en las gradas mientras su hermano está a un metro?

Se me cae el estómago. —¿Se me ha notado tanto?

—¿A mí? Sí. ¿A Mike? —Linc se para, frunciendo el ceño—. Mira, creo que Mike tiene problemas más gordos que lo tuyo con Lea ahora mismo, pero aun así, ten cuidado. Si se entera...

—Tomado nota.

—No te estoy diciendo que no vayas a por ello —añade, dándome una palmada en el hombro—. Solo... ¿quizá con ojitos un pelín menos obvios durante los partidos?

La puerta del vestuario se abre y Mike sale solo. Tiene la cara pálida, la mandíbula apretada, y una mirada en los ojos que solo le he visto una vez —después de perder el campeonato en segundo año. Devastación cubierta por una fina capa de control.

Nos ve esperando y cambia la expresión, intentando parecer neutral. —¿Qué hacen aquí todavía?

—Esperarte —dice Linc, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Dónde está el entrenador?

—Sigue dentro. —Mike señala con la cabeza hacia la salida—. Larguémonos de aquí.

Mientras caminamos, me fijo en la leve cojera de Mike. Es sutil —no la verías si no estuvieras buscándola— pero está ahí, una vacilación en la pierna derecha. Lo que sea que le pasa, le duele y va a peor, y lleva así más tiempo del que ninguno de nosotros se daba cuenta.

—Entonces... —tantea Linc, rompiendo el silencio tenso—. ¿Nos vas a contar qué pasa?

La risa de Mike es hueca. —No pasa nada.

—Claro. Por eso el entrenador tenía que hablar contigo a solas después de mencionar los resultados de la resonancia.

Mike se para en seco, girándose a mirarnos con una dureza en los ojos que raramente le he visto. —No es nada de lo que preocuparse.

La mentira es tan obvia que casi resulta insultante. —Mike, venga ya —digo—. Somos tus amigos. Si algo va mal...

—Lo que va mal es que estoy cansado y tengo hambre —espeto—. ¿Podemos... no hacer esto ahora?

—Claro —digo, intercambiando una mirada con Linc—. Vamos a comer. Celebremos la victoria.

Los hombros de Mike se relajan un poco. —¿Pizza en casa de Linc?

—Obviamente. —Linc sonrío, aunque no del todo.

Mientras nos dirigimos a la salida, la conversación se desvía a terreno más seguro. Pero hay una corriente subterránea, algo no dicho entre nosotros. Mike esconde algo serio, y yo escondó algo que lo destrozaría de otra forma.

Los secretos flotan en el aire a nuestro alrededor, invisibles pero con un peso que los tres sentimos.

LLAMO a la puerta del apartamento de Declan con el portafolio apretado bajo un brazo y el cuaderno de bocetos balanceándose encima. El pasillo está en silencio salvo por el golpeteo lejano de la música cargada de graves de alguien y el repiqueteo de mi pie, nerviosa de que nos pillen antes de estar los dos a salvo dentro.

Mis nervios son completamente ridículos.

Llevamos semanas viéndonos a escondidas, y esta es solo otra noche, otra sesión de dibujo —la última de nuestros bocetos de práctica antes del proyecto final. A la mierda con eso. A quién quiero engañar. Vamos a estar los dos. Solos. En su apartamento. Con una cama perfectamente funcional a pocos metros.

Concentración total, Altman. Concentración profesional absoluta.

La puerta se abre, y todo mi profesionalismo cuidadosamente construido se evapora ante el calor abrasador de la sonrisa de Declan. Tiene el pelo húmedo, como si acabara de ducharse, y lleva una camiseta desgastada de Metallica que se le ciñe al pecho de una forma que me dan ganas de tocarlo como si fuera una guitarra.

—Hola —dice, con voz de terciopelo cálido—. Pas...

No lo dejo terminar antes de invadirle el espacio, y mi portafolio se desliza al suelo con un golpe suave cuando le planto la boca en la suya. Él suelta un ruidito adorable de sorpresa que se transforma

rápidamente en un gemido, y sus manos me encuentran las caderas y me atraen hacia él.

—Alguien se alegra de verme —murmura contra mis labios.

—Han pasado dos días —susurro, enredando los dedos en su pelo—. Demasiado tiempo.

Su risa resuena a través de nuestros dos cuerpos.

—Ayer compartimos clase.

—Eso no cuenta. —Me cuelo bajo su camiseta y le recorro la espalda caliente con las palmas—. Te sentaste al otro lado del aula y fingiste que yo no existía.

—No fingía —me corrige, presionándome contra la pared junto a su puerta todavía abierta—. Sobrevivía.

Su boca me encuentra el cuello y ladeo la cabeza para darle mejor acceso, cerrando los ojos mientras la sensación me inunda. Todo mi cuerpo vibra, cada terminación nerviosa crepitando de energía. Pero cuando oigo una risa a la vuelta de la esquina, me doy cuenta de dónde estamos.

—Declan —susurro, incluso mientras me arqueo contra él—. Estamos en el pasillo.

—Mmm —concede, sin inmutarse lo más mínimo mientras continúa con lo suyo.

Le empujo los hombros sin ningún efecto, riéndome.

—Para, nos van a pillar.

—Me da igual —masculla, pero se aparta, con esos ojos azules oscurecidos de deseo.

La parte lógica de mi cerebro —la porción cada vez más pequeña que no está consumida por las ganas de arrancarle la ropa y dejar que me folle hasta perder el sentido— me recuerda por qué estamos aquí, y que aunque vayamos a follar, es mejor hacerlo donde Mike o cualquiera de los otros chicos del equipo no nos vea.

—Proyecto de arte —digo, aunque me sale con más jadeo del que pretendía—. Último dibujo. ¿Te acuerdas?

Suspira con dramatismo y se aparta para dejarme entrar.

—Claro. Porque te invité a venir a dibujar, obviamente.

Recojo mi portafolio caído con toda la dignidad que puedo reunir, que no es mucha teniendo en cuenta que las piernas me fallan como

la pasta recocida del comedor. Y cuando paso junto a él y me dirijo al salón, ignoro con determinación lo bien que huele, no sea que volvamos a lanzarnos el uno al otro.

—He tenido una idea para esta noche —digo, dejando mis materiales en la mesita—. Algo diferente.

Su expresión pasa de juguetona a intrigada.

—¿Sí?

—Creo que deberíamos dibujarnos el uno al otro. —Levanto una mano antes de que pueda hablar—. Y si Linc aparece, se acabó. No más sesiones de estudio con el Duende Verde.

Declan enarca una sola ceja, porque claramente entiende la importancia del asunto. La última vez que nos dibujamos mutuamente —oficialmente, al menos, en lugar de hacerlo por nuestra cuenta— fue justo antes de aquel incidente en el baño. Con la explosión de emociones que vino después, lo hemos evitado...

Hasta ahora.

—Creo que estoy lista —digo con una sonrisa.

Una media sonrisa le asoma en la comisura de los labios.

—¿Me estás sugiriendo que entreguemos dibujos de desnudos del otro para un proyecto oficial de la universidad? Porque me encantaría plasmar tu cuerpo en papel... —Su mirada desciende lentamente por mi cuerpo, y lo siento como un contacto físico—. Pero no estoy seguro de que la profesora Lucas lo apreciara...

Le doy un empujón en el hombro, y el calor me sube a las mejillas.

—No, pervertido. Con ropa. Las arrugas de la tela añadirán textura, luciremos más nuestras habilidades.

—Qué lástima. —Me atrapa la mano y me acerca de nuevo—. Me estaba entusiasmando con adoptar un enfoque más... anatómico para nuestro trabajo.

—No tienes remedio. —Pero no puedo evitar sonreír.

—Empiezo yo. —Se mueve hacia el sofá y se estira de lado con la cabeza apoyada en el codo y una pierna doblada. La postura le hace cosas ridículas al cuerpo: resalta la longitud de su torso, la amplitud de sus hombros y la línea marcada de su mandíbula.

Me quedo mirándolo un momento.

Las últimas semanas han sido... mágicas es la única palabra que encaja. Después de todo, hemos aterrizado de algún modo en esta burbuja perfecta y secreta. Mi primer año de universidad no se parece en nada a lo que había planeado, pero es mejor, y siento que he vuelto a encontrar mi rumbo.

Me siento centrada.

Tranquila.

Feliz.

—Me estás mirando fijamente —señala.

—Se supone que tengo que mirarte fijamente. Te estoy dibujando.

—Todavía no has cogido un lápiz.

Agarro un lápiz y lo sostengo como un arma.

—Ya está. ¿Contento?

—Ya casi. —Sus labios se curvan en esa sonrisa lenta que nunca falla en revolverme el estómago—. Estás preciosa esta noche.

Me miro la ropa: unos simples leggings y un suéter enorme con la Torre Eiffel que se me resbala de un hombro.

—Nada del otro mundo. Ni siquiera me he arreglado.

—Por eso funciona —dice, sin más.

Ordeno mis lápices con mucho ajetreo, esperando que no vea el rubor que me sube por el cuello. Incluso después de semanas de esto —de nosotros— todavía no me acostumbro a cómo me mira. Como si fuera algo valioso. Algo que merece la pena contemplar. Algo que corre el riesgo de devorar en cualquier momento.

—Deja de distraerme —digo con firmeza, aunque me tiembla un poco la voz—. Esto es tiempo de arte serio.

—Sí, señora. —Ajusta ligeramente su postura, y la camiseta se le sube dejando ver una franja de abdomen tonificado—. ¿Te funciona esta pose?

Aprieto el lápiz con más fuerza.

—La pose está bien. Solo no te muevas.

Mis primeros trazos son vacilantes. No me lo está poniendo fácil, tumbado ahí como una pintura renacentista que ha cobrado vida. Cuando se quita el uniforme de hockey, Declan es todo músculo

fibroso y gracia fluida. Incluso en reposo, hay una energía contenida en él, como si pudiera entrar en acción en cualquier instante.

Es un artista, con el alma gentil de un artista.

Pero con el cuerpo del Increíble Hulk.

Incluso mientras mi lápiz se mueve más rápido sobre la página, le echo un vistazo a la cara y me arrepiento de inmediato. Me observa con esa mirada penetrante que me convierte las entrañas en líquido.

—Deja de mirarme así —murmuro.

—¿Así cómo?

—Como si me estuvieras desnudando mentalmente.

—Es que te estoy desnudando mentalmente. —Le baja la voz—. ¿Quieres que pare?

Escondo la sonrisa detrás del bloc de dibujo.

—Sí. Somos artistas profesionales.

—Claro. Profesionales. —Se mueve, y veo que también está aguantándose la sonrisa.

—Declan... —Suspiro.

Sonríe abiertamente.

—Debería señalar que los artistas y sus modelos tienen un historial de...

—No termines esa frase —le advierto, pero me estoy riendo—. Tenemos un trabajo que entregar.

Mientras trabajo, trazando la curva de su mandíbula y la amplitud de sus hombros, me asombra lo cómodo que se siente esto. Lo correcto. Un silencio fácil cae entre nosotros, roto solo por el suave rasgueo de mi lápiz y alguna indicación puntual para que ajuste la posición.

Y entonces me golpea, con la fuerza de un mazazo.

Lo quiero.

La revelación me congela la mano a mitad de trazo. ¿Cuándo pasó esto? Este sentimiento tan enorme que me duele el pecho por la presión de contenerlo. Es aterrador. Es estimulante.

Es increíblemente inoportuno.

Porque querer a Declan significa que lo que está en juego acaba de multiplicarse.

Ya no se trata solo de escondernos y pasarlo bien.

Se trata de mentirle a mi hermano. De fracturar potencialmente su relación con su compañero de equipo. Del ojeador, del hockey, del futuro de Declan y de mi futuro y un millón de complicaciones más.

—Eh. —La voz de Declan atraviesa mi espiral de pensamientos—. Parece que acabas de ver un fantasma. ¿Se me ha puesto la cara tan difícil de dibujar de repente?

Fuerzo una sonrisa.

—Perdona. Solo... pensando.

—¿En qué?

No puedo decírselo. Todavía no. No cuando aún lo estoy procesando yo misma.

—En... cosas.

—Muy específico. —Se incorpora, la preocupación reemplazando la picardía en sus ojos—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo que... —Suspiro y dejo el lápiz—. He visto a Mike hoy. Hemos comido juntos.

La expresión de Declan cambia sutilmente.

—¿Cómo está?

—Sigue raro. Distante. —Me enrollo un mechón de pelo en el dedo.

—¿El tobillo?

—Puede ser. —Me encojo de hombros—. No quiere hablar del tema. Cambia de conversación cada vez.

Mike lleva evitando a todo el mundo últimamente, pasando más tiempo solo y cortando cualquier conversación sobre hockey o su futuro. No le ha dicho nada ni a mí, ni a Declan, ni a nadie del equipo, y mucho menos a nuestros padres, y cada vez que estoy con él, siento el peso aplastante de la culpa por lo de Declan. Como si lo estuviera traicionando.

—Odio mentirle —admito—. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro.

A Declan se le ensombrece ligeramente el rostro.

—Lo sé. Yo también lo odio —dice.

—Pero no quiero dejar... esto. —Señalo el espacio entre los dos—. Y me siento fatal.

Se sienta a mi lado en el sofá y me toma la mano.

—Eh, mírame.

Lo hago, a regañadientes, porque mirarlo solo intensifica todo lo que siento.

—Va a salir bien —dice, apretándome la mano—. Lo resolveremos. Y si quieres contárselo antes, podemos hacerlo.

La ternura en su voz me hace un nudo en la garganta.

—No, yo... no sé lo que quiero ahora mismo... aparte de a ti. Solo... tengo muchas cosas en la cabeza.

Me aparta un rizo de la cara.

—Lo entiendo. Y estoy aquí, para cuando necesites hablar. —Se le tuerce la boca—. O no hablar. También se me da bien eso.

Me río a pesar de todo, dándole un empujón suave en el hombro.

—Sé exactamente qué tipo de «no hablar» se te da bien, Andrews.

—Culpable. —Me guiña un ojo, y luego su expresión se suaviza de nuevo—. Pero en serio. Cuando yo tengo cosas que me pesan, sobre todo con el hockey, dibujo.

—¿Por eso tienes tantos bocetos de jugadores de hockey con cara de frustración? —bromeo.

—Pues sí, la verdad. —Parece ligeramente sorprendido de que me haya fijado en eso—. Para cuando termino de volcar toda esa frustración en el papel, es como si... no sé. Como si me hubieran fregado por dentro. Los problemas pasan de ser montañas a ser granos de arena.

Le estudio la cara, la pasión genuina que hay cuando habla de arte. Me recuerda a aquella primera noche en Marie's Diner, antes de las complicaciones, cuando solo era un chico guapo al que le encantaba dibujar tanto como a mí.

—¿El hockey te frustra? —pregunto con cautela, acordándome de lo poco entusiasmado que estaba con el interés del ojeador, algo que debería haber sido un sueño cumplido.

Duda, y lo veo decidiendo cuánto compartir.

—A veces. Es... complicado.

Quiero insistir, entender esta pieza del puzle que todavía no encaja del todo con el resto. Pero algo en su expresión me dice que

no está preparado para sacarlo todo a la luz.

Así que, en vez de presionar, vuelvo a alcanzarle la mano y le devuelvo sus propias palabras.

—Bueno, cuando necesites hablar, o no hablar, yo también estoy aquí.

—Lo sé. —Sonríe, inclinándose para darme un beso suave en los labios—. Hablando de dibujar, te toca posar a ti.

Sonrío.

—Quieres decir que me toca a mí ser devorada con los ojos.

—No puedo evitarlo —admite, con la mirada imposiblemente cálida—. Mereces que te devoren con los ojos.

Ajusto mi posición en el sofá, intentando adoptar una pose artísticamente interesante sin dejar de estar cómoda.

—Solo me quieres por mi cuerpo —bromeo.

Pero no se ríe. En cambio, su expresión se vuelve seria, casi vulnerable.

—Sabes que eso no es verdad, ¿no?

El pulso se me acelera dolorosamente en el pecho. Porque sí lo sé. Y eso es lo que hace que todo esto sea tan aterrador y maravilloso a la vez.

—Lo sé —susurro.

ME ARRASTRO por el sofá hacia Lea, dejando que mi cuaderno de bocetos se deslice al suelo con un golpe suave. He terminado de dibujarla, y su dibujo de mí yace abandonado a su lado, los lápices esparcidos por los cojines como bajas de guerra. Los deberes están hechos, y ahora toca divertirse.

—Ya no puedo concentrarme —murmuro, suspendido sobre ella—. Lo único en lo que puedo pensar es en desnudarte y hacértelo aquí mismo, en este sofá.

Se ríe —un sonido brillante y sorprendido que ilumina algo muy dentro de mí—, pero la risa muere en su garganta cuando le paso el pulgar por el labio inferior. Sus ojos se oscurecen al instante, las pupilas dilatándose hasta que solo queda un fino anillo de verde.

—¿Ah, sí? —susurra.

—Mmhmm. —Bajo mi boca hasta la suya y la beso profundo y lento.

He aprendido que así es como le gusta, el tipo de beso que hace que se derrita contra mí. Es solo una de las formas en que he catalogado sus reacciones como si estuviera estudiando para un examen. El suspiro entrecortado cuando le muerdo el lóbulo de la oreja. El aleteo de sus pestañas cuando la provocho con besos suaves, ligeros como plumas. La forma en que sus dedos se clavan en mis hombros cuando uso la lengua.

Es como el bufé libre de Lea Altman, y no me canso.

Me presiono contra ella, dejando que sienta lo duro que estoy ya, y emite un sonido pequeño y hambriento contra mis labios. Sus leggings son tan finos que puedo sentir su calor a través de la tela, ya húmeda donde me froto contra ella. Y, joder, nada va a detenerme.

—Dec —jadea, arqueándose.

—¿Sí? —Arrastro los labios por su cuello, probando la sal en su piel.

Su respiración se traba cuando encuentro el punto sensible debajo de su oreja.

—¿Habitación?

—¿Por qué? —Deslizo la mano bajo su jersey enorme—. Me gustas aquí.

—Porque tus ventanas no tienen cortinas.

Miro las grandes ventanas del salón que dan a la calle. Fuera está oscuro, lo que significa que cualquiera que pase tendría una vista perfecta de lo que estamos haciendo. No suelo ser exhibicionista, pero la idea de que alguien nos vislumbre —viendo sin llegar a ver del todo— me manda una inesperada ola de calor por el cuerpo.

—No sé. —Jugueteo con la cinturilla de sus leggings—. Podría ser divertido.

Me aparta la mano de un manotazo, riéndose.

—Habitación o nada, Andrews.

Suspiro con dramatismo.

—Qué mandona.

Y la levanto en un solo movimiento fluido.

Suelta un gritito y se agarra a mis hombros.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Obedecer órdenes —digo.

La deposito en mi cama y vuelvo a colocarme sobre ella. Su pelo se extiende por mi almohada, los rizos oscuros en marcado contraste contra la funda blanca. La imagen me golpea como un puñetazo: pertenece aquí, en mi cama y en mi vida. El pensamiento es tan intenso que por un momento me deja sin aliento.

—¿Qué? —pregunta, alargando la mano para recorrer mi expresión con dedos suaves.

Intento quitármelo de encima con una sonrisa.

—Nada. Solo... esto es perfecto.

Se le encienden las mejillas y suelta un suspiro exagerado.

—Solo quieres acostarte conmigo.

—No. —Le cojo la mano y le beso la palma—. Lo digo porque es verdad. Cuando te miro, veo todas estas líneas que quiero dibujar. Formas y sombras que quiero capturar. He llenado como tres cuadernos de bocetos intentando plasmar tu boca bien, y no me acerco ni de lejos.

—¿Mi boca? —Se toca los labios, cohibida.

—Sí. —Me inclino, rozando mis labios contra los suyos, y luego la beso otra vez. Más profundo esta vez, mi lengua deslizándose contra la suya mientras apoyo mi peso con más firmeza entre sus piernas—. La forma en que se curva cuando intentas no sonreír con uno de mis chistes. O cómo te muerdes el labio inferior cuando te concentras en un dibujo.

—Mhmm... —murmura, inclinándose hacia mi contacto, invitando a más—. ¿Qué más notas?

—¿Qué más? —murmuro, trazando con los dedos la suave curva de su cuello—. Todo. Tu cuerpo entero es como un estudio increíble de formas.

Se estremece bajo mi contacto, los ojos entrecerrados.

—¿Esa es tu manera de decir que estoy buena, o algo así?

Deslizo la mano sobre la curva de su pecho, sintiendo la suavidad bajo su ropa.

—Es mi manera de decir que eres una obra maestra.

—Declan... —susurra.

—Tus pechos —digo, bajando la voz mientras acuno uno en mi mano— son estas curvas suaves y perfectas. Como la forma en que las acuarelas florecen cuando tocan el papel mojado por primera vez: bordes difusos, degradados delicados. Tienen equilibrio, una proporción perfecta que hasta los maestros del Renacimiento habrían matado por capturar.

—Eres absurdo —se ríe, pero la respiración se le corta cuando aprieto suavemente.

—Hablo en serio —digo.

Mis manos bajan hasta su cintura, recorriendo la curva y la ondulación de su silueta. El jersey sube ligeramente, dejando al descubierto una franja de piel que toco de inmediato, trazando pequeños patrones con las yemas de los dedos.

—Tu cintura —continúo— tiene este increíble espacio negativo: la forma en que se curva hacia dentro antes de abrirse hacia tus caderas. Es todo contraste y composición.

Alza una ceja, diversión bailándole en las comisuras de la boca.

—¿Esa es tu forma de decir que tengo un culo gordo?

—Para nada. —Deslizo las manos hasta sus caderas, agarrándolas con firmeza, y luego las paso por sus muslos, sintiendo el músculo bajo la fina tela de sus leggings. Sus piernas se abren ligeramente ante mi contacto, una invitación que acepto encantado—. Tus piernas —murmuro— tienen unos contornos fantásticos.

Mis manos suben de nuevo, esta vez deslizándose para agarrarle el culo. Aprieto, atrayéndola con más firmeza contra mí.

—Y esto —digo con una sonrisa— es pura perfección de forma. Territorio escultórico. Miguel Ángel habría pasado meses perfeccionando estas curvas.

Se ríe.

—Me sorprende que no hayas mencionado todavía la teoría del color.

—Iba a eso. —Mi mano se desliza entre sus piernas, presionando contra ella a través de los leggings. Incluso a través de la tela, puedo sentir su calor—. El rubor de tu piel cuando te toco aquí... eso es todo color. La forma en que se extiende desde tus mejillas por tu cuello...

Sus caderas se elevan al encuentro de mi contacto, y presiono con más firmeza, viéndole cerrar los ojos.

—Es una de las cosas más bonitas que nadie me ha dicho nunca.

De pronto hay una pesadez en el aire entre nosotros, algo significativo que se desplaza. Quiero decirle lo que siento —que esto no es solo sexo para mí, que se ha vuelto esencial de alguna manera

—, pero las palabras se me atascan en la garganta, como si decirlo en voz alta fuera arriesgarse a que se vuelva en mi contra.

En su lugar, me inclino y le rozo la oreja con los labios.

—Pero lo que más me gusta es tu cara cuando te corres para mí, Lea. La forma en que todo se tensa y luego se suelta. Es como ver el claroscuro en movimiento: luz y sombra jugando en cada rasgo.

—Dec —suspira, arqueándose contra mi contacto—. Más vale que te pongas a trabajar en eso...

Deslizo los dedos con más firmeza contra la tela entre sus piernas, asombrado de lo mojada que está ya. El fino material de sus leggings está completamente empapado: prueba palpable de su deseo.

—Joder, Lea —murmuro, maravillado—. Estás empapada.

Hunde la cara en mi cuello, avergonzada.

—Es lo que me provocas.

La parte primitiva de mi cerebro se pavonea con esta confesión. Estoy dividido entre ser delicado y dejar que algo más brusco tome el control. Gana lo brusco. En un movimiento rápido, engancho los dedos en la entrepierna de sus leggings y tiro, y la tela cede con una facilidad sorprendente.

Abre los ojos de par en par.

—¿Acabas de...?

—Sí —confirmo, deslizando los dedos por el desgarró hasta encontrar su piel desnuda. Está ardiendo y resbaladiza, y jadea cuando hago contacto.

—¡Costaron treinta dólares! —Pero su indignación se disuelve en un gemido cuando le rodeo el clítoris con el dedo corazón—. Oh...

—Te los pago. Cada centavo vale la pena. —Le meto un dedo, viéndole aletear los párpados—. El museo de ti merece una entrada.

Su risa se convierte en un jadeo cuando añado un segundo dedo, curvándolos hacia arriba para tocar ese punto que le hace temblar los muslos.

—Eso es... ay, Dios... eso es horrible.

Me inclino para besarla, tragándome sus gemidos mientras trabajo los dedos dentro de ella. Con la mano libre, le subo el jersey,

dejando sus pechos al descubierto. El rosa de sus pezones contra su piel oliva es como un estudio perfecto de contrastes cromáticos.

Bajo la cabeza, tomando un pezón en mi boca, rodeándolo con la lengua antes de succionar suavemente. Su espalda se arquea, apretando el pecho con más firmeza contra mis labios. Murmura algo sobre que no pare, pero no hay ninguna posibilidad de eso.

Alterno entre sus pechos, lamiendo y succionando mientras mis dedos mantienen el ritmo entre sus piernas. Su respiración se vuelve más errática, los muslos tensándose a ambos lados de mi mano. Sé que está cerca: palpita alrededor de mis dedos, el clítoris hinchado.

Se corre. Todo su cuerpo se pone rígido, luego tiembla, los músculos contrayéndose alrededor de mis dedos mientras grita mi nombre. Mantengo los ojos en su cara, memorizando cada microexpresión, cada aleteo de sus pestañas, cada jadeo con los labios entreabiertos.

Cuando por fin se queda laxa, retiro los dedos con suavidad y le doy un beso suave en el esternón, sintiendo su corazón desbocado bajo mis labios.

—¿Ves? —digo—. Arte.

—Eso fue... —respira, con la mirada perdida.

—Solo el principio —termino por ella, besando mi camino por su estómago—. Quiero probarte.

Sus pupilas se dilatan aún más.

—Sí.

Me coloco entre sus piernas de nuevo, pero en lugar de bajar la cabeza, meto las manos bajo su culo y la levanto.

—Dec, ¿qué...?

Sin dejar de sostenerla en el aire, me coloco boca arriba y la bajo sobre mi cara. Un rubor le cubre las mejillas, pero se mueve conmigo.

—Nunca he... —empieza, la incertidumbre cruzándole el rostro.

—Confía en mí —digo, con las manos en sus caderas, estabilizándola—. Y no apartes la mirada.

Nuestros ojos se encuentran cuando paso la lengua. Jadea, y sus manos vuelan hacia el cabecero para apoyarse. Sabe a sal y a almizcle, un sabor al que me estoy volviendo adicto rápidamente.

Trabajo la lengua contra ella, rodeándole el clítoris, metiéndome dentro, alternando presión y patrones.

Todo sin perder el contacto visual.

Es lo más íntimo que he experimentado nunca: mirarle la cara mientras le doy placer, ver cada destello de sensación cruzarle los rasgos. Apenas puede mantener los ojos abiertos por el placer, pero no aparta la mirada.

Su confianza crece con cada segundo que pasa, su cuerpo ondulándose sobre mí, usando mi boca para su placer. Es casi como si me estuviera usando para reconstruir su confianza en tiempo real, y estoy encantado de ofrecerme, de dejarla cabalgar mi cara como si fuera una silla de montar.

Porque la quiero.

La revelación no me cae encima como un rayo: se posa sobre mí como el amanecer.

Un suave resplandor de algo que ya estaba ahí.

Claro que la quiero.

¿Cómo no iba a quererla?

El segundo orgasmo la pilla por sorpresa, los ojos abriéndose de par en par antes de apretarse mientras se estremece sobre mí. La sostengo mientras dura, mi boca más suave ahora, guiándola de vuelta desde la cima. Cuando puede respirar de nuevo, me mira con una sonrisa pícara.

—Eso fue... algo... —dice.

Me río.

—Creo que el término técnico es «cunnilingus».

Me da un manotazo débil.

—Cállate.

Luego se estira hacia atrás, su mano encontrando mi erección a través del pantalón. Se aparta de encima de mí y baja, hasta que su coño resbaladizo queda a pocos centímetros de mi polla, aunque separados por el pantalón. Eso no es un problema por mucho tiempo, y mi polla salta libre.

Se acomoda sobre mis muslos, una mano envuelta alrededor de mi polla. Sus dedos me exploran con una curiosidad que me divierte y me pone dolorosamente duro. Se toma su tiempo, observándome

la cara mientras me acaricia arriba y abajo, apretando cuando llega a la punta y aflojando en la bajada.

—Se te da bien —consigo decir, la voz más ronca de lo que pretendía.

Sonríe, un destello de picardía en la curva de sus labios.

—Estoy prestando atención.

—¿A qué?

—A lo que te gusta. —Su pulgar pasa por la punta, extendiendo la gota de humedad que encuentra ahí—. A cómo se te corta la respiración cuando hago esto... —Gira la muñeca ligeramente en la subida, y efectivamente, se me corta la respiración—. O cómo se te tensan los músculos la primera vez que me bajo sobre ti.

Se mueve, posicionándose encima de mí, y siento el calor húmedo de ella contra la punta de mi polla. Mi cerebro se cortocircuita por un momento, y no quiero nada más que empujar hacia arriba y llenarla entera, pero entonces mi mente grita y la realidad vuelve de golpe.

—Espera —digo, llevando las manos a sus caderas para detenerla—. Condón.

Se muerde el labio, mejillas enrojecidas.

—En realidad, empecé a tomar la pastilla.

Se me quedan las manos congeladas en sus caderas.

—¿En serio?

Asiente, de pronto tímida.

—Pensé que... sentirás más...

Noto el pecho apretado, como si algo se expandiera dentro.

—Pero ¿y las...?

—¿Enfermedades? —termina ella, y asiento—. Estoy limpia.

—Yo me hice análisis hace unos meses. —Me encojo de hombros—. Y no he estado con nadie más...

Abre un poco más los ojos.

—Confío en ti.

Tres palabras simples que me atraviesan como un puñetazo. Trago con fuerza, intentando contener la emoción que me sube por la garganta. Hay algo monumental en este momento que no tiene

nada que ver con el acto físico que estamos a punto de realizar y todo que ver con lo que representa.

Confianza.

Después de todo, confía en mí.

La atraigo para besarla y, al mismo tiempo, ella se baja lentamente sobre mi polla. La sensación es abrumadora: caliente y apretada y perfecta. Es como ver en color cuando antes, con el condón, todo había sido blanco y negro.

Marca un ritmo lento al principio, experimentando con ángulos, observando mis reacciones. Intento mantener los ojos abiertos, memorizar cada detalle: la forma en que sus rizos rebotan con cada movimiento y la curva perfecta de sus pechos. Es demasiado.

Le agarro las caderas con las manos, ayudándola a mantener el ritmo. Sus dedos se clavan en mi pecho y echa la cabeza hacia atrás. El orgasmo le llega de repente: puedo sentirlo en cómo se aprieta a mi alrededor, verlo en cómo se le abre la boca en un éxtasis silencioso.

Verla desarmarse encima de mí, combinado con las contracciones rítmicas alrededor de mi polla, me arrastra al abismo. Empujo hacia arriba dentro de ella, con fuerza, mientras el orgasmo me arrasa. Jadeo su nombre, los dedos clavándose en sus caderas, probablemente con fuerza suficiente para dejar marcas.

Por un momento, no hay nada más que el sonido de nuestra respiración entrecortada. Luego se desploma sobre mi pecho, la cara hundida en el hueco de mi cuello. La envuelvo con mis brazos, abrazándola mientras nuestros latidos empiezan lentamente a volver a la normalidad.

Te quiero.

Las palabras suben dentro de mí, presionando contra mis dientes, desesperadas por ser pronunciadas. Pero me las trago. Ahora no. No después de un sexo increíble, cuando podría confundir fácilmente la declaración con euforia posorgásmica.

Cuando se lo diga —y se lo voy a decir— quiero que sepa que es real.

Que lo he pensado.

Que no es solo mi polla la que habla.

Las otras palabras pueden esperar. Por ahora, esto es suficiente.

«BOLA OCHO, TRONERA DE LA ESQUINA.»

Preparo mi tiro, ignorando los intentos de Maine por distraerme con lo que él llama su «guerra psíquica» —básicamente, aplaudir y hacer ruidos de pedos. Muy maduro para un universitario de último año. El taco se desliza entre mis dedos y mi tiro manda la bola negra a la tronera con un golpe seco y satisfactorio.

«Maldita sea.» Maine lanza su taco sobre la mesa. «Van tres seguidas. Eres un tiburón, Andrews.»

«Qué va», digo, recogiendo los veinte dólares que me planta en la palma. «Solo soy mejor que tú.»

Linc se apoya contra la pared, dándole sorbos a su cerveza mientras observa nuestro intercambio. «Maine, ¿cuándo vas a aprender que Dec tiene manos de artista? Firmes como una roca.»

«Y una mierda», refunfuña Maine. «Lo que tiene es más práctica porque se queda en su cueva de vampiro dibujando en vez de salir.»

El comentario da más cerca del blanco de lo que Maine cree. Últimamente he estado pasando más tiempo con mi arte, y con Lea. La relación secreta va mejor de lo que habría imaginado, incluso con todo el sigilo. Cada vez que estoy con ella, me siento más seguro de la decisión que poco a poco estoy tomando.

Mike mira fijamente su cerveza intacta en una mesa cercana, completamente desconectado de la conversación. Lleva así desde

que el entrenador lo apartó después del partido contra Rutgers, con un ánimo apagado que va más allá de su habitual actitud estoica. Incluso ahora, en su bar favorito, apenas ha tocado su bebida.

«¿Otra ronda?», pregunto mientras coloco las bolas para la siguiente partida.

«¿Mike?», insiste Linc cuando nuestro capitán no responde.

«¿Qué?» Mike levanta la cabeza de golpe, claramente sin haber oído la pregunta.

«¿Mike?», dice Maine. «Te estamos preguntando si quieres jugar al billar.»

Mike esboza una sonrisa débil. «Estoy bien así.»

Cruzo una mirada con Linc. Esto no es normal. Mike también ha estado raro en los entrenamientos: evitando las cargas, lo cual es extraño considerando que normalmente golpea como si quisiera mandar a la gente a la semana que viene. Todo el equipo se ha dado cuenta, pero nadie ha sido lo bastante valiente para mencionarlo directamente. Y, como si fuera una señal, se levanta y se va al baño.

«Tiras tú primero», le digo a Maine, pasándole el taco. «Hasta te dejo abrir.»

«Qué generosidad», dice Maine. «Dándole una oportunidad a los plebeyos.»

Linc se acerca. «¿Y cómo va lo tuyo con la hermana de Mike?»

Se me tensa el estómago. «Baja la voz, hermano.»

«Literalmente acaba de irse a cagar, no puede oírnos...», dice Linc.

Suspiro. «Aun así...»

«Solo quería saber si el romance secreto sigue en pie. Has estado muy... radiante últimamente.»

«¿Radiante?» Resoplo. «¿Qué demonios significa eso?»

«Ya sabes. Contento. Menos...» Hace un gesto vago hacia mi cara. «Artista atormentado.»

«No soy un artista atormentado. Y no voy a hablar de Lea contigo ahora mismo.»

«Eso es un sí.» Linc sonríe triunfante. «¡Seguro que sigues tirándote a la hermana de Mike!»

Le doy un puñetazo en el brazo tan fuerte como puedo mientras él se parte de risa, pero antes de que pueda decir nada, la puerta del bar se abre y una figura conocida entra pavoneándose con una sonrisa como si le acabara de tocar la lotería. Rook nos localiza de inmediato y viene directo hacia nuestra mesa.

«¿Qué pasa, chicos?», grita Rook, demasiado alto.

«Joder», murmura Linc. «¿Qué hace el niño aquí?»

Rook llega a nuestra mesa, prácticamente vibrando de emoción. Su pelo castaño claro rapado está peinado con suficiente gel como para desviar un disco, y lleva una camisa de botones que parece planchada con una gofrera.

«¿Qué haces aquí, novato?», pregunta Linc.

Rook sonríe y saca la cartera, enseñándonos una identificación falsa que incluso a varios metros parece tan legítima como la afirmación de Maine de que una vez salió con una modelo de Victoria's Secret.

«Contemplen», anuncia orgulloso, «James Fitzgerald, veintidós años, de Albany.»

«Es la peor identificación falsa que he visto en mi vida», digo, quitándosela para examinarla de cerca.

«Ha funcionado, ¿no?», dice Rook, sacando pecho. «La primera ronda la pago yo.»

Maine le palmea el hombro. «De repente me caes mucho mejor.»

«Mike va a flipar cuando vea a Rook aquí», me murmura Linc al oído. «Dijo específicamente que quería una noche tranquila.»

«¿Cuándo ha sido algo tranquilo con Rook cerca, Linc?», respondo encogiéndome de hombros con resignación.

Es verdad. Nuestro portero novato tiene el volumen de una alarma de coche y la percepción situacional de un cachorro con una conmoción cerebral. Desde el primer día de entrenamiento ha sido el equivalente humano de un toro en una cristalería: puro entusiasmo, cero contención.

«Oigan, ¿dónde está el capitán?», pregunta Rook, mirando alrededor.

«En el baño», contesta Maine. «Pero te aviso: está de humor.»

«¿Cuándo no está de humor?» Rook se ríe, sin captar la gravedad del asunto.

Mientras Rook se dirige a la barra dando saltitos, no puedo evitar sentir una creciente inquietud. Mike ha estado tan tenso últimamente que podría romperse, y Rook es exactamente el tipo de complicación que no necesita ahora mismo.

Pero no hay nada que hacer, porque Rook vuelve con una bandeja de cervezas un minuto después, justo cuando Mike sale del baño. Su expresión se oscurece en cuanto ve a nuestro portero novato.

«¿Quién invitó al bebé?», pregunta Mike, con voz áspera y un tono de advertencia mientras se desliza de vuelta a su asiento.

«El hada de la cerveza», dice Rook mientras posa las botellas, impassible ante la gélida bienvenida. «Quería ver cómo pasan los viernes por la noche las leyendas.»

«Leyendas», repite Maine, claramente complacido. «Me cae bien este chico.»

Mike acepta su cerveza sin comentarios, pero se le tensa la mandíbula.

Nos ponemos a jugar al billar, con Linc y Maine turnándose para enseñarle a Rook la forma correcta de preparar un tiro, cada uno contradiciendo los consejos del otro. Mike observa desde nuestra mesa, en silencio salvo por algún gruñido ocasional cuando se dirigen directamente a él.

«Oigan», dice Rook durante una pausa entre partidas, pavoneándose con el taco en la mano, «¿conocen Hughes Hall, verdad?»

«¿La residencia de los de primero?», pregunta Linc, poniendo tiza en su taco.

«Sí.» Rook le da un trago teatral a su cerveza. «Conocí a una chica de periodismo buenísima. Estaba entrevistando gente para un reportaje sobre la vida nocturna del campus.»

«Déjame adivinar», dice Maine, «¿necesitaba una demostración en persona?»

Rook sonríe, señalando a Maine. «¡Exacto! Conectamos, fuimos a su habitación, y, eh...»

Desconecto mientras Rook se lanza a dar detalles gráficos sobre su supuesta conquista. Mike me pilla la mirada desde el otro lado de la mesa y, por un momento, compartimos el mismo pensamiento: este chico está lleno de mierda. La conexión momentánea casi se siente como en los viejos tiempos, antes de que todo se volviera raro entre nosotros.

«...y entonces voy caminando por el pasillo después, ¿no?» La voz de Rook irrumpe de nuevo en mi conciencia. «¿Y adivinan a quién veo saliendo del edificio?»

Algo en su tono me revuelve el estómago. Levanto la vista y me encuentro a Rook mirándome directamente, con una sonrisa de pura satisfacción en la cara. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. A mi lado, Linc se queda completamente inmóvil.

«Al artista atormentado, el hombre misterioso», dice. «Con una chica. Con pinta de estar muy... cómodos.»

«¿De qué hablas?», pregunto, apuntando a casual pero aterrizando en algún lugar más cercano a la defensiva.

«Venga ya.» Rook se ríe. «Te vi. Fue tipo, ¿el martes por la noche? Salías con una chica, todo en plan agente secreto sigiloso, pero no me viste porque estabas demasiado ocupado haciéndole ojitos. ¡Y no les hiciste el favor a tus hermanos de contárselo!»

Fuerzo una risa, aunque siento la garganta cerrarse. «Sí, me enrollé con alguien de Hughes. ¿Y qué?»

«No, esto no fue un rollo.» Rook sacude la cabeza con énfasis. «Le tomaste la cara entre las manos y la miraste como si estuvieras enamorado o algo así.»

La mesa de billar de pronto parece estar a kilómetros. La atención de Mike está ahora completamente centrada en nuestra conversación, su expresión indescifrable. Y de golpe hay alarmas sonando en mi cabeza, diciéndome que necesito callar a Rook —y esta conversación— ahora mismo.

«Me estarás confundiendo con otro», digo, la mentira pegándose a mi lengua. «Oigan, ¿quién quiere una cerveza...?»

«Qué va, hermano.» Rook se inclina hacia delante, cortándome, disfrutando de ser el centro de atención. «Eras tú seguro.»

«Novato», interviene Linc, intentando ayudarme a cubrir mis huellas antes de que la cosa explote. «Aflójale a Dec, ¿no?»

Rook lo ignora. «Venga, Dec, ¿quién es? Estaba buenísima. Pelo largo, oscuro, rizado. Tremendo culo. Llevaba un suéter con una Torre Eiffel.»

La botella casi se me resbala de la mano. El suéter que Rook describe es uno que Lea compró en París el verano pasado durante su semestre sabático. Se lo pone todo el tiempo en su residencia. Y sin siquiera mirarlo, puedo sentir los ojos de Mike taladrándome.

«¿Torre Eiffel?», dice Mike, con la voz inquietantemente tranquila. «Describe a la chica.»

«Muy artística», continúa Rook. «Bajita. Guapa. Un poco exótica.»

«Griega», dice Mike sin inflexión. «La familia de su madre es griega.»

Toda la mesa se queda en silencio. La expresión de Rook pasa de la confusión a una lenta comprensión. La atmósfera de pronto es tan densa que se podría cortar con un cuchillo. Maine y Linc intercambian miradas alarmadas.

«Esperen, ¿la conoces?», pregunta Rook.

«Rook», dice Linc en voz baja. «Es la hermana de Mike.»

Los ojos de Rook se abren como platos. «Mierda. Yo no...»

La silla de Mike chirría contra el suelo cuando se levanta bruscamente, su cerveza olvidada. Su mirada no se aparta de mi cara, sus ojos marrones ardiendo de furia y traición. Ni intento articular una excusa, porque sé lo que viene.

«Estás muerto», dice, con la voz tan baja que apenas lo oigo.

Y entonces su puño conecta con mi mandíbula.

El dolor me estalla por toda la cara, acompañado de gritos de sorpresa de nuestros compañeros. Trastabillo hacia atrás, chocando contra la mesa de alguien más. Se rompen vasos. Una mujer grita.

«¿Qué carajo, hermano?!», le grita Maine a Mike.

Mike se lanza hacia mí de nuevo, pero Linc y Maine le agarran los brazos, sujetándolo. Cuando recupero el equilibrio, un hilo de sangre me baja de la comisura de la boca. Me lo limpio, saboreando el cobre.

«¡Sabías que estaba prohibida!», ruge Mike, forcejeando contra su agarre. «¡Te dije específicamente que te mantuvieras lejos de ella!»

«Mike, hablemos de esto», empiezo, ahora que ya soltó su golpe, pero me corta con una risa que suena más a gruñido.

«¿Hablar? ¿De qué hay que hablar? ¡Te has estado acostando con mi hermana a mis espaldas!»

Antes de que pueda responder a la acusación, el barman estrella un bate de béisbol contra la barra y grita lo bastante fuerte como para silenciar el local. «Fuera», ordena.

Linc y Maine maniobran a Mike hacia la salida, todavía sujetándolo. Rook va detrás, con cara de querer meterse debajo de una piedra. Yo los sigo a distancia, con la mandíbula palpitando.

«No tenía idea», susurra Rook cuando llegamos a la puerta. «Lo juro, yo...»

«Cállate, novato», murmuro. «Solo... cállate.»

Afuera, el aire fresco de la noche no hace nada para apagar el fuego en los ojos de Mike. Esta confrontación se venía gestando desde hace semanas, y ahora que ha llegado, me doy cuenta de que no lamento estar con Lea.



Cuando salimos a trompicones a la calle fuera del bar, la mandíbula me palpita donde conectó el puño de Mike, pero he recibido golpes más duros sobre el hielo. Mucho peor es el dolor en el pecho, sabiendo que mi mejor amigo —un tipo que ya viene luchando con lo suyo— ahora está furioso conmigo.

Pero eso no significa que vaya a dar un paso atrás.

Quiero a Lea, y lucharé por ella si es necesario.

Sin pelear de verdad, claro.

En cuanto el de la puerta cierra detrás de nosotros, Mike intenta quitarse de encima a Linc y Maine. «Segundo asalto, Dec», dice Mike.

«¡Para, para, para!» Linc tira de Mike hacia atrás, aunque es una lucha que solo gana con la ayuda de Maine. «Respiremos todos un momento.»

Mike lo fulmina con la mirada. «¡Suéltanme!»

«Hermano, sé que estás furioso», dice Linc, plantándole una mano firme en el pecho, «pero este no es el lugar.»

«¿Qué lugar sugieres?» La voz de Mike es peligrosamente baja. «¿Algún otro sitio donde pueda tirarse a mi hermana?»

Rook merodea incómodo a un costado. «Miren, yo no quise...»

«Cállate», espetamos cuatro voces al unísono.

«¿Por qué no vamos todos a mi apartamento?», sugiere Maine con esperanza. «Podemos hablarlo con unas cervezas.»

«¿Hablar qué?» Mike intenta rodear a Linc, que se mueve para bloquearlo. «¿El hecho de que mi compañero de equipo —mi puto amigo— me ha estado mintiendo a la cara?»

Una pequeña multitud se ha congregado en la acera, observándonos con la expectativa jubilosa de buitres sobrevolando carroña. Casi puedo ver las historias de Instagram componiéndose en sus cabezas —DRAMA EN EL EQUIPO DE HOCKEY— con emojis de fuego incluidos.

Mike da otro paso adelante, y de nuevo Linc y Maine lo jala hacia atrás. Y a estas alturas, decido que ya es suficiente. Aunque agradezco que los chicos intenten desactivar la situación, esto no se va a resolver con Linc y Maine de escudo humano.

«Chicos», digo en voz baja, «necesito que se vayan.»

Maine me mira boquiabierto. «¿Qué? ¡Ni de broma!»

«Esto es entre Mike y yo.» Me encojo de hombros. «No es un asunto del equipo. Es personal.»

«Sin duda.» Mike resopla. «Te tiraste a mi hermana y me mentiste a la cara.»

«No te mentí a la cara», interrumpo. «Simplemente no te lo dije.»

«Ah, bueno, entonces es diferente», dice Mike, destilando sarcasmo. «Error mío.»

Linc mira entre nosotros, claramente dividido. «Dec, no creo que...»

«Estoy seguro.» Le sostengo la mirada preocupada con firmeza. «Esto no va a desaparecer.»

«Es una mala idea», murmura Linc, pero finalmente se aparta de Mike, quien sorprendentemente no se lanza de inmediato a por mi garganta. «Llámanos si... solo llama, ¿sí?»

«Lo haré», digo, en un tono que les indica que se muevan. Aprecio su preocupación, pero su presencia está empeorando las cosas.

Mientras Linc y Maine se alejan, Rook se queda un momento. «Lo siento mucho, chicos. No sabía que era un secreto.»

«Está bien», le digo, aunque no lo está en absoluto. Pero, en el fondo, siempre supe que esto pasaría tarde o temprano. Y cuando el novato se ha ido, me toco el labio, inspeccionando la mancha de sangre en las yemas de mis dedos. «¿Qué carajo, Mike? Creo que me partiste un diente, hermano.»

Mike no parece ni remotamente arrepentido. De hecho, parece que no desearía nada más que reordenarme el resto de la cara. Y cuando los demás doblan la esquina y ya no pueden detenerlo, avanza hacia mí de nuevo, empujándome con fuerza. Trastabillo hacia atrás contra la camioneta de alguien.

«No hemos terminado de hablar», gruñe. «Y me está costando todo mi autocontrol seguir hablando en vez de mandarte derecho al puto hospital, Dec.»

«¿Hablar? ¿Así le llamas?» Esquivo otro empujón, levantando las manos en rendición. «No dijiste ni una palabra antes de estamparme el puño en la cara.»

Sus ojos son volcánicos. He visto esa mirada antes, generalmente justo antes de que destruya a alguien en la pista. «Te lo merecías», escupe, lanzándose hacia mi cuello de la camisa.

Le desvío la mano sin lanzar un puñetazo propio. Puede que esté furioso, pero no voy a pegarle. Aunque ahora mismo parece haber olvidado que somos amigos. Pero sé que, con Mike, la mejor forma de hacerlo entrar en razón es dejarlo desahogarse.

«Joder, Mike. Para ya.» Suspiro, agarrando otro puñetazo mal dirigido y apartándole el puño.

«Sabías perfectamente que estaba prohibida.» Se le quiebra la voz. «Lo dejé muy claro en la primera cena del equipo.»

Ah. El momento del «código de hermandad». Lo recuerdo bien. Mike, con media docena de cervezas encima, proclamando que nadie del equipo podía tocar a su hermanita. Que él personalmente se aseguraría de que cualquiera que lo intentara se arrepintiera, sin importar quién fuera ni las circunstancias. Pero no voy a disculparme por lo que siento por Lea.

«Irónico», digo. «El discurso que pretendía proteger a Lea podría ser justo lo que la aleja de alguien que de verdad se preocupa por ella. Simplemente pasó, Mike.»

«¿Simplemente pasó?» Mike ríe, un sonido como cristal roto. «¿Qué, tropezaste y caíste en la cama de mi hermana?»

Me palpan las sienes. Probablemente debería dejarlo quemarse solo. Pero algo caliente y desafiante me sube por el pecho. Le dejé dar un buen golpe y empujarme un rato, pero mi paciencia tiene un límite. Así que cuando intenta empujarme contra la camioneta de nuevo, le devuelvo el empujón. No se lo espera, y acaba sentado en el suelo.

«Lea es adulta», digo, con palabras medidas y deliberadas. «Ella toma sus propias decisiones sobre con quién sale. Y si quiere salir conmigo, puede hacerlo.»

«Y una mierda.» Mike avanza de nuevo. «Ella no sabe lo que quiere. Todavía se está recuperando de ese imbécil de Chris...»

«Lo cual sé perfectamente.» Me mantengo firme. «Hablamos, Mike. No solo nos acostamos, ¿entiendes?»

Se le abren ligeramente los ojos. «Ella...»

«No tienes derecho a protegerla de vivir su vida», interrumpo. «Y desde luego no tienes derecho a decirle a quién amar.»

«¿Amar?» Su cara se contorsiona mientras empieza a levantarse, la furia encendiéndose de nuevo en sus ojos. «No te atrevas a soltar esa palabra...»

«La quiero, Mike», digo. «La quiero.»

Las palabras quedan suspendidas en el aire nocturno. No planeaba decirlo así —no de esta manera, no a Mike antes que a la propia Lea. Pero ya está dicho, y es verdad. La revelación me

invade. La quiero, y probablemente la he querido desde aquella primera noche en Marie's Diner.

«¿La quieres?» Sacude la cabeza, todavía sentado en el suelo. «Y una mierda. Apenas se conocen.»

«Nos conocemos de sobra», replico, sin moverme un centímetro. «Pasamos una noche entera hablando después de esa fiesta de fraternidad, y llevamos semanas trabajando juntos en un proyecto de nuestra clase de arte. Sé que te adora, que tiene problemas con tus padres y que vive a la sombra de tu abuela... La conozco, Mike.»

«No.» Empieza a ponerse de pie, luego me clava un dedo en el pecho. «No tienes derecho a afirmar eso. No después de unas pocas semanas a escondidas.»

Un coche pasa, sus faros iluminándonos brevemente: dos idiotas discutiendo en una acera, uno con sangre en la cara y el otro echando humo por las orejas. El conductor aminora, probablemente esperando más drama, pero acelera cuando Mike lo fulmina con la mirada.

«No eres suficiente para ella», dice Mike, con la voz baja ahora. La calma es de algún modo peor que los gritos. «Nunca lo serás.»

Eso escuece más de lo que quiero admitir. «¿Por qué? ¿Porque juego hockey? ¿Porque soy tu compañero de equipo? ¿Qué, exactamente, me descalifica?»

«Ella se merece a alguien estable.» Se le tensa la mandíbula. «No a alguien que la va a abandonar por la NHL en cuanto le ofrezcan contrato.»

Casi me río de la ironía. «No tienes que preocuparte por eso», digo, mirándolo directamente a los ojos. «Porque no voy a ir a la NHL. Esta es mi última temporada.»

La ira de Mike flaquea en un instante, y la confusión toma su lugar. «¿De qué hablas?»

«Después de la graduación, se acabó.» Las palabras resultan a la vez aterradoras y liberadoras al decirlas en voz alta. «Voy a dedicarme a mi arte.»

«Estás...» Parpadea, como si intentara procesar palabras en otro idioma. «Eso es estúpido. Eres uno de los mejores jugadores del hockey universitario. Ese ojeador...»

«Me da igual el ojeador.» Me encojo de hombros, haciendo una ligera mueca cuando el movimiento me tira del labio partido. «Me importa mi arte. Y me importa Lea.»

«¿Así que lo tiras todo por la borda? ¿Sin más?» Se le ha ido el color de la cara. «¿Años de trabajo? ¿Todo lo que hemos construido en este equipo?»

«No estoy tirando nada. Estoy eligiendo otra cosa.» Dudo un momento y añado: «Algo que me importa más.»

Algo cruza el rostro de Mike: dolor, traición, incredulidad. Por un instante, creo que va a volver a pegarme. En su lugar, su expresión se endurece en algo frío y distante.

«Que te jodan, Dec.» Retrocede, sacudiendo la cabeza. «Simplemente... que te jodan.»

Se da la vuelta y se aleja a zancadas por la acera. Debería ir tras él, intentar explicarme más, pero conozco a Mike lo suficiente como para saber cuándo necesita espacio. Además, el labio me empieza a latir como un hijo de puta, y probablemente debería ponerle algo de hielo.

Mientras lo veo alejarse, dejo escapar un largo suspiro. Me duele la mandíbula, me martillea la cabeza, y probablemente acabo de destrozar una de mis amistades más cercanas —pero, curiosamente, me siento más ligero de lo que me he sentido en meses. Se acabaron las mentiras. Se acabó esconder lo que de verdad quiero.

Mi siguiente pensamiento es Lea. Sé que es hacia donde se dirige Mike, y necesito avisarla. Por un momento, considero ir yo mismo, pero con el humor actual de Mike creo que eso solo inflamaría la situación. No, mejor avisarla, para que ella lo maneje como quiera.

Así que, tras enviarle un mensaje rápido de advertencia a Lea, empiezo la larga y solitaria caminata de vuelta a mi apartamento. Pero con cada paso que doy, siento que estoy en el camino correcto por primera vez en meses, porque he tomado mis decisiones y la verdad por fin está ahí fuera.

Y por aterrador que sea, también es un alivio.

Solo espero que Lea sienta lo mismo.

—ESE DE ahí esconde algo seguro —digo, señalando el panel del techo que está ligeramente torcido en la esquina de la sala común de la residencia.

Em entrecierra los ojos desde donde estamos acurrucadas junto al microondas, viendo cómo el queso se derrite lentamente hasta convertirse en oro líquido.

—Demasiado obvio. Si yo estuviera escondiendo hierba de la buena, elegiría el que está detrás de la tele. Nadie lo toca porque todos tienen miedo de joder el cable.

Niego con la cabeza mientras alcanzo el bote de jalapeños.

—Ni de broma. El panel de la tele lo mueven cada vez que viene mantenimiento a arreglar la señal, que es más o menos cada dos semanas porque Brad no para de ajustar la antena cuando va borracho.

—Buen punto. —Em se acerca más al microondas, abriendo mucho los ojos—. Oooh, iburbuja de queso! Ese es el punto de fusión perfecto.

Abre la puerta y el microondas pita justo cuando la puerta de la cocina comunitaria se abre de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar las alacenas. Doy un salto y casi lanzo los jalapeños por toda la encimera.

Es Mike.

La cara de mi hermano tiene un tono alarmante de rojo intenso, el pecho subiéndole y bajándole como si hubiera cruzado el campus a la carrera. Sus ojos se clavan en mí con precisión láser, y la temperatura de la habitación parece bajar diez grados.

Tres estudiantes de segundo que estaban preparando ramen en la encimera agarran sus vasos y prácticamente se teletransportan fuera de la cocina, abrazando los fideos instantáneos contra el pecho mientras se dirigen a la salida.

—¿Mike? —Empiezo a preguntar qué pasa, pero su expresión me corta las palabras en seco.

Lo sabe.

—Te estás acostando con Declan. —No es una pregunta, sino una afirmación, con la voz baja y cargada de una rabia apenas contenida.

Abro la boca, la cierro, la vuelvo a abrir. Soy un pez varado boqueando, pillada completamente desprevenida.

—Eh... —digo, y hasta eso me cuesta.

—Mierda —susurra Em a mi lado, y bien podría ser una confesión gritada por un megáfono.

—Así que es verdad. —Los ojos de Mike pasan de ella a mí, y ya no es una pregunta—. ¿Por qué no me lo dijiste, Lea? ¿Tuve que enterarme de que Declan y tú están follando por mis compañeros de equipo?

La palabra follando me golpea como una bofetada. Como si lo que Declan y yo tenemos pudiera reducirse a algo tan burdo. De repente, siento que mi rabia crece para encontrarse con la suya.

—No te lo dije porque sabía que ibas a reaccionar exactamente así, como un cavernícola que cree que tiene voz y voto en con quién salgo.

Mike se rasca la barba incipiente del mentón, desordenándose aún más el pelo.

—Te dije expresamente que no...

—Me dijiste que no saliera con jugadores de hockey. —Cruzo los brazos—. Lo cual, por cierto, no es un contrato vinculante firmado con sangre. Soy adulta, Mike.

—Sí, toda una adulta. —Suelta un bufido, dando un paso hacia mí mientras Em permanece a mi lado—. Escondiéndote a mis espaldas...

—No nos escondíamos —le espeto, aunque eso es exactamente lo que hacíamos—. Solo... nos estábamos tomando nuestro tiempo para aclarar las cosas.

Detrás de mí, los nachos están olvidados, el queso cuajándose. Em se ha quedado completamente inmóvil a mi lado, pero hay una fuerza en su presencia que me da poder a mí. De repente, estoy furiosa con Mike en lugar de asustada por disgustarlo, y con ganas de defender lo que Declan y yo tenemos.

—¿Aclarar qué, Lea? —La voz de Mike sube de volumen—. ¿Cómo destrozar lo único que me importa en la vida aparte de ti? ¿Cómo traicionarme de la mejor manera posible?

—¿Traicionarte? —Casi me río—. ¡Esto no va de ti! ¡No todo va de ti, Mike!

—¡Sí cuando se trata de mi compañero de equipo! ¡Mi amigo! —Da un paso hacia mí, y yo no me muevo—. No tienes ni idea de lo que esto le hace a la dinámica del equipo.

—Yo diría que ya tienes bastante en tu plato sin preocuparte de con quién salgo —digo, bajando la voz.

Mike se tensa.

—¿Qué quieres decir con eso?

Dudo, de pronto consciente del hielo fino que estoy pisando. Pero estoy cansada de andar de puntillas a su alrededor.

—Sé que lo has estado pasando mal —digo con cuidado—. Y también vi ese artículo. El de tu «caída en desgracia». Estaba abierto en tu portátil cuando pasé a verte la semana pasada.

Su cara palidece ligeramente bajo el rubor de la ira. Por un momento, la vulnerabilidad reemplaza la rabia en sus ojos. Luego sus muros vuelven a levantarse de golpe, más altos y más gruesos que antes, y sé que ahora está más furioso que nunca a pesar de que sus rasgos se han vuelto gélidos.

—Así que pensaste, ¿qué? ¿Que me protegerías mintiéndome? —Una risa amarga escapa de la garganta de Mike—. No necesito que me traten con guantes de seda, Lea, no como a ti...

Abro los ojos de par en par ante sus palabras, y oigo a Em contener la respiración a mi lado, acercándose un poco más.

—Eso no es justo, Mike...

—¿Ah, no? —Suelta un bufido—. Porque no es lo que vi este verano.

Se me cae el estómago a los pies.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que ese tipo te dejó y te derrumbaste por completo. —Las palabras le salen rápido, afiladas como cuchillos—. Mamá me llamó en pánico porque no parabas de llorar. Papá dijo que no querías comer. Los dos estaban preocupados por ti, Lea. ¿Y quién tuvo que recoger los pedazos?

Em se remueve incómoda a mi lado, pero apenas registro su presencia. Lo único que siento es el ardor en el pecho, el nudo que se me está formando en la garganta. Mike, mi mayor aliado en el mundo, acaba de volverse contra mí y lo ha hecho de la manera más hiriente posible.

—Yo pensaba... —Me falla la voz—. Pensaba que me ayudaste porque querías. Porque tú también estabas preocupado por mí.

Mike suspira, rascándose la barba incipiente del mentón.

—Claro que estaba preocupado. Pero joder, Lea. Solo era un tipo. Una aventura de verano. Seis semanas de follada tras follada antes de volver a la realidad. Pero tú lo convertiste en toda una... —gesticula de forma exagerada, como un actor haciendo alguna gran declaración— ...tragedia épica.

Cada palabra es una puñalada. Todo este tiempo, creí que Mike era la única persona que lo entendía, que veía mi dolor como algo legítimo. La traición cala hondo, destrozando la ilusión de que al menos un miembro de mi familia no piensa que soy un desastre emocional.

—¿Sabes qué? —Me apoyo contra la encimera para sostenerme—. Ahora mismo sueñas exactamente igual que mamá y papá.

—Puede que tengan razón. —La voz de Mike se suaviza un poco, pero el daño ya está hecho—. Siempre haces esto. Lo sientes todo con tanta intensidad, le das más importancia a las cosas de la que

tienen. Igual que con Chris. E igual que lo que va a pasar con Declan dentro de unas semanas o unos meses.

No digo nada. A estas alturas, el queso de nuestros nachos abandonados se ha cuajado en una masa triste y gomosa. Me quedo mirándolo mientras contengo las lágrimas, aunque no estoy segura de si es tristeza o rabia lo que las provoca.

—Mira, lo entiendo. —Mike deja escapar un largo suspiro, su tono cambiando a algo casi condescendiente—. Estás en la universidad, quieres tener tus pequeñas historias de amor. Pero Declan no es el tipo para ti, porque los jugadores de hockey llevan en el ADN lo de follar y largarse. Y no quiero verte sufrir otra vez.

Me yergo, lo miro directamente a los ojos, y decido que lo que siento ahora mismo es sin duda rabia.

—Esa decisión no te corresponde. Y si las cosas salen mal con Declan —que no va a pasar—, no iré a llorarte. Has dejado claro que fue un marrón enorme, así que no te preocupes por tener que rescatarme otra vez.

—Bien —dice Mike, la palabra seca y fría—. Pero cuando te rompa el corazón, acuérdate de que intenté avisarte.

—No me va a romper el corazón.

Mike se me queda mirando un largo momento, su expresión indescifrable. Luego se da la vuelta y se va, cerrando la puerta de un portazo con la fuerza suficiente para hacer vibrar el microondas. Y el silencio que sigue es ensordecedor.

Me quedo paralizada en el sitio, mirando la puerta cerrada. Aprieto el borde de la encimera con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que los brazos de Em me rodean.

—Eh —dice con suavidad—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —digo, mientras las lágrimas me resbalan por la cara. Me las limpio con el dorso de la mano, molesta por la traición de mi propio cuerpo—. Solo está siendo... Mike.

Los ojos de Em están llenos de preocupación, pero no me delata señalando la mentira obvia. En su lugar, me da un apretón.

—Esos nachos ya no tienen salvación, pero tengo chocolate de emergencia en el cajón de mi escritorio, y si me lo pides muy bien

puede que hasta te dé la última sidra.

Niego con la cabeza, ya buscando el móvil.

—Tengo que irme.

—¿A ver a Mike? —pregunta Em, soltándome.

—No. —Saco el móvil y veo que hay una docena de mensajes y llamadas—. Mierda.

—¿Qué? —Em se acerca.

—Declan. —Esbozo una sonrisa entre feliz y triste—. Intentó avisarme.

Em asiente, comprendiéndolo al instante.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, pero no. —Respiro hondo—. Esto es algo que tengo que hacer sola.

Necesito estar con alguien que no me haga sentir que mis emociones son de algún modo incorrectas o excesivas. Alguien que me mire y vea fortaleza, no fragilidad. Alguien que me quiera exactamente como soy, y que le den a lo que diga cualquier otro... sobre esto o sobre nosotros.

—Dale recuerdos de mi parte —dice Em con una pequeña sonrisa—. Y dile que si te hace daño, conozco diecisiete maneras de hacer que una muerte parezca un accidente.

A pesar de todo, me río.

—¿Solo diecisiete?

—Las demás serían fáciles de rastrear hasta mí. —Se encoge de hombros—. Escríbeme si necesitas algo.

Asiento, cojo la chaqueta y el bolso. Cuando llego a la puerta, me detengo.

—¿Em? Gracias por apoyarme.

—Siempre —dice, ya empezando a limpiar los restos de nuestro aperitivo abandonado—. Para eso están las amigas.

Fuera, el aire de la noche es fresco. Me ciño más la chaqueta y empiezo a caminar, mis pasos decididos a pesar de las lágrimas que aún se secan en mis mejillas. Los caminos del campus están más tranquilos de lo habitual, la mayoría de los estudiantes ya recogidos para pasar la noche o en fiestas de fin de semana.

El peso de las palabras de Mike me oprime el pecho, pero con cada paso hacia el apartamento de Declan, siento que algo más crece junto a ello: certeza. La certeza de que por una vez en mi vida, no estoy exagerando ni siendo demasiado emocional.

La certeza de que todo lo que quiero, todo lo que necesito, es a Declan.

Nunca se me ha dado bien admitir que necesito a alguien. Siempre me pareció una debilidad, una confirmación de todo lo que mis padres creen de mí. Pero ahora mismo, caminando hacia él con las lágrimas secándose en mis mejillas, es lo más fuerte que he hecho en mi vida.

veintinueve

DECLAN

ALGUIEN LLAMA a mi puerta y el corazón se me dispara. Llevo la última hora recorriendo el apartamento de punta a punta, con el teléfono aferrado en la mano como si pudiera transformarse en Lea si lo aprieto con la fuerza suficiente.

Intenté escribirle. Intenté llamarla. Nada. Silencio de radio.

Había pensado en ir a su residencia, pero supuse que Mike iría directo allí a confrontar a su hermana. Le había escrito y llamado para avisarle, pero calculé que lo peor que podía hacer era tener otro encontronazo con Mike delante de Lea.

Si eso pasaba, no solo vería a su hermano y a su novio discutiendo, sino que había muchas probabilidades de que nos viera pelearnos también. No tengo duda de que Mike estaría encantado de soltar otro puñetazo, y no estoy seguro de que pudiera contenerme si veía que Mike había disgustado a Lea.

Así que me limité a escribirle e intentar llamarla, pero no obtuve respuesta.

Y, claro, eso me llevó a preocuparme de que Mike ya hubiera llegado antes que yo.

Y de que ahora ella haya terminado conmigo.

Que sea Mike, pienso mientras me acerco a la puerta. Que me lance un puñetazo.

Pero entonces abro, y es Lea.

Por fin.

Tiene el rímel corrido bajo los ojos, creando sombras que hacen que el verde de sus iris parezca casi radiactivo. El pelo le cae revuelto, como si llevara rato pasándose los dedos compulsivamente. Está tan despeinada y tan guapa como aquel día juntos en el baño.

—Lea —exhalo, y el alivio me inunda.

—Hola —dice, con la voz pequeña.

—Hola —digo, resistiendo el impulso de hacer preguntas y abriendo los brazos.

Se refugia en ellos sin dudar, presionando la cara contra mi pecho y rodeándome la cintura con los brazos. La abrazo con fuerza, hundiendo la cara en sus rizos. Tiembla un poco, o quizá soy yo. Es difícil saber dónde termina su cuerpo y empieza el mío.

—Lo siento mucho —susurro contra su pelo.

—No. —Su voz llega amortiguada contra mi pecho—. Solo... dame un minuto...

Se lo doy, abrazándola sin hablar, mientras retrocedemos al interior y cerramos la puerta. Mi apartamento está en silencio salvo por el zumbido del refrigerador y el sonido lejano del televisor de un vecino a través de las paredes. Después de un largo momento, se aparta un poco y levanta la vista hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunto, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Digamos que «operativa». —Su sonrisa vacila—. Vaya, tu mandíbula tiene mala pinta.

Me encojo de hombros.

—He recibido golpes peores en el hockey...

—Tenemos que hablar.

Me siento a su lado, dejando un pequeño hueco entre nosotros, porque quiero darle espacio si lo necesita. Es buena señal para nuestro futuro que se acerque un poco hacia mí, sea deliberado o no.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja—. Me pareció mejor avisarte de que Mike iba para allá, pero no ir yo mismo, dado lo furioso que estaba...

—Fue inteligente —sonríe—. Podría haber empezado la Tercera Guerra Mundial si hubieras estado conmigo cuando llegó...

—Siento que hayas tenido que enfrentarte a eso sola —digo, estirándome para ponerle la mano en la pierna—. Intenté escribirte y llamarte...

—No los vi. —Se encoge de hombros—. Pero te agradezco que lo intentaras, y tuve a Em conmigo todo el rato...

—¿Y dónde has estado desde entonces?

—Caminando. —Se mira las manos—. Solo... caminando. Mucho. Muchísimo. Intentando aclararme la cabeza.

—¿Y? —pregunto, temiendo la respuesta.

Suspira hondo.

—Mike es un imbécil, pero sigue siendo mi hermano.

El estómago se me cae al suelo y sigue bajando, directo al centro de la tierra, donde puede arder en lava fundida. Aquí viene. Mike es su hermano, y yo soy solo el tipo por el que anda escondiéndose por el campus y ocultando su relación.

—Pero eso no significa que tú no seas importante para mí también —añade rápidamente, al parecer notando cómo mi cuerpo acaba de tensarse—. No me refería a eso.

Exhalo despacio.

—Perdona. Por un segundo pensé que esto iba hacia el discurso de «no eres tú, soy yo».

—Dios, no. —Envuelve mis dedos con los suyos, apretando fuerte—. Todo lo contrario, de hecho. Estoy cabreada con Mike. Muy, muy cabreada.

—¿Porque me pegó? —Me toco la mandíbula con cuidado con la mano libre—. No es que no aprecie la solidaridad, pero no es para tanto.

—No es solo eso. Bueno, no solo eso. —Recoge las piernas debajo de ella en el sofá—. ¿Sabes lo que me dijo?

Niego con la cabeza, bebiendo los detalles de su cara como si me muriera de sed. Todavía tiene los ojos enrojecidos, pero ahora hay fuego en ellos. En algún rincón de mi mente, un pensamiento destella: me gustaría dibujarla así. Pero lo ahogo para centrarme en el ahora.

—Me dijo que había convertido todo lo de Chris en una especie de tragedia épica —dice, con la voz temblándole un poco—. Que me derrumbé por completo, y que solo me ayudó porque mis padres lo llamaron, histéricos porque yo no paraba de llorar.

—Espera, ¿qué?

—Sí. —Su risa es amarga y hueca—. Básicamente dijo que mis padres piensan que soy una florecita frágil que no puede manejar una ruptura, y que él tuvo que rescatar a la pobre y patética Lea de sus emociones. ¿Te lo puedes creer, joder? ¿Que me dijera eso?

La sangre me hierve de solo pensar que Mike —o cualquiera— le hable así.

—Eso es una mierda.

—Y lo peor es —continúa— que todo este tiempo pensé que Mike era el único de mi familia que me entendía. Que no pensaba que soy demasiado sensible o demasiado emocional. Y resulta que piensa que me voy a derrumbar contigo también. Como si fuera inevitable.

—¿Y le crees?

—No —dice con firmeza—. No le creo. Toda mi familia piensa que soy una muñeca rota, pero estoy harta de esa narrativa.

La atraigo más hacia mí, sus rodillas presionando contra mi muslo.

—De algo estoy seguro: eres lo más alejado de estar rota que he visto en mi vida.

—No necesito que me rescaten —susurra.

—No, no lo necesitas. —Mi pulgar traza círculos en su palma—. Habrías encontrado la forma de superar lo de Chris con el tiempo, aunque Mike no te hubiera ayudado. Habrías llegado a Pine Barren. Me habrías conocido en esa fiesta. Me habrías mandado a la mierda cuando descubrieras que juego al hockey.

Eso le arranca una pequeña risa.

Progreso.

—La única diferencia —continúa— es que me habrías hecho suplicar un poco menos.

—Lo dudo mucho. —Su sonrisa se vuelve más genuina—. Soy bastante terca.

—Otra cosa que me encanta de ti.

Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas, suspendidas en el aire entre nosotros como algo físico. No tenía planeado decirlo todavía —no así, no en medio de su drama familiar—, pero ahí está. No hay marcha atrás.

Se le agrandan un poco los ojos.

—¿Qué acabas de decir?

Podría dar marcha atrás. Hacer una broma. Fingir que lo dije sin pensar. Pero ya le he mentado antes, y me prometí que no volvería a hacerlo. No rompió conmigo cuando Mike la confrontó, así que veamos si esto la asusta.

A todo gas. Sin frenos.

—He dicho que te quiero. —El pulso se me dispara contra las costillas—. Sé que es demasiado pronto. Sé que solo llevamos juntos poco tiempo. Pero es lo que siento.

Me mira largo rato, y casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Me he quedado al descubierto, y ahora tengo que esperar su veredicto. Tengo esperanza, pero no certeza.

Se le llenan los ojos de lágrimas a Lea, y durante una fracción de segundo aterradora estoy convencido de que de alguna forma lo he empeorado todo —por supuesto que sí, es lo que hago—. Pero entonces sus labios se curvan en una sonrisa tan radiante que casi duele mirarla.

—Yo también te quiero —dice, con la voz quebrándosele un poco—. Dios, no pensé que fuera a sentir esto por nadie, no después de... —Sacude la cabeza—. Pero es así. Te quiero.

El alivio me recorre hasta el último rincón. La atraigo hacia mis brazos, y ella viene sin resistencia, prácticamente trepándose a mi regazo. Sus lágrimas me humedecen la camiseta, pero me importa un bledo mientras la abrazo con fuerza.

—Me encanta cómo miras mi arte —murmura contra mi cuello—. Como si de verdad me vieras a mí. No lo que podría ser o debería ser, sino a mí.

Nos quedamos así un buen rato, enredados en mi sofá, su cabeza encajada bajo mi barbilla. Al final se mueve, levantando la vista hacia mí con esos ojos verdes extraordinarios.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche, Declan? —pregunta en voz baja—. No tengo ninguna gana de volver a la residencia.

—Claro. —Le paso el pulgar por el pómulos, limpiándole una lágrima suelta—. Puedes quedarte todo lo que quieras, solo asegúrate de escribirle a Em.

Lea asiente, sacando el teléfono del bolsillo. Teclea un mensaje rápido y me enseña la pantalla:

Con Declan. Estoy bien. Lo quiero. Me quedo a dormir. Hablamos mañana.

—Concisa —digo, apreciando su franqueza.

—A Em le va lo directo. —Lea pulsa enviar y deja el teléfono en la mesita—. Seguramente ya esté respondiendo con opciones de comida y bebida poscoital en la zona...

—¿En serio? —Arqueo una ceja—. De pronto me interesan mucho las opiniones de Em.

Lea me da un manotazo en el pecho, pero está sonriendo.

—Eres lo peor.

—No es lo que decías hace un minuto. —La acerco más.

—Que no se te suba a la cabeza. —Se ríe—. Tu ego ya es bastante grande.

—No es lo único grande —murmuro contra su pelo.

Lea gime.

—Dios mío, tienes doce años.

—Pero muy maduro para mi edad.

Se ríe, y el sonido le recorre el cuerpo hasta el mío. Es algo precioso, sentirla reír mientras está pegada a mí. Mucho mejor que verla llorar, cualquier día de la semana.

—¿Tienes hambre? —pregunto, dándole cuenta de que llevo horas sin comer nada, y no sé si ella ha cenado—. Puedo prepararnos algo.

—¿Cocinas? —Se aparta, con cara de escepticismo, aunque se anima al oír lo de la comida.

—Me ofende tu tono. Sí, cocino. Vivo solo, ¿recuerdas? O aprendía a cocinar o sobrevivía a base de barras de proteínas y Gatorade.

—La dieta del jugador de hockey.

—Exacto. —Me levanto, tirando de ella—. ¿Entonces, comida?

—Comida, me muero de hambre, la verdad —acepta—. Siempre y cuando pueda ayudar.

Nos movemos a la cocina, donde evalúo las opciones y me decido por pasta con una salsa sencilla. Cocinar juntos resulta sorprendentemente fácil, nuestros cuerpos moviéndose alrededor del otro en el espacio reducido como si lo hubiéramos hecho cien veces.

—Se te da bien eso —observo, viéndola picar una cebolla a la perfección.

—Mejor ten cuidado. —Sonríe con malicia—. Puedo cortarte a ti con la misma facilidad.

Cuando tenemos la salsa lista y la pasta en el fuego, sirvo una copa de vino para cada uno. Nos sentamos a mi pequeña mesa de cocina, la pasta burbujeando detrás de nosotros, y el momento se siente perfecto.

—Por querer lo que nos asusta —digo, levantando mi copa.

Lea hace chocar la suya con la mía.

—¿Eso soy yo? ¿Algo que te asusta?

—Me aterroriza —admito, dando un sorbo—. Pero de la mejor manera posible.

Se le suaviza la mirada.

—Yo también tengo miedo. Pero no de ti. De este sentimiento. Es tan grande...

—Sé a qué te refieres.

Y es verdad. Esto que hay entre nosotros se siente inmenso, como si pudiera tragarnos enteros si se lo permitimos. Pero a diferencia del hockey, a diferencia del arte, esto no es algo que quiera controlar o dominar. Quiero dejar que me lleve adonde sea que vaya. La primera parada es la cena, y después de eso, quién demonios sabe.

Más tarde, después de cenar y fregar los platos juntos, Lea aparece en el marco de la puerta de mi habitación con una de mis camisetas de entrenamiento, que le llega casi a las rodillas. Se ve imposiblemente pequeña e imposiblemente perfecta.

—Tu camiseta huele a ti —dice, levantando la tela hasta su nariz.

—Eso espero. —Me encojo de hombros—. Aunque debo advertirte, sudo mucho en los entrenamientos.

—Qué asco. —Me lanza una mirada con media sonrisa, pero no se quita la camiseta.

—Ven aquí —digo, dando palmaditas al espacio a mi lado en la cama.

Se mete y se acurruca contra mi costado como si perteneciera ahí. Apoya la cabeza en mi pecho, el brazo sobre mi estómago. Y aunque quiero arrancarle la ropa y devorarla, también quiero quedarme en este momento un rato más.

—Sabes que Mike va a estar furioso con nosotros una temporada, ¿verdad? —digo.

—Mike puede irse a la mierda.

Me río, sorprendido.

—Eso es muy directo.

—Estoy harta de dejar que mi familia me dicte cómo debo sentirme. —Suspira—. Y estoy harta de escondernos. Así que Mike o lo supera o no, pero ese es su problema, no el nuestro.

Le llevo la mano a la cara, trazando la línea de su mandíbula.

—Me gusta esta versión tuya con fuego. Muy sexy, ¿sabes?

—¿Ah, sí? Bien, porque tú ayudaste a crearla. —Se inclina más, presionando sus labios contra los míos en un beso suave—. Entonces, ¿valió la pena el puñetazo en la cara?

Sonríó contra su boca.

—Totalmente.

Y mientras se acomoda de nuevo contra mí, su respiración cálida en mi cuello, sé que recibiría mil puñetazos más si significara terminar cada día así —con Lea en mis brazos, con las palabras «te quiero» todavía suspendidas en el aire entre nosotros.

Mike, el equipo, nuestro arte y nuestros futuros: todo puede esperar hasta mañana.

Esta noche es solo para nosotros.

MIS PIES GOLPEAN el sendero de tierra mientras intento seguir el ritmo castigador de Linc. El frío de primera hora de la mañana me atraviesa la camiseta empapada en sudor, pero lo agradezco: mejor que el hedor de veinte jugadores de hockey apiñados en un vestuario cualquier día.

—Te quedas atrás, Andrews —dice Linc por encima del hombro, apenas sin aliento a pesar de marcar un ritmo que haría llorar a la mayoría de los velocistas.

—Solo intento darle un empujón a tu ego antes del partido. —Aprieto más, cerrando la distancia entre los dos—. Obra de caridad previa al juego.

Linc bufa y acelera, cómo no. El tipo trata todo como una competición, incluida nuestra carrera al amanecer alrededor del campus norte. Los senderos están casi vacíos a esta hora, solo unos cuantos corredores madrugadores y un profesor paseando a un perro.

—¿Cuántas millas llevamos? —pregunto, igualando su ritmo, con los cuádriceps ardiéndome en protesta.

—Tres millas. —Linc echa un vistazo a su reloj—. Tenemos desayuno de equipo en cuarenta.

El sendero se estrecha al entrar en la zona arbolada, obligándonos a correr en fila india. Las hojas mojadas amortiguan

nuestras pisadas, y mi mente se va hacia Lea, como lleva haciendo con una frecuencia vergonzosa últimamente. Una semana de relación oficial y todavía siento que camino por las nubes.

Cuando el sendero se ensancha otra vez, Linc afloja para correr a mi lado.

—Tienes esa cara de idiota otra vez.

—¿Qué cara?

—La que dice que estás pensando en Lea. —Hace un sonido de arcada—. Es como ver una película de Hallmark en tiempo real.

—No sabía que fueras un experto en el tema —le devuelvo, pero siento el calor subiéndome a las mejillas—. Ha sido una buena semana, nada más.

—Bueno, cualquier semana en la que Mike no te suelte un puñetazo ya es buena semana, supongo... —Sonríe con suficiencia, y después se le pone la cara seria—. ¿Cómo ha estado?

—Me habla un poco. Sobre todo en gruñidos monosilábicos y alguna que otra broma creativa. —Me encojo de hombros—. Ayer me encontré la cinta del palo desenrollada.

Bajamos una pequeña cuesta a golpe de zancada. Mi rodilla derecha se queja un poco, nada grave, solo una molestia vieja que aparece cuando fuerzo demasiado y desaparece en cuanto aflojo.

—¿El que tienes desde que eras novato? —Linc hace una mueca—. Eso ya se pasa de la raya.

—Ya, bueno. —Me encojo de hombros, a pesar de que me había cabreado bastante—. No es que sea supersticioso.

—A diferencia de Mike, que seguro piensa que pisar una grieta le romperá la espalda a su madre y sus opciones de llegar a la NHL.

Llegamos a la mitad del circuito, marcada por un banco de madera que ha visto tiempos mejores. Linc reduce el paso y yo lo imito con alivio, bajando a caminar. Los dos agarramos nuestras botellas de agua, respirando con fuerza.

—¿Por qué no le has devuelto ninguna? —pregunta Linc entre tragos—. Si me estuviera jodiendo así a mí, ya tendría espuma de afeitar en el casco.

Tapo la botella y me estiro los hombros.

—¿Para qué? Solo empeoraría las cosas, y la verdad, no me importa lo suficiente como para molestarme.

—Dominado —tose Linc en su puño.

—Maduro —le corrijo, levantándole el dedo—. Además, aparte de lo de Lea y yo, está resentido porque no recibió el correo del ojeador que nos llegó a nosotros...

La expresión de Linc se ensombrece.

—Sí, ese correo fue...

—Solo fue el siguiente paso, Linc. —La invitación a conocer a «cierta gente» después del partido solo iba dirigida a Linc y a mí.

—Si tú lo dices —dice Linc, mientras estira los isquiotibiales contra el banco—. ¿Listo para seguir?

Asiento y retomamos la marcha, esta vez a un ritmo más razonable, ya sea porque Linc está siendo considerado con mi cansancio o porque quiere alargar la conversación. Sospecho lo segundo.

—¿Y cómo te sientes con lo de esta noche? —pregunta con aire casual, mirándome de reojo.

—Como que debería haber aceptado la beca de arte en NYU cuando tuve la oportunidad.

Linc se ríe, pero noto que espera una respuesta de verdad. Tiene una forma de sacarme las cosas quiera compartirlas o no. Por eso es tan buen compañero de equipo. Y amigo.

—Estoy nervioso —admito—. No solo por el partido, sino por Mike. Lo está pasando mal...

—Sabes que no eres responsable de la carrera de Mike. Ni de su felicidad.

—Ya, pero...

—Pero nada —me corta Linc—. El tipo tiene dos pies. Puede sostenerse solo. Más o menos.

Le lanzo una mirada confusa.

—¿Cómo que «más o menos»?

Linc duda, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

—Mira, no iba a decir nada, pero ayer estuve en la sala de fisioterapia. Le oí hablando con uno de los fisios, y por lo visto lleva

jugando con un esguince desde el principio del semestre. No lo dejó curar nunca, así que sigue empeorando.

—Eso explica la resonancia. ¿Pero desde el primer partido? —Suspiro—. Eso fue hace meses. ¿Por qué no dijo nada?

—Porque es Mike, idiota. Es terco como una mula. —Linc se encoge de hombros—. Espero que Lea no tenga ese gen familiar.

Ignoro el chiste, procesando la información. El comportamiento de Mike, su rendimiento en caída, su creciente repliegue en el silencio y el mal humor: todo empieza a tener mucho más sentido.

—Robbie dijo que como no descansó ni se puso hielo como debía, el esguince nunca sanó —continúa Linc—. Y ahora se arriesga a un daño permanente en el ligamento.

—Joder. —Suelto un suspiro largo que se condensa en el aire frío de la mañana—. ¿Qué le dijo Robbie que hiciera?

—Que descanse un par de semanas como mínimo. Pero Mike...

—No lo hará —termino—. No con ojeadores mirando. No en su último año.

—Bingo.

Corremos en silencio unos minutos, los únicos sonidos nuestra respiración y el chasquido del barro bajo las zapatillas. La lesión de Mike da contexto a su comportamiento, pero no lo justifica, porque ha estado ocultando algo crucial al equipo, a sus compañeros de línea y a mí.

—Estás pensando demasiado alto —dice Linc—. Casi puedo oír los engranajes chirriándote en la cabeza.

—Solo intento decidir qué hacer con esta información —digo—. Alguien tiene que protegerlo de sí mismo.

—No es tu trabajo —sugiere Linc—. Lo que pase, pasa. Solo puedes controlar tu propio juego, tu propio comportamiento.

—Sí. —Asiento despacio—. Lea me dijo lo mismo la otra noche, aunque sigue furiosa con él.

Linc sonríe con suficiencia.

—Chica lista.

—Pero tienes razón. Si quiere destrozarse el tobillo y su futuro, es cosa suya. Ya dejé de sentirme culpable.

Salimos del sendero arbolado a los campos abiertos cerca del complejo deportivo. La pista de hockey se recorta a lo lejos, su diseño moderno y elegante contrastando con la arquitectura tradicional del resto de Pine Barren. Esta noche estará abarrotada de aficionados gritando, pendientes de si mantenemos la racha.

Reducimos hasta detenernos en el cruce que nos lleva a cada uno a su sitio, pero en direcciones opuestas. La mañana ha aclarado bastante, y los estudiantes empiezan a salir de los edificios, camino a las primeras clases o al desayuno. Noto cómo me mejora el ánimo solo de pensar en ver a Lea y luego jugar el partido.

—¿Nos vemos en el comedor en veinte? —pregunta Linc.

—No, voy a desayunar con Lea... —Me encojo de hombros.

—Estás evolucionando. —Bufa—. Lo próximo será que te salgan alas y echas a volar.

Pero no le digo que ya estoy volando desde que estoy con Lea, y que ya no me pesa la losa de las exigencias y acusaciones de Mike. Una parte de mí lo compadece: escondiendo una lesión, jugando con dolor, viendo cómo sus sueños se le escapan cada vez más.

Pero la mayor parte de mí ha dejado de alimentar su comportamiento autodestructivo y de sentirse culpable, y no tengo que pedir perdón por lo que siento por su hermana. Si puede aceptarlo, puede que quede algo que salvar, pero si no...

Bueno, esta noche jugaré mi partido. Haré mi trabajo. Y luego volveré a casa con Lea.

Y lo que pase con Mike... pasa.



La grada ruge cuando Maine clava otro gol en la red, poniéndonos 3-1 a mitad del segundo periodo. Levanto el palo para celebrar, pero el gesto se siente mecánico. El ojeador está aquí otra vez, observando desde las gradas, y debería estar eufórico.

Este partido es exactamente lo que Mike necesita para reivindicarse después de su bajón. Sigue siendo un imbécil, pero ha jugado su mejor partido de toda la temporada, quizá lo bastante

bien como para que el ojeador le eche otro vistazo. Y tanto Linc como yo estamos rindiendo a gran nivel.

De liga profesional.

Pero no consigo emocionarme. En cambio, estoy pensando en el lienzo a medio terminar en mi apartamento, y deseando volver a cocinar con Lea. Y después, bueno, digamos que hemos preparado postres maravillosos usando comida y nuestros cuerpos.

—¡Buena asistencia, Andrews! —grita el entrenador Barrett cuando paso patinando por el banquillo.

He jugado bien, al menos sobre el papel. Pero los movimientos no fluyen como antes. Cada pase, cada golpe, cada decisión táctica requiere un esfuerzo consciente cuando antes me salían tan naturales como respirar, y eso me dice que el corazón ya no está del todo en esto.

Mike y yo nos colocamos para el saque de centro. Tiene la mandíbula apretada, los ojos fijos en la mano del árbitro. Ha estado jugando con una intensidad extraña esta noche. Pero a pesar de su partidazo, algo falla también en sus movimientos.

Una vacilación antes de cada giro.

Una mueca cuando carga el peso sobre el pie.

Y está claro que se matará por impresionar al ojeador.

—¿Estás bien? —murmuro.

No me mira.

—Bien.

Claro. Sigue cabreado por lo de Lea, entonces.

El disco cae y volvemos a movernos. Me descubro escaneando las gradas automáticamente mientras patino hacia atrás para colocarme. Lea está ahí con Em, las dos de pie. Por un momento, nuestras miradas se cruzan, y su sonrisa me hace sentir que podría saltar la valla y echar a volar.

—¡Andrews! ¡Concéntrate!

La voz del entrenador me espabila. El centro rival viene lanzado, y estoy fuera de posición. Giro bruscamente, apenas consiguiendo meter el palo en la trayectoria del disco cuando pasa silbando. La deflexión se la manda a Linc, que sale disparado por el hielo, despejando desde la defensa.

Los siguientes minutos son un borrón de movimiento. Su defensa se ha cerrado, haciendo más difícil encontrar pases limpios. Mike merodea cerca de su línea azul, con los brazos en alto, pidiendo el disco. Está libre, una oportunidad perfecta, pero algo en su postura no me cuadra.

Dudo una fracción de segundo de más.

—¡Andrews! ¡Muévete! —brama el entrenador.

Lanzo el pase, más fuerte de lo que pretendía y más abierto a la derecha de lo que debería. En el momento en que sale de mi palo, sé que es malo. Pero Mike ya se ha comprometido, lanzándose a por él, estirando el cuerpo de una forma que hace que a mí me griten los músculos por simpatía.

El patín se le engancha en un filo y el tobillo derecho se le tuerce en mal ángulo.

El sonido que le sale de la garganta no es humano: es primitivo, crudo, el tipo de ruido que silencia un pabellón entero en un instante. Es una mezcla de dolor, rabia y frustración, y mientras el disco se desliza olvidado, Mike se desploma sobre el hielo aferrándose a la parte baja de la pierna.

Joder.

Me muevo antes de darme cuenta, patinando a toda velocidad hacia él. El silbato del árbitro atraviesa el silencio para detener el juego, estridente e insistente, pero apenas lo registro. Todo en lo que puedo concentrarme es en la cara de Mike, contorsionada de agonía, pálida como el hielo bajo él.

—No te muevas —le digo, dejándome caer de rodillas—. Viene el fisio.

Los ojos de Mike encuentran los míos, abiertos de pánico más que de dolor.

—¿Cómo de malo? —jadea.

Echo un vistazo hacia abajo e inmediatamente deseo no haberlo hecho. El tobillo está doblado en un ángulo antinatural, ya hinchándose visiblemente dentro del patín. Esto no es un esguince. Esto es mucho, mucho, mucho peor.

—Es... —empiezo, pero la voz se me apaga cuando un movimiento en las gradas me llama la atención.

Lea está corriendo, no hacia la salida como haría la mayoría, sino escaleras abajo directo hacia el hielo. Su cara es un espejo del pánico de Mike, y antes de que ningún guardia de seguridad pueda detenerla, ha saltado la valla y se desliza sobre el hielo con sus zapatillas.

—¿Qué ha pasado? —exige, dejándose caer junto a su hermano—. ¿Mike?

Intenta hablar pero solo le sale un gemido estrangulado, mientras el equipo médico converge a nuestro alrededor, los bolsos de material repiqueteando sobre el hielo. Los árbitros trabajan para mantener a los jugadores a distancia.

—Necesitamos espacio, Andrews. —Robbie, nuestro fisio, me ladra mientras se arrodilla junto a Mike, las manos explorando el tobillo—. Por favor.

—¿Está roto? —pregunta Lea, con un hilo de voz.

Las manos del fisio examinan la pierna de Mike con cuidado.

—Necesitaremos radiografías —dice al fin, que en código de fisio significa «sí, absolutamente, roto a más no poder».

Mike cierra los ojos un instante, la mandíbula tan apretada que me preocupa que se vaya a partir algún diente. Cuando los abre de nuevo, la resignación vacía en su mirada me golpea como una carga.

Sabe exactamente lo que esto significa. Lo que está perdiendo ahora mismo.

—¡Camilla! —El fisio se gira hacia el banquillo, cruzando la mirada con el entrenador Barrett y negando con la cabeza—. ¡Necesito una camilla!

—No —dice Mike entre dientes—. Puedo... —Intenta moverse y se queda rígido de dolor al instante.

Lea le agarra la mano y se la aprieta con fuerza.

—Deja de ser un terco de mierda por una vez en tu vida.

A pesar de todo, un amago de sonrisa le cruza la cara a Mike.

—Dice la que tiene el cinturón de la terquedad.

—Es de familia —contraataca, pero la voz le tiembla.

La camilla llega y, con cuidadosa coordinación, suben a Mike. No emite ningún sonido, pero lo blanco de los nudillos al agarrar los laterales cuenta su propia historia sobre cuánto dolor está

soportando. Lea se levanta, moviéndose con el equipo médico fuera del hielo.

Se detiene un momento al pasar a mi lado.

—No es culpa tuya —susurra, con los ojos en los míos—. Lleva semanas protegiendo ese tobillo.

Antes de que pueda responder, se ha ido, siguiendo a su hermano hacia la salida. La grada aplaude mientras se llevan a Mike, el saludo a un jugador caído, y hay una extraña tensión en el ambiente, porque todos saben que acaban de ver jugar por última vez a Mike Altman, capitán y estrella.

Es un jugador de último año con una lesión grave.

Eso significa que se acabó.

El entrenador Barrett se acerca, con el rostro sombrío.

—Dos minutos de descanso y terminamos.

—Pero... —empiezo a protestar, pero me corta.

—Él querría que ganáramos —dice el entrenador—. Lo sabes.

Lo sé. Mike se pondría furioso si tiráramos el partido por él. Pero todo en lo que puedo pensar es en el ángulo de su tobillo y la mirada en sus ojos cuando se dio cuenta de lo que significaba.

Mi pase fue malo, pero él ha estado jugando todo el partido, toda la temporada, al límite. Intentando desesperadamente ignorar la lesión y aguantar el dolor. Apostándolo todo a seguir sobre el hielo e impresionar a los ojeadores.

Y ahora le ha costado todo.

EL OLOR a antiséptico de la habitación del hospital me ha colonizado las fosas nasales hasta el punto de que he dejado de notarlo. Cuatro horas en la misma silla de vinilo junto a la cama de Mike, y lo único que todavía puedo oler es el café entre mis manos: el tercero, quizá el cuarto de la noche.

He perdido la cuenta.

De lo que no he perdido la cuenta es del número de jugadores de hockey que han desfilado por esta habitación: diecisiete, sin contar la visita con cara de funeral del entrenador Barrett. Pero, por fin, todos se han ido. Declan incluido.

El material de dibujo que trajo Declan descansa en un montón ordenado a mi lado: lápices de carboncillo y mi bloc de dibujo. Estuvo de pie, incómodo, a los pies de la cama de Mike durante apenas cinco minutos antes de murmurar algo sobre darnos espacio y retroceder hasta la puerta como si la habitación estuviera en llamas.

Mike no se ha movido desde que lo trajeron del quirófano. El yeso blanco que envuelve su tobillo derecho sobresale por debajo de la fina manta del hospital, y tiene la cara relajada por lo que sea que le hayan metido en vena, lo que le hace parecer más joven de sus veintiún años.

El teléfono vibra. Un mensaje de Em:

¿Alguna novedad?

Tecleo una respuesta rápida:

Sigue dormido. Te llamo cuando despierte.

Guardo el teléfono y considero tomar el bloc de dibujo. Algo en capturarlo así —vulnerable, quieto— se siente importante, quizá porque rara vez he visto a mi hermano ser ninguna de las dos cosas. Pero antes de que pueda hacerlo, sus párpados se agitan.

—Eh —digo en voz baja—. Bienvenido al mundo de los vivos.

Mike parpadea mirándome, la confusión le nubla los ojos un instante antes de que aflore el doloroso reconocimiento. Intenta hablar, pero la voz le sale como un chirrido. Alcanzo el vaso de agua de la mesilla y le acerco la pajita a los labios. Da un trago, tose y asiente.

Cuando dejo el vaso, lo intenta de nuevo.

—¿Cómo de mal es?

—Bueno, no te encontraron el cerebro, pero eso lo perdiste hace años.

—Qué graciosa. —Hace una mueca al intentar cambiar de posición—. El tobillo. ¿Cómo de mal?

Dudo, y eso se lo dice todo.

—Mierda. —Deja caer la cabeza contra la almohada—. ¿Tan mal?

—Te has roto dos huesos en pedazos, te has desgarrado unos ligamentos con nombres que no sé pronunciar y te han metido tanto metal que vas a hacer saltar los detectores del aeropuerto el resto de tu vida. —Mantengo la voz neutra, como a él le gusta—. Pero la cirugía fue bien, y el médico dijo que todo está donde tiene que estar.

Mike se queda mirando el techo, apretando la mandíbula. Casi puedo oír los cálculos pasándole por la cabeza: tiempo de recuperación, fisioterapia, y las posibilidades, ahora ínfimas, de que un equipo de la NHL se arriesgue con él después de su mal rendimiento y esta lesión.

—Estuvieron aquí, ¿sabes? —digo, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Tu equipo. Casi todos, en oleadas. El entrenador Barrett trajo flores. —Señalo el modesto arreglo en el alféizar de la

ventana—. Tienen que ser de la tienda de regalos del hospital, porque son espectacularmente feas.

Eso me gana un amago de sonrisa.

—Esas no las ha elegido Barrett, seguro. Serán de su mujer.

Asiento, observándolo con cuidado. Su dolor no es solo físico, y los dos lo sabemos.

—Todavía no he llamado a mamá y papá —le digo.

La mano de Mike se mueve hacia el botón de la morfina y lo pulsa una vez.

—Sí, mejor llámalos. —Me mira a los ojos—. Esta puede que sea la única cosa relacionada con mi carrera en la que de verdad van a ser útiles. Dios sabe que yo no me entero de qué narices hablan los médicos la mayor parte del tiempo.

Me encojo de hombros.

—Algo de tornillitos de metal y «excelente pronóstico a largo plazo», que estoy bastante segura de que es jerga médica para «ahora mismo estás jodido».

—Dolor provocado por la risa. Eso es nuevo. —Resopla y luego hace una mueca—. ¿Declan te dijo algo?

La pregunta sale con demasiada naturalidad para ser natural, pero yo me estudio las uñas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la lesión... —Suspira—. Sobre lo imbécil que he sido...

—No —digo con cuidado—. Solo traje mis cosas de dibujo y se fue. Dijo que vendría mañana a ver cómo estás. —Lo que no digo es cómo los ojos de Declan habían recorrido cada aparato médico como si cada uno fuera una acusación personal. Cómo se le habían puesto blancos los nudillos en el marco de la puerta antes de irse, culpándose a sí mismo de que Mike esté aquí.

Mike suspira y cambia de tema.

—Hablando de tus cosas de dibujo... ¿ese proyecto es para pronto?

—La semana que viene. —Tomo el bloc de dibujo otra vez—. Estamos haciendo una naturaleza muerta.

—Y Declan es tu compañero. —No es una pregunta.

—Sí.

Un silencio incómodo se extiende entre nosotros. Espero que suelte otro comentario sobre nuestra relación, pero no llega. En cambio, siento que me observa, intentando calcular cuánto sabía yo de su tobillo.

—Te lo contó —dice Mike por fin.

—¿Contarme qué?

—Lo del ojeador. Lo de mi tobillo. Que llevo meses jugando lesionado.

Le sostengo la mirada.

—No, no le hizo falta. Llevo semanas viéndote cojear por el campus. Intenté preguntarte, pero no parabas de cambiar de tema. Y antes de que te pongas raro con eso, Declan no iba por ahí cotilleando sobre ti. Ha estado preocupado.

La risa de Mike esta vez es amarga.

—Sí, bueno. De mucho me ha servido esa preocupación.

El silencio vuelve, más pesado esta vez. Jugueteo con el borde del bloc de dibujo, preguntándome si presionar o retirarme. Pero Mike siempre ha sido el que empuja hacia delante, incluso cuando no debería. Como jugar con un tobillo lesionado durante meses.

—Me exigí demasiado —dice Mike de repente, con voz suave pero clara—. Lo quería demasiado, y cuando sentí que se me escapaba, simplemente apreté más fuerte. Como si, con solo trabajar más duro o entrenar más, todo fuera a curarse y el futuro fuera a encajar.

Me reacomodo en la silla, subiéndome las piernas debajo.

—Pero eso es un poco tu marca, ¿no? Determinación testaruda frente a lo imposible.

—Sí, bueno, la determinación testaruda no cura lesiones. — Señala el yeso—. Ni hace que los ojeadores olviden que te vieron estrellarte.

Estudio la cara de mi hermano: las ojeras, la tensión alrededor de la boca que no tiene nada que ver con el dolor físico.

—¿Sabes? —digo con cuidado—. Hay cosas peores que no llegar a profesional, Mike, o que tardar más en llegar...

—Dime tres.

—Comer sushi de gasolinera. Que filtren tu historial de navegación al grupo familiar. Pillar a mamá y papá...

—Dios, para. —Pulsa el botón de la morfina otra vez—. No hay suficientes drogas en el mundo para esa imagen mental.

Sonríó, pero la sonrisa se desvanece rápido.

—En serio, Mike. Estás actuando como si tu vida se hubiera acabado. Solo es hockey.

La mirada que me lanza podría congelar la lava.

—Solo hockey —repite sin inflexión—. Es como si alguien te dijera que solo es arte.

Auch.

Punto para él.

—Lo siento —digo, de verdad—. Ha sido algo horrible de decir.

—Lo ha sido. —Suspira; la rabia se desinfla tan rápido como llegó—. Pero últimamente hay mucho de eso en el aire, así que hablando de cosas de capullo... —Se mueve, haciendo una mueca al ajustarse—. Tengo que pedirte perdón por lo que dije la otra noche. Sobre Declan y tú, y, bueno, sobre ti...

Aprieto los labios y bajo la mirada a mis manos.

—No tienes que...

—Sí tengo. —Me corta—. Sabía que pasaba algo entre ustedes esa noche en el pasillo cuando se le cayó la comida, aunque tú te fuiste hecha una furia. Y sabía que fue él quien te disgustó esa noche en la biblioteca. Pero estaba enfadado porque todo se sentía fuera de control, y quería controlar una cosa.

El pulso se me acelera.

—¿Lo sabías desde el principio?

—No estoy ciego, Lea. —Me dedica una sonrisa torcida—. Pero me equivoqué. Eres adulta. Y Declan es... un buen tipo. Mejor de lo que me merezco como amigo ahora mismo.

—Creo que se está culpando por esto —admito, señalando el yeso—. Cree que su pase lo causó.

Mike bufá.

—Eso es una estupidez. Llevo meses jugando con este tobillo hecho polvo. Era cuestión de tiempo que algo cediera. —Niega con

la cabeza—. Típico de Declan, intentando cargar con la mierda de todo el mundo. Siempre ha sido su problema.

La habitación vuelve a quedarse en silencio, pero esta vez es un silencio más suave. Alcanzo el bloc de dibujo casi sin darme cuenta y paso a una página en blanco. Mike me observa, los ojos siguiendo el movimiento de mi lápiz mientras empiezo a trazar los ángulos austeros de la cama de hospital.

—¿Sabes qué? —dice al cabo de un rato, con esa voz soñadora que delata que los analgésicos están haciendo efecto—. Siempre te he tenido un poco de envidia.

El lápiz se detiene en mi mano.

—¿Envidia? ¿De mí? ¿Por qué?

—Por cómo te lanzas a las cosas tan rápido y vas hasta el final. A las pasiones, a los intereses. —Parpadea—. Al amor.

Oh.

Esto es... territorio de Mike vulnerable. Inesperadamente.

—No sé si eso sea algo envidiable —digo con cautela—. Teniendo en cuenta mi historial con los hombres.

—Al menos tú te arriesgas. —Se detiene, negando con la cabeza—. Yo nunca he sido lo bastante valiente para enamorarme de nadie. Ni siquiera sé si puedo. Quizá estoy mal hecho.

—No estás mal hecho —protesto—. Es que todavía no has conocido a tu persona perfecta, nada más.

—Puede. —No suena convencido—. O puede que lo único que he querido de verdad en mi vida sea el hockey. —La voz se le quiebra en la última palabra—. Y ahora lo he perdido.

Se me cierra la garganta.

—No lo has perdido. Solo has... tomado un desvío por Albuquerque...

Mike me lanza una mirada que es mitad sonrisa, mitad mueca.

—Esa es una forma muy bonita de decir «lesión que acaba con tu carrera».

—No va a acabar con tu carrera —insisto, aunque ninguno de los dos se lo cree—. Y aunque así fuera, el hockey no es lo único que se te da bien. Eres inteligente, eres un buen líder, eres... —Busco algo

más—. Razonablemente presentable, con ese aire de cara de rata que tienes.

Eso le arranca una risa de verdad.

—Gracias por la charla motivacional, entrenadora.

—Cuando quieras. —Sonríó—. Y aunque el hockey siga siendo lo que quieres hacer, tiene que haber opciones para aplazar la graduación o ampliar la elegibilidad o algo así, ¿no? ¿Puedes hablar con tu entrenador?

Y con eso, veo la esperanza encenderse de nuevo en sus ojos.

—Eres bastante lista, para ser novata —dice—. Conozco a un tipo que consiguió hacer algo parecido...

—Pues ahí lo tienes. —Sonríó de oreja a oreja—. Puede que tengas que compartir campus conmigo un año más. Pero primero recupérate, y luego ya lo resuelves.

Mike asiente pensativo y señala mi bloc de dibujo.

—Quiero hablar de otra cosa. Déjame ver lo que el Galán y tú han estado creando.

—No lo llares así —me quejo, pero estoy sonriendo mientras tomo el bloc de dibujo. Lo abro por donde creo que deberían estar los bocetos del proyecto y me detengo—. Qué raro.

—¿Qué?

—Estos no son... —Paso varias páginas, cada vez más confundida—. No reconozco estos dibujos.

—¿Me estás diciendo que no sabes lo que hay en tu propio cuaderno? —Mike levanta una ceja.

—No, quiero decir... —Miro más de cerca el estilo de los bocetos—. Creo que Declan me ha dado su cuaderno en lugar del mío sin querer. Usamos la misma marca, pero su estilo es... —Recorro con el dedo una línea particularmente decidida—. Diferente al mío. Más audaz y seguro.

—Déjame ver —dice Mike, extendiendo la mano. Dudo, sintiendo que estoy invadiendo la privacidad de Declan, pero le paso el cuaderno.

Mike pasa unas cuantas páginas antes de detenerse, las cejas subiéndosele de golpe.

—Vaya, joder.

—¿Qué? —Me inclino hacia delante, intentando ver qué le ha llamado la atención.

Gira el cuaderno hacia mí.

Se me corta la respiración.

Soy yo.

Página tras página de bocetos rápidos y hábiles de mi cara. Algunos son solo la curva de mi mejilla o la línea de mi mandíbula; otros son retratos más completos que capturan expresiones que apenas reconozco como mías. Cada uno tiene una fecha en la esquina inferior, con la letra pulcra de Declan.

—Este es de la noche de la fiesta de fraternidad —dice Mike, señalando la fecha—. Ya sabes, la noche que lo conociste.

No puedo hablar. Los bocetos son preciosos; capturan partes de mí que yo nunca me he visto: una intensidad callada, una reflexión, incluso un destello de picardía en la curva de mi sonrisa. No sabía que alguien me viera así, mucho menos Declan, y está claro que lo hacía desde el primer minuto.

Mike suelta una carcajada.

—Hijo de puta.

—¿Qué?

Pasa a otro boceto: este de mí riéndome, con la cabeza echada hacia atrás. Algo en su expresión se suaviza.

—De verdad te quiere, ¿eh?

La pregunta, tan simple, me golpea más fuerte de lo que esperaba.

—Sí —digo en voz baja—. Creo que sí.

La morfina parece estar haciendo efecto de verdad ahora; los párpados de Mike se van cayendo.

—Se ha estado matando en la pista, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Que se ha dejado el alma jugando, intentando que yo quedara bien delante de los ojeadores, aunque a él le da igual que el ojeador lo quiera a él. —La voz de Mike se arrastra un poco—. Ya ni siquiera quiere ser profesional. Quiere ser artista.

Parpadeo, procesando esta información nueva.

—¿Cómo sabes que no quiere ser profesional?

—Me lo dijo. —Mike agita la mano vagamente—. La noche de nuestra pelea. Dijo que no iba a ir a la NHL. Que esta era su última temporada.

Mi mente se acelera, intentando encajar esta nueva pieza del rompecabezas en lo que sé de Declan. Cómo se le ilumina la cara cuando habla de arte. Que siempre está dibujando. Cómo a veces parece desconectado de las conversaciones sobre hockey, como si estuviera allí en cuerpo pero con la cabeza en otra parte.

—Ha sacrificado tiempo haciendo lo que quiere —arte— por ayudarme —continúa Mike, con las palabras empezando a enredársele—. Y yo he sido un auténtico capullo con él.

La certeza me envuelve como una manta cálida. Declan ha estado dejando de lado sus propios sueños, sus propias pasiones, para ayudar a mi hermano. Para apoyarlo, incluso cuando Mike ha estado en su peor momento.

Eso es... eso es amor, en su forma más pura.

—Ve a buscar a Dec —dice Mike con los ojos completamente cerrados—. Dile que lo perdono. Pero me reservo el derecho de darle una patada en los huevos si alguna vez te hace daño.

Me río, aunque la emoción me aprieta la garganta.

—Le transmitiré el mensaje. Con ligeras correcciones.

—Sin correcciones. —Su voz es apenas un susurro—. Las palabras... exactas...

Y se queda dormido.

Me quedo ahí un largo rato, mirando la evidencia de los sentimientos de Declan por mí: sentimientos que existían antes del drama, las peleas y las complicaciones. Mis dedos recorren las líneas de mi cara tal como él la vio aquella primera noche, la noche en que todo cambió para los dos.

La noche en que ambos fuimos más allá de las líneas.

Saco el teléfono y le envío un mensaje rápido a Declan:

Mike está despierto. Quiere verte.

Dudo un momento y añado:

Tengo tu cuaderno de bocetos, y me debes unas cuantas explicaciones, Romeo.

Miro a mi hermano dormido, con la cara relajada de una forma que no he visto en meses. Después miro el cuaderno otra vez, la imagen de mí misma vista a través de los ojos de Declan, y veo a una mujer con fuerza, profundidad y pasión, con todo el futuro por delante.

Es bonito, pero ahora, al menos, no necesito que nadie me valide.

EL UBER se aleja mientras Mike cojea a mi lado por la acera con muletas. Me pego a él como un padre ansioso, listo para atraparlo si se tambalea, lo cual es bastante irónico viniendo de dos tipos que llevan años yendo a la guerra sobre patines de hielo.

—Hermano, te voy a dar con estas muletas si no dejas de mirarme como si fuera un bebé aprendiendo a caminar —dice Mike, ajustándose el agarre.

—Perdón. —Retrocedo un paso, dándole espacio—. Solo no quiero que te estampes de cara el primer día que sales libre. No quedaría bien en mi currículum.

—Tu currículum ya está jodido de todas formas. —Sonríe con sorna—. ¿Dejaste una carrera de hockey profesional para dibujar gente desnuda?

—No están todos desnudos. —Me río mientras le echo su bolsa al hombro, sabiendo que la broma es su forma de decirme que acepta mi decisión—. Aunque tu hermana...

—Hermano, te mato. —Resopla, y luego hace una mueca al esquivar una grieta en la acera—. En cuanto no necesite las dos manos para estas muletas...

Asiento con compasión. Han pasado unos pocos días desde la fractura, y el yeso que le cubre el tobillo derecho ya está lleno de garabatos y mensajes de ánimo. Linc le dibujó una polla y unos

huevos gigantes, mientras que yo hice el mejor retrato de su hermana que pude lograr con bolígrafo sobre yeso. Y ahora lo va a llevar encima durante meses hasta que vuelva al hielo.

—¿Entonces el entrenador de verdad te dijo que podías aplazar?
—pregunto, guiándonos hacia el carrito de café cerca del edificio de artes a paso muy lento.

—Sí. —La cara de Mike se ilumina por primera vez desde que salimos del hospital—. Tengo que tomarme un redshirt médico por lo que queda de este año, pero puedo volver y jugar mi último año otra vez el que viene. No es ideal, pero...

—Es algo —termino por él—. Y al final del día solo vas a estar fuera del hielo un semestre...

—Es algo —coincide.

Nos dirigimos al carrito de café y empiezo a pedir.

—Dos cafés —le digo a la barista—. Uno solo y uno con...

—Dos shots de espresso, un chorrito de half-and-half y un sobre de azúcar que vas a revolver exactamente tres veces —me interrumpe Mike, mientras la barista hace todo lo posible por esconder una sonrisita detrás de la mano—. Porque eres raro y piensas que el número de vueltas afecta el sabor.

Le lanzo una mirada. —Sí afecta.

—Ya, claro. —Sonríe con suficiencia, apoyado en las muletas mientras la mira a ella—. Perdona...

La barista se pone manos a la obra con cara de diversión y nos entrega los cafés. Guío a Mike hasta un banco cercano, donde se deja caer con una mueca y apoya las muletas contra el reposabrazos, pero está claro que incluso estos pocos minutos de pie lo han agotado.

—¿Estás bien, hermano? —Le doy un sorbo a mi café.

—Sí, pero joder. No se ha hablado de otra cosa que no sea yo en días. —Se encoge de hombros—. ¿Cómo estás tú, Dec?

Sonríe de oreja a oreja. —Bien. Desde que se lo dije a todo el mundo, es como si me hubiera quitado un peso enorme de encima.

—¿Y de verdad estás bien con haber rechazado la NHL? ¿En serio? —Su expresión es seria ahora, sin rastro de broma—. Porque el entrenador me dijo que el ojeador quedó muy impresionado. Dijo

que podrías haber sido elegido en la segunda ronda del draft, quizá incluso al final de la primera, y eso es mucho dinero.

Esas palabras me habrían hecho volar hace seis meses. Ahora apenas me rozan, las reconozco y las dejo pasar.

—No digo que no fuera tentador, pero sí, estoy muy bien con ello. Se acabó.

—¿Y desde cuándo lo sabías?

—Desde... —Hago una pausa, rastreando la evolución de esta certeza—. No sé si hubo un solo momento. Más bien fueron cien pequeños momentos. Jugar se sentía más como una obligación que como algo que disfrutara. Eran ustedes los que me gustaban, no el juego. Mientras tanto, cada vez que cogía un lápiz o un pincel... —Me quedo a mitad de frase, sin saber cómo explicar la sensación.

—No tienes que justificártelo ante mí. —La voz de Mike es inesperadamente suave—. Solo quiero asegurarme de que no estás renunciando a tus sueños por mi hermana.

—No lo estoy haciendo. —La certeza en mi voz me sorprende incluso a mí—. Estoy eligiendo mi verdadero sueño. Espero que Lea sea parte de ese futuro, pero no es la razón. —Le doy un sorbo al café—. El arte siempre estuvo ahí, incluso cuando el hockey ocupaba el centro del escenario y mucho antes de que ella apareciera. Solo que nunca me di permiso para ponerlo en primer lugar.

—Joder, dejas el hockey y sales con mi hermana. —Sacude la cabeza—. Eso no estaba en mi cartón de bingo del último año de Declan Andrews...

Hago un gesto desdeñoso con la mano. —Sin tu numerito de hermano sobreprotector, puede que nunca hubiéramos descubierto lo locamente enamorados que estamos.

Las palabras salen con facilidad ahora, sorprendiéndome con su naturalidad. Hace tres meses, no me habría imaginado diciéndolas, y mucho menos sintiéndolas. Ahora se sienten tan cómodas como una vieja camiseta de hockey gastada, que a estas alturas todas han quedado relegadas a ser lo que Lea se pone para dormir o para pintar.

—Bueno... —Su voz se apaga, como si todavía no supiera qué decir—. Por lo que vi, tu arte es increíble, hermano, y me alegro de

que lo compartas con ella...

—¡No es lo único que hace con tu hermana! —Linc se ríe mientras se acerca por detrás—. O sea, seguro que hay un pene involucrado o...

Como si estuviera tirando un slapshot, Mike gira la muleta y calla a Linc dándole un golpe en el culo con el palo. Por su parte, Linc finge dolor e indignación, pero un segundo después los tres estamos sonriendo. Todos nos alegramos de haber encontrado un nuevo equilibrio, en nuestras vidas y en nuestra amistad.

El equipo ya había empezado a adaptarse a la lesión de Mike. Planea seguir siendo capitán, pero hacer su trabajo desde el banquillo. Linc aceptó mudarse al apartamento de Mike para ayudarlo durante lo que queda de nuestro último año. Y yo acepté jugar hasta el final del semestre, después de lo cual espero estar concentrado en el seminario selectivo y mis últimas clases de arte.

Linc se deja caer en el banco al otro lado de Mike.

—Nos vemos después de tu clase, Dec...

Mike claramente se da cuenta de que hemos organizado una rotación de amigos para cuidarlo, pero si hace un mes nos habría saltado, ahora simplemente asiente.

—Ve a romperla, Dec. Demuéstrale a esa profesora por qué mereces un puesto en ese seminario y por qué rechazaste millones para dibujar dibujitos...

Me levanto y le choco los cinco. —Con un discurso motivacional así, ¿cómo podría fallar?



Los tacones de la profesora Lucas resuenan contra el suelo de madera mientras se mueve de proyecto en proyecto, con su bolígrafo rojo preparado como un arma. A mi lado, Lea se remueve en su asiento, su rodilla rebotando ligeramente contra la mía incluso después de que le entrelazo los dedos con los míos.

—¿Nerviosa? —susurro.

Me lanza una mirada capaz de despegar la pintura de una pared.
—No, es que me encanta temblar como una hoja...

Me muerdo la risa. Antes, esa expresión me habría hecho pensar que me odiaba. Ahora sé que significa que está aterrada y lo cubre con sarcasmo. Pero si ella es terrible disimulando lo que siente, yo he intentado blindar mis propios nervios en este momento.

El aula tiene esa quietud de fin de semestre: la sofocante, del tipo en que todos contienen la respiración. Veinte estudiantes con sus proyectos finales expuestos, esperando el veredicto. Nuestra serie de naturalezas muertas descansa sobre los caballetes frente a nosotros: Declan y Lea – Vida más allá de las líneas.

Mi patín de hockey, desgastado tras años sobre el hielo. La postal de Lea desde París, con las esquinas dobladas. Una camiseta ridícula de Marie's Diner con su tortita de dibujos animados que proclama «¡APÍLAME!». Y, lo más importante, nuestros primeros bocetos el uno del otro.

—Oye —murmuro, apretándole la mano—. Pase lo que pase, estamos bien.

Exhala despacio. —Lo sé. Es solo que... esto importa.

Y es verdad, pero no porque necesitemos la nota ni que nos seleccionen para el seminario selectivo. Importa porque estos cuadros cuentan nuestra historia: cómo nos encontramos, nos perdimos, y luego encontramos algo mejor cuando dejamos de luchar contra lo que teníamos delante de las narices.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Probablemente Linc preguntando qué cerveza traer esta noche. La fiesta. Cierto. Todavía tengo que limpiar mi apartamento antes de que llegue todo el mundo, y no me atrevo a dejar que Lea se involucre. La mujer me organizó la estantería por colores el fin de semana pasado.

—Estás sonriendo —susurra Lea, su aliento cálido contra mi oreja.

—Estaba pensando en tu adicción a clasificar por colores.

—Se llama «tener estándares», Andrews. —Pero ella también sonríe.

—Tus estándares incluyen ordenar alfabéticamente mis botes de proteína...

Se aprieta los labios para aguantar la risa, y me siento ridículamente orgulloso de mí mismo. Hacerla reír es un subidón que nunca pierde su efecto.

Es extraño cuánto ha cambiado en solo unos días. Después de la lesión de Mike, después de que todo lo de Lea y yo saliera a la luz, esperaba... no sé, ¿una explosión? ¿Un invierno nuclear? En cambio, desde que el polvo se asentó, todo ha sido genial.

Y ahora, en lugar de escondernos por el campus, Lea se queda a dormir en mi apartamento casi todas las noches. Nos tomamos de la mano camino a clase. Se pone mis sudaderas aunque le lleguen a las rodillas. Somos asquerosamente domésticos, y no me canso.

La profesora Lucas se aclara la garganta y vuelvo a prestar atención. Está de pie frente a nuestro proyecto. De repente, se me corta la respiración y espero con todas mis fuerzas que le guste nuestro trabajo. Pero al mismo tiempo, tampoco se siente tan trascendental como antes.

Mi carrera artística no depende de una sola clase.

Tengo toda la vida para dibujar.

Aunque todavía quiero con todas mis ganas un puesto en ese seminario.

—Una elección interesante —dice, estudiando nuestra naturaleza muerta—. La mayoría de los estudiantes optan por lo tradicional: frutas, flores, botellas, personas. Pero ustedes dos eligieron lo autobiográfico.

Lea me aprieta la mano más fuerte.

—La ejecución es técnicamente competente. —La profesora se inclina, examinando el detalle del patín de hockey—. Pero se nota que sus estilos individuales se han influido mutuamente. Las líneas atrevidas aquí... —señala una sección que dibujé yo, y luego una de Lea— equilibradas por estas transiciones más suaves.

Contengo la respiración.

—Lo que más me interesa, sin embargo, es la progresión de la serie. —Hojea sus notas—. Sus piezas de práctica iniciales mostraban a dos artistas con enfoques distintos, casi combativos. Para el proyecto final, han desarrollado un diálogo visual. Las piezas se hablan entre sí.

A mi lado, Lea emite un pequeño sonido de alivio.

La profesora Lucas se endereza. —Me gustaría verlos a los dos en el seminario selectivo.

Espera.

¿Qué?

—¿A los dos? —suelta Lea.

La profesora asiente. —Las invitaciones serán oficiales a finales de semana, pero sí, ambos se han asegurado un puesto. —Se permite una pequeña sonrisa—. A veces el sufrimiento sí produce el mejor arte, después de todo, y algunas cosas que valen la pena fuera del arte, al parecer, a menos que mis ojos me engañen...

Cuando pasa al siguiente proyecto, Lea se gira hacia mí, con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta. Conozco esa cara. Es la cara de «no me jodas» que pone justo antes de correrse. Pero en este momento, esto podría ser lo único mejor que el sexo con ella, porque es un paso adelante enorme gigante jodidamente descomunal para los dos.

En nuestro arte.

Como pareja.

—No. Me. Jodas. —Articula las palabras en silencio, apretándome los dedos tan fuerte que creo que la circulación se me va a cortar permanentemente.

Se me escapa una sonrisa tan enorme que la cara me duele de verdad. Semanas enteras haciendo nada más que arte, juntos, en esta misma aula.

—Lo logramos —digo.

—Va a ser increíble —susurra—. Parece que acabas de ganar la lotería, Declan.

—Mejor —le susurro—. Me toca pasar unas cuantas semanas viéndote morderte el labio cuando te concentras.

Un rubor le trepa por las mejillas. —¿Esa es tu idea de unas semanas perfectas? ¿Verme babear sobre mi cuaderno de bocetos?

—Absojodidamente. —Me inclino más cerca, bajando la voz—. Aunque tengo algunas ideas más también.

—¿Ah sí? —Sus pupilas se dilatan ligeramente, y me guardo esa reacción para después. Mucho después. Cuando todos se vayan de

la fiesta esta noche.

La profesora Lucas termina su ronda y regresa al frente de la clase. —Tendré sus notas finales publicadas para el viernes. Para aquellos que continúen en el programa del seminario selectivo, bienvenidos. Para todos los demás, espero que esta clase haya ampliado su rango técnico y desafiado sus límites creativos.

Mientras los estudiantes empiezan a charlar y a recoger sus cosas a nuestro alrededor, Lea apoya la cabeza en mi hombro por un instante, una muestra de afecto pública y breve que todavía se siente nueva y emocionante.

—Así que —dice en voz baja, sonriendo— supongo que estaremos de vuelta en estos mismos asientos muy pronto...

—¿Crees que podrás aguantar sentada a mi lado tres meses más sin distraerte?

Resopla. —Mucho suponer que tú eres el que distrae en esta relación.

—Por favor. Llevas devorándome con los ojos desde el primer día.

—¡Eso no es verdad! —Su indignación atrae las miradas de los estudiantes cercanos.

Y ahí está: esa sonrisa. La que empieza en sus ojos antes de llegarle a los labios. La que me hace estar seguro de que el arte, el seminario... nada de eso significaría ni un carajo sin ella.

—Ven —digo, poniéndome de pie—. Tenemos una fiesta que organizar...

—¿A qué viene la prisa? —Entrecierra los ojos—. La fiesta no es hasta dentro de horas...

—Ya —sonríó con picardía—. Pero quiero dibujarte. En el sofá. Desnuda.



¿Lista para más?

Ya conoces a Em.

Las listas codificadas por colores. El control. La forma en que lo planifica todo al minuto.

Y conoces a Linc.

El chico dorado. Tranquilo bajo presión. Muy bueno con las manos. Muy malo a la hora de echarse atrás ante un desafío.

Ahora les toca a ellos.

Ella decide que necesita experiencia con chicos. Él acepta ayudarla. Sin sentimientos. Sin complicaciones. Sin cruzar ninguna línea.

Ese era el plan.

Ya sabes lo bien que Pine Barren sigue las reglas.

👉 ¡Empieza *La Práctica Hace la Perfección* ahora!

O sigue leyendo para ver una muestra.

¡Únete a mi familia de lectoras!

- Únete a mi newsletter en ClaraWestBooks.com
- Sígueme en Amazon para no perderte ningún lanzamiento
- Encuéntrame en redes sociales o envíame un mensaje a través de mi web.

*extracto de la práctica hace
la perfección*

uno

EM

LA FORMA en que Declan mira a Lea tiene que ser ilegal en al menos cuarenta y siete estados.

Estoy encajada en la esquina del sofá de mi cuarto con ellos, viendo una repetición del Dancing with the Stars de anoche mientras intento fingir que no sé que están devorándose con los ojos a mi lado. Pero es difícil ignorar un ritual de apareamiento que se despliega a medio metro de distancia, sobre todo cuando el aire está tan cargado de hormonas que podrías embotellarlo y venderlo como afrodisíaco para fiestas de fraternidad.

—La puntuación me parece un poco alta para esa rumba —digo, desesperada por romper la tensión—. El movimiento de caderas era más rígido que el de mi abuela.

Ninguno de los dos responde a mi intento de conversación. Declan está demasiado ocupado mirando a Lea como si estuviera coreografiando mentalmente un tango muy privado y muy horizontal, y Lea se sonroja como si la hubieran pillado haciendo algo indecente. Que, hablando como una tercera parte nada neutral, es básicamente lo que están haciendo.

Mientras otro juez da otra puntuación inflada a otro baile mediocre, me meto un puñado de palomitas en la boca y mastico con agresividad. Hace veinte minutos, esta noche vibraba con la promesa de una excelente noche de chicas. Luego Declan mandó un

mensaje, y ahora soy el mal tercio de la pareja más perfecta y nauseabunda de Pine Barren.

—Debería terminar el trabajo que tengo que entregar la semana que viene —le anuncio a nadie en particular, mi pierna golpeando con un ritmo entrecortado contra la pata desgastada de la mesita.

—¿Hmm? —Lea por fin despega la mirada de Declan—. Pero si tú nunca empiezas la tarea antes de medianoche.

—Este semestre voy a cambiar mis costumbres. —Me levanto, sacudiéndome las migas de palomitas del regazo.

—Siéntate, Em —dice Lea, dando palmaditas al sofá—. Ahora viene el duelo de famosos, y eso nunca te lo quieres perder.

—No pasa nada. Tengo... cosas. —Hago un gesto vago hacia mi habitación, agradecida de pronto de que Lea y yo ahora tengamos una suite de la residencia, con nuestras propias habitaciones y benditas puertas separadas que cerrar.

Declan al menos tiene la decencia de parecer culpable.

—No era nuestra intención espantarte.

—Pues lo lograron —digo con una sonrisa exasperada, retrocediendo hacia mi cuarto—. Disfruten de su... programa... ¡y no rompan nada!

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella, escuchando los sonidos amortiguados de la tele y sus risas. Algo se retuerce en mi pecho; no son celos, exactamente, sino una punzada de reconocimiento. No he salido ni besado a nadie desde la secundaria, y ya estoy en el segundo semestre de mi primer año de universidad, después de un año sabático.

No es exactamente material de novela romántica.

No son solo Lea y Declan. Son Marnie y Trevor (¡por fin!). Es Ping enrollándose con gente. Todo mi grupo parece haber formado parejas, compartiendo bromas privadas y fluidos corporales, mientras yo hago de eterna sujetavelas, trabajando y estudiando sin parar, y maratoneando programas de telerrealidad para luego comentarlos por mensaje con mi abuela.

Una carcajada del salón se filtra por la puerta. Luego, silencio. Ese tipo de silencio que se tensa. Una ausencia de sonido repentina

y densa que grita seguro que están enrollándose o puede que estén follando en el sofá donde a veces cenas.

Mi cabeza da una sacudida rápida e involuntaria, un intento de desterrar el pensamiento.

De todas formas, no tiene nada de malo estar soltera. Algunas de las mentes más brillantes de la historia estaban solteras. Marie Curie... espera, no, estaba casada. ¡Jane Austen! Estaba soltera, y escribía sobre el amor todo el tiempo sin experimentarlo de verdad. Lo cual es un poco triste, si lo piensas.

Aparto los pensamientos estúpidos de mi cerebro estúpido y me quedo mirando el techo cubierto de estrellas fosforescentes. —Esto es patético —le digo al Cinturón de Orión—. Soy patética.

Durante años, he tenido una razón perfectamente válida para evitar las citas: trauma, cortesía de Derek de la secundaria, Rey de los Cabrones. Pero últimamente, viendo a Lea y Declan construir algo real... me he empezado a preguntar si estoy usando eso como excusa para no exponerme.

Me incorporo y agarro mi agenda —la de las pestañas con código de colores para cada asignatura, tipo de cita y categoría vital—. Paso a la parte de atrás, a la sección de metas personales, y me quedo mirando lo que escribí con auténtico entusiasmo el 1 de enero: «¿Quizás intentar salir con alguien otra vez?»

Hasta mi propósito de Año Nuevo era tibio.

La risa amortiguada de Declan viaja a través de la pared, seguida del chillido feliz de Lea. Y, por fin, algo se mueve dentro de mí: una placa tectónica de determinación que se separa al fin de la masa continental de mi miedo, para bien o para mal.

Agarro mi teléfono, abro la app de citas que me descargué hace una semana pero nunca usé, y pulso ese maldito botón de «Crear perfil» antes de poder convencerme de lo contrario. Diez minutos después, he subido tres fotos inofensivas y he escrito una descripción que es una mezcla de autoburla y (¡espero!) vagamente intrigante.

Mi dedo flota sobre el botón de «Activar perfil». Una vez que lo pulse, no hay vuelta atrás. Bueno, sí la hay —siempre podría borrar la app—, pero metafóricamente hablando, esto es una línea en la

arena. Una declaración de que yo, Amélie Charlotte Dubois, estoy lista para reincorporarme al mundo de las citas.

La cara burlona de Derek aparece en mi memoria. «Frígida de mierda, nadie querría follarte de todas formas.»

Pulso el botón.

La app emite un alegre ping, y me da un pequeño y bienvenido subidón de dopamina, como si acabara de lograr algo digno de una gran y maravillosa celebración. En realidad, lo único que he hecho es lanzarme al tanque de tiburones digital de las citas modernas. Pero es un comienzo.

Miro la hora y me doy cuenta de que voy a llegar tarde a la cena familiar en casa de mis padres. Así que, durante los siguientes treinta minutos, bato el récord de velocidad arreglándome, y salgo disparada sin despedirme de Lea y Dec, que claramente se han mudado a la habitación de ella por tiempo indefinido.

Y, justo antes de salir, mi teléfono suena con una notificación:

¡Tienes un nuevo match!

—Eso ha sido rápido —murmuro, pulsando para ver quién le dio «me gusta» a mi perfil.

Abro el mensaje.

Es una foto de un pene.

—Y empezamos con buen pie —suspiro, pulsando el botón de «rechazar».

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.



—¡No puedo creer que alguien rompiera con mi hijo precioso! —se lamenta tía Marie, llevándose una mano a la frente con dramatismo—. ¡Es perfecto!

Mi primo, Louis, se hunde más en su silla, lanzándome una mirada que dice claramente: márame ahora.

Esta es la quinta variación de la misma conversación en los últimos diez minutos. Las he contado, porque eso es lo que hace mi cerebro: categoriza y organiza información que nadie ha pedido.

Este colapso emocional en particular está archivado bajo «Reacciones Parentales Desproporcionadas: Edición Romántica» en mi archivador mental.

—El desamor es parte del camino de la vida —dice la abuela Penelope, dando un sorbo a su vino—. El dolor nos moldea. Nos hace más fuertes.

La miro de reojo.

—¿Eso es de uno de tus libros de autoayuda?

La abuela Penelope sonríe con picardía por encima del borde de su copa.

—No, cariño. Love Match. Temporada tres, episodio siete.

Abro la boca, indignada.

—¿Lo viste sin mí?

—Te mandé un mensaje, pero dijiste que estabas estudiando —dice—. Además, no podía esperar. Brianna iba a elegir entre el contable y el bombero.

—¿A quién eligió? —pregunto, momentáneamente distraída.

—A ninguno. Se escapó con el cámara. —La abuela guiña un ojo—. Giro inesperado.

Mi madre coloca una fuente humeante de coq au vin en el centro de la mesa. El rico aroma de pollo cocido en vino y hierbas llena el comedor de la modesta casa de mis padres en Trenton. Es la especialidad de mamá —el plato que prepara cuando quiere consolar a alguien— y hoy lo ha sacado por un Louis recién descorazonado.

—Al menos tú no tienes que preocuparte por esto —me dice mamá, señalando vagamente hacia Louis mientras se sienta—. Sin citas, sin corazones rotos.

Le sigue un instante de silencio tremendamente incómodo. Louis me mira desde el otro lado de la mesa, su expresión suavizándose. Él lo sabe. Lo de Derek. Lo que pasó en la secundaria. Por qué dejé de salir con nadie. Pero, para el resto de mi familia, es simplemente una curiosidad que suponen se resolverá con el tiempo.

Pero ni siquiera Louis sabe que he decidido meter un pie en el agua de nuevo.

—Qué suerte la mía —digo, sin estar lista por ahora para revelar mi decisión—. Toda la diversión de la universidad sin el drama de las

relaciones.

Como si lo hubieran planeado, mi teléfono vibra en el bolsillo. Y, mientras los demás parlotean sobre mi vida amorosa —o la falta de ella—, lo reviso discretamente debajo de la mesa. Es un mensaje de Lea:

¡Perdón si te espantamos! ¿Vemos una peli mañana?

Algo se retuerce en mi estómago, porque sé que la película probablemente tampoco va a pasar mañana. Lea prácticamente vive en el departamento de Declan desde que se liaron en el primer semestre, y aunque me alegro por ella, me ha dejado sola.

—¿Amélie? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos—. Estás a mil kilómetros de aquí.

Guardo el teléfono.

—Me llegó un mensaje de mi compañera de cuarto.

—¿La que sale con el jugador de hockey? —dice la abuela, antes de servirse más vino. A sus setenta y cinco años, bebe con el entusiasmo de un chico de fraternidad.

—Exjugador de hockey. Lo dejó para enfocarse en su arte. Pero sí, están muy... —Busco la palabra correcta—. Unidos.

—Eso es amor verdadero. Yo lo tuve una vez. —Tía Marie suspira y luego mira con intención a Louis, cuyo padre tuvo la sensatez de divorciarse de ella y mudarse a Seattle.

Mi padre alcanza la botella de vino, interrumpiéndola antes de que pueda volver a lamentarse del lamentable estado de su exmarido.

—¿Más, Marie?

—Por favor —dice, extendiendo su copa—. Estoy ahogando mis penas.

—¿Tus penas? —murmura Louis—. Al que dejaron fue a mí.

—¿Y cómo van tus clases este año, Amélie? —pregunta papá, cambiando de tema con maestría.

—Bien. —Enrollo pasta en el tenedor—. Con mucho trabajo por la doble carrera, pero tengo mi sistema y mi horario bien organizados.

Lo que no digo es que así es como me las arreglo. Cómo manejo el torbellino constante en mi cabeza, los pensamientos que corren y se agolpan y nunca terminan de asentarse. Las notas adhesivas y las

pestañas y los marcadores y los planes y el hablar constante — constante— crean orden a partir del caos.

—¿Y qué hay de amigos? —pregunta tía Marie—. ¿Algún chico guapo interesándose por mi sobrina hermosa?

Mi madre responde antes de que pueda hacerlo yo.

—Amélie se concentra en sus estudios. Es muy dedicada.

Ahí está otra vez: la suposición de que estoy feliz y voluntariamente célibe. Que he elegido los libros por encima de los chicos. Que soy una monja con un vestido bonito y zapatillas. Y, técnicamente, no se equivocan, dado que pasé todo el primer semestre en Pine Barren sin más compañía íntima que mi vibrador. Pero últimamente...

—He hecho algunos amigos —digo—. Mi compañera de cuarto, Lea. Unas chicas de mi planta, Marnie y Ping... pero ningún chico que valga la pena mencionar.

—Bueno —dice la abuela Penelope, levantando su copa—, brindemos por que Louis encuentre a alguien que lo merezca. Y por Amélie... —me lanza una mirada cómplice— ...por que encuentre lo que sea que está buscando, aunque le tome un poco más de tiempo del que tenía planeado...

Mientras chocamos las copas, mi abuela me observa por encima del borde de la suya, esos ojos afilados viendo más de lo que me gustaría. Sabe que estoy sola y que, a pesar del trauma que Derek dejó atrás, alguna parte obstinada de mí todavía quiere algo parecido a lo que tiene Lea.

Me mantengo bastante callada el resto de la cena, lo cual es muy inusual y muy difícil para mí. Louis lo nota, por supuesto. Hemos sido uña y carne desde niños, el tipo de primos que se comunican con movimientos de cejas y medias sonrisas, y él sabe que yo no dejo de hablar por nada.

Cuando terminamos el postre, Louis se empuja hacia atrás en la silla.

—Em y yo vamos a dar un paseo y a comprar yogur helado — anuncia.

—¿Ah, sí? —digo.

Asiente.

—Sí.

Mi madre frunce el ceño.

—Pero si acabo de servir el postre.

—Una persona puede comer dos postres, tía Madeline —dice Louis con la convicción de alguien que sobrevive principalmente a base de pizza y barras de proteínas.

—Volvemos pronto —añado, ya de pie, emocionada por la perspectiva de escapar de la bienintencionada pero asfixiante cena familiar.

Afuera, el aire trae el aroma de flores abriéndose que siempre he asociado con el final del invierno y el comienzo de la primavera. Caminamos en un silencio cómodo por media manzana antes de que Louis me pase un brazo por los hombros y me atraiga en un abrazo.

—Perdona por mi mamá —dice, apretándome antes de soltarme—. Ha estado así desde la ruptura. Es como si pensara que Macey fuera la última chica sobre la Tierra o algo así, y se le está derramando a lamentar a cualquiera —a mí, a ella, a ti— que esté soltero y «quizás nunca encuentre el amor verdadero».

Arrugo la nariz.

—¿No debería ser yo quien te consuele? A ti fue al que dejaron, al fin y al cabo...

Lo descarta con un gesto de la muñeca.

—Nah, ya lo superé.

—La ruptura fue la semana pasada.

—Y ya pasé página. —Sonríe—. ¿Qué puedo decir? Soy emocionalmente evolucionado.

Levanto una ceja.

—Tu teléfono todavía tiene su foto de fondo.

—Dije que no éramos compatibles, no que no estuviera buena —argumenta.

Me río.

—OK.

Llegamos al local de yogur helado, una tiendita con un letrero de neón y sillas que no combinan entre sí. Dentro, llenamos nuestros vasos: Louis con todos los ingredientes disponibles mientras yo separo los míos meticulosamente en secciones ordenadas, y me

pongo un poquito nerviosa cuando la salsa de frambuesa se mezcla con el coulis de maracuyá.

—Suéltalo —exige Louis mientras nos sentamos, metiéndole cuchara a su montaña de azúcar—. Tienes esa cara. La de cuando tu cerebro va a un millón por hora pero no te sale nada de la boca, lo cual básicamente desafía las leyes de la física en tu caso y podría provocar una explosión.

Tomo aire.

—Voy a empezar a salir con gente —digo, y rápidamente me lleno la boca de más yogur para obligarme a callar.

La cuchara de Louis se congela a medio camino de su boca. Un pegote de osito de goma cubierto de chocolate se desliza y cae con un plop sobre la mesa.

—OK...

—Tengo un plan —digo rápidamente, percibiendo su duda—. Un plan detallado, metódico, extremadamente bien pensado con contingencias de respaldo y salidas de emergencia que harían llorar de alegría a un inspector de bomberos, y...

Las cejas de Louis le suben hasta la línea del pelo.

—Em...

—...he visto a Lea y Declan juntos, y sí, ya sé que eso suena raro, no los he mirado mirado, sino que los he visto interactuar, y aunque a veces me dan ganas de vomitar con todo su rollo de enamorados...

—Em...

—...hay algo bonito en ello, y estoy cansada de estar sola con mi montón de peluches y mi cola de Netflix perfectamente alfabetizada y la opción de sushi o pizza en Uber Eats...

—¡EM! —Louis prácticamente grita, atrayendo miradas—. ¿Estás segura de que estás lista? Los universitarios no son exactamente conocidos por su madurez emocional.

—Por eso voy a usar apps de citas, con mis parámetros configurados para chicos mayores de veintidós. —Explico—. O sea, hombres con el córtex prefrontal completamente desarrollado que entienden el consentimiento y no consideran que el Axe sustituye a una ducha.

—Apps de citas. —Louis suspira—. Para alguien que nunca ha salido con nadie, eso es como aprender a nadar lanzándote en medio del Atlántico.

Arrugo la nariz.

—Eso es un poco dramático.

—Es un bautismo de fuego, Em —insiste—. Esas apps son mercados de carne en el mejor de los casos, y cloacas en el peor. Sobre todo para alguien sin experiencia.

—Salí con alguien en la secundaria —protesto.

—Un tipo. Que resultó ser Satanás en persona. —La voz de Louis se suaviza—. Mira, no estoy diciendo que no debas salir con nadie. Solo... quizás espera un poco más. Gradúate, conoce adultos de verdad en el mundo real.

—¡Eso está a años de distancia! —Clavo la cuchara en mi yogur, arruinando el arreglo perfecto que había creado—. ¿Y entonces cuál es tu sugerencia? ¿Mudarme a un convento? ¿Convertirme en una de esas mujeres que coleccionan gatos de cerámica y les hablan a sus plantas?

—Ya les pones nombre a tus plantas.

—¡Esa no es la cuestión! —Mi voz sube de frustración—. He pasado años escondiéndome. Años en los que no podía ni mirar a un chico sin que me entrara el pánico. Y ahora por fin siento que quizás, quizás, podría intentarlo de nuevo, ¿y me estás diciendo que espere?

Louis extiende la mano por encima de la mesa y toma la mía.

—Lo que digo es que no deberías lanzarte sin pensar, especialmente con apps de citas. Esas cosas están diseñadas para hacer que te sientas como una mierda contigo misma, y los tipos ahí...

—Son los mismos tipos que están en bares y cafeterías y en todos los demás sitios —termino por él—. Al menos en internet puedo investigarlos primero. Verificar antecedentes. Asegurarme de que no están en ningún registro de agresores sexuales.

—¿Vas a verificar los antecedentes de tus citas?

—¿Crees que no lo haría?

Una sonrisa reacia le tira de los labios.

—Buen punto.

Retiro mi mano y jugueteo con la cuchara.

—Entiendo lo que dices. De verdad. Pero, Louis, me da miedo que si no lo intento ahora, no lo haré nunca. Es como... es como cuando era chiquita y me daba miedo saltar del trampolín alto. ¿Te acuerdas de aquel verano en el campamento?

Asiente.

—Te quedaste ahí arriba dos horas, calculando el ángulo exacto de entrada que causaría el menor dolor.

—Y cuanto más tiempo me quedaba, más miedo me daba. —Lo miro a los ojos—. Estoy sentada en ese trampolín otra vez, Louis. Estoy muerta de miedo, pero necesito saltar. Necesito demostrarme a mí misma que puedo.

Louis se queda callado un largo momento, estudiando mi cara. Casi puedo ver cómo procesa todo en su cabeza mientras sopesa mi determinación contra su preocupación. Luego, con un suspiro resignado, lanza su cuchara dentro de su vaso vacío y apoya los codos en la mesa.

—Está bien —dice—. Voy a dejar de hacer de primo sobreprotector.

Me animo.

—¿En serio?

—Con una condición. —Levanta un dedo—. Yo investigo a los posibles candidatos.

Entrecierro los ojos.

—Define «investigar».

—Acoso en redes sociales. —Louis cruza los brazos—. Asegurarme de que no son asesinos...

—Los asesinos también tienen Instagram —protesto.

Levanta una ceja, y la culpa se me retuerce en el estómago. Louis fue mi roca durante aquellos días oscuros después de Derek. Cuando me transferí a su escuela privada en Nueva York durante mis últimos años de secundaria, se aseguró de que nadie se metiera conmigo, me presentó a sus amigos, y ni una sola vez me hizo sentir como la chica rota que yo creía ser.

Suspiro dramáticamente.

—Está bien. Pero solo porque ya tenía planeado investigar a fondo en redes sociales a cualquier persona remotamente interesante.

—Trato hecho.

Parece animarse con eso.

—¿Tienes a alguien en mente?

La pregunta me pilla desprevenida. Por una fracción de segundo, una imagen aparece en mi mente: Linc García en mi clase de estadística, su pelo oscuro rapado, sus ojos verdes, y esa sonrisa burlona permanente que hace que la mitad de las mujeres del campus se derritan en charcos de risitas.

Me he pillado mirándolo más de una vez, fijándome en cómo se desparrama en la silla pero de alguna manera sigue pareciendo atento, en la forma en que sus camisetas se tensan sobre sus hombros, en que de verdad toma apuntes en lugar de jugar con el teléfono como la mayoría de los otros chicos.

Pero Louis juega fútbol en su universidad. Conoce a los jugadores de hockey de varios eventos deportivos interuniversitarios, incluido Linc, y decirle a Louis que tengo aunque sea un mínimo interés en un chico con la reputación de Linc confirmaría todos los miedos que tiene sobre que vuelva a salir con alguien.

—Nadie en particular —miento—. Simplemente dejando mis opciones abiertas.

Louis no parece del todo convencido.

—Claro.

dos

LINC

MARIO KART ES el detector de mierda definitivo.

Jugando una partida en línea con algunos de los chicos del hockey, puedo saberlo todo sobre una persona según cómo reacciona cuando le dan con un caparazón azul. Hay gente —como Declan— que se lo toma con un suspiro filosófico. Otros —como Maine— lanzan el control al otro lado de la habitación y sueltan barbaridades a gritos.

¿Yo? Estoy en un punto intermedio. No pierdo los papeles del todo, pero me lo tomo como algo personal cuando ese cabrón azul con pinchos viene a por mí. Más o menos como ahora mismo, cuando mi Yoshi se sale disparado de Rainbow Road por culpa de un caparazón azul lanzado por Maine, que va de Bowser.

—¡Que te jodan, Maine! —le grito al televisor—. ¡Que no sepas conducir no te da derecho a llevarte por delante al resto!

La pantalla se divide en cuatro cuando cruzamos la línea de meta. El Wario de Declan queda primero, el Bowser de Maine segundo, y yo termino en mitad de la tabla. Los jugadores de la máquina rellenan el resto, pero me dan exactamente igual. Lo que importa es que fui el último humano en cruzar la línea, así que ahora me toca pagar la primera ronda en O'Neil's esta noche.

El móvil me vibra contra la mesita justo cuando suena la animación de victoria de Declan. Lo agarro, y es el chat de hockey —

no el grande con todo el equipo, sino el más reducido: Maine, Declan (aunque ya haya dejado el equipo), Rook, unos pocos más y yo.

Lo creamos el año pasado cuando Mike se lesionó y se puso intratable, y desde entonces lo usamos para coordinar cosas lejos de sus ojos y, de vez en cuando, quejarnos de él cuando se pone insufrible. Y, siendo sincero, eso es casi siempre.

Maine: ¿Alguien ha sabido algo de Mike hoy?

Rook: LINC NO TE OLVIDES DE DECIRLE QUE EL ENTRENAMIENTO ES MÁS TARDE.

Declan: ¿Por qué siempre estás gritando?

Rook: MAYÚSCULAS TRABADAS. ES BROMA, iiiiiESTOY EMOCIONADO POR LA VIDA!!!!

Maine: A veces me emociona la idea de bloquearte.

Resoplo, divertido. Rook escribe exactamente como habla: a volumen máximo y con cero contención. Es como si su personalidad estuviera permanentemente atascada en mayúsculas. Considero qué quiero decir, lo reconsidero, y al final decido soltarlo.

Linc: ¿No se lo puede decir otro?

El silencio en respuesta a mi mensaje es ensordecedor.

—Genial —murmuro.

Acepté mudarme de mi residencia a final del semestre pasado e irme a vivir con Mike para echarle una mano, pero había subestimado el coñazo que iba a ser. Está en su cuarto la mayor parte del tiempo, sombrío y con la música a todo volumen, y es agotador.

Linc: Vale, se lo digo yo. Está en su cuarto.

Declan: ¿Cómo está?

La respuesta instantánea de Declan me dice mucho. No quiere ir a comprobar cómo está Mike —demasiado ocupado jugando a la parejita feliz con Lea—, pero sigue preocupándose por su mejor amigo. La respuesta no es sencilla, porque, aunque yo esperaba que Mike volviera de las vacaciones de semestre en mejor estado de ánimo, parece tan sombrío como siempre.

Linc: Igual.

Es una no-respuesta, pero ¿qué más puedo decir? ¿Que se pasa horas viendo resúmenes de jugadas de la NHL? ¿Que lleva días organizando y reorganizando su equipo de hockey como si fuera una especie de ritual? ¿Que a veces lo oigo caminar de un lado a otro de su cuarto a las tres de la madrugada?

Declan responde con un pulgar hacia arriba, lo que significa que lo entiende. Él y Mike están muy unidos desde novatos. Si alguien comprende el lío complicado que es Mike Altman ahora mismo, es Declan. Ha dejado el equipo, pero sigue conociendo a Mike mejor que nadie. Debería haber sido él quien se mudara con Mike, pero con Lea...

Sí, a mí me tocó la pajita más corta.

Así que aquí estoy, haciendo de niñera de un jugador de hockey enfurruñado mientras intento no sentirme como un intruso en su espacio. El departamento sigue sintiéndose como el de Mike, aunque llevo aquí un tiempo. No he movido nada ni he añadido mucho aparte de ropa y mi consola, y a veces echo de menos mi antiguo sitio.

Con un suspiro, decido que es hora de enfrentarme a la bestia en su guarida.

Aun así, me acerco y llamo dos veces.

Sin respuesta.

Llamo otra vez, más fuerte.

—¿Mike? ¿Sigues vivo ahí dentro?

Un gruñido, que podría significar cualquier cosa, desde «estoy genial, gracias por preguntar» hasta «estoy planeando tu asesinato». Con el Mike de estos días, es difícil saberlo.

—Pasa —gruñe Mike al fin, con la voz amortiguada por la puerta.

Abro la puerta y me lo encuentro a mitad de una flexión, con las rodillas dobladas en un ángulo raro para evitar que el tobillo lesionado toque el suelo. Le brilla el sudor en la frente y el cuello, y la camiseta se le pega al torso como si se la hubieran pintado encima. La habitación apesta a Deep Heat y determinación.

—Hermano, ¿has oído hablar de abrir una ventana? —Me abanico la cara con la mano—. Aquí huele como por dentro de un calcetín de gimnasio.

Mike me ignora y sigue contando entre dientes.

—Cuarenta y siete... cuarenta y ocho...

Le tiemblan un poco los brazos, pero la forma es perfecta: espalda recta, codos pegados al cuerpo. El tipo tiene el torso de una estatua griega desde que se lesionó, como si lucir ocho abdominales marcados fuera a curarle por arte de magia los ligamentos destrozados del tobillo.

Me apoyo en su escritorio y sin querer tiro un portarretratos. Es una foto de él marcando el gol de la victoria el semestre pasado, antes de perderlo a él por la lesión y a Declan por el arte. Lo coloco rápido, pero no lo bastante como para esquivar su mirada de irritación.

—El entrenador nos quiere en el entrenamiento a las seis esta noche —digo, dando golpecitos en el móvil—. Maine cree que deberías venir... por la moral del equipo...

—Claro. —Su voz es plana—. Porque verlos patinar mientras yo me quedo sentado sin hacer nada es genial para la moral de todos.

Ignoro la amargura. A estas alturas es como respirar: simplemente forma parte de la atmósfera cuando estás cerca de Mike. Y tampoco puedo decir que le culpe, la verdad. Yo llevo impresionando a ojeadores de la NHL esta temporada y tengo posibilidades de llegar a profesional... Declan iba por el mismo camino, pero le dio la espalda al hockey... y Mike... bueno...

—Vamos a por pizza después del entrenamiento y luego a O'Neil's —añado—. La primera ronda la pago yo porque perdí al Mario Kart. Deberías venir.

Mike niega con la cabeza y coge su botella de agua.

—No puedo. Voy a terminar los ejercicios y luego he quedado con Lea para cenar.

Miente. Lo sé porque Declan me escribió hace diez minutos diciéndome que va a llevar a Lea a O'Neil's. Pero lo dejo pasar porque no tiene sentido señalárselo. Hacerlo solo conseguiría que se recluyera más en el agujero oscuro en el que vive últimamente.

—Genial —digo en su lugar—. Solo quería preguntar.

Me giro para irme, pero la voz de Mike me detiene.

—¿Cómo se ve el equipo? De verdad.

La pregunta me pilla desprevenido. Casi nunca pregunta directamente por el hockey, como si hasta pronunciar la palabra le fuera a quemar la lengua. Sigue siendo nuestro capitán, al menos de nombre, pero ha estado más ausente que presente desde que se lesionó.

—Nos estamos... adaptando —respondo con cuidado—. Pero no es lo mismo sin ti y sin Declan.

Asiente, mirándose el tobillo: el traidor que le arrebató su oportunidad en la NHL.

—¿Rook sigue siendo un desastre en la portería?

—Un caos absoluto —confirmo, agradecido por este pequeño fragmento de conversación normal—. Pero está mejorando. El entrenador lo tiene haciendo ejercicios extra.

Mike casi —casi— sonríe.

—Bien.

Se extiende un silencio entre nosotros, lleno de todo lo que no dice. Echo de menos al Mike que se reía de chorradas y que me retaba a concursos ridículos de comer en el comedor. Esta versión es amarga y distante, y cada vez que alguien menciona el hockey es como si hubiera un poco más de peso aplastándolo.

—El entrenador ha estado raro —digo, tanteando el terreno—. Ayer me llamó a su despacho.

La expresión de Mike cambia de forma sutil.

—¿Ah, sí?

—Sí. No me dijo para qué, solo que quería hablar conmigo después del entrenamiento de mañana.

Mike aparta la mirada, de repente muy interesado en ajustarse la tobillera.

—Seguramente no es nada.

Pero hay algo en su voz: una ligera tensión que antes no estaba. Sabe algo. Estoy seguro.

—Bueno —digo—, te dejo que sigas convirtiéndote en Hulk.

—Vale.

Cuando llego a la puerta, me giro.

—La oferta sigue en pie. A los chicos les encantaría verte.

—Me lo pensaré —dice, que en idioma Mike significa «ni de coña».

Cierro la puerta y me apoyo contra ella un momento. El peso de cargar con los sueños de hockey de dos personas parece hacerse más pesado cada día: los míos y ahora también los suyos. El móvil me vibra en el bolsillo.

Es un mensaje de mi madre:

iiiMi estrella del hockey!!! iTu tía dice que había ojeadores en tu último partido! ¿Hablaste con ellos? ¡Cuéntamelo todo!

Suspiro y vuelvo a guardar el móvil sin contestar. Justo lo que necesitaba: más presión. Entre la penumbra de Mike y su lesión, la reunión misteriosa del entrenador y las expectativas de mi madre, siento que estoy patinando sobre hielo cada vez más fino.

Y no sé cuánto más va a aguantar.



El olor es lo primero que me golpea.

Todo el mundo cree que el hockey va del sonido de los patines sobre el hielo, del chasquido de los palos o del rugido cuando el disco entra en la red. Se equivocan. El hockey es un hedor: sudor cocido en el equipamiento, Deep Heat untado en músculos tirantes, y suficiente Old Spice y Axe como para matar a cualquiera con un olfato funcional.

Es el olor de un equipo, de la ambición, y probablemente de varias infracciones sanitarias.

Dios, cuánto lo echaba de menos.

Empujo la puerta del vestuario y la familiar pared de sonidos y olores me envuelve. Las vacaciones se han acabado y el campus respira otra vez. Las voces rebotan en los casilleros metálicos, una sinfonía de gilipolleces y puyas que suena exactamente a volver a casa.

—¡GARCIA!

Apenas me da tiempo a prepararme antes de que el manazas de Maine me estampe una palmada entre los omóplatos con fuerza

suficiente para recolocarme la columna. Con su metro noventa y cinco, el tipo es básicamente un árbol andante con ojos azules y expresión permanente de estar a punto de contarte que acaba de inventar la electricidad o de tirarse a una supermodelo.

—¿Qué hay, hermano? —brama, la cara pecosa partida por una sonrisa—. Apenas supe de ti en Navidad. Te mandé un montón de mensajes...

—No, me mandaste un montón de mensajes —diecisiete, para ser exactos— de todas las tías con las que te habías acostado —respondo sin inmutarme—. Yo estaba ocupado haciendo literalmente cualquier otra cosa.

—Estoy ampliando mi repertorio fotográfico —bufa Maine—. Algunos tenemos que currárnoslo para estar a la altura de tu reputación...

Pongo los ojos en blanco, porque otra vez se ha propagado el rumor de que soy una especie de leyenda sexual del campus, pero al final sonrío.

—Pregúntale a tu madre sobre mi reputación...

Antes de que pueda terminar el chiste, un grito de guerra suena desde el otro lado del vestuario. Tengo aproximadamente medio segundo para prepararme antes de que Rook se me lance encima, enganchándose el cuello con el brazo con el entusiasmo de un labrador que acaba de descubrir las pelotas de tenis.

—¡LIIIIINC! —me grita directamente al oído.

—Joder, Rook. Baja la voz —me quejo, zafándome de su llave de cabeza.

Nuestro portero novato tiene exactamente dos niveles de volumen: alto y pero-qué-cojones-eso-era-una-sirena-antiaérea. Hoy está en el extremo superior del espectro, prácticamente vibrando de energía.

—Perdón, perdón —dice—. Es que estoy deseando volver al hielo, ¿sabes?

—Claro —digo, echando un vistazo al resto de los chicos en el vestuario.

Están todos —bueno, casi todos. Cooper le está explicando algo a Schmidt. Kellerman venda su palo con la concentración de alguien

desactivando una bomba. Martínez está despatarrado en el banco, ya con las espinilleras puestas, tecleando en el móvil con la velocidad e intensidad de alguien intentando evitar un lanzamiento nuclear.

Pero algo no cuadra.

La energía es distinta.

No es solo que falte Declan —su enorme presencia va a ser difícil de reemplazar— sino más bien como si el vestuario estuviera conteniendo la respiración. La temporada va por la mitad, estamos en tercer lugar, y el tobillo de nuestro capitán tiene más tornillos que hueso. Nadie lo dice en voz alta, pero todos estamos pensando lo mismo.

¿Cómo cojones hacemos que esto funcione?

Les hago un gesto a los chicos, respondiendo a sus saludos mientras me dirijo a mi casillero. El camino se hace más largo de lo que debería. El espacio junto al mío es el de Mike. Y lo ha sido desde novatos, cuando acabamos uno al lado del otro por casualidad.

Cuatro años con esta misma rutina, y hoy simplemente se siente mal.

El casillero de Mike nunca está ordenado. Es el chiste recurrente: el capitán del equipo no encuentra el suspensorio la mayoría de los días. Su espacio suele ser una zona catastrófica de envoltorios de barras de proteínas, calcetines sueltos sin pareja, cordones de patines enredados como si los hubiera atacado un gato, y su palo siempre a punto de caerse y abrirle la cabeza a alguien.

¿Pero hoy?

Su espacio parece la foto de un catálogo de equipamiento. Todo está doblado con precisión militar. Sus patines descansan encima, con las cuchillas extraídas y meticulosamente limpiadas, y su colección de palos, normalmente un montón caótico, está alineada en la esquina. Sin ropa sucia, sin botellas de agua a medias...

—¿Cuándo le ha hecho un Marie Kondo a su casillero? —le pregunto a Maine, que se está cambiando cerca.

Maine echa un vistazo, el tiempo justo para registrar la anomalía, y se encoge de hombros.

—Ni idea. Ni me había fijado.

Aunque Mike va a ser redshirt el resto de su último año con planes de volver la temporada que viene, seguirá siendo parte fundamental del equipo como capitán. Entonces, ¿por qué ha dejado su casillero como si hubiera terminado la temporada, y por qué no está aquí hoy?

Antes de que pueda seguir dándole vueltas al casillero antinaturalmente limpio de Mike, la puerta que conecta el vestuario con el despacho del entrenador se abre de golpe, y la cabeza del entrenador Barrett asoma, el cuello grueso forcejeando contra el cuello de la camisa como un bulldog intentando escapar de su correa.

—¡Cinco minutos para el hielo! —ladra. Su mirada barre la sala y aterriza en Rook, que en ese momento está ejecutando lo que parece una danza interpretativa sobre sus ligues de Navidad—. Y, por el amor de Dios, Fitzgerald, cierre el pico a menos que quiera correr los cuatro fáciles después del entrenamiento.

Los «cuatro fáciles» son el último instrumento de tortura del entrenador: un brutal circuito de cuatro millas alrededor del campus que «descubrió» durante las vacaciones. La ruta incluye la cuesta empinada detrás del edificio de ciencias, que es prácticamente vertical, y el sendero embarrado por el bosque donde los estudiantes se tuercen tobillos con frecuencia. No tienen nada de fáciles.

Rook cierra la boca de inmediato y le hace un pulgar arriba al entrenador.

—Sabia decisión —gruñe el entrenador antes de que su cabeza desaparezca y la puerta se cierre de un portazo.

—Juro que me oye respirar desde el otro lado del campus —murmura Rook.

Resoplo.

—Un sordo te oiría respirar desde el otro lado del campus.

Cruzo las puertas dobles hacia la pista y el familiar mordisco del aire frío me llena los pulmones. A pesar del peso que siento en el pecho por Mike, algo se afloja en mí al ver el hielo: liso, blanco, esperando. Vamos saliendo a la superficie, los patines cortando el hielo fresco, y el entrenador nos hace señas hacia el centro del hielo.

—Acérquense —grita, su voz resonando en el espacio cavernoso—. Esto es importante, antes de que empecemos...

El equipo forma un círculo disperso a su alrededor; los chicos intercambian miradas nerviosas y alguna que otra puesta de ojos en blanco. A estas alturas, estoy convencido de que el entrenador va a anunciar algo sobre Mike, porque no aparece por ningún lado, y la espera es insoportable mientras los palos descansan sobre los patines y las respiraciones se condensan en el aire gélido.

—Como todos saben —empieza el entrenador—, la lesión de Altman significa que no va a poder jugar el resto del año. —Su voz es pragmática, pero hay un trasfondo de decepción que todos sentimos—. He confirmado que será redshirt el resto de la temporada y volverá el año que viene para una temporada completa de último año.

Hay un par de sonrisas y un grito de alegría, porque eso le da una oportunidad a Mike.

—Seguirá asistiendo a partidos y entrenamientos cuando su calendario de rehabilitación se lo permita —continúa el entrenador—. Su objetivo, además de recuperarse y mantener su fuerza, será darnos apoyo desde el banquillo. Tiene una experiencia invaluable que no nos podemos permitir perder, pero también necesitamos liderazgo sobre el hielo.

Se me cae el estómago cuando la mirada del entrenador aterriza en mí.

—Garcia, el cuerpo técnico y yo, junto con Altman, hemos decidido nombrarle cocapitán para el resto de la temporada.

El anuncio golpea a los chicos como una onda expansiva.

—¡VAMOS, HOSTIA! —grita Rook, dando un puñetazo al aire con fuerza suficiente para casi caerse.

Maine me envuelve en un abrazo con un brazo que casi me parte las costillas.

—Totalmente merecido —le anuncia al equipo, como si yo no estuviera ahí al lado.

El equipo estalla en un coro de golpes de palo contra el hielo —nuestra versión de los aplausos— y de repente estoy rodeado de compañeros dándome palmadas en la espalda, chocando puños y

felicitándome. Schmidt hasta intenta un choque de manos complicado y luego pone cara de herido cuando no consigo completarlo.

—Ya lo practicaremos, Capi —dice, mortalmente serio.

Pero mientras mi cuerpo hace lo que toca —asentir, sonreír, chocar puños—, mi mente se ha quedado enganchada en un detalle: el casillero de Mike. El casillero impoluto y vaciado que ahora tiene todo el sentido del mundo. Él lo sabía antes que nadie, incluso antes que yo.

¿Me recomendó él? ¿O el entrenador me eligió sin contar con él?

El peso de la «C» se me asienta en los hombros: invisible, pero pesado. No es solo una letra; son expectativas, responsabilidades, presión. Es una declaración de que el entrenador confía en mí y de que el equipo me seguirá. Y no puedo evitar pensar que mi madre se va a volver loca de alegría, si es que no se ha enterado ya de alguna forma.

Pero es más que eso.

Debería sentirse como un honor, no como una carga. Sin embargo, debajo de todo está el miedo persistente de que no estoy preparado: ni para la responsabilidad, ni para las expectativas, ni para las inevitables comparaciones con Mike.

Pero preparado o no, aquí llega.

tres

EM

NO SÉ por qué la gente piensa que jugar al billar es divertido. Básicamente es geometría con palos, y el código de vestimenta es peor.

Pero aquí estoy, en O'Neil's un sábado por la noche, encaramada en un taburete alto, viendo a Linc dominar la mesa de billar por completo. Había pasado veinte minutos debatiéndome sobre si venir o no, hasta que Lea prácticamente me arrastró fuera de la habitación.

Había jugado, con toda la razón, la carta de «Llevas semanas diciéndome que quieres salir y esta es tu oportunidad...».

Así que me puse unos vaqueros y un top bonito, me planté una sonrisa en la cara y acepté salir. Pero no le había contado la verdadera razón de mi indecisión: la posibilidad de encontrarme con Lincoln Garcia, conocido de la clase de estadística, estrella de hockey, famoso ligón del campus y protagonista de al menos cuarenta y siete sueños altamente inapropiados.

Pero lo que empezó como un crush discreto es ahora una obsesión descontrolada.

Y es que, desde que decidí empezar a salir con gente, no he tenido suerte. No sé si estoy siendo demasiado exigente, pero poca gente me ha interesado lo suficiente como para deslizarse a la derecha, y los pocos que encontré fueron vetados por Louis por

diversas razones. Y, en el fondo, sé que hay una muy buena razón para mi entusiasmo tibio.

Ninguno de esos chicos está tan bueno como Linc ahora mismo. Aunque él apenas sabe que existo.

Intento desesperadamente no mirarlo mientras se inclina sobre la mesa para apuntar un tiro, al menos hasta que la camiseta se le sube lo justo para dejar ver unos abdominales tensos. Atraen mi mirada como un agujero negro, la visión me seca la boca, y en ese preciso momento me doy cuenta de que venir esta noche ha sido un gran error.

Madre mía.

Le doy un buen trago a mi sidra y casi me atraganto cuando Linc me mira a los ojos a mitad de trago. Su ceja derecha se arquea mientras mete la bola sin siquiera mirar. La comisura de su boca se eleva en una media sonrisa que no debería afectarme tanto, pero mi cuerpo aparentemente no recibió el aviso.

—Presumido —murmuro, pero la música es demasiado alta para que me oiga.

—¿Qué has dicho? —grita Lea por encima de la música, acercándose desde mi izquierda.

—¡Nada! —le grito—. Solo estaba admirando la, eh, decoración.

Lea me lanza una mirada que dice que no se lo cree, pero por suerte no insiste.

Vuelvo a lo que mejor se me da cuando estoy nerviosa: observar detalles. Como la forma en que se mueve la garganta de Linc cuando le da un trago a su cerveza después de terminar su tiro. Cómo sube y baja su nuez. El leve brillo de sudor en su cuello que me hace preguntarme a qué sabría su piel si yo...

—¿Em? ¿Estás con nosotros?

Parpadeo rápidamente, el calor subiéndome por el cuello al darme cuenta de que Declan me está mirando.

Y también Maine, Linc —ay, Dios— y Lea.

—Perdona, ¿qué? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía.

—Te he preguntado si vas a coger otra clase de mates este semestre —repite Dec.

Linc asiente.

—Mencionaste que te gustaban, ¿no?

¿Se acordaba de eso?

Hice ese comentario una vez —UNA— mientras recogíamos después del examen final el semestre pasado. Un comentario al vuelo sobre cómo las matemáticas me parecían relajantes porque tienen respuestas correctas claras, a diferencia de mis asignaturas de educación, donde casi todo es subjetivo.

—Ah, eh, sí. —Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Conceptos y Estructuras Matemáticas. Es un requisito de mi carrera de educación, ya que voy a dar clases en primaria.

—¿Con la profesora Chen? —pregunta Linc, cogiendo su cerveza.

Asiento, todavía sorprendida de que un jugador de hockey esté manteniendo esta conversación.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—La cursé en segundo año. —Se apoya contra la mesa de billar, y se me recuerda lo alto que es—. Las lecturas previas de esa clase son brutales.

Frunzo el ceño. Reviso mi correo de Pine Barren con devoción religiosa, rayando en lo obsesivo, algo imprescindible cuando haces malabares con dos carreras. De repente, la cabeza me empieza a dar vueltas al darme cuenta de que podría haberme perdido las lecturas previas de una asignatura entera, con las clases empezando mañana.

—¿Lista de lecturas? ¿Para mates? —Saco el móvil—. Lo he revisado esta mañana y no había nada.

—A lo mejor se fue a spam. —Linc se termina la cerveza de un trago y deja la botella vacía en una mesa cercana—. Necesito otra copa. Ven a la barra conmigo y te busco la mía de cuando la cursé.

Mi cerebro hace cortocircuito.

¿Está...?

No... ¿verdad?

Seguramente solo quiere ayudarme a aclarar lo de las lecturas.

—Claro —digo, intentando sonar natural mientras me bajo del taburete.

Lea me mira. Su expresión pasa de sorpresa a preocupación a algo que parece telepatía de pánico. Articula «¿estás bien?» con los

ojos muy abiertos. Lea conoce mi historial amoroso —o más bien, mi falta de historial— y nunca me ha visto irme a ningún sitio con un chico.

Respondo con lo que espero sea un encogimiento de hombros tranquilizador y me giro hacia Linc, que me hace un gesto para que vaya delante. Obedezco, hiperconsciente de lo cerca que está detrás de mí. El bar está abarrotado, obligándonos a abrírnos paso entre grupos de gente. Alguien me empuja y tropiezo un poco.

Entonces la mano de Linc me agarra del codo y me estabiliza.

—Cuidado —dice, con la boca cerca de mi oído—. No querría que te cayeras... a mis pies.

Alerta máxima en O'Neil's, me grita la cabeza. ESTÁ. LIGANDO. TOTALMENTE.

Me giro para mirarlo y está sonriendo abiertamente.

—Eso ha sido horrible —digo, pero yo también estoy sonriendo, aunque mi mente va a mil por hora.

—Pero te ha hecho sonreír —se encoge de hombros, y llama al camarero con una facilidad asombrosa—. Otra cerveza y... —Me mira interrogante.

—Sidra, por favor.

El camarero asiente y se aleja a preparar nuestras bebidas.

—Bueno, esta lista de lecturas —retomo el tema, sacando el móvil otra vez y comprobando dos-tres-cuatro veces que no tengo ningún correo de la profesora Chen—. No lo encuentro...

—A ver. —Linc se acerca más, su hombro rozando el mío. Huele increíble: a cedro y algo especiado—. La cosa es que... no existe.

Parpadeo.

—¿Qué?

—No hay lista de lecturas. —Su sonrisa se vuelve traviesa—. Solo quería tenerte a solas un momento.

Mientras mi corazón ejecuta una rutina acrobática digna de clasificación olímpica y mi cerebro emite un sonido parecido a AAAAAAAH, lo único que me sale es:

—Oh.

El camarero vuelve con nuestras bebidas, salvándome de tener que decir nada más. Le doy un buen trago a la sidra, con la

esperanza de que el alcohol arranque mi cerebro o lo calle; no estoy muy segura. Linc parece un poco decepcionado con mi reacción, porque me dedica una media sonrisa y se gira para volver a la mesa.

—¿Por qué? —pregunto al fin, con todo mi cuerpo deseando que se quede—. ¿Por qué querías estar a solas conmigo?

Los ojos verdes de Linc estudian mi cara con intensidad.

—Porque llevo queriendo hablar contigo desde que te vi entrar esta noche, y no se me ocurría mejor excusa.

—Podrías haber dicho simplemente «oye, Em, ¿hablamos?» —señalo.

—¿Habrías dicho que sí?

Buena pregunta. ¿Lo habría hecho? Probablemente no. Instinto de supervivencia y esas cosas.

—Quizás —digo sin comprometerme.

—¿Ves? Así ha sido más eficaz. —Le da un trago a su cerveza—. Eres guapísima, inteligente, y tienes los labios más besables que he visto en mi vida. El paquete completo, la verdad, aunque no estoy seguro de que la cantidad de mates que estudias sea del todo sana...

Mi cerebro erupciona como un volcán de feria de ciencias: pensamientos burbujeando y desbordándose por todas partes. ¿Lincoln Garcia —estrella de hockey de Pine Barren, rompecorazones del campus— acaba de decirme que tengo labios besables? Un momento, ¿acaba de llamarme guapísima y decir que tengo labios besables?

—Sabes —empiezo, las palabras saliendo más rápido de lo que mi cerebro puede filtrar—, técnicamente son dos piropos basados en el físico si contamos lo de los labios por separado, que probablemente deberíamos, ya que eso es más una subcategoría especializada de rasgos faciales que una valoración general de atractivo...

Mientras sigo parloteando, soy vagamente consciente de que su sonrisa se ensancha, pero no puedo parar.

—...lo cual es bonito, evidentemente, pero resulta un poco desequilibrado considerando todas mis muchas cualidades no físicas que son igual o más dignas de atención. Por ejemplo, ¿sabías que

puedo doblar una sábana ajustable perfectamente, o que soy una de las pocas...

Y entonces me está besando.

Sus labios se presionan contra los míos, cálidos y firmes, y todo mi sistema nervioso hace cortocircuito. Me quedo congelada, mi cerebro luchando por procesar el hecho de que Lincoln Garcia me está besando. En O'Neil's. A la vista de una mesa llena de nuestros amigos más cercanos y a la vista de todo el mundo.

Dios-mío-qué-está-pasando-esto-no-estaba-en-el-plan...

Pero cuando su lengua se desliza por mi labio inferior, suave pero insistente, algo dentro de mí se derrite. De repente, cualquier pensamiento sobre aplicaciones de citas desaparece, y me descongelo; mis manos suben hasta sus hombros mientras me inclino hacia él, hacia el beso, hacia la locura que sea esto, porque madre mía, esto es maravilloso.

El beso se profundiza y me pierdo en él, flotando en un mar de sensaciones. Sabe a cerveza, a menta, y a algo que solo puede ser él, que me hace querer llevar a cabo extensos experimentos de cata. Todo el torbellino me hace olvidar que estamos en un bar abarrotado hasta que alguien grita con entusiasmo detrás de mí.

—¡BIIIIIEEN! ¡Así se hace, Linc!

Abro los ojos de golpe y veo a uno de los jugadores de hockey — un chico alto con el pelo castaño claro rapado— aplaudiendo con demasiado entusiasmo. Me guiña un ojo, y no tengo ni idea de cómo responder a eso. ¿Le devuelvo el guiño? ¿Le doy las gracias? ¿Finjo que no lo he visto?

—Joder, Rook —murmura Linc entre dientes.

Ah. Así que ese es Rook. El portero con problemas de control de volumen que mencionó Lea.

Linc se aparta, con cara de avergonzado mientras se rasca la nuca.

—Perdona por eso.

—¿Por besarme o por Rook? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma de lo firme que suena mi voz, teniendo en cuenta que mi corazón está ejecutando una danza interpretativa.

—Rook —dice rápido—. Definitivamente por Rook. La parte del, eh, beso fue... —Se queda callado y luego sonrío abiertamente—. Sí, de eso no me arrepiento nada.

Me río, sintiéndome mareada y aturdida y completamente aterrorizada de la mejor manera posible. Mis labios todavía hormiguean, y puedo sentir mi pulso en sitios que no sabía que tenían pulso. Un vistazo rápido a la mesa me confirma que Lea, Declan y Maine están haciendo grandes esfuerzos por no mirarnos fijamente (y fracasando).

—¿Quieres volver a la mesa? —pregunta.

Debería decir que sí. Sería lo sensato. Volver con nuestros amigos, donde es seguro, donde no tendré la tentación de treparme a este hombre como a un árbol. Pero no quiero ser sensata. Por una vez, quiero volverme un poco loca. Porque aunque voy a un millón por hora, es con él, y mejor que fotos de penes...

—¿Y si salimos fuera? —pregunto impulsivamente.

Los ojos de Linc se oscurecen y una sonrisa se extiende por su cara.

—Sin duda —dice.

Me toma de la mano —su palma deliciosamente cálida y ligeramente callosa contra la mía— y me guía hacia la salida. Mi cerebro, que aparentemente ha hecho cortocircuito con el beso, se reinicia lo justo para hacerme darme cuenta de que debería decirle a Lea adónde voy.

Al pasar por nuestra mesa, cruzo la mirada con Lea. Levanta las dos cejas y articula en silencio «¡Tú sí que sabes!» con un entusiasmo que daría envidia a una animadora. Siento que las mejillas me arden lo suficiente como para activar alarmas de incendio, pero también hay un cosquilleo de emoción recorriéndome las venas.

El aire fresco de la noche me golpea la piel al salir, un alivio bienvenido después de la sofocante atmósfera del bar. La calle está llena de estudiantes yendo de fiesta en fiesta, pero Linc me guía hacia un lateral del edificio, lejos de la multitud y las farolas.

Nos refugiamos en un pequeño hueco donde la fachada de ladrillo se encuentra con el edificio de al lado; no es exactamente

privado, pero lo bastante en sombra como para no estar a la vista de todos. Y entre la mayor intimidad y la temperatura más baja, todo entre nosotros se siente más cargado.

—¿Estás bien aquí? —pregunta, con la voz más grave ahora, entrelazando sus dedos con los míos.

Asiento, sin fiarme de mi voz. Mi corazón late tan fuerte que estoy convencida de que puede oírlo por encima del bajo amortiguado que sale de O'Neil's. De hecho, es increíble que los vecinos del bar no se quejen del ruido, teniendo en cuenta que hay música en vivo todas las noches y...

—Llevo un tiempo queriendo hacer esto —dice Linc, frenando la carrera de mi cerebro, y me atrae hacia él hasta que estamos casi pecho contra pecho—. Desde el final de estadística.

—¿Cuando tuve un colapso mental por la pregunta diecisiete? —pregunto, mi capacidad de formar frases regresando milagrosamente.

Se ríe en voz baja.

—Estabas adorable, toda alterada y con el pelo saliéndose de la coleta.

—Dios mío, ¿te acuerdas de mi crisis académica? —Finjo estar escandalizada—. Qué vergüenza.

—Me acuerdo de todo sobre ti, Em —dice, y la sinceridad en su voz me da un vuelco en el estómago—. Me gusta tenerte así.

Antes de que pueda sobreanalizar esa frase (que es lo que mi cerebro se MUERE por hacer), me acuna la mejilla con su mano libre y se inclina, presionando sus labios contra los míos en un beso tan suave que apenas está ahí. Es tentativo, exploratorio, como si me estuviera dando la oportunidad de apartarme.

Pero apartarme es lo último que tengo en mente.

Cuando empieza a retirarse, algo dentro de mí se rebela. He pasado años evitando momentos como este, dejando que mis recuerdos y mis miedos ganen, y estoy harta. Envalentonada por la sidra y el deseo acumulado, me pongo de puntillas, deslizo la mano por su nuca y atraigo su boca hacia la mía.

Esta vez, no hay nada de tentativo.

Linc emite un sonido de sorpresa contra mis labios que rápidamente se transforma en un murmullo de aprobación cuando abro los labios, invitándolo a profundizar. Sus manos se deslizan a mi cintura, atrayéndome contra él hasta que mi pecho queda pegado al suyo. El calor de su cuerpo se filtra a través de mi top, y mis pezones se endurecen en anticipación.

Cuando su lengua se desliza contra la mía, un sonido suave escapa de mi garganta —mitad suspiro, mitad gemido. Sus manos trazan la curva de mi espalda, las yemas de los dedos presionando ligeramente mientras bajan hasta mis caderas. Cada caricia deja un rastro de calor que se acumula en la parte baja de mi abdomen, una pulsación que se instala entre mis muslos.

Me acuna la mejilla de nuevo, inclinándome la cabeza ligeramente para profundizar aún más el beso. Estoy sin aliento, mareada de deseo, con las manos deslizándose bajo el borde de su camiseta para sentir la piel cálida de su espalda. Sus músculos se mueven bajo mis dedos mientras me presiona suavemente contra la pared de ladrillo.

Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Sus ojos se han oscurecido, las pupilas dilatadas, y hay algo casi reverente en la forma en que me mira.

—Estás llena de sorpresas, Amélie —murmura, pronunciando mi nombre completo de una forma que lo hace sonar como una caricia.

Estoy demasiado atrapada en las sensaciones para formular una respuesta ingeniosa. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto quiero su boca de vuelta sobre la mía, en lo perfectamente que encajan nuestros cuerpos, en que la pared detrás de mí es lo único que me mantiene en pie.

—¿Quieres que entremos? —pregunta, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—¿En tu boca? —susurro.

—Me refería al bar. —Se ríe.

—La verdad es que no —admito.

—¿Adónde, entonces?

La pregunta es directa, pero su tono es suave, dándome espacio para echarme atrás. Pero, a diferencia de antes, cuando dudé sobre

hablar con él en el bar, esta vez mi respuesta no me sorprende. He pasado demasiado tiempo escondiéndome de lo que quiero, y ahora mismo, quiero a Linc.

—¿Tu casa? —digo simplemente.

Asiente y me tiende la mano.

Y la acepto.

Mientras empezamos a caminar, saco el móvil del bolsillo con la mano libre y le escribo rápidamente a Lea:

Me voy a casa de Linc. No me esperes despierta.

Su respuesta llega al instante:

OK, ¡pero solo haz lo que te haga sentir cómoda! ❤️

Sonríó por la preocupación de mi amiga, pero no contesto. Sé que Lea quiere lo mejor para mí, y también sé que Louis me va a matar por no haberle dejado evaluar a Linc. Pero, alzando la mirada hacia Linc, su expresión una mezcla de deseo y algo más suave, me da igual.

Mientras caminamos de la mano por la calle lateral poco iluminada que lleva hacia las viviendas fuera del campus, no puedo evitar preguntarme si esto es un error. No porque no quiera esto — Dios sabe que sí— sino porque querer algo no significa necesariamente que estés preparada para ello.

Pero entonces Linc me aprieta la mano y me dedica esa media sonrisa que provoca cosas absurdas en mis entrañas, y aparto las dudas. Por una vez en mi vida, no voy a pensar demasiado. No voy a dejar que el miedo decida por mí. Esta noche, elijo lo que quiero.

Y ahora mismo, lo que quiero es Lincoln García.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.
